



UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA

CENTRO UNIVERSITARIO DE LA COSTA SUR

CUCOSTA SUR
GRANA

CARTAS DE LO ANÓMALO



Carlos Efrén Rangel
Guillermo Tovar Vázquez

Colección La Zanja

CARTAS DE LO ANÓMALO

CRÓNICAS AUTLENSES DEL AÑO DE LA PANDEMIA

Carlos Efrén Rangel
Guillermo Tovar Vázquez



CARTAS DE LO ANÓMALO
CRÓNICAS AUTLENSES DEL AÑO
DE LA PANDEMIA

CARTAS DE LO ANÓMALO

CRÓNICAS AUTLENSES DEL AÑO DE LA PANDEMIA

CARLOS EFRÉN RANGEL
GUILLERMO TOVAR VÁZQUEZ



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de la Costa Sur

Primera edición, 2021

D.R. © 2021, UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de la Costa Sur
Av Independencia Nacional 151
Centro, 48900 Autlán de Navarro
Jalisco, México

ISBN: 978-607-571-561-2

Hecho en México

Made in Mexico

Un agradecimiento al profesor Felipe de Jesús Michel Leal, por su meticulosa revisión del libro y sus comentarios para enriquecer la publicación.

CONTENIDO

11	Primer prólogo: Carta de Juan Carlos Núñez
15	Segundo Prólogo: Carta de Mayra Vargas
21	Cartas de lo anómalo
443	Epílogo: Carta de Juan Carlos Núñez Bustillos

PRIMER PRÓLOGO: CARTA DE JUAN CARLOS NÚÑEZ

Zapopan, Jal. 31 de marzo de 2021

Estimado lector:

Me da mucho gusto escribirte esta carta. Ya casi no se usan. Ahora basta un par de líneas en WhatsApp o un *tuit* para convocar a una fiesta o externar una opinión política. A mí me gustan más las cartas y todavía conservo esa vieja costumbre. De vez en vez las escribo en papel y las deposito en el buzón con la esperanza de que en algún lejano día lleguen a su destino.

También conservo en una caja de zapatos una buena cantidad de cartas que he recibido. A veces me asomo a releerlas y me emociono desde el momento mismo en que las saco de su sobre. En cada frase escucho la voz de quien me la envió y viajo al pasado. En ellas puedo también revivir, aunque sea por unos instantes, a mis muertos.

Estas letras que te escribo son para invitarte a leer y a disfrutar un tambache de cartas. Son en total 106 que se escribieron el profesor y periodista Carlos Efrén Rangel García y el cronista de Autlán, Guillermo Tovar Vázquez. Durante un año, el primero de la pandemia provocada por el virus SARS-Cov-2, intercambiaron sus epístolas puntualmente, cada semana.

Estas cartas son una conversación privada, pero son también un diálogo público porque sus autores no solamente las ponen a nuestra disposición, sino porque abordan en ellas asuntos que de alguna manera nos atañen a cualquiera y muy especialmente a quienes viven en Autlán y sus alrededores.

En ese sentido, el diálogo entre estos dos inquietos autlenses nos convierte también en interlocutores de su conversación porque incluso los temas personales que tratan nos interpelan. Algo nos evoca y nos provoca lo que expresan, coincidimos o discrepamos de lo que se van, de lo que nos van, diciendo.

Sufrimos con ellos el encierro al que nos obligó la pandemia en ese año anómalo en que decidieron escribirse. Compartimos con los autores sus estrategias de adaptación y la incertidumbre sobre el futuro. El confinamiento los llevó a afinar la memoria y a recordar. Así, vemos en sus letras los paisajes del valle y los colores de las pitayas. Caminamos por las calles de Autlán, por el camino a Chiquihuatlán y por los márgenes del arroyo El Coajinque, entre muchos otros sitios. Escuchamos música, campanadas, chirimías, consignas y el silbato del extinto molino. En sus letras vamos al Carnaval y paseamos por el Callejón del Vicio. Presenciamos conciertos, tragedias, exposiciones o corridas de toros. Nos indignamos con ellos por la destrucción del patrimonio histórico y natural.

En estas cartas olemos alguna pestilencia, pero, sobre todo, disfrutamos los aromas que desprenden los deliciosos platillos que nos

antojan: chicharrones, menudo, chacaes, papas, tostadas de panela y unas “tortillotas” recién hechas.

Por estas hojas desfilan profesoras, generales, sacerdotes, feministas, médicos, cantantes, escritoras, pintores, políticos, luchadores, futbolistas, cirqueros, un teporocho y un “comunista”.

En ellas se da cuenta además de los acontecimientos más relevantes del año: “Nunca pensamos que haríamos un registro de tantos hechos lacerantes”, leemos en una carta.

Y aprendemos mucho, porque si algo tienen los autores es una contagiosa pasión por saber cada vez más y por compartir el conocimiento. Nos presentan a las personas ilustres de Autlán que tienen estatuas, pero también a quienes deberían ser reconocidas. En sus letras, Guillermo y Carlos repasan hechos históricos y nos llevan al pasado más remoto de la región, nos pasean por el presente y también delimitan cómo sería un buen futuro para Autlán.

Porque estos dos jóvenes (este término depende siempre de la edad de quien lo expresa) plantean permanentemente en sus letras deseos y sueños, pero también ideas e iniciativas concretas, para hacer de Autlán y su región un mejor lugar para vivir.

Amantes de la cultura, el tema se despliega una y otra vez en sus misivas: literatura, música, museos, festivales, arquitectura ..., pero en ellas aparecen también temas económicos, sociales, políticos, deportivos y religiosos. Sin asumirse como expertos y sin pretender decir la última palabra de nada, sí tienen una voz inteligente que decir sobre todo o sobre casi todo porque en una conversación entre amigos de todo se habla. Y se discrepa.

En tiempos de polarización extrema, las cartas son un ejemplo de que se puede disentir fraternalmente. Los amigos discuten con inteligencia. No son opiniones al vuelo ni meras ocurrencias sino argumentos bien pensados. En su última carta Carlos Efrén dice:

El género epistolar también es anacrónico en el año de la pandemia, en el que abundan los mensajes vertiginosos, cada vez más cortos y por eso, la mayoría muy superficiales. Tomarse tres días para pensar el diálogo, completar o refutar la idea, proponer nuevos enfoques y traer a colación datos desconocidos, fue un ejercicio que valoro enormemente y que ha hecho que el odiado 2020 resultara más llevadero, puedo decir incluso que en muchos momentos fui feliz.

En su primera carta Guillermo escribe:

No sé cuánto tiempo hace que redacté por última vez algo parecido a una carta [...] Por eso me gusta que entablemos este intercambio de ideas, netas y derivados entre dos autlenses, si no por nacimiento sí por convicción. Por eso y porque estoy seguro de que me va a significar un crecimiento personal, vía la maduración y enriquecimiento del pensamiento.

Seguramente que así fue para ellos. Así fue para mí y lo será también para usted.

Javier Darío Restrepo fue un periodista colombiano que además de escribir noticias y reportajes, escribió muchas cartas. A su hija desde los frentes de las seis guerras que cubrió, a su nieto, a la madre de un soldado, a un universitario... Muchas cartas.

En uno de sus libros, el sabio periodista afirma: “Las cartas impiden que el silencio y el olvido borren nuestra presencia y ensordezcan nuestra voz. En ellas se mantienen la expresión de un amor sin contradicciones y sin límites y se transmite una entrañable herencia”.

Las cartas de Carlos y Memo son un testimonio de este año anómalo y un medio que evitará que se ensordezca su voz. Con los años serán también una entrañable herencia para sus familias y para su comunidad. En el futuro se convertirán en documentos muy valiosos como los que ahora ellos se empeñan en desempolvar. Pero, sobre todo, estas cartas son desde ahora una expresión de amor para Autlán y para su gente.

Con un cordial saludo, Juan Carlos Núñez Bustillos.

SEGUNDO PRÓLOGO: CARTA DE MAYRA VARGAS

Autlán de Navarro. Domingo 21 de marzo de 2021. En este lugar siempre hace calor.

Estimados Guillermo y Carlos:

Alguna vez le pregunté a mi papá si le hubiera gustado vivir en otro lugar que no fuera Autlán. Él me respondió sin titubear que no, que le gustaba mucho estar aquí, aunque siempre hiciera calor. Autlán fue origen y destino para él, aquí nació y aquí murió, apenas en noviembre pasado. Sus casi 51 años los vivió en Autlán, en ningún otro lugar. En realidad, nunca deseó estar en otro.

Guillermo y Carlos, en ese momento no entendí la respuesta de mi padre, hasta ahora, después de leer cada una de sus experiencias plasmadas en más de un centenar de cartas intercambiadas entre ustedes. Ahí vislumbro eso que mi papá apreció hasta su

último momento de vida en este lugar: el sentido de pertenencia. Pues a donde quiera que vayas siempre querrás volver a este lugar, al terruño, del que alguna vez me dijeron: “Pero si nunca pasa nada interesante” o “Autlán solo son dos cuadras y un Oxxo”. Pero no, claro que no, Autlán es muchísimo más que eso.

Leerlos me inundó de emociones: risas, por diversas situaciones que vale la pena que queden documentadas, para reír, por lo trágico que resultan. Tuve momentos de llanto, por la añoranza. Porque ya no vivo en Autlán desde hace meses, entonces leer sus cartas y estar a una distancia física me hace extrañar mucho ciertas cosas que ustedes mencionan, como la tranquilidad de caminar por las calles y la rapidez de llegar a los lugares que crees más lejanos. También la cercanía con las personas, visitar los espacios naturales que nos rodean como Manantlán, comer las famosas papas de Don Lolo o degustar las pitayas en su temporada y un largo etcétera.

No puedo negarles que entre mis emociones se presentó un poco la decepción, esto por leer en su narrativa, tantas situaciones que han ocurrido históricamente en lo social y lo político en Autlán, y que es natural sentirlo (lamentablemente), porque en el fondo sabemos que el municipio merece mejores líderes y gestiones.

No deseo hacer *spoiler* a los lectores, pero ustedes nos comparten un recordatorio quizá “no tan directo” o ¿sí?, de la importancia de descentralizar y voltear al interior de nuestro Jalisco. Conocer y reconocer el pasado, para entender la actualidad, rescatar las historias y compartirlas para que perduren en la memoria colectiva.

No quiero repetir mucha de la información que intercambiaron, pero sí deseo destacar varios puntos. Me sorprendí mucho de algunos datos históricos que bien apunta Memo con su labor previa y actual de cronista y que seguramente continuará con o sin el nombramiento “oficial”. Me hablan del protagonismo de Autlán en nuestra región en distintos momentos y de su papel trascendente, por

ejemplo, en la época de la Revolución. Conocimiento que comencé a integrar desde hace años entre lo necesario que debo saber.

Una pieza clave que contribuye a compartir información histórica esencial de nuestra región, es el blog de *CulturAutlán* encabezado por Memo, pues me parece un espacio necesario para documentarse de aspectos poco conocidos de Autlán y los pueblos vecinos.

También el poder conocer más detalles acerca de obras de infraestructura con un lento avance y pausas, como la eterna carretera directa Autlán – Villa Purificación con sus nueve décadas desde el comienzo de la historia documentada de su construcción. O las obras inconclusas, como la del Museo Regional de Ciencia y Tecnología, básicamente un “elefante blanco” que ahí está, sin cambios y con una inversión millonaria.

Me parece importante que en estas cartas nos hablen de que Autlán no tiene una fecha oficial de fundación. También del origen todavía desconocido del Carnaval y del popular desfile de Entierro del Mal Humor, además de los diversos cambios que ha vivido la “máxima fiesta” del municipio de manera paulatina y en distintos momentos.

La pérdida del patrimonio edificado de Autlán. Una alteración innegable a la armonía de este lugar en su arquitectura tradicional, donde en la zona del centro histórico es visible que quedan ya pocas casonas antiguas, algunas del siglo XIX y que parece de poco o nulo interés de las diversas administraciones cada tres años. Aunado a esto, la también necesaria difusión de otros personajes ilustres en la historia de Autlán. Aunque ya se sabe más que antes de ellos, como de Antonio Alatorre, Atanasio Monroy, Ernesto Medina Lima, María Mares, Francisca García Mancilla, entre muchos otros, creo que coincidimos en que hace falta un mayor interés por parte de las autoridades y de los mismos autlenses por hacer trascender su vida y contribuciones al desarrollo del pueblo.

Me conmovieron mucho las reflexiones muy puntuales de Carlos, acerca de hechos recientes, como las marchas feministas y el impacto que provocó el paro del 9M. Prácticamente un día sin mujeres. Además de la fuerza y alcance de este movimiento que sin duda ha acaparado en muchos momentos la agenda pública en busca de cambios reales.

También esta rivalidad/hermandad entre municipios vecinos como El Grullo, cuya nueva Licenciatura en Artes de la Universidad de Guadalajara, en el Centro Cultural Regional, potenciará sin duda todavía más el desarrollo y será punta de lanza para los talentos de la región.

En “Cartas de lo anómalo. Crónicas autlenses del año de la pandemia”, ustedes nos dan detalles de la pésima gestión y reacción ante esta crisis sanitaria mundial. De cómo se tomaron decisiones improvisadas y medidas contradictorias desde el primer momento en el nivel federal y estatal que, por supuesto, impactaron en lo regional.

Un punto que considero como un parteaguas desde el inicio de esta crisis, es la enseñanza. Los retos para el sistema educativo a distancia, de lo que no tengo certezas en cuanto a los procesos de los niños, niñas, jóvenes, sus padres y sus maestros, pero alcanzo a dimensionarlo con lo que Carlos como padre y docente manifiesta en las cartas durante diversos momentos. Además de las vivencias de Guillermo, al enfrentar este reto con sus hijos.

Este 2020 sin duda ha cambiado muchas cosas. Nada volverá a ser igual. La COVID-19 nos desencajó a todos de nuestra realidad, nos alteró nuestras dinámicas de vida y ahora tenemos que adaptarnos. Este acontecimiento que ha tenido sus altibajos, creo que ha venido a hacernos reflexionar y que nos respondamos preguntas como: ¿Qué es lo verdaderamente importante?

Aunque no tenemos certezas de los años venideros, en esta compilación de cartas, mis queridos Guillermo y Carlos, ustedes nos dan

un recorrido histórico y contemporáneo desde su pluma, como dos autlenses por convicción y adopción, con un alto sentido de pertenencia, incluso creo más que otras personas nacidas aquí. Por lo que disfrutar de su intercambio epistolar me resulta una lectura obligada, para desde dos diferentes visiones conocer y reconocer esta tierra, aunque se esté lejos.

Mayra Vargas.

CARTAS DE LO ANÓMALO

La calle del puente, aún queda rosca de reyes en el refri, 2020.

LCP. Guillermo Tovar Vázquez

Cronista Municipal de Autlán y miembro de la Benemérita

PRESENTE

Querido Memo:

Pensé que la carta inaugural debía de tener la mínima cortesía de reconocer tu nombre completo y tu cargo. No te prometo que la formalidad se mantenga en lo sucesivo, pero sí el declarado interés de escribirte y compartirti algunos argüendes de este barrio del que ya no somos vecinos. Afortunadamente sí seguimos coincidiendo en otros espacios.

Conocí la colonia Echeverría en junio de 1993, mi padre tenía la intención de vivir en una ciudad que prometiera una posibilidad de formación profesional para sus hijos, así que decidió invertir sus ahorros en comprar una casa ubicada en una población que aún evocara las rancherías donde fue maestro de primaria durante más de treinta años, pero que tuviera aulas universitarias a las que se pudiera llegar en transporte público.

Atesoro dos recuerdos muy vivos de mi llegada a la colonia. El primero es que no vislumbré ningún campanario cerca. No porque yo fuera muy devoto, pero en mis infantiles ideas juzgué poco práctico que me obligaran a ir cada domingo a misa hasta la catedral.

La religión que practicaba por decisión propia a los nueve años con los que llegué a Autlán, sí tenía una ermita en este barrio. En la Echeverría había un horrible campo de fútbol en el que las ráfagas de polvo corrían más rápido que cualquier centro delantero.

Solo una vez jugué ahí. Militaba en el equipo Independiente de la categoría Poni. Había una escuadra que dirigía un mítico señor al que apodaban “El Perfumo”. La Unión del Barrio nos recibió un

sábado en el campo que estaba a dos cuadras de mi casa. Tengo dos recuerdos muy vivos de ese encuentro. Más o menos desde donde ahora hay una fuente que cría zancudos del dengue, saqué un potente disparo de pierna derecha que cruzó como rayo la portería sin red, para llegar botando a las puertas de la carnicería de la familia Alaniz.

El otro recuerdo es color rojo. Mi equipo usaba el uniforme del Celaya recién ascendido a la primera división. Un blanco profundo con una uve de la victoria color azul en el pecho. Resulta que aquel sábado amanecí inspirado, y además del golazo regateé con soltura muchas veces, en la última, el defensa me mandó al suelo terregoso, lo que me provocó una raspadura que tiñó de escarlata la media blanca.

Pero lo que más me gusta de la Echeverría es que sus calles tengan nombres de escritores. La calle del puente, por ejemplo, lleva el nombre del autor de “Al filo del agua”, letras del exgobernador de Jalisco que analizamos en el Museo, donde además de aprender la liturgia de los Días Santos, encontramos al personaje literario que más se te asemeja: el viejo Lucas Macías.

Desde donde escribo, la calle Octavio Paz se encuentra hasta “un lugar lejano, vago e indeterminado”, pero hago esquina con la “Mujer que habla latín”. Resulta una enorme contradicción que las calles tengan nombres tan bonitos, y la colonia lleve un apellido francamente repulsivo. El nombre del expresidente Luis Echeverría Álvarez le da título al barrio y es francamente vergonzoso, o por lo menos lo es para mí, aunque a ti no te he leído tan afín a este tema.

Hace unos días, durante las vacaciones, fui a la Ciudad de México, y además de ir al Castillo de Chapultepec a buscar el retrato que José Atanasio Monroy hizo de Emiliano Zapata, dejé que un taxista me robara 200 pesos por un viaje de cinco minutos que me llevó a Los Pinos. Alcancé a entrar a tres casas de las que integran ese rincón del bosque: la de Lázaro Cárdenas, que fue la primera y está en la

entrada, la de Miguel Alemán, porque materializaba la banalidad de Peña Nieto, y también a la casa de Gustavo Díaz Ordaz.

Como sabrás, la 4T convirtió Los Pinos en un recinto cultural. La casa de Díaz Ordaz es una de las más interesantes, porque se convirtió en un museo que recupera la memoria del movimiento estudiantil de 1968. Con fotografías y documentos hay constancia de que en México, ese tsunami internacional de transformación social y política tuvo grandes repercusiones. Hay por supuesto un manejo políticamente convenenciero del tema, y mitos que no resisten una revisión meticulosa de la historia.

El caso es que en ese espacio había varias referencias a Luis Echeverría Álvarez, a quien más de alguna corriente lo ubica como el auténtico autor de lo ocurrido en la Plaza de las Tres Culturas y del Halconazo del Jueves de Corpus. Fue imposible abstenerme de pensar que cada vez que escribo mi domicilio, hago una especie de “homenaje” a un tipo que se manchó las manos de sangre, en aquella lucha un tanto esquizofrénica en contra del comunismo.

¿En Autlán hubo comunistas? Las referencias más frescas que tengo son las del Dr. Daniel Villalobos, a quien sé que lo persiguieron por comunista y pervertidor de la juventud, pero que cuatro décadas después es un autlense distinguido por sus aportes en la educación, la salud y el Carnaval.

Jalisco durmió la calma chicha en el 68, estuvo aplacado por las pistolas de la FEG. Es comprensible. Pero además de la leyenda de que el general Marcelino García Barragán exilió a estudiantes autlenses de la Ciudad de México en la víspera del 2 de octubre, desconozco si el 68 tuvo algún hecho o personaje relevante para esta ciudad.

Hablando de extensión creo que llegué al límite. Estoy muy agradecido contigo porque te tomaste un tiempo para leerme. Dale por

favor mis saludos a Miriam y a tus hijos, que ellos también son ciudadanos de este barrio de nombre horrible, con calles inspiradoras.

Con mi amistad vecinal.

Carlos Efrén.

En algún punto del rumbo de Los Ranchos. Sábado 18 de enero de 2020

Profesor Carlos Efrén Rangel García

PRESENTE

Estimado Carlos:

No sé cuánto tiempo hace que redacté por última vez algo parecido a una carta, sobre todo que no tenga que ver con asuntos profesionales o laborales. Por eso me gusta que entablemos este intercambio de ideas, netas y derivados entre dos autlenses, si no por nacimiento sí por convicción. Por eso y porque estoy seguro de que me va a significar un crecimiento personal, vía la maduración y enriquecimiento del pensamiento.

Yo no llegué a la Echeverría tan temprano como tú, aunque sí me tocó conocer la cancha de tierra, antecesora directa de la plaza Carlos Santana, que no le va a la zaga en descuido y dejadez y cuyo nombre es un elemento más de contradicción con el terrible e injustificado de la colonia. Este, por cierto, podríamos disimularlo con los nombres de pila del argentino Esteban, autor del poema épico *La cautiva*, o del novelista mexicano Manuel, quien escribió *Un redoble muy largo*. En cuanto a los nombres de las calles de esa colonia que tanto me ha dado, me parece que ninguno sobra pero, en aras de darle más interés, cambiaría los de Luis G. Urbina y Jaime Torres Bodet (dicen que Salvador Novo, también representado en una calle, le llamaba “Torres Bidet”) por Bernardo de Balbuena y José Joaquín Fernández de Lizardi. Ah, y el lugar protagónico de don Agustín Yáñez lo cedería a sor Juana, la mayor gloria de nuestras letras junto a Juan Rulfo.

Sobre Luis Echeverría, quien ayer cumplió 98 años, estamos de acuerdo en considerarlo nefasto y no solo por su actuación durante el 68 (hay la versión, por cierto, de que fue él quien mandó izar la

bandera rojinegra en el Zócalo), sino también porque fue en su sexenio cuando se dieron los primeros desequilibrios económicos que produjeron las graves crisis financieras que nuestros padres conocieron tan bien. Pero, a decir verdad, a este político representativo del régimen revolucionario le encuentro parecido al actual Presidente de la República en su gusto por algunos símbolos: a los dos les dio por iniciar sus sexenios haciendo guiños a los pueblos indígenas para hacernos creer que ahora sí serían tomados en cuenta, los dos han pretendido ser émulos de Lázaro Cárdenas y les gusta que creamos que desarrollan jornadas de trabajo más extensas que las de los simples mortales. No pude evitar recordar a Echeverría y su Universidad del Tercer Mundo cuando AMLO habló hace poco de que México es el hermano mayor de Latinoamérica. López Obrador no quiere el avión presidencial por lujoso y Echeverría llevaba a sus giras tortilleras y mariachis.

Tampoco llegué tan temprano como tú a la afición al fútbol. En mi infancia, de hecho, me resultaban repulsivos los futbolistas amateurs y todo lo que los rodeaba, quizás porque me acostumbré a verlos bebiendo cerveza al terminar cada partido en la cancha conocida como Cosío Vidaurri, que me quedaba a una cuadra, ya fuera para celebrar el triunfo o para lamentar la derrota. Pero siempre, claro, para recordar los constantes yerros y a la señora madre del árbitro. No fue hasta el Mundial de 1994, celebrado en el anticlimático país de las barras y las estrellas, que comencé a interesarme en el fútbol, primero por los datos estadísticos que se iban generando al desarrollarse el torneo y luego, poco a poco, por lo que ocurría en la cancha. De esos días recuerdo muy bien el más que discreto partido de Hugo Sánchez contra Noruega, plasmado en un fallido intento de chilena que mandó el balón rodando por un lado de la portería y que tal vez hizo sentir a la afición mexicana lo que sintieron los aztecas cuando sus dioses fueron defenestrados por los conquistadores. También

recuerdo el juego psicológico de Hristo Stoichkov contra los mexicanos, que a mí también me hizo enojar, y el miedo expresado en la cara de Jorge Rodríguez en la tanda de penales. La afición persiste, por el registro de la estadística y por la apreciación del juego.

Pasando a asuntos más serios, creo que en Autlán sí que hubo comunistas, allá en tiempos del macartismo. Pero no comunistas ideológicos, de los que formaban partidos clandestinos y buscaban imponer la utopía del comunismo en la Tierra. No, señor. Lo que hubo fue gentes que, como el doctor Villalobos, tenían ciertas ideas de avanzada y que buscaban extender los horizontes de la juventud mediante la comunicación de saberes e ideas repudiados por el conservadurismo, junto con una tendencia hacia la izquierda en su pensamiento político. A gente como él se le aplicaba el término de comunista, que funcionaba casi como un insulto.

En este sentido, aunque las universidades jaliscienses se mantuvieron al margen, hubo autlenses que participaron en el movimiento del 68. De algunos conozco los nombres y lo que les tocó padecer: prisión en el Campo Militar Número 1, golpizas y amenazas de muerte, así como el rescate y consiguiente regaño por el general Marcelino García Barragán, quien los envió de regreso a Autlán con la advertencia de no volver a meterse en política. Por cierto, existe la versión de que García Barragán tendría la obligación de favorecer a cualquier autlense con el que se topara, luego de que el general Paulino Navarro le salvara la vida en una ocasión. Pero esto es, al parecer, solo una leyenda.

Ya que junté a Paulino Navarro y a la nomenclatura urbana en el mismo texto, no puedo dejar de posicionarme con respecto al nombre de Autlán de Navarro. Contrario a la opinión popular (y a la de autlecos ilustres, como don Antonio Alatorre), yo no veo una afrenta en que al nombre de Autlán se le impusiera su apellido hace ya 80 años, reemplazando al tradicional y romántico De la Grana. Dejando

de lado el hecho de que esta imposición fue una de las tareas que el régimen revolucionario ejecutaba para construir una identidad nacional con la Revolución como protagonista, el general Paulino Navarro no fue un tipo carente de méritos: militar honorable y respetado por sus pares, fue leal a su institución en una época en la que esta virtud era más bien rara. De paso, le tocó protagonizar momentos históricos importantes; fue el encargado de perseguir y detener a Jesús Salas Barraza, uno de los asesinos de Pancho Villa y, según la versión de Carlos Boyzo, Navarro habría sido uno de los pioneros en la aviación militar en México.

Por otro lado, el apelativo De la Grana, aunque más sonoro y con innegables reminiscencias románticas, ya no tiene más razón de ser que el recuerdo de una actividad económica que ya no se practica en Autlán. Por eso no me parece mal que ambos apellidos convivan salomónicamente en los nombres del municipio y del pueblo, como se acordó por el Ayuntamiento en la administración de Carlos Meillón.

Carlos Meillón, el presidente que quiso poner orden en el Callejón del Vicio (“de la alegría”, dicen los que hablan bonito) metiéndolo al salón Mutualista, ¿te acuerdas? Bonita *refusilata* se armó aquella vez, con protestas y manifestaciones como solo se ven en asuntos relacionados con el Carnaval, en esa ocasión para defender la única forma más o menos gratuita de divertirse en esos días.

Ese callejón es ya imprescindible para los carnavaleros, muchos de los cuales nunca han visto un Carnaval sin él. Pero hace 30 años (un ratito comparado con los siglos que tiene de vida el Carnaval) apenas existía y, por lo tanto, a nadie le hacía falta. Es un buen ejemplo de cómo las tradiciones y costumbres, que tanto gusta a algunos defender y preservar incólumes, no hacen otra cosa que cambiar tercamente como les da la gana, lenta pero constantemente. En 30 años los autlenses perdimos los gremios del Carnaval y ganamos un callejón, hediondo y ruidoso pero gratuito.

Pero del Carnaval conoces más tú que yo, puesto que has trabajado en sus entrañas por años. ¿Qué te parecen todos estos cambios? ¿Estamos perdiendo o ganando algo con ellos?

Te leo la próxima semana, yo por aquí voy a andar.

Guillermo.

Autlán de la Grana. Ya llevamos 22 días de enero y aún no cumpló ningún propósito.

Señor Cronista:

En los círculos académicos más conspicuos no es bien visto declararse fan de Gabriel García Márquez, lo acusan a uno de carecer de erudición literaria. Afortunadamente no pertenezco a ese respetable grupo y te voy a confesar que *Cien años de soledad* es una de mis novelas favoritas de la vida. Hay una frase que llevo marcada con tinta china: “El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo”.

Cuando me fui a estudiar a Guadalajara, hubo necesidad de señalar con el dedo un documento cartográfico para ubicar mi lugar de procedencia, pues pocos tapatíos sabían de la existencia de “Autlán de la Grana”.

Selene, una amiga entrañable de aquella época, solo reconoció mi lugar de origen al encontrar “Autlán de Navarro” en el mapa, y recordó que en la primaria lo escribió en planas interminables con las que su maestra quiso que aprendiera los entonces 124 municipios de Jalisco. En su mente solo existimos al asociarnos al apellido Navarro.

Me llevó lo de dos cafés explicarle el uso tradicional y discontinuado de la grana cochinilla, que le dio nombre al pueblo y color a nuestra bandera. Pero no logré convencerla de que era el mejor apellido para Autlán. Argumentó algo parecido a tus explicaciones.

Déjame contarte una mentira que nace de dos verdades y con la que a veces entretengo a mis alumnos. Primero lo verídico: entrevisté al Dr. Rodrigo Ramos Zúñiga para los micrófonos de Radio Costa en los días en que presentó su libro *Sangre de Grana*. Esa ocasión me compartió una idea sencilla pero poderosa: que, para Europa y la capital de la Nueva España, Autlán comenzó a existir cuando se le

puso el nombre “De la Grana”, pues era la procedencia de la cochinilla que teñía de escarlata las telas de los nobles.

El otro dato verdadero tiene su origen en otra amiga tapatía, se llama Laura González y es una de las investigadoras más importantes sobre las artesanías de Tonalá. Ella afirma con muchísima seguridad, y con datos más allá de lo que es posible ver en la pintura, que en el cuadro, autoría de Diego Velázquez, *Las Meninas de la Reina*, la princesa Margarita está por beber en un jarro tonalteca. Su argumento se sustenta por la forma, el color de la artesanía y los tratados comerciales de los que existen registros en la cuna alfarera.

La mentira que yo cuento, con fines didácticos, es que si ese jarro es tonalteca, los vivos rojos del vestido de Margarita y las ropas del niño que en la esquina inferior izquierda patea un perro, fueron teñidos con la sangre de parásitos que crecieron, de seguro, en algún nopal cultivado con la bondadosa humedad que dejaba a su paso El Coajinque.

Por esas razones festejé que Carlos Meillón diera salomónica-mente el nombre tradicional a la ciudad, y dejara el mote revolucionario al municipio, para seguir existiendo por tener un apelativo evocador, que sea compatible con la presencia patente de un lugar entrañable que no se pierda en el mapa como Macondo.

Ahora, yo no me atrevería nunca a poner en duda que los méritos militares y civiles de don Paulino Navarro sean suficientes para darle nombre a esta tierra. Para cerrar el tema, te voy a pasar un dato que estoy seguro que ni tú, ni Carlos Boyzo, conocen. La fruta favorita del General era la sandía. La fuente a mi juicio es irrefutable, fue mi hija Eva, quien cursa el primer año en la escuela de la alameda, quien me lo confió. Ella lo sabe porque, con un altar el dos de noviembre, honraron la memoria del héroe y una jugosa sandía añadía color al tributo póstumo.

Ahora, voy a cambiar de tercio. No soy de los que recuerda las cosas que sueña, pero esta vez me pasó. La historia onírica que quiero

compartirte me ubicó parado sobre la avenida Independencia Nacional mientras esperaba un desfile. Ignoraba en mi sueño de qué se trataba, pero comenzaron a pasar músicos y candidatas a reina que se sucedían una tras otra, hasta contar siete. La gente alrededor, al reconocermé “como el de *deGrana*”, me preguntaron las razones de la desaparición de los gremios e, igual que tú, querían saber mi opinión. Entonces, en mi más íntimo inconsciente, comencé a llorar como si fuese un niño al que le hubieran quitado su celular.

Este es el tercer año consecutivo que no hacemos *deGrana*, mismo lapso que llevo sin ver las tripas de la fiesta, pero sí puedo adivinar que se han transformado al ritmo vertiginoso que el sitio de Internet ya no pudo seguir. Así que lo que te voy a contar, para responder a tu pregunta de la carta anterior, serán experiencias que corren el riesgo de no ser vigentes.

Los gremios se convirtieron en un dolor de cabeza y de muelas juntos. Puntualizo: con Pollos y Choferes. Nunca la reina. En *deGrana* tuvimos varios desencuentros con los gremios por razones tan trascendentes como amenazas de demandas porque la sesión fotográfica de Pollos tenía 20 fotos y la de Choferes 21. Airados reclamos por omitir información de eventos a los que nunca nos invitaron. Agrias recriminaciones porque nos tardamos una eternidad en publicar una sesión y entrevista que no habíamos hecho porque su candidata postergó la cita para vernos durante un mes, pero que se sintió sumamente agraviada cuando la de su rival estuvo en línea.

Ni siquiera te hablo de la parte financiera porque tú eres experto y yo corro el riesgo de meter la pata. Los patronatos sufrían las demandas de fiscalización exhaustiva de gremios opuestos y al mismo tiempo escondían sus ingresos y movimientos financieros. “¿Cómo voy a saber si vendieron 100 fotos y no 105?”, me dijo al punto del llanto un responsable del área, un día que amenazaba con llegar la sangre al río. “¿Cómo saber si las donaciones que reciben son para

sus gastos, como algunas dicen, o son donaciones a sus causas, si la mayoría son acuerdos de palabra y se niegan a que sea por escrito?”, fue otra amarga queja.

Para las familias de las candidatas también había malas experiencias. Bastaba que una jovencita fuera aspirante, para que en los despreciables pasillos del chisme se inventaran mil historias. O que se expusieran a riesgos innecesarios, como la serenata de un famoso cantante con aura de conquistador, pero que también era un señor casado que no tenía derecho a cortejar a una muchacha de vida sana, que solo lo trató con amabilidad.

Además, para ser justos, atesoro excelentes recuerdos de estas experiencias y ahora son más las reinas y princesas a quienes saludo con aprecio.

Por eso es que entiendo las razones de emular a nuestro vecino en cuanto al certamen para elegir a la reina. Se deja lo importante, que es la figura icónica de la mujer coronada, pero se sustituye con un proceso en el que, de entrada, se le quita la presión del dinero de orígenes poco claros.

En otra carta, espero que sea pronto, retomaré algunas ideas sobre El Grullo, pueblo del que me ha nacido un gran cariño en los últimos cuatro años, y al que creo deberíamos emular en algunas cosas con mayor frecuencia. Por ejemplo, en elaborar las mejores roscas de reyes de la región, pero esa es, literalmente, harina de otro costal.

¿Dónde debo buscarte, estimado Guillermo Tovar? ¿Entre los que tienen simpatías o antipatías hacia el pueblo del otro lado del Río Ayuquila?

Me despido, agregando un propósito a la lista de este año: trataré de ser más breve.

Un abrazo, Memo.
Carlos Efrén.

**Autlán de la Grana. Domingo 26 de enero de 2020.
Los guamúchiles ya florecen y las parotas ya tienen
frutos, aunque verdes.**

Profesor Carlos:

Escribo esto en una mañana dominical de calma chicha, mientras suena como fondo “Don ‘t Look Back”, en una versión que cantan Peter Tosh y Mick Jagger. Es un *reggae* que habla sobre dejar atrás las malas experiencias amorosas y no dejar que ellas le hagan a uno perder la fe en el amor, pero podría interpretarse también como un consejo sobre no permitir que lo que salió mal en otro tiempo determine cómo enfrentamos lo que venga en el futuro. A propósito, pues, de los cambios en el Carnaval.

La mentira con la que entretienes a tus alumnos podría complementarse con una verdad más, que también serviría para entretenerlos: es el prodigio científico que supuso el descubrimiento, por los indígenas, de las propiedades tintóreas del animalejo que les estropeaba sus nopaleras y del muy complicado método para aprovechar esas propiedades. Porque la grana, además de delicada y difícil de criar, requiere un complejo procedimiento para obtener de ella el famoso tinte. Y claro, la grana le da color a nuestra bandera y nombre a nuestro pueblo, por lo que tiene un lugar importante en la identidad de Autlán. Sin embargo, me parece que es una gran desconocida entre los autlecos.

Pasando a otras cosas, yo creo que, como en cualquier persona, en una congregación de ellas podemos encontrar motivos para mantener simpatías y antipatías. Así, uno puede reconocer defectos que pueden resultar apenas soportables en amigos muy queridos y, a veces, encontrar virtudes hasta en gentes que nos resultan, por todo lo demás, despreciables.

En el caso de El Grullo, para responder claramente a tu pregunta, me puedes encontrar en el partido de los que le tienen más simpatías. Y no puede ser de otra manera: queriendo tanto a mi pueblo, no puedo enemistarme con uno que, siguiendo el símil entre las personas y las poblaciones, puede considerarse su hermano. Como bien sabes, hay familias repartidas entre ambos municipios, negocios pensados para atender a clientelas de los dos lados del río Ayuquila, gentes que se trasladan de uno a otro pueblo todos los días a trabajar o a estudiar y, en resumen, una relación tan cercana y constante que hace, o debería hacer, imposible la enemistad.

Yo mismo tengo buenos amigos en el antiguo rancho del Zacate Grullo, con los que he compartido experiencias positivas en los tortuosos ámbitos de la promoción cultural. Y ha sido en estas actividades donde he encontrado algunos de los motivos para encontrarle los defectos inevitables a mi relación con El Grullo: en la mayoría de las ocasiones en que he acudido a alguna actividad “cultural” me he encontrado, a la hora de las preguntas y respuestas, con amargas quejas sobre lo que Autlán les ha “robado” históricamente a los grullenses, lamentaciones sobre la cantidad de servicios que los de El Grullo tienen que venir a buscar a Autlán y fuertes recriminaciones por el hecho de que personajes como Atanasio Monroy y Clemente Amaya (de este último ya se aclaró que sí nació en Autlán, pero en enero de 2018, algunos grullenses creían que no) sean celebrados por los autlenses más que por los habitantes de los pueblos donde supuestamente largaron el ombligo. A estas personas les parecía que Autlán se apropiaba, como si eso fuera posible, de estos personajes. Los comentarios suelen ir aderezados con algunas de las formas de los verbos ganar y perder, lo cual me resulta significativo.

Comentarios como los anteriores son casi siempre proferidos por personas de generaciones anteriores a la nuestra, gentes mayores de 50 años. En mis tiempos universitarios, tanto en la carrera como

en la prestación del servicio profesional en Radio Universidad, tuve también compañeros grullenses que ya no se quejaban de lo que Autlán le robaba a El Grullo, pero siempre estaban prestos a enterarse de cualquier novedad que hubiera en alguno de los dos pueblos para compararlo con el otro, de manera que la comparación resultara desfavorable para Autlán. Estos comentarios, molestos al principio pero que fueron perdiendo fuerza con la repetición, son parte de una vieja y natural rivalidad entre El Grullo y Autlán que, afortunadamente, parece que va diluyéndose.

Pero, con todo, ha sido una rivalidad sana, más bien retórica, limitada a la carrilla y los puyazos de un lado y del otro, que no ha impedido la colaboración ni la amistad entre los contendientes. Algunos, de aquel lado, dicen que su origen está en los maltratos que los autlenses cometían sobre los pobrecitos grullenses en el tiempo en que estos decidieron formar su propio municipio, pero yo tengo mi propia teoría: creo que, como cuenta don Luis González en su *Pueblo en vilo* que les ocurrió a San José de Gracia y a Mazamitla, a Autlán y El Grullo no les quedó más remedio que ser rivales al no haber otro pueblo en los alrededores que pudiera servir para preservar la bonita tradición latinoamericana de que cada población tenga un devoto rival.

Con El Grullo, pues, es más lo que nos une que lo que nos separa.

En cuanto a lo que en Autlán podríamos emular de la hermana república, además del método de elección de la reina (ellos se deshicieron hace trece años del método de gremios que habían copiado de acá, con todo y nombres) está, desde luego y de forma urgente, el manejo de los desechos. En cuanto a las roscas de Reyes yo me quedo, hasta que compruebe que existen otras mejores, con las de don José Bibián.

Lo que no habría que permitir, regresando a los asuntos festivos, es que en Autlán la tauromaquia llegue a ser tan irrelevante para el

Carnaval como lo es para las fiestas de El Grullo. Ni que el Carnaval, con todo lo que tiene por mejorar, se vuelva tan irrelevante como las fiestas de El Grullo.

Porque en Autlán todavía hay una afición importante a los toros, ¿cierto? Conozco a grandes aficionados, entre los que te cuento a ti, que saben lo que hay que ver en un festejo de este tipo y asisten regularmente a las corridas del Carnaval y me doy cuenta también, con agrado, de los esfuerzos de personajes como don Pedro Rosas por mantener viva esta actividad. Pero también veo, aunque limitada a las redes sociales, una creciente oposición a la tauromaquia y, lo verdaderamente preocupante, un desdén de la autoridad municipal a este otro rasgo identitario de Autlán y una cierta intención animalista en los políticos “refundadores”.

En tu opinión, ¿la tauromaquia en Autlán evoluciona favorablemente? ¿Corre algún riesgo serio?

Hasta dentro de pocos días.

Guillermo.

Con esta carta clausuramos enero del 2020. Te escribo desde El Grullo.

Está del lado izquierdo, Memo. Si vienes desde Autlán quedará a tu espalda el murmullo del río Ayuquila y en tus fosas nasales se desvanecerán los últimos resquicios de aromas nauseabundos que se impregnan al pasar por el Ingenio. Pero ahí, frente a la prepa, nada más pasando un diminuto puente colgante, tienes mi palabra que puedes comer el menudo más sabroso de la región.

Procura ir una mañana que tengas tiempo. Mi glotonería está documentada y me basta el plato mediano. El caldito blanquecino no es demasiado aguado, pero tampoco aparenta atole, tiene la consistencia justa para que la cucharada se colme de sabor. Carece de más grasa de la necesaria y los trozos de carne son blandos, se desbaratan casi solitos cuando los muerdes. El platillo se corona con unas tortillitas hechas a mano que llegarán humeantes hasta tu mesa.

Esta mañana tuve un espacio al finalizar mis clases en el que me nació acudir a la cita semanal; como ando de este lado del río y las últimas dos cartas han tocado el tema, juzgué prudente darte otra recomendación gastronómica *transayuquíllica*.

Hasta hace cinco años yo acudía a esta ciudad infectado por el virus de aquella historia que reza que unos vales de Autlán les bajaron la novia a unos vales de El Grullo. Nunca experimenté esa animadversión en ambientes periodísticos. Pero sí doy cuenta de que existe en el terreno deportivo.

Solía practicar algunas disciplinas sobre la duela, de esas que en Autlán existe nutrida afición, y en El Grullo, pues también. Es muy frecuente que equipos de ambas ciudades participen en ligas comunes. Pero jugar en El Grullo solía representar enfrentarse a situaciones que al borde del reglamento tenían toda la intención de

sacar ventaja. Cuando los globeros visitaban Autlán, el reglamento se utilizaba ... también para sacar ventaja.

Pero hace cinco años mi visión cambió. Mi plaza como profesor de secundaria fue asignada a la Federal No. 26, y desde entonces me puedes contar entre los que van y vienen todos los días. He encontrado aprecio y mucho talento entre jóvenes grullenses.

La inmensa mayoría de mis alumnos nació en Autlán. Eso significa que si alguien logra ser famoso podríamos reclamar su nacionalidad, pero no sería justo. Te lo digo porque la semana anterior te vi protagonizando noticias locales por la conferencia que ofreciste sobre la vida del cineasta Alfonso Corona Blake. Su hermano Sergio es uno de los grullenses más notables en la vida cotidiana del pueblo.

Quizá las nuevas generaciones no sepan que su casa estaba donde hoy hay una tienda de ropa en pleno centro de El Grullo. Probablemente ignoren que en donde ahora está el estacionamiento del Mercado tenía una enorme gallera. La mayoría recuerdan que fue don Sergio el constructor del complejo de espectáculos El Relicario y que fue en su época de empresario en que la feria sí rivalizaba con el Carnaval, pues sus contactos artísticos, en parte construidos a través de su hermano Alfonso, llevaron a su plaza a los más renombrados artistas de la época. Actualmente me parece que la comparación es infructuosa e inequitativa, pues como bien lo mencionas la feria no tiene el mismo calado.

Cuando comencé a conocer a la gente de El Grullo me sorprendió que piensan en clave de sol. Un día tuve que ir a la Dirección de la escuela y a mi regreso al salón escuché el desorden que se anticipa en un grupo de secundaria sin supervisión; la novedad es que la algarabía estaba en compás 3/4. Mientras una fila arrastraba sus sillas en dos rítmicas ocasiones, el resto del grupo completaba golpeando con fuerza las mesas, haciendo un estridente vals que en lugar de sancionar, aplaudí de pie.

Por esa razón, festejé que la semana pasada el CUCSur aprobara la apertura de la Licenciatura en Artes en el recién remodelado Centro Cultural Regional El Grullo; creo que encontrarán talentos extraordinarios que ya tocan en mariachis y bandas.

Ojalá que eso apacigüe a las voces que te reclaman “robos” de servicios, porque “ganaron” una parcela que puede ser muy fértil en esa tierra. También anhelo que sean muchos mis alumnos que encuentren en esas aulas la formación adecuada para una vocación que traen en las venas grullenses, aunque hayan nacido en Autlán.

Me quito la montera para pedir permiso a la autoridad y pasar al último tercio de la lidia, y con ello compartir mi punto de vista sobre el asunto que planteas al final de tu misiva anterior. Te respondo que sí, que creo que la fiesta de los toros en Autlán está amenazada y encuentro dos razones que han sido poco exploradas.

Fernando Savater es experto en ética y también es taurino. Para que leas su argumentación completa te remito al libro *Ética de urgencia* (Ariel, 2012). Lo que sí rescataré aquí es el diagnóstico que propone sobre la razón por la que la fiesta brava está siendo amenazada: la desaparición del mundo rural.

Con la Revolución Industrial comenzó un crecimiento exponencial de las ciudades y con ello de personas urbanas, a quienes el concepto “animal” remite irrestrictamente a mascotas indefensas. En la construcción de la realidad de la inmensa mayoría de los humanos no se concibe que los animales sean seres poderosos, físicamente superiores a nosotros y, por lo tanto, cualquier actividad en que se les domine es un rasgo de incivilidad. Están equivocados, por supuesto, cualquiera con un mínimo de contacto rural sabe que una patada, una mordida, una cornada o un tumbo pueden ser mortales.

A veces creo que defendemos el aislamiento como si fuera una virtud, pero pese a todo, Autlán, El Grullo y la fiesta de los toros transitan inexorablemente en una dinámica global que tiene algunas

ventajas y desventajas. ¿Has notado que esta época es sumamente crítica con los privilegiados?

La fiesta ha construido a su alrededor un aura que se puede leer en clave de privilegios. El punto de entrada está en la taquilla, con boletos cada vez más inaccesibles (casi 400 pesos la entrada más barata para la corrida del martes de Carnaval 2020), pero también con actitudes despectivas de los taurinos para quien no es experto en el tema. El privilegio es también evidente cuando a las consentidas figuras les permiten descafeinar la lidia, denigrar la peligrosidad del toro y cobrar como si hubieran descubierto alguna vacuna del cáncer. En un mundo donde las brechas entre ricos y pobres se han abierto cada vez más, y los sistemas que prometieron reducir esas brechas han fracasado, pues no es raro que un espectáculo que hace hasta lo imposible por ponerse la etiqueta de privilegio, tienda a menospreciarse.

Esas dos condiciones, animalismo urbano y hartazgo hacia reducidos grupos privilegiados, hacen peligrar al espectáculo lo mismo en Madrid, en Lima, que en Autlán. Más porque creo que los taurinos, por su perfil mayoritariamente de élite, serán los últimos en comprenderlo. Ante las voces que denuncian prebendas injustas, se ha respondido con sorna.

Volviendo a la carretera donde empezamos esta carta, antes de llegar al menudo encontrarás varios topes en la vía, y es muy probable que veas en ellos otro símbolo de la globalización y el empobrecimiento. Son migrantes centroamericanos que hacen su lucha por llegar a Estados Unidos.

Creo que su presencia y tránsito debe verse con solidaridad y aprecio, que los flujos migratorios son parte de nuestra naturaleza y hay evidencias que han enriquecido nuestro entorno. En ese sentido te voy a pedir que, en una próxima carta, cuando tú juzgues conveniente, compartas tu apreciación sobre uno de los flujos migratorios más trascendentes que han ocurrido en Autlán, a partir de la apertura

de la mina San Francisco, aquellos años en que nuestro terruño resintió una consecuencia muy positiva, de que las naciones poderosas reclamaran manganeso al resentir los estragos de una muy fresca Segunda Guerra Mundial.

Dale un abrazo al pequeño Rodrigo, que según supe en estos días cumplió años.

Me despido escuchando la rola que recomendaste de Mick Jagger y Peter Tosh.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 1 de febrero de 2020. Día Municipal de la Chirimía.

Hablando de nacionalidades locales y gastronomía debo confesar, a riesgo de ser crucificado, que varias de las delicias más famosas de nuestra región me están vedadas. Ni el menudo, cuyo solo aroma me disgusta, ni los tan queridos chacales, platillo que es muy demandado por muchos visitantes primerizos de la capital del Estado, me resultan atractivos.

Por cierto, ya sabes que hay varias historias entre los chacales y El Grullo. Una de las más curiosas ocurrió más o menos en la época en que te integraste a la ruta migratoria intermunicipal, cuando la Secretaría de Cultura de Jalisco emprendió la tarea de integrar un catálogo del patrimonio cultural jalisciense. Pero lo hizo con el mal tino de encargar a los municipios que le hicieran llegar la información detallada de sus principales elementos patrimoniales, lo cual fue tomado como una chamba extra por muchos burócratas municipales y, por otros, como una oportunidad de exaltar aquellas cosas que más les gustaban de su municipio. En El Grullo no sé si ocurrió algo de esto, pero un amigo de allá me contó, entre enojado y divertido, que lo que ese municipio mandó para integrar al patrimonio estatal fue la receta para preparar chacales entomatados.

Otra, que involucra también a los universitarios, ocurría constantemente hace una década, cuando el rector del CUCSur de esos años tenía a orgullo llevar a comer chacales al Camichín de El Grullo a cuanto visitante encumbrado llegaba al campus de la Costa Sur. Ahí comían como se come en el Camichín, en una promiscuidad y amontonamiento que me recuerda a esas pinturas renacentistas donde representan el infierno.

Este asunto de las nacionalidades locales o como quiera que se les pueda llamar, me llega. Nacido en la lejana ciudad de Tijuana, de

padres autlenses y viviendo en Autlán desde la infancia, hay quien aun en fechas recientes ha necesitado de explicaciones para entender que sí soy “de aquí”. Esto, desde luego, me ha llevado a reflexionar qué diablos significa ser de algún lado o de otro y si eso se puede determinar a partir solamente de lo que diga un documento. He concluido, aunque sigo abierto a la reflexión, que como en muchas otras cosas, hay varios matices o niveles: desde el mínimo, al que no se llega con el simple acto de nacer, hasta el máximo, que es la integración plena a la comunidad, a pesar de haber nacido en otro lado. Claro que esto tampoco excluye la posibilidad de ostentar una doble nacionalidad.

En este sentido, el caso de los hermanos Corona Blake es muy ilustrativo. Como bien dices, la semana pasada organizaron en la cafébrería Musaz un homenaje al director de cine Alfonso Corona Blake, en cuyo cartel publicitario se aclaraba en letras bien visibles que el homenaje se hacía a un autlense. Me hicieron el favor de invitarme a dar una plática sobre la vida de este señor y, durante el trabajo de investigación previo, aunque centrado en Alfonso, me pude dar cuenta de que a los Corona Blake difícilmente se les puede negar la calidad de autlenses: nacidos en Autlán, en un lugar plenamente identificado (Alfonso nació en el número 4 de la calle de Guillermo Prieto, la casa puede ser que todavía se mantenga en pie), se criaron y vivieron su juventud aquí: Alfonso fue alumno, malito, de la maestra Magdalena Arias; Sergio fue un activo integrante del gremio Pollos, como correspondía a su grupo social, fungiendo incluso como aficionado práctico en las corridas carnavales; su hermana Odette fue reina de este gremio en 1944. Alfonso, luego de los éxitos y fracasos que cosechó en el cine, siguió viniendo al Carnaval, como consta en reportes periodísticos. Y eso por no hablar del papel de sus padres en la vida de Autlán, que también se encuentra documentada. Todo esto para decir que ellos no solamente nacieron

aquí porque doña Laura, su madre, no pudo parirlos en otro lugar, como les ocurrió a muchos de tus alumnos, sino que estuvieron integrados a la comunidad autlense.

Claro, tanto Alfonso como Sergio hicieron una vida fuera de Autlán y son recordados principalmente por lo que hicieron en la Ciudad de México y en El Grullo, respectivamente. Aunque esto no es, me parece, motivo suficiente para retirarles el pasaporte autleco.

Y esto me lleva a la siguiente consideración al respecto. El hecho de que en Autlán celebremos la vida y la obra de algún personaje, que eso es básicamente lo que se hace en un homenaje como el que le tributaron a Alfonso Corona Blake, no implica necesariamente una apropiación. Es una forma de mantener en la memoria colectiva lo que esa persona hizo, hubiera sido o no para beneficio directo del pueblo y, claro, una forma de festejar los éxitos de uno de nosotros. Trayendo de vuelta la idea de la doble nacionalidad, no debería haber problema con que dos o más pueblos festejaran a un mismo personaje, como últimamente hemos hecho en Purificación y Autlán con el doctor Nabor de Niz, tan autlense como “villano”.

Para cerrar el tema intermunicipal, también soy de los que celebran que la Licenciatura en Artes, que aún debe pasar por el Consejo General Universitario, se instale en El Grullo. Pero no solo por la tradición musical grullense sino por la capacidad que han demostrado allá para mantener en un buen nivel a grupos musicales tan importantes en la región como su Banda Municipal y la Orquesta Sinfónica Juvenil, rondando el centenario de vida la una y la década la otra. Para esto es necesario liderazgo y capacidad de organización, características de las que los autlenses hemos demostrado carecer. ¿Te acuerdas de la Orquesta Típica y de la sinfónica juvenil que no hace mucho estuvo en esperanzadora formación en Autlán?

Antes de que comentemos el tema que propones sobre la influencia de la minera Autlán, quisiera que abordáramos el del liderazgo en nuestra tierra. Creo que estaremos de acuerdo en que la actual administración municipal será menos recordada por sus logros que por los constantes conflictos, no entre los partidos políticos que lo conforman, sino entre los integrantes de ese pozole político que llegó al poder gracias al efecto AMLO y que parece no haberse preparado para lo que habría que hacer en el caso de ganar la elección. Se notan perdidos, fuera de su sitio, como Raúl Rodrigo Lara jugando de defensa central contra Alemania en Francia 1998.

Creo que esto es un síntoma de que en Autlán hace tiempo carecemos de liderazgo social, los grupos que se han hecho del poder municipal lo han logrado gracias a inercias que vienen de ámbitos estatales o federales y no representan ya no digamos a la generalidad de los autlenses, sino por lo menos a una parte significativa de nosotros. Esta clase de liderazgos, que no necesariamente deben ser electorales, son fundamentales para el desarrollo de una comunidad: gracias a ellos y a su organización Autlán consiguió, por ejemplo, la presencia formal de la Universidad de Guadalajara y de la UPN aquí, con los evidentes beneficios que eso conlleva.

Bueno, para terminar, voy a mencionar una de las excepciones a esta regla, que hoy está de fiesta. Es Manuel López Morales, el profesor Chirimía, a quien debemos la presencia de esta música tradicional en Autlán, luego de que hace un par de décadas estuvo prácticamente perdida tras la renuncia y posterior muerte de don Toribio Morán, el último chirimillero autlense. López Morales salió al pueblo de Comala a aprender a tocar y a fabricar los instrumentos para la chirimía y ahora incluso se ha abocado a enseñar esta tradición a niños del Centro Escolar Chapultepec, por lo que podemos creer que habrá chirimía para los carnavales que vivan Eva, Rodrigo y Andrea.

Me despido bajo las chirriantes y monótonas interpretaciones de la chirimía, disponiéndome a leer en Facebook las últimas polémicas del inminente Carnaval y deseando de corazón que Eva haya superado ya los efectos de la influenza.

Guillermo.

El Coajinque lleva agua. Hoy es el aniversario 103 de la Constitución de Querétaro.

Estimado Guillermo:

Corramos juntos el riesgo de lapidación, que la arena pública trae la resortera engatillada. Si a ti no te gustan el menudo ni los chacales, confieso que sufro terriblemente al escuchar a la chirimía. Tengo incluso la teoría de que el nombre “Chirimía” se desprende del verbo intransitivo “chirriar”, que hace referencia a un sonido continuo e incómodo.

Pero no soy proclive a los pensamientos reduccionistas que catalogan todo blanco o todo negro. Hay en este conjunto tradicional dos cosas que disfruto plenamente. El más relevante es que participo alegremente de su función. La chirimía y el tambor son heraldos de la fiesta, emisarios de la alegría, embajadores del Carnaval. Escucharlos por la calle significa que el ritmo cotidiano de la vida puede bajar las revoluciones, pues el encuentro humano que hace todo posible, aparecerá como invitado de honor. Por eso lo escucho con regocijo... unos minutos, nada más.

La otra razón por la que me emociono es que, como bien lo señalas, ha sido encabezada por el profesor Manuel López Morales, con quien tuve el gusto de convivir en dos dinámicas distintas: primero fui su alumno en la prepa, malito como Alfonso Corona de Magdalena Arias, y más tarde coincidimos en innumerables entrevistas que en mi calidad de reportero hice para promover el Carnaval.

Por eso, al ver que a Autlán llegan tantos chirimiyeros de puntos geográficos tan lejanos, y que en el municipio se forma a nuevos músicos, saludo el éxito de la campaña de mi amigo, quien comenzó esta aventura en un aula de formación docente y se empeñó en transformar la realidad, como músico y como maestro.

Pero cerraré el tema de Manuel contándote una anécdota que a él le divierte mucho. Hoy es su cumpleaños. Y el día en que nació había toros en la plaza. En aquellos años, Gaspar Henaine “Capulina” era una celebridad del cine nacional, presentaba shows por toda la República y ese día estaba anunciado aquí. La madre de Manuel confiaba en que el parto se dilatara y le permitiera ir a la plaza, pero el futuro chirimihero mayor tenía prisa de carnavalear y llegó al mundo el día en que Capulina vino a Autlán, hecho que su mamá le cobraba cada año. Por su origen y sus aportes culturales está irremediabilmente ligado a la más grande fiesta de los autlenses.

Padezco como todos en esta ciudad de los desatinos del gobierno municipal. Sufro la banalidad con la que atienden asuntos vitales y la sobre atención que le dan a temas intrascendentes. Encuentro también desafortunada la participación de la oposición, mucho más preocupados en algunos casos en acogerse cómodamente a un árbol que con todo sigue siendo frutalmente generoso, y otro sector muy preocupado en hacer leña del árbol caído. A casi nadie lo veo con intenciones de enderezar el rumbo.

El tema de los servicios públicos es el más grave. Pero como no es mi estilo etiquetar de un solo color la realidad, déjame compartirti algunas causas de la catástrofe. El pacto político que sostiene a Jalisco convirtió a los municipios en piezas infinitamente débiles.

Cualquier municipio de la región es incapaz de atender por cuenta propia la llegada de un huracán, un temblor, el crimen organizado, los abusos ambientales de transnacionales depredadoras y cualquier problema fuerte que se te ocurra. Aun así, los ayuntamientos han sobrevivido a pesar de que son atendidos con lógica de enriquecimiento, principalmente en la acumulación de capital político que los catapulte a puestos más encumbrados o a las páginas doradas de la historia local.

Para lograrlo, los alcaldes recurren a dos opciones. La primera es comprar voluntades vía nómina; la contratación, basificación, despedido y demanda, son un negocio millonario que representa una sangría incontenible. En el gobierno trabaja demasiada gente y puedes tener la certeza de que el próximo presidente contratará a más.

El segundo camino es el crédito. Los ingresos propios y las participaciones se invierten en gasto corriente y queda nada para la obra pública que genera capital político, entonces actores de todas las corrientes y partidos se han endeudado para dejar huella de su paso por el pueblo, los ingresos se merman pues se siguen pagando créditos viejísimos de obras que, en muchos casos, ya no funcionan.

Con alfileres se sostiene la administración municipal, pues el perfil poco ilustrado del gobierno actual se los quitó. Creo que uno de los pocos aciertos que trascenderán de este gobierno será tu nombramiento como cronista.

Ahora, tampoco creo que responsabilizar del fracaso al Presidente de la República ayude en mucho a entender la realidad. Con la 4T tengo innumerables diferencias, pero tampoco encuentro razonable endilgarle todos los males que nos aquejan. Tampoco espero que las soluciones lleguen de un liderazgo, ni de él ni de otros. Creo que la verdadera transformación llegará cuando se articulen diferentes grupos con agendas distintas y que encuentren cosas en común.

El día en que los afectados por las plantaciones de aguacate en San Gabriel se unan con los pescadores despojados de sus playas en la costa de Jalisco, podrán proponer soluciones al despojo, y si dialogan con las poblaciones del sureste, por donde pasará el Tren Maya, con más razón. El momento en que los familiares de desaparecidos encuentren puntos de encuentro con las marchas feministas, tendrán más oportunidad de encauzar acciones transformadoras.

El riesgo más grave que vislumbro en el panorama local y el nacional, no son políticos malísimos o personajes antipáticos. Lo

peor que padecemos es nuestra incapacidad de diálogo y empatía hacia posturas con las que no coincidimos. No solo el Presidente polariza, el mundo está lleno de gritones que lo hacen.

Autlán, El Grullo, Chiquilistlán, Zapotlán El Grande, Cihuatlán y Unión de Tula, son algunos de los pueblos jaliscienses que más frecuento y en todos veo personas trabajando, liderazgos en distintos ámbitos que logran cambios significativos. El gran reto es que no construyan un caparazón y que encuentren la forma de articular sus esfuerzos, que ni quienes construyeron el CUCSur y la UPN lo hicieron solos.

Ya para cerrar te propongo que hagamos una propuesta formal al H. Ayuntamiento de Autlán para que considere la creación de esa figura de “doble nacionalidad”, pues, igual que tú, tampoco nací en Autlán. Vi la primera luz en Irapuato, Guanajuato, ciudad con la que carezco de toda relación. No así con esta tierra, que me dejó bien claro, desde que llegué, que soy un “autlense de corazón”, que si bien es un título cariñoso no deja de hacerme sentir diferente.

Aprecio tus preocupaciones. Eva requirió de unos días de descanso, un tratamiento efectivo y mucho cariño familiar para sobreponerse a su afección, ahora solo acusa aburrimiento y unas ansias locas de que comience el Carnaval para ir a los jueguitos. Ella sí es autlense de todas las formas posibles.

Te dejo un abrazo.

Carlos Efrén.

**Autlán de Navarro. Domingo 9 de febrero de 2020.
68 años de la gira del Orfeón Proa por la ciudad de
México.**

Estimado profesor Carlos:

Creo que todos coincidimos en las reservas que le ponemos al agrado que nos provoca la música de chirimía. El mismo Juan José Arreola en *La feria* dice, a través de uno de sus personajes, que es monótona y cansona luego de oírla por un rato, pero desea que cuando muera lo sepulten con música de chirimía, como a los indios de Tuxpan.

¿Te fijas que aunque todavía estamos lejos del inicio del Carnaval los temas carnavaleros comienzan a poblar estas cartas? Creo que en eso podrán encontrar nuestros presuntos verdugos un atenuante para cuando tengan que ejecutar la sentencia por faltas a la autlanidad.

Y lo mismo pasa con otros ámbitos, señaladamente el de las redes sociales pero también el de la grilla (desde las sesiones de Ayuntamiento para abajo), las escuelas, las oficinas y los medios de comunicación. Ahí, con meses de anticipación ya se vierten comentarios de todo tipo, la mayoría de ellos negativos y quejumbrosos, sobre lo que vendrá en el Carnaval: lo tarde y mal que se ha conformado el patronato, los rumores de venida de cantantes y toreros, lo caro de las entradas y, de un tiempo para acá, el poco respeto a las acendradas tradiciones autlenses.

Para mí esto es una muestra de la vitalidad del Carnaval de Autlán, a despecho de otras fiestas de aquí mismo que han ido perdiendo relevancia, como la fiesta de la Virgen del Rosario, y de otros lugares de Jalisco, que incluso se han visto desaparecer, como el Carnaval de Guadalajara.

El Carnaval tiene esa virtud, de gozar actualmente de cabal salud en cuanto a la importancia que tiene para los portadores esa tradición, que somos los habitantes todos de Autlán o, por lo menos, una

gran mayoría. Claro que tiene muchos defectos, entre los cuales el más grave es, desde mi punto de vista, la pretensión de seguir organizándolo de forma “artesanal”, como si fuera la fiesta más importante del Autlán de mediados del siglo xx. Queremos seguir aferrados a sitios y formas que nos parecen entrañables o, peor, intocables por ser parte de una tradición que creemos obligatorio conservar intacta a pesar de los cambios paulatinos que ha sufrido con el tiempo.

Cuando hablo de formas me refiero a que una fiesta de esa magnitud siga siendo organizada por un grupo de personas de buena fe, que ostentan cargos honoríficos y que, en no pocos casos, llegan al patronato sin una experiencia previa en el tema. Llegan a aprender, pues. Y no hay garantía de que su aprendizaje vaya a ser aprovechado en siguientes ediciones del Carnaval porque el Ayuntamiento podrá, si quiere y sin mayor justificación, designar a nuevos miembros del patronato. Estos continuos aprendizajes desde cero que, afortunadamente no se dan todos los años, son un problema cuando hay que negociar con empresarios taurinos, promotores de espectáculos, sindicatos, jinetes, ganaderos y demás, y aparte atender todos los aspectos de la organización de la fiesta, con las miles de aristas que presentan. Yo me cuento entre los que no conocen el monstruo desde adentro pero, a reserva de conocer sus inconvenientes, me gustó la propuesta que hizo Octavio Adolfo Santana Valencia en el Foro de Reflexión y Propuestas para el Mejoramiento del Carnaval al que convocaron el Centro Universitario de la Costa Sur y la CANIRAC Autlán en diciembre de 2008: profesionalizar al patronato organizador del Carnaval, otorgando un sueldo a sus integrantes, que deberán trabajar durante todo el año en funciones especializadas de la organización, a la manera de los grupos que organizan la Feria Internacional del Libro de Guadalajara o las Fiestas de Octubre de allá mismo.

En la cuestión de los sitios, muchos autlenses están convencidos de que el centro de Autlán, entre el jardín Constitución y la plaza de toros, es el lugar idóneo para que se desarrollen las actividades del Carnaval. De este modo juntamos a miles de personas en unos cuantos metros (no sé si Protección Civil tenga el dato de la densidad de personas que se reúnen en el Callejón en una noche cualquiera) con los consiguientes problemas de contaminación de todo tipo que se padecen en una zona neurálgica del pueblo y de obstrucción de la circulación que, aunque vivamos días de fiesta y de relajación de las preocupaciones cotidianas, sigue siendo necesaria. Yo soy de los que creen que el núcleo de feria es necesario, por lo menos para desahogar las calles aledañas a los jardines y a la plaza de toros y para permitir más espacio para los jaripeos y eventos artísticos. La plaza Alberto Calderas, creo, se podría seguir usando para las corridas formales. Tanto la plaza como el centro de Autlán ya acusan los problemas de falta de espacio que, en su momento, acusaron el Hotel Turco o el Teatro Mutualista y que obligaron a abrir un sitio con mejores condiciones, como lo fue el Casino Autlense, para que en ellos se desarrollaran los bailes del Carnaval.

A la tradición del Carnaval y su desarrollo un cambio como estos no le afectaría. La fiesta sigue tan viva como antes de que se le encargara su organización a un patronato, que se comenzara y se dejara de elegir reinas o apareciera el Callejón del Vicio para reemplazar a las antiguas terrazas, que a su vez habrán reemplazado a otra forma de reunión. No hay necesidad de aferrarnos a formas caducas.

Claro que estoy listo para el Carnaval. A pesar de que no soy en absoluto aficionado a los toros, ni en forma de jaripeos ni de corridas, ni a la predominante música de banda (otra agravante para la falta de autlanidad), el Carnaval me gusta mucho. Tiene ese componente de transgresión de la cotidianidad y el ambiente generalizado de fiesta que no tienen otras épocas del año y que no resulta artificial, es decir,

no depende mayormente de lo que una autoridad haya organizado sino que está contenido en el carácter de los habitantes de Autlán. De hecho, el Callejón del Vicio, por el que tampoco tengo una gran afición, es actualmente un buen ejemplo de lo que es un Carnaval, de Autlán o de donde sea: aunque se ha pretendido regularlo de varias maneras, es un espacio que surgió no por decisión de la autoridad municipal sino como respuesta a una necesidad que ya se dejaba ver en los lejanos años 1980, cuando ya escaseaban los espacios abiertos y gratuitos donde pudiera reunirse la gente a festejar sin necesidad de pagar un boleto o un consumo. Esto deberá tenerse en cuenta si alguna vez se decide retomar el proyecto de que el núcleo de feria sirva para algo más que para tirar ramas.

En cuanto a lo que está anunciado, lo que más me interesa es el Cerveza Artesanal Fest, donde el año pasado encontré una joyita con la marca Pascola y en el que aparece un cartel musical que ofrece alternativas a la llamada música grupera. Voy a extrañar las semanas culturales taurinas, a las que ya me había acostumbrado y a las que debo lo poco que conozco y la simpatía que tengo hacia la fiesta brava, aunque no llegue a ser afición. Pero, siguiendo la recomendación del presidente del patronato, en su defecto seguramente asistiré al Teatro del Pueblo.

En tiempos de *deGrana*, por estas fechas ya estaba desempolvando el enlace de la barra de Favoritos en mi navegador para enterarme de las novedades. Ahora hay que conformarse con la incierta información que se comparte en las redes sociales o con lo que publican los medios de comunicación no especializados en el Carnaval, para los que no toda la información es nota.

A muchos nos falta entender la necesidad de matizar los temas para no polarizar el debate y, por lo tanto, hacer imposible el entendimiento. Es una tarea pendiente.

Guillermo.

Un intenso olor a petate inunda la ciudad, faltan dos días para que inicie el carnaval 2020.

Señor Cronista:

Las faltas a la autlanidad suenan a una terrible transgresión al orden público, malvados crímenes que merecen por castigo ser fusilados en el paredón indómito del Mitoteño. Dios guarde la hora. Mientras ese momento llega, vivamos con intensidad estas jornadas previas a la más importante fiesta de la región, en que es francamente imposible abstenerse de comentarla, pues, en un sentido ya metafórico, el aroma a petate anega nuestras fosas nasales.

La semana anterior recordamos uno de los hechos más trascendentes en la historia local, que es la visita que realizó a tierras autlenses el virrey de la Nueva España Antonio de Mendoza, hace ya 479 años. Esa insigne visita inauguró la fea costumbre que tiene la clase política de venir a Autlán en febrero. Quisiera platicarte un par de anécdotas, de esas que ocurren tras bambalinas, que trajo a mi memoria el aniversario de la visita de don Antonio de Mendoza.

El virrey no vino al Carnaval, porque asumo que aún no existía, pero a los funcionarios de todos los estratos de gobierno les encanta visitar Autlán en esas fechas. No está mal que nos procuren, lo que me parece patético es que finjan que vienen a trabajar y que aprovechen la vuelta para cumplir con la agenda realmente importante: dejarse apapachar por el gobierno local y hacer política de la chafa.

El caso emblemático estoy seguro que te generará agruras como a mí. El 23 de febrero de 2009 fue lunes de Carnaval, y ese día al gobernador de Jalisco se le ocurrió que era el mejor momento para poner la primera piedra del Museo de Ciencia, Tecnología e Innovación, en el terreno que está entre la prolongación Guadalupe Victoria y el callejón que lleva al barrio de la Media Luna.

La movilización de la clase política local y estatal fue en grande, exigieron cobertura mediática de gran revuelo, apostaron seguridad personal para el gobernador como si fuera un semidiós inalcanzable y pronunciaron magníficos discursos sobre el futuro de la museografía viva, esa que permite la interacción y el aprendizaje.

El gobernador en cuestión terminó su periodo con fama de borrachín, quizá por eso cuando un colega tapatío y yo insistimos en preguntar si se buscó hacer coincidir el acto con el Carnaval, aquel señor alteño de barba y pelo cano se molestó amargamente de nuestra insinuación y alegó que se trataba de un proyecto impostergerable de mucha seriedad y compromiso por parte del Gobierno de Jalisco. A partir de ahí, los guaruras me apartaron amablemente y anunciaron que se había terminado la atención a la prensa durante ese día.

Ya habrá espacio para ahondar en el elefante blanco en que se convirtió ese “proyecto impostergerable de mucha seriedad y compromiso del Gobierno de Jalisco”, pero te puedo confirmar que ese día por la tarde, el gobernador libó con mucha generosidad en todos los espacios donde el Ayuntamiento local hizo relaciones públicas. También, que por ahí de las siete de la noche olvidó rencillas mañaneras y posó alegremente para las cámaras de *deGrana*. ¡Salud!

Al finalizar ese sexenio dos panistas competían por ser ungidos candidatos al Gobierno de Jalisco, Fernando Guzmán era uno y Alonso Ulloa era el otro, FerGuz se quedó a la postre con la candidatura. Pero en la Alberto Calderas libraron un mano a mano en una corrida de la que tengo un infame recuerdo. El Secretario de Gobernación consiguió una barrera de primera fila junto a los más encumbrados políticos locales y el otro aspirante consiguió un pase de callejón y supongo que alguien lo mandó al burladero de Radio Costa. La pasé mal.

Esa tarde brincaron un par de toros y debes de saber que eso significa pasar sustos enormes. Al político lo saludamos en el micró-

fono, igual que a cualquiera que se acerca a nuestro burladero, pero lo cierto es que no le dimos el lucimiento que esperaba y se mostraba muy incómodo, él iba a placearse, a dejarse ver, y casi lo aplasta un morlaco de media tonelada.

Los panistas dejaron de venir en esas fechas, pues acompañaron a los funcionarios municipales en la clausura y pasó lo que suele ocurrir: recibieron una carretada de mentadas. Desde entonces los políticos van a la plaza, pero se resguardan en localidades más seguras.

También viene a cuento todo lo anterior porque hace unos días el gobernador actual vino a reinaugurar y anunciar que ahora sí, de veras de veritas, van a terminar la carretera a Villa Purificación y que vendrá nuevamente a supervisar la obra... en los días de Carnaval. ¿Qué necesidad de afearnos la pachanga, no crees?

Con Juan Ignacio Arroyo Verástegui tengo una relación parecida a la de Manuel López. Fui su alumno en la prepa, esta vez creo que no tan malito, y luego fuimos interlocutores cercanos en mi etapa de periodista y su muy dilatada carrera como Director de Protección Civil. Aún tengo su número y, ante la duda que planteas en tu carta anterior, lo busqué para preguntarle sobre el aforo de un día normal en la plaza y el Callejón del Vicio.

Siempre es una fuente sincera, reconoció que le preocupa tanta gente en tan poco espacio y juntos calculamos que las horas de mayor asistencia son el viernes por la noche, sábado todo el día y domingo por la mañana. En tres cuadras, alrededor de diez mil personas. Un mundo de gente.

Aquel presidente municipal que fue abucheado la tarde en que los candidatos panistas clausuraron el Carnaval, es el autor de una de las acciones más responsables en la historia reciente: compró el terreno para el núcleo de feria como quien siembra tamarindos, sabiendo que él no cobraría nada, pero sí pagaría el costo político de

darle un contrato a la cervecería durante cuatro años, única forma posible de comenzar a construir esa impostergable infraestructura.

Lo que vino después, recuérdame que te lo platique cuando se acerque octubre o noviembre y nos acordemos del Festival Nocheztli. Por ahora, quisiera cerrar esta carta contándote brevemente uno de mis más grandes orgullos personales. Fui miembro fundador del Círculo Taurino Autlán de la Grana, que durante muchos años organizó, en los días previos al Carnaval, un conjunto de actividades de promoción que pasó al imaginario local sencillamente como Semana Cultural Taurina.

Don Rogelio Gálvez me invitó, creo que de él fue la idea original. Asistimos en las primeras reuniones, los Luis Alberto Sánchez padre e hijo, el maestro Pedro, Miguel Rodríguez, el propio Rogelio, algunas señoras y alguien más a quien tristemente he olvidado. Don Andrés Pérez, quien a la postre se convirtió en la figura más visible, se incluyó a la tercera o cuarta reunión. Yo voté para elegirlo como nuestro primer presidente.

Recuerdo tertulias memorables, en que se vivía un genuino interés por aprender y difundir la fiesta brava. Ahí comprendí la importancia de “cargar la suerte”. Analizamos videos y leímos textos especializados. Sobre todo, organizamos varias semanas culturales. Alcancé a participar en varias, con especial cariño recuerdo haber compartido unas rápidas pero mágicas palabras con El Pana, nutrirme de la sabiduría y sensibilidad del maestro René Rivera, reconocer el origen autlense del arquitecto Ignacio García Villaseñor, ganadero de la mítica San Mateo; bailar flamenco con Sacromonte y cantar pasodobles con Sandy Rodríguez, lo que sigo pensando que es el género que mejor le va.

Conforme pasaron los carnavales, mi agenda ya no me permitió seguir en el grupo, y tampoco me sentí muy identificado con algunas posturas. Eso no quita que ahora, que traigo esos ayer a la memoria,

el ánimo festivo con el que comencé esta carta mutara en una nostalgia por las amistades y los tiempos que se diluyeron.

Aprendí y aprendimos. Defendimos la fiesta de los toros como creo que es lo correcto hacerlo: poniéndola al alcance de la mayoría, acercando a los grandes públicos esas lecciones de ética y estética, que solo son posibles en un ruedo o entre quienes encuentran moral el ritual mitológico que celebra la vida, en su relación indisoluble con la muerte.

Gloria a Dios en las alturas, señor Cronista, que como dice Serrat ya recogieron las basuras, para que nuestras miserias se vayan a dormir. Espero verte en la alameda con una Pascola.

Te dejo un abrazo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 15 de febrero de 2020. Entierro del Mal Humor.

Don Carlos:

Recuerdo muy bien esas semanas culturales del Círculo Taurino Autlán de la Grana. Me convertí en asiduo asistente a ellas desde su segunda edición, la de 2009, que fue cuando las descubrí. En una carta anterior te decía que mi afición a los toros es prácticamente nula pero me faltó explicar que no lo es por uno de esos pruritos buenistas que tanto abundan en las redes sociales sino porque no he encontrado en la tauromaquia el estímulo estético que sí he encontrado en otras artes. Cuestión de apreciación y de constancia, seguramente.

Pero me declaro un simpatizante sincero de esta fiesta, a la que considero un filón importante de la riqueza con que cuenta nuestra identidad local. Si esta actividad se perdiera o se minimizara aún más, nuestro capital cultural se vería empobrecido en la misma medida, lo que no lograrían remediar los animalistas en modo alguno.

Debo decir que esta simpatía y todo lo poco que conozco de la fiesta se lo debo precisamente a esas semanas culturales taurinas. Recuerdo especialmente una conferencia con el matador en retiro César Pastor, en la segunda semana cultural, donde explicaba la historia de los juegos de toros desde la Antigüedad y su desarrollo hasta lo que vemos ahora. También llevo en el sector de la memoria donde se guardan las grandes revelaciones, las palabras y la actitud del Algabeño, ese torero bohemio que acudió en varias ocasiones a la semana cultural y en el que vi pintado un aspecto del espíritu de la tauromaquia. Me parece que el Algabeño es algo así como lo que es Keith Richards para el rock, guardando todas las proporciones del caso.

Con estos fuertes y ácidos críticos de la actualidad taurina aprendí a conocer mejor lo que significa una corrida de toros y todo lo que hay detrás de ella. Además me cayeron bien desde el principio

por esa disposición a regalar tiempo, esfuerzo y toda clase de recursos para mejorar el nivel cultural del pueblo de Autlán, haciendo alarde del liderazgo de que hablábamos hace un par de semanas. Afortunadamente, parece que la misma afición reclama ya actividades de esta índole, como lo vimos en la ceremonia de presentación de los carteles de este año, y que hay quien ha tenido el impulso de tomar la estafeta. Por cierto, a lo que me llama la atención de lo anunciado, aunque no forme parte estrictamente del programa general del Carnaval, hay que agregar la semana cultural taurina recién anunciada para celebrarse la próxima semana en la Casa Universitaria.

Vale, hoy se celebra el Entierro del Mal Humor, la actividad con la que en otros años comenzaba el Carnaval, aunque ahora ya comienza un día antes, con el certamen para elegir a la reina y la inauguración del Callejón del Vicio. Mientras pergeño esto aún faltan varias horas para que arranque el desfile, así que no puedo comentar algo sobre él, pero estoy seguro de que será un éxito, por lo menos de convocatoria.

Por cierto, el Entierro del Mal Humor se parece al Carnaval de Autlán en el hecho de que su origen es, hasta ahora, desconocido. Así como se ha difundido la especie de que el primer Carnaval de Autlán se celebró en 1831 también se ha afirmado, aún en estudios serios, que este sepelio festivo fue traído al pueblo por los jornaleros veracruzanos que llegaron a trabajar en el Ingenio Melchor Ocampo. Sin embargo, está comprobado que no es así: los primeros trabajadores del IMO llegaron al valle de Autlán en el año 1969, precisamente en los primeros días de octubre, para hacer los trabajos preparatorios para la zafra de prueba, que culminaría a principios del año siguiente.

La gente de 60 años y más y que vivió en Autlán en las décadas de 1950 y 1960 recuerda bien los Entierros del Mal Humor que se celebraban en esos años aquí: había su Rey Feo, un cierto trabajador del rastro municipal que cada año cumplía con esa función, su pipón con agualoca, sus farolas, el ataúd en el que se llevaba a sepultar al mal

humor... por si no fueran suficientes los recuerdos de estas personas (la memoria suele ser traicionera), está el programa del Carnaval de 1959 publicado en la revista *Autlán Taurino*, de Emma Uribe Capacete, en el que se consigna este desfile como primera actividad. Diez años antes de que llegaran a Autlán los “raneros”, dicho este apodo sin intención despectiva puesto que ellos mismos se nombran así. Con esto creo que queda claro que el Entierro del Mal Humor no llegó de Veracruz vía el Ingenio Melchor Ocampo sino de otra parte. Eso sí, los azucareros le imprimieron un toque chusco y transgresor que enriqueció al desfile.

Aunque el entierro tampoco formaba, al parecer, parte de los carnavales autlenses de principios del siglo xx. Sin tener la certeza de su procedencia, me parece que su origen es común con los que se celebraban en el segundo tercio del siglo en varios lugares cercanos: había carnavales con Entierro del Mal Humor en esos años en Colima, Sayula, Ameca y hasta Guadalajara, lugar este último donde los estudiantes estaban encargados de llevar a sepultar al mal genio. Por cierto, ellos coronaron como su reina en alguna ocasión a la todavía poco conocida María Félix.

Ya que mencionaste a don Antonio de Mendoza, él llegó a Autlán procedente del Puerto de la Navidad, a donde arribó el 25 de diciembre de 1540, y por eso ahora Barra lleva ese invernal nombre, a despecho de su clima. Bueno, pues el primer virrey de la Nueva España pasó a Autlán directo desde Purificación, donde también estuvo algunos días atendiendo asuntos jurídicos y administrativos. Para llegar a Autlán no lo hizo brincando por el Puerto de los Mazos (ni que estuviera loco), sino por el camino directo que comunica a los valles de Espuchimilco y de Autlán.

Ese camino fue transitado en el mismo sentido por otros personajes importantes de nuestra historia antes y después de Mendoza: Francisco Cortés de San Buenaventura el 4 de mayo de 1525, descubriendo y describiendo los pueblos indios hacia el norte de Colima (por cierto, llegó en temporada de pitayas, las que seguramente formaban parte de esas arboledas de frutas que se mencionan en aquella primera descripción de Autlán); el sanguinario y nervioso Pedro de Alvarado, quien pasó de Navidad a Guadalajara para ayudar a los españoles a combatir a los “cuatro gatillos” que se habían levantado en el Miztón, de donde ya nunca regresaría; el gobernador Sebastián Allende el 25 de enero de 1933, brindándole los autlenses una cálida bienvenida en las inmediaciones de lo que hoy es la UPN.

Pero no solo usaban ese camino personajes encumbrados: por ahí los introductores de ganado de principios del siglo XX hacían pasar animales rumbo a Sayula, para embarcarlos en tren a Guadalajara, y por ahí regresaban con dinero amonedado para comprar el ganado, porque los costeros no aceptaban billetes. Por esa vía pasaban también los arrieros, cargados de mercancías y noticias para distribuir las por todo el camino. Uno de ellos fundó, por cierto, una ermita a la Virgen del Perpetuo Socorro un poco más arriba del punto conocido como Corral de Piedra.

En fin, el camino directo entre Autlán y Purificación, cuya distancia en línea recta es similar a la que hay entre Autlán y El Limón, ha sido la ruta para pasar de aquí a la Costa desde que se tiene registro. Lo que no se ha logrado es modernizarlo para que pueda ser transitado por automóviles, lo que se intentó por primera vez en 1930. Y estos trabajos de modernización, lejos de mejorar el camino lo han dejado prácticamente intransitable con los varios cambios de trazo que le han inventado.

Eso y el derroche de dinero es lo único que se ha logrado. Y, quién sabe, a lo mejor también una que otra fortuna personal.

Espero tus letras de la próxima semana, amigo, a ver si coincidimos antes en algún festejo carnavalesco.

Hasta entonces.

Guillermo.

La bandera está izada en la torrecilla del reloj. Miércoles de carnaval.

Don Guillermo:

No soy supersticioso, pero por las dudas, procuro que mi pie derecho sea el primero en pisar el suelo, y desde hace tiempo un par de pulseras rojas acompañan mi muñeca. Pero en general soy como esos toreros que cuando arrojan la montera y el “sombbrero” quedan con los machos hacia arriba, se acercan para cambiar su posición con el filo del estoque, es decir: creo fielmente que uno traza su propio destino. Toco madera.

El Desfile de Entierro del Mal Humor 2020 pasará a la historia, ojalá que se convierta en referente para hacer las transformaciones necesarias que permitan mejorarlo. Nos metimos, literalmente, entre las patas de un caballo. Un equino desbocado por la Avenida Hidalgo lesionó a 45 personas. Poco antes del cruce con la calle Mariano Bárcena, alguien golpeó su anca y salió sin control arrollando a quien encontró a su paso.

Más tarde ese mismo día, la pobre de Eva pagó con un protagonismo involuntario sus ansias carnavaleras de juegos mecánicos; el que simula una pequeña montaña rusa tuvo una falla eléctrica que detuvo el trenecito en un punto alto de la estructura. No estuvo en riesgo de volcadura, pero los responsables de la atracción infantil evitaron durante casi 20 minutos que los usuarios bajaran mientras ellos hacían las reparaciones, lo que provocó que cinco niños abonaaron con sus llantos al ruido sin bocinas del ambiente.

Ambos hechos, el del caballo de mucha más gravedad, por supuesto, originaron un debate sobre el mal augurio que anticipó haber comenzado “con el pie izquierdo”. Volviendo a la metáfora tauarina, hay que darle la vuelta a la montera. Quisiera solo decir, también

para el registro, que disfruté ampliamente la vocación familiar que los carros alegóricos de Cri-Cri le dieron al desfile.

La carta pasada recordé a don Andrés Pérez por su presidencia del Círculo Taurino, hoy lo traigo a colación porque lo podemos poner en la Rotonda de los Abuelos Ufanos. Creo que es el único autlense que puede presumir que es abuelo de tres reinas del carnaval y suegro de otra. La primera nieta coronada fue Anaid Godoy Pérez en 2014. Luego Diana Paulina Pérez en 2017, y en el certamen de este año eligieron a su hermana Jessica.

El juicio de la historia será el que valga, y la opinión del próximo alcalde es más importante que la mía, pero encontré, en el certamen realizado el viernes pasado en la alameda, razones para seguir mejorando este proceso. Entre las necesidades que observé, está la de redactar una convocatoria con reglas claras que no se alteren al paso del tiempo.

Pero el formato gozó de interés, elegancia, belleza, fiesta; es, sin duda, una evaluación más compleja que permite calibrar la corona de manera más integral. Luego de la renuncia de Andrea Torres, el concurso navegó aguas tranquilas, y Jessica goza de la legitimidad que no tuvieron algunas reinas a quienes el origen y cantidad de los dineros entregados más de alguna vez puso en duda la validez del reinado. En el desfile escuché ovaciones para la monarca.

Pero la tarde está al filo del agua. Apenas unos días antes del inicio del Carnaval, pudimos ver numerosas manifestaciones de músicos que se indignaron porque les prohibieron el ingreso al callejón con equipos de sonido. Ayer salió el peine. Es una razón de peso para alterar la fiesta, tal como la conocemos.

La Comisión Estatal de Derechos Humanos Jalisco no se guardó nada y emitió la Recomendación 2/2020. En ella sugiere elaborar un programa de reubicación del Carnaval: “medible, continuo y progresivo”. También promover la construcción de un espacio adecuado

que cumpla con todos los reglamentos y, por último, que se eviten los espectáculos nocturnos en la plaza Alberto Calderas. Es decir, se demanda la construcción del núcleo de feria. El terreno existe, pero hay numerosas resistencias ciudadanas a los cambios, aun cuando el modelo actual de diversas actividades está oxidado, significa riesgo y sobre todo imposibilidad de expansión.

Ahora quisiera aprovechar esta oportunidad para preguntar tu opinión con respecto a un espectáculo emblemático del Carnaval. El Toro de Once es en esencia un jaripeo.

Pero el nombre no tiene razón de ser. Los dos cronistas que te antecedieron tienen opiniones encontradas. Don Ernesto narra en alguna parte de sus libros que el nombre viene del horario en que llegaban las corridas a Autlán, y que están muy relacionadas con el ahora casi extinto “recibimiento tradicional”. Mientras que el maestro Rafael Cosío cuenta con la versión que a mi juicio es la más acertada, o por lo menos, la más divertida.

Para el profe Rafa, el Toro de Once no hace alusión al horario en que se desarrolla el espectáculo, que para nada son las once de la mañana, sino a la naturaleza pachanguera del asunto. Argumenta con una práctica de antaño, cuando la mayoría de los trabajos eran oficios manuales que comenzaban apenas salía el sol y se tenía la costumbre de “hacer las once”. Esa práctica significaba hacer una pausa a media jornada para comer una botana y consumir bebidas alcohólicas. Y las once hacen referencia al número de letras que tiene la palabra Aguardiente. Te digo que yo creo más en esta versión, por dos razones.

La primera es que en mi infancia escuché a hombres que trabajaron con mi abuelo decir que “harían las once” y en algún punto de la mañana se refrescaban con una cuba. La segunda es que antes de tener numerosas responsabilidades carnavaleras, acudí a los tendidos de la Alberto Calderas ya con edad para que me vendieran cerveza: perdí la cuenta como en el quinto toro. Hice las once y el ridículo. Salud.

Aún falta una semana para que arríen la bandera grana de la torrecilla de la plaza, confío en que la suerte cambie su rumbo y no haya más tragedias que lamentar. Que los autlenses y los visitantes han dejado nutrida constancia de que esta fiesta es emblemática y grande.

Un abrazo, señor Cronista. Nos saludamos pronto.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 22 de febrero de 2020. A un año del primer certamen para elegir a la reina del Carnaval.

Don Carlos:

Sé perfectamente que en este momento estás trabajando en los micrófonos de Radio Costa, bien resguardado detrás de la barrera de prensa en el callejón de la plaza Alberto Balderas, en la narración de la primera corrida del Carnaval. Espero que se cumplan los pronósticos vertidos en el panel que se celebró en la Casa Universitaria la noche del jueves pasado, donde aún los aficionados más críticos coincidieron en considerar que sería la tarde más interesante del serial. En otros tiempos, por cierto, el sábado comenzaban los días buenos del Carnaval, los más concurridos. No sé si todavía pueda considerarse válida esta diferenciación o si ya es más pareja la actividad en los más de diez días que dura la fiesta.

Coincido contigo en que el inicio del Carnaval de este 2020 va a ser recordado dentro de muchos años por lo accidentado del Entierro del Mal Humor y las horas que le siguieron. Fueron días muy difíciles, los del fin de esa semana y el inicio de la siguiente, si tomamos en cuenta también el fatal accidente que ocurrió el lunes en la esquina de la plaza Carlos Santana, donde falleció una señora atropellada por un minibús. Aunque, claro, esto último no tuvo nada que ver con el Carnaval.

En lo que no coincido, o por lo menos no por completo, es en que el accidente del caballo desbocado en el desfile y en los jueguitos un rato después pueda considerarse como asunto de mala suerte. Desde otro punto de vista, podemos creer que los autlenses tuvimos muy buena fortuna en el resultado final: sin demeritar la gravedad de los lesionados por el caballo, entre los que hay algunos que a la fecha no tienen claro cuándo podrán recuperarse por completo, ese accidente

tenía el potencial para convertirse en una tragedia mayúscula, mortal, que hubiéramos lamentado por años. Pensado así, el accidente nos salió barato.

Y creo que tampoco puede culparse a la diosa Fortuna por esta situación, provocada en parte por la relajación de las medidas de protección civil y, también en parte, por la falta de cultura de la prevención por parte de todos nosotros. Ya tuvimos la buena suerte de tener esta advertencia, ojalá tengamos también el tino de tomar las medidas necesarias para evitar una situación similar en el futuro y, de paso, también para evitar el riesgo de que ocurra algo mucho más grave en otros puntos. Por ejemplo, esta tarde el profe Nacho Arroyo (de quien también fui alumno en la prepa) reportaba un 105 % de aforo en la plaza Alberto Balderas en el Toro de Once. Y esta noche habrá en el Callejón del Vicio, de seguro, los miles de concurrentes que mencionabas en una carta anterior. Eso y la recomendación de Derechos Humanos me confirma en la idea de que urge, desde hace años, el núcleo de feria.

Sobre el origen del nombre del Toro de Once, yo también conozco esas dos versiones que mencionas. La del maestro Rafa Cosío, incluso, tiene el componente extra de que la expresión “hacer once” o “hacer las once” también se usa en Chile, país donde él estudió su maestría. La otra versión, sin embargo, se repite en otros autores, a los que tampoco se les puede restar credibilidad: además de don Ernesto, coinciden en ella Jorge Boyzo en su libro *La fiesta de Carnaval en Autlán, Jalisco* y Jaime Llamas en una crónica que dejó sobre el Carnaval en los años 1920: el recibimiento no era otra cosa que una fiesta que se brindaba como agradecimiento a los ganaderos que prestaban los animales para los festejos del día, que venían de las haciendas y ranchos cercanos, donde se les ofrecía música, comida y bebida. Luego del recibimiento los festejantes pasaban a la plaza de toros para celebrar el Toro de Once, en una procesión que es el

antecedente del actual convite. Quizá sea la hora a la que arrancaba este convite lo que explique el origen del nombre del Toro de Once, aunque no estoy en condiciones de afirmarlo.

Vale, yo tampoco extrañé la competencia de los gremios Pollos y Choferes para coronar a la reina del Carnaval. Sigo creyendo, y la ausencia de los gremios entre las voces que añoran ese método de elección (no pueden protestar los gremios porque sencillamente ya no existen) parece confirmarlo, que lo que teníamos antes ya estaba caduco y, en los hechos, ya había muerto. Había que encontrar una alternativa y creo que la del certamen es la más adecuada.

Hoy hace un año, a estas horas, estaba por resolverse el primer certamen para la elección de la reina, un certamen muy accidentado y con notables fallas en la organización. Aunque el de este año también acusó errores, unos más graves que otros, parece que mejoró con respecto al de 2019 y, si sus organizadores hacen equipo con personas que han tenido buenas experiencias en eventos similares, específicamente quienes hicieron el certamen Reina de la Cultura Autlense, el de 2021 podría quizá ya considerarse mucho mejor. Creo que no hay argumentos para regresar a la recolección de dinero por candidatas postuladas por las entelequias llamadas gremios, aunque estoy seguro de que esto será una bandera que usará más de uno de los muchos tiradores a despachar en la oficina del presidente municipal de Autlán a partir de octubre de 2021.

¿Qué te pareció la Semana Cultural Taurina? A pesar de la convocatoria no muy numerosa en algunas noches, creo que tuvo éxito al cumplir con la difusión del conocimiento de la cultura taurina en nuestro terruño, con la consiguiente mejora de la cantidad y calidad de la afición.

Entre todo lo que se habló en esas noches de la Casa Universitaria, de cuyo nombre espero que hablemos más adelante, me llamaron la atención, sobre todo, un par de cosas: el reconocimiento por

Antonio Bricio, el lunes, de cierta vocación suicida de los toreros y la explicación de Felipe Aceves en el ya mencionado panel que se celebró el jueves de por qué le parece inconveniente que en la plaza Alberto Balderas se lidien toros tan grandes como los que este año trajo Caparica, de más de 600 kilos: además de las dimensiones del ruedo, más cortas que las de otras ciudades y que no permiten que el toro se mueva con la misma libertad, habló de que Autlán y su afición tienen una sensibilidad que se ha desarrollado con ganado de menor peso y con condiciones distintas a las que presentan semejantes moles. Llamó a que el Carnaval de Autlán no pierda su carácter festivo solo por lidiar ganado de mayor peso. ¿Qué opinas de esto? ¿Qué tal salió ese encierro de Caparica, tan pesado?

Bueno, y me pareció muy llamativa también la afirmación que hizo don Javier Medina, el juez de plaza, esa misma noche del jueves, en el sentido de que es en las ganaderías donde se les “quita el veneno” a los toros. Me parece un dicho muy grave, viniendo de quien viene.

Nos leeremos a mediados de la próxima semana, cuando ya los tablados hayan sido quitados y los heroicos trabajadores municipales de limpia estén cumpliendo con su importante labor de eliminar los detritos del Callejón del Vicio.

Hasta entonces.

Guillermo.

Ya se acabaron las fiestas, ya quitaron los tablados. Miércoles de Ceniza 2020.

Señor Cronista:

Te busqué en la alameda y solo el domingo te pude observar muy atento en la primera fila del concierto de Soul Sacrifice, tarareando muy alegre la música de Carlos Santana y observando con orgullo fraterno al bajista de la agrupación. Pero no hubo oportunidad de acercarme a pedirte el autógrafo que prometiste. Será para la otra.

Ya sin guasa, ¡que buen espacio resultó la alameda en este carnaval! Fue un refugio para los degustadores de garnachas, y significó un oasis para los autlenses con gustos musicales alternativos, que solían pasar el carnaval encerrados. La variedad de cervezas fue un aliciente para terminar las noches ahí. Hago votos porque el espacio se mantenga, y que medidas institucionales fortalezcan la iniciativa.

Al parecer el agua casi volvió a sus niveles y el Carnaval se sacudió las desventuras iniciales. Pero insisto, hay que aprender de ellas. Quizá porque nosotros somos poco aficionados a los conciertos de la Alberto Calderas, hemos hablado poco de música.

¿Sabes cómo distinguir a un autlense que empieza a chochar? El olor a ancianidad comenzará en el momento en que se queje de los malos artistas que traen y que afirme con nostalgia que antes traían música buena. Así he escuchado a personas que añoran las orquestas y sufrieron de los artistas pop. La siguiente generación recordó con nostalgia los bellos años en que vinieron el joven Luis Miguel y la voluptuosa Yuri al tiempo que padecieron las frecuentes visitas de Joan Sebastian. Los siguientes en envejecer disfrutaron al de Juliantla, aunque se quejaron de la insistencia con que acudía la Banda MS, y ahora fuimos testigos de los pesares de muchos por la dominación de los grupos de sierrreño: “¿Te acuerdas que antes traían bandas buenas

como la Arrolladora y Juli3n 3lvarez?, no que ahora, nada bueno”. Pero la plaza estuvo llena todos los d3as.

Entre las trips que le vi al Carnaval, encontr3 que hay dos factores decisivos para conformar la cartelera de conciertos. El primero son los gustos del sector juvenil, grupo que se renueva con el inexorable paso de los a3os y que son los m3s gastadores. El segundo son las condiciones de facilidad y ganancias que ofrecen los promotores. No hay m3s.

Lo que s3 se debe trabajar para ya no repetir, es la duraci3n de los conciertos. Salir a las seis de la ma3ana de la plaza no est3 bien. No es sano. Pero un escenario sencillo, como los que se usan en el ruedo, tarda de cuatro a seis horas de marchas forzadas en instalarse. Son los conciertos nocturnos los que m3s disfrutar3an del cambio al n3cleo de feria, la espera ser3 menor, habr3a posibilidades de bajar precios y mejorar las condiciones de los escenarios. Queda de nuevo, esa referencia.

De la Semana Cultural Taurina aprend3 mucho. Dialogar con gente del toro ha sido uno de los abrevaderos que me han permitido disfrutar m3s esta afici3n. De este ciclo de charlas goc3 mucho la del sastre C3sar Guti3rrez, y sobre todo la que tuve con los matadores Antonio Bricio el lunes, y con Fernando Ochoa y Arturo Sald3var el viernes, en el Museo.

No estoy tan seguro de que Bricio y Sald3var evoquen un inter3s suicida al abandonarse al torear. El toreo es tan profundo que invita a filosofar. Al platicar con Antonio, adem3s de sentir la piel chinita por las palabras del torero y el silencio reflexivo del p3blico, record3 a Plat3n, que concibe la existencia humana de forma dual.

La premisa original es que los toreros hablan de olvidarse del cuerpo y fundirse con el toro. El estado de gracia permite al ser humano reconocer su existencia m3s all3 del mundo sensible. Al ce3irse al astado viven un trance —he escuchado a muchos toreros

utilizar ese concepto— que les permite llegar al mundo inteligible, donde se existe de una forma auténtica, inmutable y permanente. Lo que ocurre es que existen en el mundo de las ideas. Al torear no dejan de existir. Su Ser existe y trasciende más allá de la experiencia corpórea.

El suicida termina voluntariamente con su existencia. El torero se libera del cuerpo para existir más allá del tiempo y el espacio. Para trascender como Manolete, como Alberto Balderas, como El Pana.

La estadística fue protagonista este serial, pues se rompió un récord importante. El toro *Estudiante* de Caparica dio en la romana 654 kilogramos, y su lidia fue didáctica de muchas formas. Diego Silveti fue quien lo sorteó. Al ruedo saltó una locomotora negra y bragada, de cuernos no muy voluminosos en proporción al cuerpo del animal.

Lo interesante fue que poco antes de llegar a la suerte de varas, el astado se acalabró y arrastró los cuartos traseros. El tendido se molestó terriblemente con el Juez y el torero pues siguieron con la lidia. Fue correcto lo que hicieron, pues esa congestión se “cura” en el encuentro con el caballo. Durante el segundo tercio el toro comenzó a moverse mejor y llegó a la muleta caminando con buen ritmo.

Pero los autlenses somos *especialitos*. Diego intentó brindar a todo el público y desistió, pues con una rechifla la asamblea rechazó la deferencia. Cosa por demás extraña. La faena tuvo momentos interesantes pues *Estudiante* fue bravo. Aunque lo que evitó una lidia larga fueron los kilos de más, lo que creo también es aleccionador. No hubo corte de orejas porque Silveti empacó las espadas de palo. Aunque el trasteo bien hubiera valido un apéndice.

En otro espacio, que puede ser Cultura Autlán si me invitas, podemos analizar el serial completo. Aquí refiero que el triunfador del carnaval fue Arturo Macías, quien desorejó a sus dos toros, que el martes se puso raro pues Ponce dijo que se lesionó la pierna izquierda

y el parte médico afirma que la lesión es en la derecha, lo que no abona a la ya menguada confianza que tiene la figura española, y que cuando el tiro de percherones se llevó los restos de *El Limón*, que fue el último toro de esta edición, comenzó la espera nostálgica y ansiosa del Carnaval 2021. Ya compré mi cochinito.

Pero hablemos de otras cosas, que el Miércoles de Ceniza anticipa la época gloriosa de abundancia de capirotada, y de momentos del calendario litúrgico que también invitan a la reflexión y al diálogo.

Igual que otras tardes, te dejo un abrazo en espera de que estés muy bien.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 29 de febrero de 2020.

Profesor Carlos:

De que los autlenses somos *especialitos* no hay duda alguna. Y esto es más notorio en tiempos de Carnaval y previos; desde meses antes lamentamos amargamente los yerros y desatinos, que siempre los hay, del patronato organizador y de la autoridad municipal, encarnados todos en la figura del presidente, al mismo tiempo que hacemos largas filas desde deshoras de la noche para conseguir boletos para todos los espectáculos, dispuestos a pagar cualquier precio. Primero pareciera que lo que habrá en el Carnaval es tan malo que mejor sería que no hubiera nada, pero el Martes de Carnaval sentimos que algo se rompe dentro del pecho conforme llegan las últimas horas de la fiesta. El caso es que, como acertadamente decía José Alfredo sobre la vida, el Carnaval “comienza siempre llorando y así llorando se acaba”.

Por lo que veo desde hace algunos años, solo muy pocas personas, todas ellas mayores, extrañan la elegancia y el boato de los bailes de Carnaval, que eran el verdadero cerrojazo de la fiesta que ahora se da en el Callejón del Vicio. Ese baile fue una tradición muy arraigada, de la que hay evidencias más que centenarias de que se celebraba en distintos espacios del pueblo, siempre derrochando elegancia y distinción. Desde hace algunos años, que de momento no puedo precisar, la costumbre se abandonó y, para colmo, está cayendo en el olvido. En este mismo sentido, en el pasado Carnaval pude darme cuenta de los esfuerzos del famoso Zorro Casillas, cumpliendo con su comisión dentro del patronato organizador del Carnaval, para rescatar del olvido y el abandono a los otrora animados recibimientos. El Zorro se lamentaba de que la gente no asistía ni ofreciendo la fiesta gratis. ¿Será que estamos presenciando la extinción de una tradición más pero que, como está muriendo poco a poco, no inspira protestas airadas?

El indicador que mencionas para determinar el envejecimiento de un autleco es efectivísimo y sirve también para otros ámbitos de la vida. Comenzar a añorar la música “de antes” despreciando “la de ahora” —sin más argumento que la diferencia de épocas— y usar ungüentos para las reumas es todo uno. Por cierto, en esta añoranza de tiempos pasados, que se conciben siempre como mejores, me parece que está el embrión de la defensa de costumbres y tradiciones ya muertas o cercanas a ese trance.

Aunque, en mi caso, siendo poco aficionado a la música más difundida en los carnavales, la percepción de la marcha del tiempo se dio de forma más clara con otro elemento importante de la fiesta: las candidatas a reina. Las primeras fotos de candidatas que conocí, allá en la segunda mitad de la década de 1980, me mostraban la imagen de lo que yo interpretaba como señoras de edad venerable, no muy lejana a la de mi mamá o a la de alguna de mis tías, luciendo peinados alborotados, logrados a base de litros de aerosol.

Diez años después las candidatas ya eran mis compañeras de la prepa, chicas de mi misma edad con las que llegué a compartir aulas y, dicho sea de paso y sin ánimo de adornarme, apuntes de algunas clases a las que sus reales obligaciones no les permitían entrar. A partir de ahí las candidatas fueron quedándome más lejos, del otro lado de la brecha generacional, al grado de que las actuales podrían ser hijas mías y, si se da el caso de que crucemos algunas palabras, me hablan respetuosamente de usted. No veo muy lejano el día en que me cedan el asiento en el camión. *Vaiga cosa...*

El festival de la cerveza artesanal, combinado con lo que se ha dado en llamar Teatro del Pueblo y que antes era simplemente el programa cultural del Carnaval, me parece que es el espacio que hacía falta para redondear la oferta artística pero también la experiencia general del festejo. Los expositores cerveceros con los que pude platicar se manifestaron contentos y dispuestos a venir el próximo año;

sus ventas fueron buenas y el representante de Eurocervezas calificó el ambiente de intenso, especialmente el del sábado 22 de febrero, noche en que se presentaron varios grupos de rock y la música (con la presencia de público) terminó ya en las primeras horas del domingo. Solo ponen el pero de que durante el día no hay actividades que atraigan a la gente a la Alameda, por lo que mientras hay sol el espacio está solo. Nada que no se pueda resolver, creo.

Y el ánimo del público también es favorable al festival, tomando en cuenta que las noches que asistí me encontré siempre con algunos amigos pero también con gente distinta cada vez. En ninguna ocasión el lugar estuvo solo, siempre hubo varios cientos de personas participando activamente de los espectáculos que se ofrecieron.

Mi experiencia fue muy buena. Al concierto de Soul Sacrifice, grupo que va mejorando su interpretación y ampliando su repertorio, debo agregar el hallazgo de la cerveza polaca Koslak y de la alteña Mexicana, así como el reencuentro con la grullense Foro 9. Todas ellas oscuras, amargas y pegadoras, que provocan que, si le tomas a una caguama en los días siguientes, sientas que estás tomando pura agua. Eso sí, este año me faltó la Pascola para que todo fuera sobre ruedas.

Pero demos vuelta a la página, aunque en Barra de Navidad apenas está comenzando un extraño Carnaval que celebran en plena cuaresma. Ya la próxima semana iniciamos con el taller de lectura del Museo que, como sabes, estará dedicado a analizar la novela autobiográfica *Retrato de una niña triste*, de Olivia Zúñiga. No quiero que se me salga algún *spoiler*, por lo que no entraré en detalles de la historia, pero estoy seguro de que, dada la coincidencia de las fechas, este análisis y el mismo conocimiento de la vida de su autora nos traerán muchas reflexiones sobre el creciente movimiento feminista.

Es un libro que puede resultar doloroso, producto de la niñez atormentada que tuvo su autora.

Nos vemos dentro de pocos días en el Museo, para compartir
letras y capirotada.

Hasta entonces.

Guillermo.

El Cerro Colorado con la luna en cuarto creciente, 4 de marzo.

Guillermo Tovar:

La alarma me encontró despabilado el Miércoles de Ceniza. Uno de los primeros pensamientos fue que por la tarde protagonizarías una sesión de los Diálogos sobre Autlán en el Museo, con una exposición sobre la modernización de la carretera a Villa Purificación.

En las primeras horas del día, comprobé que acompañarte resultaría imposible ante la montaña de responsabilidades que pasé por alto durante el Carnaval. Leí la reseña del encuentro y no tengo ningún dato histórico qué agregar. Sin embargo, sí estoy en condiciones de pintarte un enfoque poco explorado de la carretera: es uno de los espacios deportivos más utilizados, entrañables y exigentes de la ciudad.

Igual que Galeano yo amo el fútbol, pero arrastro dos limitaciones para convertirme en crack: la pierna izquierda y la derecha. Ante el poco talento para la pelota, descubrí con felicidad ese deporte que ahora llaman *running*, anglicismo al que prefiero sustituir con el castellano *correr*.

Con el interés de trotar cada vez mayor distancia, fue como me convertí en visitante asiduo de Chiquihuitlán. Partiendo de las últimas casas de Brisas del Oeste y terminando en la colina donde está la primaria del pueblo. Cuando se abrió una nueva ruta pavimentada, paralela al empedrado, la moderna vía se popularizó entre los deportistas.

Cada mañana y tarde, decenas de corredores y ciclistas de montaña se enfilan hacia la Villa, aunque nunca llegan tan lejos. Los automovilistas se han hecho a la idea de que encontrarán a personas trotando o en bicicleta.

Es una ruta ideal para una carrera de media y larga distancia. Uno puede correr de cinco a 22 kilómetros. Resulta demandante por la altimetría; desde el puente de la Echeverría hasta El Puerto del Obispo significa un ascenso de casi 500 metros. Pero son datos técnicos con los que ya no te voy a aburrir. Lo que quiero compartir es una experiencia irreal que, tienes mi palabra, goza de veracidad absoluta.

Hay días aciagos en que la vida se pone densa, y terminar la jornada de una sola pieza es el logro más importante. Un día de esos, llegué a casa con los últimos rayos de sol y el ánimo agrio. Decidí calzarme apresurado el casco para salir a rodar. Tuve el cuidado de llevar un par de lámparas para la bicicleta.

Martha expresó la preocupación de verme salir a un ambiente peligroso por lo oscuro. Pero yo traía el ánimo caldeado y me despedí con un parco “al rato vengo”. Cuando me asomé al Coajinque se habían esfumado las últimas gotas de sol, pero en el cielo se asomó majestuoso el plato luminoso de la luna llena, instintivamente susurré: “Tú que vas allá arriba, Ignacio, ¿no oyes ladrar los perros?”

Apenas pasé el puente de la UPN, recibí en el pecho la metralla de aire helado que baja de la sierra, ahí tuve el primer pensamiento de qué quizá sí actué con imprudencia, pero seguí, aunque el pulsómetro que mide el ritmo cardíaco registró un vertiginoso incremento de latidos. Al filo del arroyo recordé la leyenda de las tres cruces, maldición que secó el caudal en ánimo de revancha por un crimen atroz, escuché pisadas de caballo que provocaron escalofríos, pero me topé con la montura en este mundo, alguien la llevó al margen a pastar y la dejó amarrada. Mi corazón regresó a su ritmo natural.

Un kilómetro después, en donde el arroyo El Cristiano se funde con el Coajinque, giré a la izquierda. La cascada seca se veía con nitidez. El Cerro Colorado mostraba en los claroscuros los escurrideros que llenan piletas y hacen crecer flores entre las piedras. Un

giro a la derecha mostró los taludes del arroyo a punto del derrumbe y descubrí muy diáfano un carretón de los viejos, donde un hombre extraía el material que serviría para construir su casa. O era un arenero clandestino o al señor se le hizo tarde, a mí me pareció una estampa de los tiempos que narraba don Ernesto.

En los siguientes dos kilómetros vi la luz de mi lámpara fundirse con la obscuridad; enfrascado en una soledad apenas interrumpida por el ruido de los pedales y las llantas sobre el asfalto. A punto de llegar a la colina escuché el chirriante ruido de los metales que chocan entre sí. Espoleé los costillares de Rocinante y encontré con que el Mago Frestón llevó sus malas hechicerías hasta el camino a la Villa, donde mutó en molino de viento un gigante que acecha por las noches al valle de Autlán.

Metros adelante, justo donde hay un bar con vista a Chiquihuitlán, fui testigo de cómo un perro devoraba una serpiente, ignoro si el can la mató, pero sí aprovechaba la carne. Pasé, recuperando el aliento, lo más rápido que pude. En el kilómetro cuatro me encontré con que la luminosidad de la luna permitía observar hasta las espinas de los órganos de pitayas que están al otro lado de la cañada, al tiempo que un aullido me puso la piel chinita: encontré el origen en un coyote que corría ladera arriba, a una prudente distancia del humano, quizá desistiendo de ir a degustar gallinas de un rancho cercano.

Tengo que recurrir al oxímoron para describirlo con exactitud. La sierra cercana, las colinas de pitayas, la vía que es encuentro y destino lucían oscuramente iluminadas. El vacío me reconfortó y, más para darle un respiro al alma que a los pulmones, desmonté de la bicicleta en el punto desde donde son visibles todos los barrios.

Autlán estaba allá abajo, miles de puntitos luminosos palpitando por separado. Distintos colores, diferentes formas, ritmos desiguales. Pero ahí, entre los aullidos aún perceptibles del viejo coyote y

sintiendo en la espalda el helado aire que llega cansado y caliente al valle, entendí que eso es la ciudad: la suma de individualidades iluminando amontonadas el vértigo de la noche.

Pedaleé muy lento de regreso a casa, para fundirme en el abrazo entrañable que me transforma en una luz en compañía.

Te dejo un abrazo, agradeciendo por las zonas oscuras que han dejado de serlo, gracias a tus letras.

Carlos Efrén.

PD. La semana anterior el Consejo General Universitario aprobó la Licenciatura en Artes del CUCSur. Ahora sí, El Grullo ganó un gran espacio de formación.

Autlán de Navarro. Domingo 8 de marzo de 2020.

Profesor Carlos:

Precisamente ese Miércoles de Ceniza, un mal día para organizar un evento público que no sea religioso, según pude comprobar, se cumplieron noventa años de que comenzó la historia, por lo menos la historia documentada, de la modernización o construcción de una carretera que comunique a Autlán con Purificación de forma directa y que pueda ser transitada por automóviles, sobre el camino natural que comunica a los valles de Autlán y Espuchimilco. Ese 26 de febrero de 1930 el gobierno del Estado expidió los nombramientos para los primeros integrantes de la Junta de Caminos de Autlán, que debería encargarse de gestionar esos trabajos que aún no dan resultados pero sí lucen mucho en las campañas de los candidatos a presidente municipal o a gobernador.

A diferencia de otros proyectos de construcción que se han ejecutado en ese camino, el actual ha generado ese espacio de convivencia que mencionas, gracias al buen estado en que se encuentra la carpeta asfáltica pero, sobre todo, a la magnífica vista que desde ahí se tiene de Autlán y el valle y al efecto reconfortante de esos vientos vespertinos del poniente, que vienen directo de la sierra de Cacoma comunicando frescura y energía y que ya eran descritos por cronistas virreinales. Por lo menos hemos ganado ese espacio de esparcimiento, a falta de una carretera que nos lleve a la Costa sin tantas curvas.

Pasando a otra cosa, leo tu carta anterior mientras espero a que comience la rueda de prensa con la que las autoridades del Centro Universitario de la Costa Sur y del municipio de El Grullo anuncian formalmente, en la biblioteca Antonio Alatorre, la Licenciatura en Artes que mencionas en tu posdata. Aparte de los detalles curriculares y de trámites, como el hecho de que la carrera es única en la Red

Universitaria por su diseño, que se compone de un tronco común y orientaciones en Música, Artes Plásticas, Artes Escénicas y Fotografía y Arte Digital, que el estudiante podrá elegir para especializarse, y los detalles sobre fechas y formas de inscribirse como aspirante, en la rueda de prensa fueron dados a conocer datos que me resultaron interesantísimos y que vienen mucho al caso con lo que hemos platicado en cartas anteriores:

El diseño de la licenciatura es el producto de dos años de trabajo en equipo entre personal del centro universitario y artistas locales, con la asesoría de, entre otros, gente del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño de la Universidad de Guadalajara y del grupo de danza contemporánea de la Universidad Autónoma de Nuevo León. La iniciativa para la creación de una carrera de este tipo, que en realidad pretendía que se abriera una licenciatura en Música, fue del doctor Gabriel Gómez Michel, quien ya había comenzado gestiones con el rector Carlos Orozco, de ingrata memoria, para establecer este servicio en la región con el apoyo de la Universidad.

En El Grullo comenzaron con la construcción de un edificio que albergara una escuela de música, aunque fuera sin el aval universitario, que donaron a la Universidad una vez que se logró el acuerdo entre la presidente de la hermana república, Mónica Marín, y la rectora del CUCSur, Lilia Oliver, para comenzar los trabajos que culminarán con la apertura de esta carrera. Esta donación, según la rectora, fue fundamental para que el Consejo General Universitario aprobara el proyecto.

Me resultó especialmente significativo el hecho de que el proyecto de una carrera de música comenzó hace varias administraciones municipales grullenses y no fue abandonado a pesar de los cambios de color político. Otro es el hecho de que la carrera surge no por el dictamen de una necesidad local por parte de la Universidad sino por una iniciativa de la gente de aquí y fue diseñada con su partici-

pación. No sé si sea el único caso así en las carreras que se ofrecen en Autlán (en cualquiera de las universidades que aquí funcionan) pero así lo creo, espero confirmarlo pronto.

No sé si sea que los organizadores de la rueda de prensa no los invitaron, pero me resultó penoso el que no asistiera nadie con la representación del municipio de Autlán que, si bien no será sede de la carrera, sí será uno de sus principales beneficiarios. Tampoco hubo asistencia de prensa de El Grullo o del cronista de allá, don Ignacio Gómez Zepeda, quien supongo que hubiera estado muy interesado en estar ahí.

Como sea, el 11 de agosto próximo comenzarán las clases de esta nueva Licenciatura en Artes, en el edificio del Centro Cultural Regional de El Grullo, con 25 estudiantes que cursarán la orientación en Música, la única que inicialmente se va a ofrecer. Este será el tercer módulo del Centro Universitario de la Costa Sur fuera del municipio de Autlán después del de Jaluco, donde se imparte la Licenciatura en Biología Marina. Y, lo mismo que este, está ubicado en el mejor lugar posible dentro de la zona de influencia del CUCSur.

Como podrás imaginar, el ambiente en la rueda de prensa fue de mucho optimismo, incluso a la hora de comentar los trabajos que están pendientes para que se pueda impartir la carrera y que deben ejecutarse antes del mes de agosto. El optimismo es justificado, dada la vocación artística de nuestra región, especialmente en el arte de Euterpe en el caso de El Grullo, y la cantidad de vocaciones en esta área del conocimiento que tendrán la oportunidad de desarrollarse formalmente gracias a ella. Lo digo porque conozco por lo menos un par de casos de esta clase de vocaciones que, si bien no se han truncado, han tenido que quedar en segundo plano al tener que estudiar una carrera de las que se ofrecen aquí, ante la imposibilidad de salir a estudiar a Guadalajara.

Pero los beneficios de una carrera universitaria en artes no se reflejarán solamente en la formación de ejecutantes de las diversas disciplinas sino, seguramente, también en la generación de conocimiento por personal de la región y sobre asuntos locales.

Compartiendo este optimismo me despido por esta semana, vale. Nos vemos el martes en el taller de lectura del Museo.

Guillermo.

Autlán. 11 de marzo de 2020, un día irremediablemente triste.

Señor Cronista:

Preferiría dedicar esta carta a disculparme por no felicitarte por tu cumpleaños. También me consumían las ganas de cebarme en los atletas que volvieron a perder el clásico, y ahondar en los festejos por la apertura de la Licenciatura en Artes en El Grullo, pero no tengo cabeza para eso, Memo... mi esposa y mi hija desaparecieron.

Como cada domingo, planché el uniforme de Eva y lo colgué con cariño en el armario, los zapatos estaban lustrosos bajo la cama. La desazón comenzó la mañana del lunes, pues Martha no contestó ningún mensaje y cuando llegué a casa el escenario fue devastador.

El uniforme seguía ridículamente planchado en el gancho, los zapatos en su lugar. Pero ellas no estaban por ningún lado. El silencio se convirtió en una pesada losa que apenas dejaba escapar un chorrillo de aire que con trabajo respiré.

No fueron las únicas mujeres que desaparecieron. Les puse una enorme tacha roja a 89 alumnas quienes no entregaron tareas, no compartieron sus apuntes, ni prestaron material, como suelen hacerlo. En la escuela no hicimos honores a la bandera, no hubo escolta, ni banda de guerra.

El lunes fue un día muy pesado. A las maestras también las matan. A los profesores nos tocó tomar sus grupos, y explicarles a sus alumnos que este día no aprenderían ni química, ni inglés, pues su maestra no contestó los mensajes, tampoco se presentó y en su casa no sabían nada de ella. Así que anduve de salón en salón, haciendo malabares. En ninguna de las dos secundarias en que trabajo fuimos capaces de salir a la hora normal.

Facebook también se quedó desierto, abundaron expresiones de odio, quedaron las fotos de un grupo minúsculo rompiendo cosas, y

no hubo nadie que pusiera equilibrio, que mostrara que ese grupo iba en la retaguardia de una sola marcha, de decenas que hubo en todo México. Los indignados por la manifestación se dieron vuelo. Las tacharon de putas, de flojas, de salvajes. Nadie les reclamó. Memo, nos quedamos solos.

Observé muy de cerca la marcha del domingo 8 de marzo en Autlán. Acompañé a Martha y a Eva a la Plaza Cívica y caminé por la banqueta. Los reporteros contaron 200 mujeres al principio, pero en el transcurso de los 20 minutos que duró el recorrido, se sumaron muchas más. Esta manifestación fue parecida a las del resto del país en cuanto al orden, la unión y los mensajes. Pero tuvo algunas particularidades.

La consigna que en Autlán sonó con mayor intensidad fue “Mujer, escucha, esta es tu lucha”. No es para menos. Esta ciudad fue la mayoría de las veces indiferente a los reclamos. Otras más, afilaron la guadaña para desacreditarlas por diversas razones: porque encuerarse no es la forma ... en la marcha no había ninguna desnuda. Porque es un movimiento que promueve la legalización del aborto... pero no pasaban de cinco mujeres quienes traían consigo el pañuelo verde de ese otro movimiento y ninguna consigna habló del tema. Que porque es un movimiento financiado por la derecha para menoscabar a López Obrador... ninguna pancarta, ninguna consigna se acordó del Presidente. Que porque no quieren que se dañen los monumentos ... en Autlán nadie pintó, ni destruyó nada.

Aun así, para muchas fue como quien oye llover. Cuando el contingente pasó por la catedral había misa. La manada era numerosa, pero respetuosa. Dentro del templo el cura siguió con su homilía y los feligreses no voltearon, ni por error. Hicieron un esfuerzo por darles la espalda, exactamente lo contrario a lo que hizo Jesús con las mujeres de su tiempo.

El contingente de Autlán se enfocó en condenar la violencia de género. Esa que sí existe. Porque no es lo mismo morir por efecto de la guerra para controlar los negocios ilícitos, que por los celos de una pareja. Porque no es lo mismo morir en una riña, que por una violación sexual. Porque tú y yo, Memo, podemos caminar por lugares en donde nos daría pánico que Miriam o Martha pasaran.

Estas semanas mostraron muy diáfana otra condición de la ciudad, su construcción de pensamiento terriblemente reduccionista. Mujeres y hombres elaboramos un marco teórico que explica todo: feminismo, gobierno, economía, religión. Como si dibujáramos un cuadro alrededor de nosotros, para desde ahí condenar todo lo que no entra en ese cuadro. La incapacidad de tender puentes fuera de él, será nuestra extinción.

Volviendo al tema de las marchas, la de mujeres ahora, la que repudió la desaparición de los 43 de Ayotzinapa, la que cuestionaba la Reforma Educativa, la que gustes. La principal razón de molestia que exponen los mensajes quejumbrosos, es porque los otros no piensan exactamente igual que ellos, da igual si marchan, paran o deciden un día guardar silencio. Y tan legítimo es marchar el domingo y parar el lunes, como no hacerlo y promover valores en casa. Por cierto, las manifestantes no condenaron a quien no marchó y a quien decidió trabajar. Esos gritos lapidarios llegaron de otros lados.

Estos días, dije que escucharía mucho y hablaría poco. Escuché a muchas y muchos dándole a la educación el poder de cambiar la situación. El estar al interior de donde se fraguan los cambios desde las escuelas, me hace concebir las mismas esperanzas. Desde aquí trabajamos para transformar, será un cambio auténtico y significativo, estoy seguro. Pero tiene un defecto: tardará mucho en llegar. Los procesos son lentos, casi generacionales. Y diez mujeres mueren todos los días en México a causa de la violencia de género. No pode-

mos seguir perdiendo vidas. La marcha tiene muchos defectos, pero también la virtud de acelerar la atención.

Eva y Martha regresaron el lunes por la noche. Mis compañeras y alumnas volvieron al salón el martes en la mañana. Su silencio pesó más que sus gritos. Su ausencia de nuestras vidas, aunque temporal, ardió más que cualquier barda rayada. Respiro con tranquilidad porque el uniforme de Eva está en el cesto arrugado y sucio, luego de un día en la escuela.

Cambiarán cosas. Estoy seguro. Lo harán hasta que aprendamos a construir relaciones equitativas. Seguirán cambiando hasta que de ninguna escritora se tenga que decir en su biografía: “y Lázaro Cárdenas la tomó como trofeo”, igual que en el *Retrato de una niña triste*, que tendré el gusto de compartir con nuestros amigas y amigos, el martes en el Museo.

Un abrazo, Memo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 14 de marzo de 2020, ya hay guamúchiles.

Profesor Carlos:

El mismo día que leí tu carta anterior, ya por la noche, me topé con el facsímil de la portada de un curioso documento: la autobiografía de Carlos María de Bustamante, un viejo insurgente que es reconocido como uno de los padres de la identidad nacional. Oficiando como periodista, este señor fue uno de los primeros en usar el término “mexicanos” para referirse a los habitantes de lo que antes fue la Nueva España y difundió algunas historias o mitos fundamentales de nuestra nacionalidad, como la del Niño Artillero y la del Pípila. Bueno, en su texto autobiográfico, que fue publicado en abril de 1833, tu tocayo inicia con una frase impresa en letras mucho más grandes que las del cuerpo del documento: “Hay tiempos de hablar y tiempos de callar”. Esta frase la relacioné, en cuanto la vi, con tu afirmación de que estos días hablarías poco y escucharías mucho. Yo estoy en el mismo plan.

Al movimiento feminista que organizó las marchas del 8 de marzo y el paro del día 9 lo encuentro mucho más generalizado y fuerte que los otros que mencionas. Pero creo que es todavía muy temprano para concluir algo sobre él y lo que pueda lograr, me parece que está en crecimiento y falta mucho por ver. Confío en que no se limitará a las fechas significativas de este mes, que no podrá ser absorbido y nulificado por la clase política y que logrará, en el corto plazo, vencer las resistencias de nuestros carismáticos mandatarios, el refundador de Jalisco y el transformador de México, y que lograremos ver frutos de estas acciones.

Del discurso de odio que mencionas, es una constante de las redes sociales desde que las comencé a usar, allá por octubre de 2010. Facebook y Twitter están plagados de furibundos y apasionados

expertos en toda clase de temas, desde geopolítica hasta puericultura, cuyos profundos conocimientos y amplia experiencia en esos asuntos les permiten enarbolar verdades definitivas, totales, que no admiten la más mínima contradicción.

Antes de las redes sociales cibernéticas llegué a socializar con grupos más o menos amplios y diversos en las escuelas y los trabajos a los que acudía. En ninguno de esos grupos, en los que conviví con más de 120 personas con la misma cantidad de formas de ver el mundo, presencié discusiones tan acaloradas como las del *feis*. Bueno, sí las presencié, pero solamente en las discusiones de los lunes sobre fútbol.

Aunque seguramente hay ya una buena cantidad de explicaciones sobre este fenómeno, emitidas por verdaderos estudiosos, yo tengo mi propia opinión. Creo que el encarnizamiento y la violencia en las discusiones de redes sociales de Internet tienen vasos comunicantes con las que sostienen los aficionados a los distintos equipos de fútbol y que pasan por la superficialidad con que se conoce el tema, el interés por vencer y someter al “contrincante” y la autoafirmación en una idea preconcebida o aprendida que consideran inapelable, mediante el uso de sofismas para defender en aquello que están de acuerdo lo mismo que critican en el bando contrario. Lo que normalmente vemos en las tales redes es, pues, una confrontación más que una discusión. Como si nos hicieran falta campos de batalla.

Olivia Zúñiga sí que vivió en carne propia la violencia que en muchos casos la sociedad mexicana reserva a los vulnerables, a los que deben atenerse a sus propios medios para sobrevivir. De carácter, al parecer, demasiado sensible, huérfana de padre y abandonada por su madre para formar otra familia, enviada a vivir a un pueblo extraño, su vida inició con todos los ingredientes para volverla infeliz.

La parte machista de esta violencia también estuvo muy presente: desde el abandono por su madre, debida posiblemente al

síndrome de la leona que nos explicaba Ángel en la segunda sesión del taller de lectura de *Retrato de una niña triste* (ya lo oíste pero lo dejo aquí para el registro: la mujer “entrega” en ofrenda a sus hijos a su nueva pareja, sacrificándolos para asegurar el éxito de la nueva relación), hasta el matrimonio con el político Heliodoro Rojas que le prohibía la lectura y la escritura.

Aunque se rumora que Olivia sostuvo una relación sentimental con Lázaro Cárdenas, siendo parte del rumor el que su hijo Sergio sería hijo del mencionado general, me parece muy extraña la afirmación de Magdalena González Casillas sobre que él se la habría llevado como trofeo. Y no porque ese tipo de cosas no hubieran ocurrido en los aciagos años de la Revolución y posteriores sino porque Cárdenas fue un soldado del cuerpo de caballería formado por Eugenio Zúñiga, el padre de Olivia, con quien venció al huertismo en Jalisco. El futuro Tata Lázaro respetaba profundamente al General Zúñiga, según se desprende de su versión de la vida de este, compuesta precisamente a petición de Olivia para el homenaje que le rindió el municipio de Tlajomulco en 1964.

Hubiera entendido el tomar o considerar a Olivia como un trofeo por parte de Manuel M. Diéguez, quien habría mandado matar al General Zúñiga, y aun de Álvaro Obregón o alguno de sus secuaces, dadas las reclamaciones que Eugenio Zúñiga hizo a Venustiano Carranza por la designación de Diéguez como gobernador y comandante militar de Jalisco, poniendo de esta manera en entredicho la autoridad de Obregón. De Cárdenas esto me parece poco creíble, aunque siempre habrá nuevos datos que nos aclaren las cosas.

Y ya que mencionamos al taller de lectura del Museo, me gustaría expresar aquí el gusto que me da que se haya formado el grupo que ya celebra ahora su tercer análisis de una novela de autor jalisciense. Es un grupo diverso, constante, que echa por tierra la afirmación de

que al mexicano común no le interesa la lectura; es cosa de encontrar los medios para que las personas se encuentren con las letras.

Estoy seguro de que el grupo seguirá por varios años más y que las letras seguirán siendo un buen pretexto para formar y fortalecer lazos interpersonales, una de las mejores soluciones a las que podemos recurrir para formar una sociedad con diferencias y posiciones encontradas, pero sin conflictos.

Que abunde la capirotada y que nos respete el coronavirus.

Guillermo.

Autlán en la antesala del coronavirus, aniversario de la expropiación petrolera 2020.

Don Guillermo:

En la última línea de tu carta anterior alcanzaste a mencionar la nueva amenaza que pende sobre nuestras cabezas cual espada de Damocles, entre tanto tuve tiempo de hacer mis compras de pánico: corrí a todas las librerías de Autlán a buscar *La peste* de Albert Camus, y como no la encontré, imprimí la versión pirata.

El coronavirus tocó fuerte a las puertas locales. Autoridades estatales y federales tomaron medidas contradictorias. Con las primeras páginas del libro de Camus revisadas, encontré similitudes que, por su precisión, asombran y preocupan: “Todas las desgracias de los hombres provienen de no hablar claro”.

Pasarán los días y la historia juzgará las acciones del gobierno federal y del estatal, así como lo hará con el movimiento feminista. Estarás de acuerdo en que todos los que hoy son héroes, en su tiempo sufrían de terribles antipatías; los años, más la narrativa, ponen capas de barniz que maquillan los defectos. Pero en el momento, hay que actuar y asumir el riesgo de tomar partido: mi silencio de la semana anterior no fue cómplice de la injusticia, sino que buscó evitar el ruido que diluye el mensaje importante y a las emisoras legítimas. Y esta semana solo saldré de la casa para lo mínimo indispensable. En la próxima carta, cuando haya más certezas, te prometo profundizar en la contingencia y el análisis de *La peste*.

Hoy, como no podemos cambiar el mundo, te propongo que cambiemos de tema, por algo que he pospuesto desde hace días pero que de verdad me parece muy atractivo. Me encantaría participar como extra en la serie *Mexica* que los charolastras y Steven Spielberg van a grabar en Punta Pérula. A mí, si me afeitó, bien me queda usar

taparrabos, tú en cambio, estás condenado a subirte al barco con una cota de malla y abrazar la cruz.

Desde que apareció la invitación he recordado la relación que tiene la región con el séptimo arte. Cihuatlán nos lleva un trecho de ventaja. En 2008 los mismos charolastras filmaron en las inmediaciones cihuatlenses la taquillera cinta *Rudo y cursi*.

Por mi actividad laboral en la UPN, los últimos cuatro años he sido visitante asiduo de la frontera jalisciense. He aprendido a disfrutar el calor asfixiante de Cihuatlán, paliado con la alegría de mis alumnos y con sus conversaciones apasionadas de cualquier tema. Algunos de ellos han prometido llevarme a la portería norte de la comunidad cercana al río Marabasco donde Diego Luna pidió que Gael le tirara el penal a la derecha. También me prometen fotografiarme en los plataneros que arrasa cada huracán, y que escucharon la voz desafinada del Cursi Verduzco cantando “La historia sin fin” de la banda Machos.

En Autlán tenemos una referencia tangible. En 1994 la banda MR-7 de los Morán, cosechaban éxitos, entre ellos “Una tumba abandonada”. Luis Ambriz me platica que invitaron al productor al Carnaval y que le gustó la ciudad para grabar; en la película aparecen una destartada patrulla de la policía en la Presidencia, la calle Galeana, el Cortijo de la familia Paz y el Rancho del Coronel en el camino a El Mentidero.

A los diez años, yo no tenía muchas referencias de la vida pública, pero sí recuerdo la efervescencia provocada por la filmación, que se tomó como un signo de que la modernidad y la fama habían aterrizado en el pueblo.

En la época reciente, tengo solo conocimiento de Luz Casillas, quien como actriz ha saltado a la fama al representar a Jeny Rivera en una serie de televisión, un formato que en unas de esas, en estos días se iguala en popularidad al cine. También sé de muchos morros

que producen cortometrajes y de algunos que se preparan académicamente para dirigir y producir.

Pero la historia más extraordinaria que surge de la relación entre los conceptos “Autlán” y “Cine”, es una que involucra al histrión masculino con más nominaciones al Óscar, la siempre paradisiaca tierra pródiga de la costa jalisciense y un icónico restaurante que mutó en un expendio de comida china. El prieto en el arroz, es que no hay mayores garantías de veracidad que un mesero y un gerente que empeñaron su palabra al asegurar como verdadero que, hace muchos años, Jack Nicholson cenó en El Patio.

Me enteré de la leyenda cuando colaboré con Édgar Santana en la producción de programas de televisión. Una noche grabamos una emisión de música y variedades en el aún existente, aunque ya decadente Patio, en esa casona a media cuadra del jardín.

Un mesero, que ya acumulaba maratones caminando entre las mismas mesas, nos contó de su pericia para tratar con personajes de la farándula, músicos que cenaban previo a sus presentaciones carnavaleras y algunos nombres telenoveleros esporádicos que se topaban a Autlán en el camino. Pero guardaba con especial cariño el recuerdo de aquella noche.

Los hoteles de altísimo lujo que existen en la costa jalisciense trataban de entretener a sus huéspedes con paseos cuando, luego de varios días, los espectáculos y comida los aburrían. De vez en vez, un resort enviaba una discreta camioneta a pasear a Autlán y los empleados reconocían en el restaurante la mejor opción para la cena. Una noche pidieron reservar la zona más apartada y discreta. Mi fuente recuerda a un gringo engorrado que cenó pasta bebiendo vino tinto, a quien el personal del hotel protegía de miradas curiosas de los otros comensales. No así de los meseros que lo sirvieron y reconocieron al escritor maniático que intentó asesinar a su familia en la película *El*

resplandor, el mismo de mirada devastadora que casi mata a Batman y consagró la maldad de El Guasón.

Al salir del restaurante, mi fuente cuestionó a empleados del hotel, con quienes ya he dicho tenía costumbre de verse de vez en vez. “Sí, es Jack Nicholson”, y se fueron. No hay foto. Menos una factura. El mesero tampoco pudo precisar una fecha. Así que estoy consciente de que la leyenda no aguanta la prueba del ácido de los estudios históricos, pero sí me sirve para entretener a mis visitas, cuando tercia como hoy.

Vámonos a La Huerta, Memo. La fama nos aguarda.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Domingo 22 de marzo de 2020.

Profesor Carlos:

Cuando pase la contingencia te acepto la invitación a Pérula, si no a buscar una oportunidad en el séptimo arte, sí a ver, aunque sea de lejos, el proceso de producción de una serie. Y a conocer la réplica del *Santa María* que vino a la Costa de Jalisco navegando desde Cádiz. Qué fácil se dice y se hace esto ahora, que hace 500 años era una travesía en la que se arriesgaba la vida.

Salgamos o no en ella, espero que esta nueva serie sobre la Conquista sea un verdadero éxito, no solo económico sino también artístico. Que marque una diferencia favorable con las que conforman la ya abundante producción sobre ese tema que se ha dado en los últimos años, aunque lo tiene realmente difícil: en 2018, a finales, se estrenó en Canal 11 *Malinche*, una serie producida por ese canal y Bravo Films, hablada nada menos que en seis idiomas y en la que se cuenta una versión de la vida de esta excepcional mujer, clave en la historia de México. Aunque los recursos con los que se produjo no son comparables con los que tiene una serie *hollywoodense*, su resultado fue muy satisfactorio, visualmente muy apegado a lo que pudo haber sido la realidad y, lo que más me gustó, alejado de la versión de la Historia de bronce: la serie no tiene héroes ni villanos sino personajes que, cada uno con sus propios recursos y limitaciones, hacen frente al momento y a las circunstancias que les tocó vivir.

En 2019 se estrenó en TV Azteca otra serie, titulada *Hernán*, cuyo papel protagónico hizo el español Óscar Jaenada, el mismo actor que encarnó a Cantinflas en una película biográfica hace algunos años. Esta serie se promocionó como la más ambiciosa producida en español y fue hechura de las casas productoras Dopamine (mexicana) y Onza Entertainment (española) y, sin duda, contó con recursos superiores a *Malinche*, llegando a recrear mediante no sé qué técnicas

de producción una vista de lo que pudo ser la ciudad de Tenochtitlan. Sin embargo, no tuvo, a mi parecer, la misma intención de apego a la realidad que sí tuvo la otra: nos mostraba, por ejemplo, a una guapísima Malinche sin más rasgo indígena que un muy claro tono moreno en su piel y un palacio de Axáyacatl bastante endeble, en cuyo techo Pedro de Alvarado pudo hacer un boquete usando solo su espada.

Con todo, considero a estas dos series muy recomendables e, incluso, apropiadas para reforzar las materias de historia de México en las escuelas de cualquier nivel por su potencia visual y la construcción de la personalidad de los personajes. Ojalá, decía, *Mexica* logre equipararse a ellas o incluso mejorarlas, gracias a la presencia de Carlos Efrén Rangel y Guillermo Tovar así sea en papeles discretos.

A la historia de Autlán y el cine, en su faceta farandulesca, yo agregaría la breve pero intensa vida de la Muestra de Cine Mexicano del Cineforo CUCSur. Fueron solo cuatro ediciones (la quinta, que ya se preparaba, se tuvo que cancelar a causa de la contingencia por la influenza en 2009, por cierto) pero en ellas se trajeron a exhibir al pueblo varias películas que todavía olían a nuevo junto con algunos clásicos del cine nacional: *Calabacitas tiernas*, de Tin Tan, se exhibió en la Plaza Cívica para clausurar la cuarta muestra, misma en la que *Niñas mal* se proyectó en un Aula Magna llena a tope. También veíamos obra de realizadores de Autlán y El Grullo, pueblo en el que también había actividades de la muestra, se montaban exposiciones, había programas especiales en Radio Universidad, entre otros. A mí me tocó hacer de locutor en algunos de estos programas, donde tuve el honor de conversar con personajes como Damián Alcázar, Bruno Bichir, el director René Castillo y el también director Édgar López Santana, quien en 2008 presentaba un corto que acababa de producir, aparte de hacerla de *cácaro* en algunas funciones, operando uno de los proyectores antiguos, de cinta.

La parte farandulesca, pues, era la presencia de esta clase de figuras, que convivían sin mayor problema (la mayoría) con la gente que acudía a las funciones o con la que se topaban en la calle, cuando salían a conocer el pueblo. De ahí se podrían recopilar varias anécdotas, aunque no tan impactantes como la de Jack Nicholson en El Patio.

Cambiando de tema, yo no me he podido quedar en casa durante estos días extraños, debido a la naturaleza de mi oficio. Si se agrava la situación, no me quedará más remedio. Aunque salgo poco de la oficina, donde no convivo con nadie, te puedo dar mi impresión de cómo vive Autlán la contingencia: no se puede decir que las calles estén solas, muertas, como lo están en los Días Santos, pero sí se percibe un descenso notable en la cantidad de gente que anda en ellas y en lo que hacen. El martes todavía vi aglomeraciones terribles en las sucursales bancarias, que solo permitían el ingreso a un número limitado de personas y dejaban al resto esperando afuera, quienes, lejos de retirarse para volver más tarde, se quedaban haciendo fila y generando la aglomeración que los empleados del banco buscaban evitar adentro. En Banamex había el agravante de que la gente hizo su fila por la calle de Guillermo Prieto, que después de mediodía recibe de lleno el golpe del sol. Si a eso le agregas que muchos de los formados eran ancianos, pues peor la cosa. Para hoy sábado el movimiento ha disminuido sensiblemente, el mercado Juárez opera a medio gas, ya hay algunos negocios cerrados y mucha menos gente en la calle.

Vale, para despedirme y ya que abordamos asuntos cinematográficos, te recomiendo mucho la película *El año de la peste* (1979), de Felipe Cazals. Le vas a encontrar también muchas semejanzas con la situación que vivimos los mexicanos de estos días. Está disponible en YouTube, si te animas me cuentas tus impresiones en la próxima carta.

Por cierto, otro que “predijo” estos tiempos fue Jim Morrison en la canción “Strange Days”, cuya letra menciona días extraños que van a destruir nuestras alegrías casuales.

Por lo pronto te mando un abrazo virtual por tu cumpleaños (qué puntada ponerte a nacer en el cumple de don Benito Juárez). Que sea pretexto para el pastel de la próxima sesión del taller de lectura, cuando sea que se celebre.

Guillermo.

Colonia Echeverría a 25 de marzo del 2020.

Señor Cronista:

¿Te gusta el beisbol, Memo? A mí la verdad no. Asistí a un encuentro en el campo de la Cosío Vidaurri y crecí considerando la zurda de Fernando Valenzuela como patrimonio nacional, pero no le entiendo. Mi desinterés no hace menos al Rey de los Deportes, en el que reconozco un mensaje muy poderoso: el triunfo es volver a casa.

A quien sí valoré mucho fue al Mago de Oz. Primero, en caricaturas en el Canal 5 y luego por lecturas, disfruté de las peripecias de Dorothy para recorrer el camino amarillo y sosegar al corazón al anotarse una carrera: volver a casa.

Seguí tu recomendación a medias, agregué la canción de The Doors a mi *playlist*, pero te confieso mi primera manía de viejo: solo puedo ver películas en el cine. Son pocas las confrontaciones maritales que vivo, gracias a la estoica paciencia de Martha, pero algunos asaltos conyugales han tenido su origen en mi incapacidad de quedarme quieto en la sala consumiendo cualquier película o serie en *streaming*. Eso, en una época donde adelantar capítulos en solitario es casi infidelidad, mi falta es grave.

El mensaje más reproducido en estos días aciagos ha sido quedarse en casa. Y como todo discurso, tiene un significado que ha sido dotado de múltiples sentidos. Cuando los destinatarios son los millones de mexicanos que no gozan de los derechos laborales mínimos, las palabras se han tomado casi como insulto, una terrible falta de empatía pronunciada por un privilegiado grupo que tiene un sueldo y el derecho a cuidarse.

Una cosa parecida, son quienes tienen una función prioritaria en el trance: personal médico como tu cuñada Gaby —yo le digo Nuvia, desde la secundaria—. A ellos la guerra les sorprendió en el

campo de batalla, y son nuestra primera línea de defensa. Quisiera decirles que no están solos. Regreso a esta idea un poco más adelante.

El mensaje está destinado a imbéciles muy precisos. Hay dos extremos. Al escribirte estas líneas ya hay un caso confirmado en la región. Un joven de Cuatla que llegando de un viaje y sabiéndose sospechoso, departió por bares y fiestas locales, sin tener las precauciones mínimas. Lo mismo quien paseó por países europeos en crisis y regresó a Autlán, fue a la playa, convocó a fiestas y evitó el diagnóstico de su condición.

El otro grupo es quien no tiene a qué salir, pero lo hace. Quien no puede esperar cinco días a comprar unos zapatos que usará hasta finales del año. Quien afirma que no puede hacer tarea porque su familia se irá a la playa en estos días de descanso. A esos dos grupos, son a quienes el mensaje no los ha interpelado.

Quedarse en casa deberá tener otro significado, habrá circunstancias en que no pueda considerarse sinónimo de flojera. Las escuelas llevamos ya semana y media sin ver a los alumnos de manera presencial, pero créeme, no he descansado ningún día. Primero hubo necesidad de adaptar clases previamente diseñadas a las nuevas condiciones: insumos en línea, lecturas específicas, espacios virtuales de asesoría. Ahí, mantengo los espacios de motivación a mis alumnos, ofrezco decenas de explicaciones personalizadas, propongo nuevos materiales, reviso avances sobre fotografías borrosas de cuadernos y recuerdo dos o tres veces al día que este periodo no son vacaciones.

Aún con todo, mi profesión ha recibido durísimas recriminaciones que ignoro para seguir animando situaciones de aprendizaje. Lucho contra el pesimismo generado porque, aún con todo, muchos alumnos no me pelan. Ambas actitudes parten de la errónea premisa de que en la casa no se trabaja. ¿Cuántos problemas no se resolverían si fuera más normal que de cuando en cuando algunas actividades productivas se hagan desde el hogar?

Lo de ofrecer mis servicios como profesor de manera gratuita tuvo una inspiración literaria, *La peste* de Camus me siguió asombrando por la precisión con la que avanza el manejo de la epidemia: su origen ignorado, la falta de claridad, el lucro con la desgracia, la apropiación que se hacen de las nuevas condiciones y el imposible regreso a la normalidad. En medio de todo, las lecciones más valiosas son que en tiempos de crisis, la cultura y la civilidad son los únicos aliados. Ante esos dos comentarios.

Hay una conversación en las páginas finales de la novela que resume el planteamiento ético: “El único medio de luchar contra la peste es la honestidad [...] En mi caso, sé que no es más que hacer mi oficio”. Hago mi oficio en línea, lo mejor que puedo. Aplaudí que ejercieras tu oficio de Cronista al ofrecer un recuento pormenorizado de contenido cultural con referencias a Autlán y reniego de los periodistas y académicos que reproducen basura informativa. Lucran con la tragedia y no viven su oficio, que reclama rigor.

El segundo comentario es una cita varias veces referenciada esta semana de la antropóloga Margaret Meade, en la que reconoció en un fémur fracturado y luego sanado el primer signo de civilización. Una situación, en la que alguien tuvo que parar la recolección de frutos y la cacería, para cuidar a ese individuo de la manada que se lesionó y no fue abandonado a su suerte. El cuidarse los unos a los otros, hizo que la manada se convirtiera en comunidad.

A esto me refiero cuando digo que, con todo, no estamos tan solos. Que la primera línea de defensa tiene tras de sí a millones de personas que hacen cosas para que el fémur roto sane, y pronto volvamos a construir una nueva normalidad. Lo que no deja de generarme múltiples reflexiones es la paradoja del reto: para cuidarnos entre nosotros, debemos distanciarnos un poco. También que para gestionar el riesgo que llegó de China y se expandió por avión a ritmos vertiginosos, la mejor medicina hasta ahora sea quedarme en casa

a trabajar, a ayudar a mi hija con su tarea, a mantener los muebles y mis manos limpias, y desde aquí hablar con claridad y ser honesto.

Lamento hoy no haber podido cambiar de tema, y sospecho que tampoco modifiqué mucho el mundo. No abonaré con un grupo de recomendaciones para vivir la cuarentena como si fueran vacaciones, porque sé que vives con honestidad y también con el librero lleno de pendientes.

Un abrazo, Memo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 28 de marzo de 2020.

Profesor Carlos:

Después del fútbol es el beis mi deporte favorito. En esa cancha de la Cosío, inmediata al campo de fútbol de que te hablé en una de las primeras cartas, jugábamos un remedo de ese deporte con mis amigos del barrio de la IPEVI, entre los que se encontraban ni más ni menos que el actual regidor Juan Luis Garay (quien era nuestro bateador de poder) y su hermano. Aquello no era más que un mal aplanado y polvoriento terreno, enmarcado por unas todavía nuevas instalaciones de la UPN que, sin embargo, ofrecía, como hasta la fecha, unos atardeceres de postal.

Reconozco que el beisbol es mucho menos dinámico que otros deportes pero no acepto la afirmación que algunos hacen de que se trata de un juego aburrido. Exige de sus practicantes, además de los requerimientos atléticos, una completa concentración durante todo el juego, que les permita anticiparse a la jugada que intentará el rival para poder contrarrestarla, y de los espectadores, una fina atención a los detalles. En este juego la responsabilidad de la estrategia está más compartida que en otros entre el entrenador y los jugadores que se encuentran en el campo; son ellos, muchas veces encabezados por el *cácher*, quienes toman y modifican decisiones importantes.

En Autlán este deporte inventado en Estados Unidos (hay una leyenda que dice que fueron los ingleses quienes sentaron sus bases, en el colegio de Eton, aunque esta versión no es muy digna de crédito) tuvo un par de épocas de muy grande popularidad, no sé si mayor que la que tuvo el fútbol pero sí muy cercana. Una de ellas fue en las primeras décadas del siglo xx, cuando los llanos del Coajinque eran uno de los puntos de reunión y recreo de los autlenses. Ahí, según don Ernesto Medina Lima, se desarrollaban, entre otras actividades lúdicas, encuentros de beisbol, antes incluso del naci-

miento del club Piratas, entre familias que paseaban u organizaban días de campo en las actuales colonias de aquel lado del Coajinque.

La otra época fue al promediar el siglo de las siglas, cuando funcionó aquí la Compañía Minera Autlán. Esa empresa que, como sabes, tenía trabajadores provenientes de todos los rumbos del país, fomentaba entre ellos las actividades deportivas y sociales, entre las que se encontraba la creación de equipos de beisbol y futbol conformados con los trabajadores de cada departamento. De entre los integrantes de los equipos se elegía una selección de beisbol que, según recuerdan quienes la vieron jugar, tenía un buen nivel, que la hacía competir dignamente, en Autlán o de visita, con equipos importantes de México o Guadalajara. Hubo jugadores que llegaron a recibir ofertas de equipos profesionales, aunque no conozco el caso de alguno que hubiera hecho carrera en ese ámbito. Estos equipos de beisbol jugaban en los terrenos que ahora ocupa el Centro Universitario de la Costa Sur, especialmente en las celebraciones del Día del Minero, cada 11 de julio. Dos de mis tíos, Ramón y Santos Vázquez, apodados “Los Gatos” por el color claro de sus ojos, fueron jugadores de esa selección.

Actualmente la situación del beisbol en el pueblo no es muy boyante, aunque hay jugadores y afición no ha logrado consolidarse un equipo con una plantilla constante. En el estado, luego de un largo periodo de depresión, el apodado *american favorite passtime* parece que vuelve a recobrar la importancia que tuvo por los años 1970 gracias al renacimiento de los Charros de Jalisco y a sus buenos resultados deportivos, que han regresado a la afición al estadio. Su inscripción en la Liga Mexicana del Pacífico, la de invierno, a la que pueden venir jugadores que militan en equipos de las Grandes Ligas estadounidenses, creo que ha ayudado a su recuperación.

En México, en extensas regiones el beisbol es el deporte con más seguidores, sobre todo el noroeste y el sureste (ya sabes que el presi-

dente López Obrador es beisbolero de corazón). Para acabar con este tema, hay que decir que México es potencia mundial en beisbol, más o menos al nivel de Argentina en asuntos balompédicos. O, chance, poquito más arriba. Pero no tanto como Cuba y Estados Unidos...

Pasando a otro tema, pero sin salir de Autlán, en estos días se cumplieron 22 años de dos hechos ya poco recordados pero que fueron fundamentales en la vida cotidiana de hoy. El día 20 de marzo de 1998 ocurrió el terrible derrame de melaza del ingenio Melchor Ocampo al río Ayuquila, que provocó una gran mortandad de peces y otras especies a lo largo de kilómetros de cauce. Fue algo así como la gota que derramó el vaso de los daños ambientales ocasionados por el ingenio y otras actividades, que a su vez propiciaron la organización de los gobiernos municipales de la cuenca, bajo la presión de las comunidades y de los académicos de la Universidad de Guadalajara que, luego de nueve años y distintos pasos, culminó con la constitución de la Junta Intermunicipal del Río Ayuquila, una forma de organización supramunicipal inédita hasta entonces en México y que ha servido, junto con otras instancias, para mejorar la gestión de los recursos naturales en la región.

Además, justo una semana después del derrame se inauguró, con pompa y circunstancia, la primera empresa local de telefonía celular, intitulada Regional Celular Telcel y apodada “la del Caballito” (léase el apodo con la voz de Elia Macías en Fiesta Mexicana). Su domicilio estaba, como seguramente recuerdas, en la entrada al rústico estacionamiento instalado donde ahora funciona la tienda Coppel y en ese negocio los autlecos pudieron por fin comprar un celular, de aquellos que ahora se miran con nostalgia y desdén, sin salir del pueblo. Eran los tiempos en los que los propietarios de uno de esos aparatos tenían que pagar incluso si recibían una llamada, para dar paso poco después a lo que se conoció como “el que llama paga”, lo

cual era apenas lo elementalmente justo pero se publicitaba como una gran oferta.

Según yo, con la apertura de ese negocio comenzó el rápido proceso de popularización de la telefonía celular en Autlán, servicio ahora indispensable. Ese proceso igual hubiera ocurrido más temprano o más tarde, pero gracias a ese más bien modesto negocio (modestia muy contraria a la de su inauguración) le podemos poner una fecha de inicio.

Nos leemos la próxima semana, con renovadas esperanzas.

Guillermo.

En el mismo lugar, y con la misma gente. Hoy comienza abril de 2020.

Señor Cronista:

La clase política no goza de gran prestigio en este país, más cuando luego de ejercer algún cargo existe un natural desgaste. Que las reinas del Carnaval nos hablen de usted, está emparentado a ver a ciertos amigos de la infancia protagonizar espacios públicos con mayor o menor fortuna. Aunque uno trate de ver la cosa pública con óptica crítica, aflora la influencia de la amistad prematura, cuando ni ellos eran gobierno, ni uno textoservidor. Gana, por supuesto, el compromiso ético con el teclado.

Juan Luis es mi colega y fue un referente importante en las luchas magisteriales, pero ahora es también compañero de “curul” de Gustavo Robles, figura de aquel equipo infantil que te platicué en la primera carta. Pensándolo bien, mis primeros años estuvieron llenos de priístas: con Fabricio Corona, apenas expresidente municipal, hice equipo en la defensa central y en los micrófonos incipientes de Radio Costa; y con Arturo Vera, ahora presidente del PRI Autlán, compartí muchos juegos de calle, porque es vecino de toda la vida. Menudas bromas les hubiera gastado de haber conocido su futuro.

Las transformaciones que comenzaron con la llegada de los celulares al pueblo aún no concluyen, y volver a sus inicios despierta la nostalgia. Me hiciste recordar cómo varias compañeras cambiaron una fiesta de quince años por un celular nuevo, y representó un trato justo, por el costo equiparable al mantenimiento y al estatus que otorgaba. Con tu carta, también reviví que fui de las últimas personas en usar las cabinas de teléfono del Nápoles.

A la fecha, mi padre se resiste a utilizar celular, y durante muchos años evitó contratar una línea telefónica en casa. Así que las llamadas las hacíamos de teléfono público. Previo a irme a estudiar la licen-

ciatura, conseguí una lista de números de casas de asistencia y, para explorar opciones, fuimos al Nápoles a hacer un montón de llamadas. Dentro de las cabinas de madera que permanecen inútiles en el lugar, escuché voces lejanas que delineaban mi futuro. Habrá que sugerir a don Víctor Álvarez que done alguna al Museo.

Mi primer celular no lo compré en el Caballito, y hace apenas siete años, Martha me regaló mi primer *smartphone*. Fui un periodista casi análogo; cargaba por separado cuaderno, grabadora (digital) y cámara (digital), pero procuro ser un profesor digitalizado, mucho me ha servido en los últimos días evitar resistirme a estas nuevas modalidades.

No sabes cómo agradecí que tú sí fueras capaz de cambiar de tema en la última carta, yo me he quebrado la cabeza los últimos días y no puedo dejar de hablar de coronavirus. Lo siento Memo, pese a que hay muchos que creen que los profesores nos hemos pasado la cuarentena tirando flojera, mi tiempo se va en aprender a desarrollar espacios virtuales de aprendizaje y asesorar alumnos por vías digitales. Lo hago con gusto, pero un efecto colateral es que ando monotemático.

Los primeros casos oficiales de COVID-19 de la región se registraron en Cuautla y en Tecolotlán. Del primer municipio tengo muy pocas referencias: está camino a Talpa, de ahí es Nico Morales y es sede de la zona arqueológica Las Águilas, sitio al que siento la obligación de conocer una vez que pase el riesgo, pues será indispensable evitar los estigmas. ¿Algo a ti te parece relevante de Cuautla?

De Tecolotlán, en cambio, tengo más referencias. Aunque la primera ciertamente son sus deliciosos tacos a borde de carretera, no es ni de lejos la más importante, las listo sin mayor jerarquía que irlas recordando. Teco es el pueblo grande a donde va la gente de Jalpa y Chiquilistlán, rancho de origen de mis padres, su calle larguísima está

llena de comercios que surten de artículos indispensables a muchas localidades de esa zona.

En Tecu, al Dr. Nabor de Niz le gusta llegar a lavarse las manos, no sé por qué esa referencia me quedó tan grabada de un foro en el CUCSur sobre el manejo del agua en el que el Dr. participó.

Tecolotlán fue campo de batalla en la guerra cristera. De su templo sacaron preso al Sr. cura José María Robles Hurtado, lo ahorcaron en un paraje de la Sierra de Quila y fue hecho santo por Juan Pablo II, junto a otro montón de mártires. Tiene una capilla muy bonita en el lugar de su muerte. Habríamos de ir algún día.

Tecolotlán fue casa de Cirilo Marmolejo, aquel músico a quien se atribuye la creación del conjunto musical que dio su origen al hoy popular mariachi, pero que en aquellos años recorrió Tecu y Cocula tocando en lugares que hoy no tendrían buena reputación. Las vueltas que da la vida.

Tecu tiene un carnaval y dan una corrida de toros al año. Pero su aporte taurino más importante es que muy cerca de la cabecera pasta la ganadería La Llave, refugio de muchos toreros jaliscienses y quienes han lidiado en el Carnaval de Autlán.

Por último, deberé de mencionar que de Tecolotlán es mi amiga Haydeé López Brambila, quien ha sido fiel corresponsal de UNIR Noticias, también junto a Carmen Aggi fundó Letra Fría, que se convirtió en el más popular sitio de noticias de la región. Haydeé es mi doble colega, porque es maestra de español de secundaria.

Me despido compartiéndote que leí en estos días *Tiempos recios*, la reciente novela de Mario Vargas Llosa. El nobel me parece una fea persona, lo escucho poco, pero lo leo mucho. Resulta alegremente desconcertante que en esta última novela haya abandonado su tradicional cruzada contra cualquier idea que no se ajuste al neoliberalismo de extrema derecha, para explorar en archivos históricos y reconstruir una historia que deja al descubierto el invento de Estados

Unidos de que los gobiernos democráticos de Guatemala eran comunistas, justificando así un golpe de Estado y evitar que la United Fruit pagara impuestos, un salario mínimo y la integración de sindicatos.

Fue un deliberado cuento chino, por fin lo reconocen. Y las consecuencias enumeradas por Vargas Llosa comienzan con la radicalización de Castro en Cuba, y la lucha armada que costó miles de vidas de jóvenes a quienes solo quedó el camino de la guerrilla, para enfrentar a la soberbia y a la injusticia. Una novedad, en boca del nobel peruano.

En eso pienso cuando escucho a Salinas Pliego decir que nos vamos a morir de hambre.

Un abrazo, Memo. Nos leemos la próxima semana, ya en días santos.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 4 de abril de 2020.

Profesor Carlos:

No creas que la ausencia del tema del coronavirus se deba a desinterés o a apatía de mi parte. Para nada. Estoy atento a lo que pasa, haciendo un esfuerzo por discernir toda la paja y las mentiras que se están publicando por todas partes; pero creo que estamos en un momento en que no tengo algo que aportar en el tema. Considero estos días como de callar y observar. Si te parece, cuando todo esto pase, porque va a pasar, hacemos la relación de los hechos y el recuento de los, espero, pocos daños.

De Cuautla sí tengo algunas referencias, aunque no tantas como quisiera. He visitado el pueblo en dos ocasiones, ambas de pasada, pero lo suficiente para considerarlo un pueblo bonito, con un clima muy agradable. Como está asentado sobre cerros, sus calles son desniveladas, subes y bajas conforme las recorres y, aunque es famoso por albergar muchas nuevas, grandes, vistosas y deshabitadas casonas de “norteños”, también conserva una fisonomía de pueblo antiguo. Las dos veces que he estado ahí ha sido en domingo y, aunque se instala un pequeñísimo tianguis en el centro, el pueblo luce muy solo. Es, de hecho, uno de los municipios jaliscienses que no deberían ser, porque no cumplen con el requisito mínimo de habitantes. El doctor Hirineo Martínez Barragán, secretario académico del CUC-Sur y especialista en asuntos de límites territoriales, nos ha contado cómo en cada inicio de legislatura estatal hay diputados que llegan con ideas de poner orden y desintegrar esos municipios pero pronto abandonan el intento, al ver lo complejo que resulta. De esos que pretenden decidir cosas solo bajo criterios técnicos sin tomar en cuenta los políticos.

Cuautla tiene también una característica curiosa, debida al parecer a Nico Morales cuando fue presidente municipal: al venir de Talpa te

recibe una estatua ecuestre del cantante Ezequiel “Cheque” Peña, en el arranque de la calle homónima de ingreso al pueblo. El monumento al exvocalista de Vallarta Show está en actitud de cantar pero, fijándose bien, el micrófono tiene la forma de un bien formado cono de nieve, por lo que también puede interpretarse como que el vendedor de unos ojos verdes está dando la vuelta por el jardín del pueblo.

En cuanto a Las Águilas, es un sitio interesante y con una belleza singular: es un cerro de regular altura ubicado entre los pueblos de Cuautla y Ayutla y cuya parte alta está habitada por quizá cientos de piedras de formas caprichosas, a manera de dólmenes o pilares. Aunque, en realidad, aparte del de Las Águilas, otro cerro vecino presenta también esta característica. Como sabes, al amanecer de tu cumpleaños los primeros rayos del sol pasan justo entre dos de esas piedras e iluminan otra, esta de forma más bien aplanada y bajita, que se encuentra entre ellas; a presenciar este espectáculo y cargarse de energía acuden muchas personas cada año en lo que llaman “el observatorio”. Esto y lo curioso del paisaje pétreo hace creer a algunas personas que las piedras fueron colocadas deliberadamente por alguien (o algo, las versiones más atrevidas sugieren una voluntad extraterrestre o sobrenatural) y que, incluso, ese lugar tiene propiedades paranormales.

Decididamente, yo creo que lo del esoterismo es completamente falso. Sobre si el sitio es una zona arqueológica yo tengo mis dudas porque no conozco, ni sus publicistas han difundido, algún trabajo de investigación que se hubiera realizado ahí por arqueólogos. Mientras no exista tal cosa, me considero del partido de los que creen que Las Águilas es un sitio atractivo y digno de visitarlo, pero no una zona arqueológica y menos una “gasolinera” de energías vitales.

Desde la cima de uno de estos cerros (en el que no está el llamado “observatorio”) logran verse los pueblos de Ayutla y Cuautla,

los volcanes de Colima y una perspectiva magnífica de la zona. Te lo recomiendo mucho.

De Tecolotlán conozco menos. Hace por lo menos 25 años que no entro al pueblo, espero que mi próxima visita sea pronto, cuando hagamos el viaje de culminación del taller de lectura que deberíamos estar realizando hoy. Ah, y de Teco es don Cornelio García.

Hace mucho que no leo a Vargas Llosa pero acabo de leer *La fundación de un sueño*, un libro de entrevistas de Fernando González Gortázar con algunos de los alumnos y profesores fundadores de la Escuela de Arquitectura de Guadalajara, que abrió en 1948 gracias a las gestiones de Ignacio Díaz Morales, el diseñador de la cruz de plazas, y al apoyo del gobierno estatal, en ese tiempo dirigido por Jesús González Gallo. Es una historia emotiva por sí misma, algunos de cuyos elementos ya esbozamos cuando comentamos el anuncio de la Licenciatura en Artes del CUCSur: una iniciativa nacida de un liderazgo visionario y apasionado, capaz de convencer y hacer equipo con las personas adecuadas y de lograr un respaldo efectivo de la autoridad. Y, sobre todo, con el objetivo claro de sentar las bases para que se desarrolle el talento local.

De esa lectura descubrí también que algunos de estos fundadores tienen relación profesional o personal con Autlán. Julio de la Peña, uno de los primeros gestores del proyecto, diseñó en los años 1950 la colonia Mezquitán, a donde llegaron a vivir los ingenieros de la Compañía Minera Autlán y que todavía existe, aunque ya en franca decadencia. Alejandro Zohn, alumno, es el autor del centro cultural José Atanasio Monroy, que fue su última obra, pero también diseñó el actual mercado Libertad de Guadalajara, la concha acústica del parque Agua Azul y otros. Por último, Eduardo Ibáñez Valencia, también alumno, fue hijo del pintor José Ibáñez y la poetisa Margarita Valencia, quienes se casaron en Autlán en 1922. Margarita fue hermana de María, dueña del hotel Valencia durante muchos años.

La Escuela de Arquitectura, según sus protagonistas, cumplió su objetivo porque logró una generación de arquitectos tapatíos que aportaron a esta arte un lenguaje propio, con elementos de su entorno inmediato. Ojalá que nuestra Licenciatura en Artes logre esto mismo pero que tenga una más larga vida.

Y, ya que hablamos de artes, no puedo despedirme sin un recuerdo de sincera admiración para don Hermilio Hernández en su aniversario luctuoso. Profesor, organista y compositor, el también llamado Bach mexicano es quizás el autlense que ha dejado una obra musical más completa y profunda.

Nos leemos pronto.

Guillermo.

La cita es en la carreta, miércoles de Semana Santa del año 2020.

Estimado Guillermo:

Entrevisté a don Hermilio cuando develaron su fotografía en la Galería de los Personajes Ilustres en la Presidencia Municipal, recuerdo a un hombre sencillo y lúcido, pero no hubo oportunidad de profundizar, fue lo que se conoce en el argot reporteril como una “banquetera”, es decir, un encuentro fugaz de escasas preguntas.

Lo que tengo muy presente de ese diálogo no tiene mucho que ver con él. Cuando caminé hacia el Palacio Municipal para llegar al acto, estuve a punto de ser atropellado por una camioneta que utilizó las últimas milésimas del semáforo en amarillo para acelerar, estuvo a nada de aplastarme. Al ponerle la grabadora a don Hermilio, las manos aún me temblaban, las sujetó cándidamente y me dijo: “Estaremos bien”, me pareció descortés decirle que la temblorina respondía a que minutos antes estuve a punto de morir.

Quizá ese susto inicial fue lo que me impidió hacer una entrevista a la altura del personaje. Una pena.

Memo, pues ya llegamos a la Semana Santa, y luego de tres meses de escribirte y leerte, me siento con más confianza de sincerarme en temas sensibles. Hoy lo haré en el asunto religioso. Difícilmente podría decirse que soy un católico practicante, porque no voy a misa ni mando a mi hija al catecismo, pero yo vivo asumiendo que sí soy católico, o más concretamente, trato de que mi actuar esté guiado por la absoluta certeza de que el Evangelio es vigente.

No ignoro que la *Biblia* está llena de sandeces, orientaciones sinceramente aberrantes, pero esto tiene una explicación, y la dio una voz estudiosa del tema, David Fernández S. J., rector de la Ibero Santa Fe (CDMX) —mis primeros años en el ITESO, él fue el rector— y uno de los más importantes activistas de derechos humanos en México,

no encontré la cita exacta, pero en resumidas cuentas reconoce que las sagradas escrituras fueron elaboradas en contextos geográficos, sociales e históricos muy diferentes a los de ahora, por lo que leerlas de forma literal ofrece orientaciones “contradictorias, o francamente inaceptables”. Esas palabras sí las recuerdo bien.

El caso es que el relato de los últimos días de Jesús, no hay manera que pase con exactitud la prueba del ácido de los estudios históricos, pero sí contiene narraciones llenas de símbolos que construyen un marco ético y político sobre el que vale la pena vivir. Tengo un par de días pensando en los fariseos.

Los fariseos se muestran muy estudiosos y, sobre todo, escrupulosos vigilantes de que la ley se cumpla. En un pasaje que narra Lucas, Jesús comparte la mesa a su invitación y se alarman de que su huésped no se lave las manos hasta los codos: “Limpian por fuera la copa y el plato, pero dentro están llenos de codicia y de maldad”.

Los fariseos pagaban con exactitud el diezmo, contando hasta las semillas de los granos que poseían, pero observaban con desprecio a quienes no creían o creían diferente, no festejaban o festejaban distinto. “A vino nuevo, odres nuevos”, les advirtió Jesús, que no se anduvo por las ramas, y de frente señaló su hipocresía, la apropiación mezquina de la fe.

El no cumplir al pie de la letra las Escrituras, fue una de las razones que llevaron a los estudiosos de la ley a pedir la intercesión del virrey romano para que Jesús fuera ejecutado. Me cuido mucho de los planteamientos fariseos, son un riesgo latente.

Hay fariseísmos de izquierda. Aquellos que ahora en todas las acciones observan un complot para dañar a López Obrador, que desestiman causas sociales legítimas, los que insisten en no tomar en cuenta factores económicos en la toma de decisiones, los que se distancian al no ponerse de acuerdo en si es Fidel o el Che el máximo representante de la Revolución cubana.

Hay también fariseísmos de derecha. Aquellos que en todas las acciones y dichos del Presidente acusan autoritarismo e ignorancia, aquellos que en medio de la tragedia calculan únicamente las pérdidas o ganancias económicas, aquellos que a cualquier medida de distribución equitativa de riqueza señalan comunismo, aquellos que piden que no se manchen las paredes ante protestas por muertes sistemáticas.

Pienso en los fariseísmos que, ante la crisis educativa, se sostienen del anticuado reglamento de la Secretaría de Educación, que tantos candados le pone al uso de celulares y al contacto digital entre alumnos y profesores, cuando lo que hay de fondo es la obligación de garantizar la salud e integridad de los jóvenes, en todos los espacios.

Entonces, ser católico no es cumplir al pie de la letra con las Escrituras. Una explicación a lo que sí es, llegó de la lectura de un fragmento de *Los justos* de Albert Camus y del acompañamiento académico de mi asesor de tesis de la licenciatura, el Dr. Raúl Mora Lomelí S. J.

La anécdota, de origen literario, es que un sabio recibió un día la invitación de Dios a encontrarse en lo alto de una montaña. Para eso, tomó su mejor túnica, se limpió y se fue muy galán, dotado también de los más eruditos argumentos para tener un debate de gran altura con el Creador.

En el camino, este sabio se encontró con un hombre que tenía atascada su carreta, pensó que aún le quedaba tiempo para llegar a la cita con Dios en lo alto de la montaña, y se detuvo a ayudar al hombre a desatascar su transporte; el proceso se complicó y terminaron sucios.

Cuando por fin llegó a la cima, Dios ya se había ido. Menudo coraje. Camus terminó ahí el relato. Raúl Mora me confesó que, tras leerlo, oró por la ignorancia del francés, pues nunca entendió que la cita con Dios era en la carreta.

El Dios en el que creo, no está en la superioridad moral de cumplir al pie de la letra un dogma, o en la gloria que da la cima; está en la carreta atascada, y en el servicio a quien lo necesita. Aunque eso implique llegar tarde a las citas lustrosas o manchar de barro la mejor túnica del guardarropa.

Te dejo un abrazo para ti y tu familia, Memo. Nos leemos la próxima semana.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado de Gloria de 2020.

Don Carlos:

Debe ser complejo ser un católico de verdad, teniendo en cuenta esa parábola de la carreta. Complejo y poco común. Yo no solo no soy católico, ni siquiera soy creyente en seres o cosas sobrenaturales.

Por cierto, desde que dejé de creer, allá en mis años de secundaria, me ha parecido curioso cómo para definirse como ateo o no creyente hay que hacerlo negando lo que uno no es en lugar de afirmando lo que sí es. El mismo término ateo es una negación, algo así como anti-Dios o contrario a Dios, según su etimología. Algunos han intentado palabras como librepensador o agnóstico, pero no son muy exactas. En fin, solo es un dato irrelevante y superficial.

Como ateo, creo (vaya paradoja) que los Evangelios y la *Biblia* toda y, claro, todos los textos sagrados de todas las religiones que en el mundo han sido, fueron, escritos por hombres de carne y hueso, imperfectos y limitados, como lo somos todos. Ninguno de los libros o relatos sagrados han sido inspirados por dios alguno ni un ángel ha bajado nunca a llevarle la mano a nadie para escribir lo que Dios quiere que todos los terrícolas sepamos. De ahí vienen todas las contradicciones y falsedades que en ellos se pueden hallar.

Sin embargo, también creo que estos relatos fundamentales han sido compuestos para recopilar la tradición de los pueblos a los que sirven y para compendiar todas aquellas formas y valores que se consideran positivos y deseables para la perduración de ese grupo. Hace poco te hablaba de Carlos María de Bustamante y cómo pasó a la historia como el creador o, por lo menos, el difusor de algunos de los mitos fundamentales de la nueva nación mexicana, en la que se resaltaban los valores de la valentía, la abnegación y el desprecio de la propia integridad para sacrificarla a la del grupo, como lo hicieron

el Pípila o Juan Valdivia. Cada grupo social necesita de estos mitos para crear o fortalecer su identidad.

Pero no pretendo menospreciar los símbolos y relatos contenidos en los Evangelios, y ni siquiera a los más anacrónicos del Antiguo Testamento. Son nada menos que el fundamento de nuestra civilización, los que, con tremendos altibajos, en los que los bajos resultan a menudo vergonzosos y dolorosos, han permitido crear las bases para el avance de Occidente. Ah, porque tampoco creo que todo lo occidental represente decadencia y depredación, como parece estar de moda afirmar: aquí ocurrieron momentos como la Ilustración y la Declaración de los Derechos del Hombre, por solo mencionar dos de los más relevantes en la historia de la Humanidad.

Tampoco es posible soslayar el valor que tienen las Escrituras como inspiración para algunas de las más altas cumbres del ingenio humano, sobre todo en las artes: sin ellas no habría Capilla Sixtina, *Ave María* o *La Piedad*, por solo mencionar lo primero que me vino a la mente.

De acuerdo contigo en que de los Evangelios pueden obtenerse interpretaciones y aprendizajes tan valiosos como los que mencionas y pueden tomarse como guía para una vida recta y de provecho para la persona y su entorno. De ellos y de otros de los testimonios del intelecto humano, aunque no sea desde una religión.

Yo, por mi parte, trataré de ajustarme más y mejor a lo que los Evangelios expresan como la parábola de la adúltera, donde Jesús hace aquella recomendación de que el que esté libre de pecado inaugure la lapidación de la interfecta aventando la primera pedrada. Dicen que alguna de las filosofías orientales lo expresa como la necesidad de autoexaminarse antes de fijarse en los defectos de los demás.

Hablando de la Semana Santa, desde que leí *Al filo del agua* no puedo evitar recordar los ejercicios espirituales que describe don Agustín Yáñez. Esa intención de cooptar la mente y la personalidad

de los feligreses mediante el miedo y el corte de la relación con otros ámbitos de la vida, como puede ser el placer carnal y el contacto con ideas y personas nuevas, es una perversión que no dudo que haya ocurrido en no pocos lugares en distintas épocas.

Sin embargo, contrario a lo que muchos creen, no siempre las celebraciones de los momentos importantes de la religión católica se han celebrado de esa forma ni todos los miembros de la Iglesia lo han hecho así. Aunque también se reprimían los placeres considerados superficiales para crear un ambiente de luto y se vivía toda la semana con recogimiento, en Autlán hasta mediados del siglo xx la celebración de la Semana Santa no tenía ese elemento agresivo a la estabilidad mental de los feligreses. Y hasta había su parte “festiva”, en las casas que se podía, con los lujos gastronómicos que incluyen la tan gustada capirotada.

Si viviéramos en esa época, hoy sería el día de la quema de Judas, una costumbre que ya desapareció: como en algunas otras regiones del país, aquí se confeccionaba un mono, el Judas, que además representaba al villano del momento, que podía ser algún político. Se colgaba, a manera de piñata, en algún lugar público, como un cruce de calles, y se prendían los cuetitos que se le habían colocado previamente en el cuerpo para que volara en pedazos. Antes, se había leído públicamente su testamento, en el que dejaba a alguno de los vecinos del barrio bienes que este, supuestamente, antes le había pedido: cierto cargo público, una hermana, etc. Esto servía para burlarse del ya mencionado villano pero también del vecino que resultaba heredero del Judas, a quien con esto se le relacionaba íntimamente con el traidor.

Dos lugares que eran muy socorridos para estas quemas de Judas en Sábado de Gloria eran el barrio del Campamento, en la esquina de las calles de Nicolás Bravo y Santos Degollado (todavía no existía el Mercadito), y la conocida como Esquina de la Gloria, en Mariano de

la Bárcena y Matamoros, que se llamaba así porque donde ahora está el Oxxo de la Alameda funcionaba una tienda de abarrotes conocida como La Gloria. ¿A quién se te ocurre que en 2020 los autlenses hubiéramos quemado como Judas? Quizá a Alfaro o a Miguel Íñiguez. O puede que a Nacho Arroyo, por no dejarnos pasar el rato en el jardín como si nada estuviera pasando.

Nos leemos pronto.

Guillermo.

Mi casa es el Mar Rojo. Celebro la primera semana de Pascua del año 2020.

Señor Cronista:

Las tempestades actuales han encontrado paliativos en los placeres culinarios de la temporada. Esta Semana Santa tuvo un recogimiento obligado y, por lo que he visto a través de las ventanas virtuales que abren mis amigos de sus hogares, la capirotada, los mariscos, la carlotita de limón y un variado menú, han hecho más llevadero el confinamiento, que como bien lo explicó el Dr. Rodrigo Ramos, debe mantenerse la cercanía emocional.

Hugo López-Gatell, mariscal en jefe de la estrategia del gobierno federal para enfrentar la pandemia, regaló esta semana una joya de explicación: “Es un error metodológico suponer que solo lo que se ve existe y que lo que no se ve, no existe”. Él se refería a la aplicación del modelo estadístico que permite tomar decisiones sobre el comportamiento de la COVID-19, pero ya quisiera yo haber explicado ese principio epistemológico de una forma tan contundente en mis clases de Metodología de la Investigación para mejorar la práctica docente.

La modernidad nos ha saturado de tanta información, como ya te decía unas cartas atrás, que, a manera de protección, hay quien construye alrededor suyo un cuadrado ideológico en el que no caben más visiones, la construcción de ese andamiaje está mayoritariamente basada en la experiencia corpórea y personal: si lo veo, existe; si un amigo cercano me lo platica, tiene más validez que un estudio que ni conozco; si en el entorno que habito, aparece, entonces debe ser real, caso contrario es un extraño enemigo.

Con esa lógica quedan fuera pensamientos abstractos, conocimientos científicos y, también, orientaciones éticas y políticas de planteamientos religiosos. Y voy a citar tu dicho para puntualizar que no pretendo menospreciar a quien no cree, o cree distinto. Lo que sí

pretendo con esta última carta en que toco el tema, es compartirme con la cercanía que, insisto, he sentido que hemos ganado en los últimos meses, la forma en la que vivo con la esperanza puesta en lo posible, es decir, con fe.

La existencia de seres inanimados que dictaron a los humanos la palabra de Dios, es un recurso literario para explicar realidades de épocas y contextos lejanos. Claro, las sagradas escrituras las escribieron seres humanos, muchos, en idiomas diferentes y en situaciones distintas. No fue Dios en persona, pero sí hay en ellas registro de lo que Dios puede ser.

La Pascua es mi temporada favorita del calendario litúrgico, incluso por encima de la Navidad. Aunque uno puede distraerse con la narración de seres y acciones mágicas, hay en el fondo de la Pascua un norte al que trato de caminar.

La Pascua se celebra en el Éxodo del pueblo judío, quienes se encuentran en calidad de esclavos por el poderoso Imperio egipcio. Hay un liderazgo que intenta negociar un trato más equitativo y justo, que cosecha en cambio una profundización del mismo sistema, ensanchando la brecha entre los favorecidos y los que no lo son.

Después viene un proceso de lucha, en el que, tienes razón, aparecen innumerables elementos que a la letra podemos juzgar como fantasiosos, pero en el fondo, lo que vemos es la búsqueda de la liberación de un pueblo oprimido, con pasajes incluso violentos y una huida suicida a través del desierto que incluyó un increíble paso por el Mar Rojo. No creo que haya sido la voz de Moisés la que apartó las olas, encuentro referencia a un pueblo esclavizado que tuvo que realizar acciones muy difíciles para sacudirse el dominio de una potencia económica, política y militar, que reservaba para sí misma los frutos maduros del sistema. ¿Está Dios en la liberación de un pueblo oprimido? Tengo fe en que sí.

Luego vino un largo periodo de deambular por el desierto, construyendo un futuro mejor. ¿Dios hizo que cayera maná del cielo y que se abrieran las piedras para beber agua? Lo más seguro es que no, Memo, debe ser un recurso literario. Pero la liberación no termina con la confrontación, requiere de la unión y la solidaridad para la sobrevivencia. ¿Está Dios en una comunidad organizada que comparte para subsistir? Tengo fe en que sí.

En el Nuevo Testamento la crucifixión de Cristo ocurre en la antesala de la Pascua. Y otra vez, lo más seguro es que las circunstancias no superen la prueba del ácido, pero hay un mensaje que prefiero no ignorar.

El relato habla de una resurrección, cosa imposible de comprobar. También habla de que es necesario llevar un mensaje que actualice las Escrituras. ¿Había que responder con violencia a la muerte injusta? Jesús pide que no, que mejor lleven su palabra a todos los rincones de la tierra. Una palabra viva inundada de reconciliación y de paz. ¿Está Dios en la reconciliación con quien tenemos diferencias ideológicas, de expectativas de la vida? Tengo fe en que sí.

Me despido pensando en la tradición de la quema de Judas. Gracias a que mi papá es un hábil rimador, conozco el veneno de las herencias y algo le he aprendido, atendiendo a tu pregunta, contesto como se debe...

*Yo soy Judas Iscariote,
perdí toda la decencia,
te daré un gusto grandote
al dejarte con mi herencia.*

*No quiero ser muy discreto
con su dicho estafador,
le dejaré un amuleto
al Presidente Obrador.*

*La codicia hará su lápida,
la presume con descaro,
le dejo esta prueba rápida
al pelón Enrique Alfaro.*

*De un viaje a la huasteca
traje estos bomberitos
pa´ que apliquen la ley seca
que pide Don Pastelitos.*

*Le cedo muy optimista
un micrófono pa´ hablar,
exclusivo pal cronista
que es don Guillermo Tovar.*

*Y mucha capirotada
que quepa en un almacén
y se coma de volada
junto con Carlos Efrén.*

Un abrazo, Memo, nos saludamos la próxima semana.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 18 de abril.

Don Carlos:

Ya que lo mencionas, el jueves pasado el omnipresente doctor Hugo López Gatell, del que se dice que es el médico del que las mexicanas se enamoran pero ni así le hacen caso, anunció lo que ya sabíamos pero no queríamos aceptar: que la cuarentena por el coronavirus se extiende hasta el 30 de mayo, a excepción de muy pocos lugares que podrán pensar en recuperar la normalidad el próximo día 17, por lo menos provisionalmente. De modo que, a menos que alguien obre un milagro, los días extraños se extenderán por lo menos un mes más.

Esto y las fechas de esta semana que termina me mueven a platicarte un par de reflexiones sobre los tiempos en que podíamos salir de la casa solo porque sí, “cuando éramos felices y no lo sabíamos.”

La primera viene del recuerdo de la visita que, como sabes, hicimos un grupo de autlenses al pueblo de Yahualica, el 13 de abril de 2019. Fue para redondear o enriquecer la experiencia del taller de lectura de la novela *Al filo del agua*, que muestra algunos lugares y costumbres de ese pueblo y en el que también participaste. Yo no conocía Yahualica y fue muy grato hacerlo por varios motivos, uno de ellos su imagen urbana: el pueblo de mujeres enlutadas conserva en el centro y sus alrededores la uniformidad de su arquitectura típica, aunque se trate de fincas de reciente hechura. La cantera está presente en casi la totalidad de los edificios, lo mismo que un estilo arquitectónico definido, con líneas de influencia colonial que armonizan con las del templo, que es algo así como el centro vital del pueblo. Incluso la Presidencia Municipal, que está a un costado del templo, jardín de por medio, parece subordinado a la parroquia. Y no dudo que, en no pocas ocasiones, sus inquilinos también lo hayan estado.

Algo que no pude dejar de notar fue la absoluta limpieza de las calles, los prados, los portales y otros espacios públicos yahualicenses: aunque caminé varias cuadras alrededor del jardín, no encontré ni cagadas de perro ni montones de basura en las esquinas. Tampoco hay comerciantes ambulantes saturando el jardín o los portales, en cambio, tienen un espacio muy cercano, a espaldas de la Presidencia, en un parquecito a la orilla del arroyo. Es decir, pueden trabajar pero sin obstruir la circulación ni la imagen del pueblo. Parece haber orden y una conciencia del valor y la importancia de preservar la imagen urbana.

Para mí fue inevitable comparar a Yahualica con mi querido Autlán, que no quedó muy bien parado: el centro de nuestro pueblo ya es una revoltura, con una caja de zapatos como la sucursal de BBVA conviviendo con una meritoria finca decimonónica como lo es la Casa Universitaria y una parroquia colonial frente a un edificio sin estilo definido como el que actualmente alberga las oficinas del SAT. De la suciedad ni hablemos: los prados de la última cuadra de la calle de Morelos, a la vuelta de la mismísima Presidencia Municipal, están tapizados de excrementos caninos y humanos. De no ser por las casonas del corredor Guillermo Prieto-Antonio Borbón, el centro de Autlán tendría muy poco que ofrecer a locales y visitantes en cuanto a imagen.

Y la cuestión de la imagen urbana no es una ñoñería o un simple anhelo de que el pueblo se vea bonito: hay toda una rama de la geografía que estudia este tema, del que se ha concluido que una bien cuidada imagen no solo causa un goce estético sino que mejora ostensiblemente el nivel de vida de quienes habitan ese lugar. Aunque el primer responsable de cuidar la imagen urbana es la autoridad municipal, que mucho ha aportado en el caso de Autlán a su deterioro, somos los ciudadanos quienes debemos dar el primer paso, por lo menos manteniendo limpios y en buen estado los espacios públicos. Ojalá que

cuando salgamos del encierro extrañemos tanto nuestras calles que las tratemos con cariño. Aunque soy escéptico al respecto.

La segunda tiene que ver con el recuerdo de que hoy hace 22 años, el 18 de abril de 1998, fue estrenada en el Cinerama Autlán la película *Titanic*, aquella protagonizada por Leonardo DiCaprio y Kate Winslet y que causó furor mundial. El cine, único que había en la región, registró llenos totales en su primer fin de semana; incluso entre las leyendas de la familia está el caso de un primo que se aventó las tres exhibiciones de la película que se dieron el mismo día. No salió del cine en más de ocho horas.

Desde entonces, en relativamente pocos años, la forma de entretenimiento de los autlenses y su uso del espacio público ha cambiado lenta pero irreversiblemente. En aquellos días, y aunque a semejanza del régimen castrista se decía que el Cinerama estaba a punto de desaparecer desde hacía años, se mantenía como uno de los principales sitios para el ocio y el encuentro de la gente. Había modo de comprar unas papas de Don Lolo afuera y meterlas disimuladamente o comprar alguna otra guzguera en la dulcería del cine. Si se te pasaba hacerlo antes de la función, pues había un intermedio, en la parte más emocionante de la película, para que bajaras a consumir.

Una tarde típica de domingo podía incluir la asistencia a ver una o dos películas (por el mismo precio) al cine, salir a “dar la vuelta” un rato a los jardines Hidalgo y Constitución y rematar en un bar o restaurante. Arena era el de moda por esos años. Los jardines lucían animados y, a veces, llenos de gente esas tardes y noches de domingo. No había en ellos precisamente algo que ir a ver, ya no se acostumbraban las serenatas en el kiosco ni llegaban aún los adornitos navideños, tampoco había tiendas con aparadores llamativos. Solo era reunirse a pasar el rato.

Actualmente los ratos de ocio en público me parecen más semejantes a los de una ciudad. Los jardines ya lucen escuetos las noches

de domingo, es más común acudir al mandado a Soriana, pasar un rato bobeando en los aparadores de las tiendas o viendo el celular mientras llega la hora de entrar a la función de cine, cuyo boleto ya compramos por Internet. Ingresaremos y seremos desalojados de la sala eficiente y maquinalmente, por empleados sonrientes y uniformados pero impersonales, como en Guadalajara.

Este cambio se dio poco a poco y era inevitable, no necesariamente fue para mejorar o empeorar. Así tenía que ser. ¿Crees que luego de la cuarentena algo en este sentido cambie? Yo creo que, luego de unos días de avidez por sentirnos libres, volveremos poco a poco a la situación anterior, por nuestra voluntad.

A ver qué...

Nos leemos pronto.

Guillermo.

Autlán de No Barre. Es el 22 de abril y acá seguimos sus babosos.

Señor Cronista:

La nostalgia me invadió con tu carta anterior, por lo mucho que extraño las reuniones en el Museo, en las que, con el pretexto de los libros, reflexionamos sobre asuntos tan variados: como la hazaña de un vocho cruzando el lago de Chapala, o los grandes contrastes que para bien o para mal tiene Autlán con otros pueblos de Jalisco.

La autoridad municipal ha cedido en los últimos años al desarrollo tipo franquicia, aquel que intenta convencernos de que tener sucursales de grandes cadenas es un símbolo de progreso, con varias consecuencias, entre ellas la pérdida de identidad arquitectónica (el Oxxo del jardín Hidalgo tiene la medalla de oro a la fealdad) y la proliferación de la basura. Si a eso le sumamos que desde hace tiempo hay quien apoda a esta ciudad como Autlán de No Barre, porque se ha perdido la costumbre de pasarle la escoba a nuestro pedazo de calle y banqueta, pues el asunto se pone color de hormiga.

Afortunadamente algunas cosas permanecen, Memo. Las papas Don Lolo las encuentra uno en el mismo lugar y las galletas de la Panadería García, con las que yo completaba mi contrabando de guzgueras para la permanencia voluntaria, siguen costando un peso. Una maravilla.

Si me permites, haré un brusco cambio de tema. Hoy quisiera compartirte la historia extravagante de uno de los personajes más exóticos que han pisado Autlán y Unión de Tula, lo recordé porque la semana anterior hubiera cumplido años y su hija lo trajo a mi memoria.

Se trata de Alan Brook, reportero, brujo, administrador de circos, comerciante y cocinero, quien inundaba de pláticas y humo de cigarro la primera sala de redacción que pisé en mi vida: la del Semanario

Voz de la Costa, en plaza del Valle. Era argentino, y le decíamos, sin mucha creatividad, “El Che”.

El Che nació en San Francisco, provincia de Córdoba. Era piloto aviador en una plataforma petrolera, y esa actividad lo hizo tener acceso a aquellos legendarios radios de onda corta, cuya señal fue capaz de cruzar el continente. En una de esas, la onda radiofónica se cruzó con otra generada en Unión de Tula, igual de una radioaficionada de voz melódica, María de Jesús Álvarez.

Lo que ahora ocurre en Facebook entre fotos y comentarios, pasó en aquellos años solo con palabras intensas y la entonación adecuada. Alan y Marijó se enamoraron a distancia, por radio y por cartas. Ocurrió que el piloto argentino participó en el sorteo de un boleto de avión a Brasil y que lo ganó, y que pudo negociar con la aerolínea el canje de ese boleto por uno a México.

Llegó a Unión de Tula un Día de Reyes vestido como los argentinos de la época: impecable traje, corbata y sombrero, discordante con los usos de la región. La pareja formalizó el matrimonio y nació el personaje: Alan se convirtió en El Che.

La familia Brook Álvarez duró poco tiempo en la Unión, el espíritu aventurero los llevó a administrar circos famosos y así recorrieron el país en las carpas del Circo Atayde Hermanos, USA Circus y sobre todo el famosísimo Circo Thiany. En ese trayecto ocurrieron dos cosas que cambiaron la vida, nació su única hija: Bárbara Sika Guadalupe. “Sika por mi mamá, Guadalupe porque es mexicana y Bárbara porque es una barbaridad que haya nacido, Che”, me confesó alguna vez don Alan.

El otro hecho significativo es que Marijó enfermó de gravedad y decidieron regresar a Unión de Tula para estar cerca de la familia. Bárbara tenía diez años cuando murió su mamá, y cinco años después vino a Autlán a perseguir el sueño de ser cantante y a estudiar la prepa. Más o menos con el cambio de siglo. Por esas fechas los conocí.

Para buscarse la vida, Alan fundó varios restaurantes: El Dogo de las Pampas y El Indio Paturuzú traían a colación su vieja patria. Bárbara recuerda, con un dejo de amargura, que los negocios no prosperaron en mano de su padre, pero luego los mismos locales e idénticos giros, en manos de otros sí resultaban bien acogidos.

En Autlán, El Che se dedicó al noble oficio de reportero para contar verdades, y al no tan noble oficio de leer la bola de cristal para contar mentiras. El Che se convirtió en un sabueso cazador de notas policíacas, era común verlo en las patrullas, departiendo con uniformados y haciendo larguísimas guardias en la comandancia. Eso también llegaba a incomodar a muchos.

En Argentina ya había tenido experiencia con las noticias. Colaboró con un diario que es posible leer en línea llamado *La Voz de San Justo* en su provincia natal. En Autlán, compartimos páginas en *Voz de la Costa*, que ya no es posible encontrarlo ni en la papelería Casillas.

En el oficio reporteril algunas veces hicimos equipo, muchas otras estuvimos confrontados por el tratamiento de algún tema o por su forma de convivir con las fuentes de información. Tengo muy presente que Enrique López le pidió que revisara la primera noticia que escribí en la *Voz* y que luego de leerla sentenció: “Che, este chico tiene buena pluma, no necesita que le revisemos nada”. Lo cual es una exageración. Pero me hizo sentir bien. Del oficio de adivinar la suerte en la bola de cristal, en cambio, nunca se dejó entrevistar, a veces bromeaba, aunque siempre evitó desvelarme sus misterios.

El Che murió dos semanas antes de la Navidad de 2004. Bárbara se fue a Estados Unidos, donde mantiene su empeño en cantar y ser feliz. Vive en la caótica y fascinante zona de Los Ángeles, California. Allá continúa la historia que comenzó el día en que se cruzaron señales de onda corta entre Unión de Tula y Argentina, con una larga parada en Autlán.

Algunas cosas se van, otras permanecen. La vida sigue y, como dice un entrañable personaje de una serie de novelas de Pérez Reverte, *El Capitán Alatriste*, que yo leía con avidez en los años en que traté al Che y a Bárbara: “No queda sino batirse”.

Un abrazo, Memo. Hasta la próxima semana.

Carlos Efrén

Autlán de Navarro. Sábado 25 de abril.

Don Carlos:

A este Che yo sí lo recuerdo. No crucé palabra alguna con él pero en una temporada fue asiduo visitante de una casa vecina a la mía, por la calle de Javier Mina, a una cuadra del Mercadito. Su acento, su desparpajo y su apariencia lo hacían notable; no sé por qué pero me quedó guardada en la memoria una frase suelta que le oí al pasar, mientras él platicaba con una vecina en la banqueta: “Andar en bicicleta ahora es un peligro. Cruzás caminando y te chocan de contramano”. No sé si se refería a que el peligro era para los ciclistas o para los peatones, por las malas prácticas viales de muchos ciclistas. También lo recuerdo encaramado en el escalón de un camión de bomberos que cumplía algún servicio. Un personaje pintoresco, de los que si bien no se puede decir que fueron determinantes en el curso vital del pueblo, sí le pusieron algo de condimento al paso de los días. Hasta ahora voy conociendo su historia.

De esta clase de personajes era el famoso Truman, a quien los viejos de Autlán recuerdan como un señor que andaba libre por todo el pueblo y era contratado para amenizar fiestas particulares de una forma peculiar: cantaba y tocaba música valiéndose de un balde de lámina, rasgándolo como si fuera una guitarra. Esto por allá en las décadas medianeras del siglo xx. En nuestros días anda un señor que me recuerda algo a Truman, acostumbra deambular en los alrededores del centro cargando varios botes de plástico de diferentes tamaños y de vez en vez se instala en algún sitio para tocar música con ellos, pero percutiéndolos y no rasgándolos. Una vez, en el mercado me tocó oírle una versión nada despreciable de “Suzie Q”.

Las historias de estos personajes forman una pequeña pero importante sección de la identidad de los pueblos, precisamente la que hace la diferencia con respecto a la de otros lugares, por cercanos

y parecidos que sean. Todos los pueblos tienen líderes y próceres, villanos y bandidos más o menos parecidos, pero sus personajes pintorescos son distintos en cada caso.

Cambiando de tema, hoy hace once años que el entonces Presidente de la República Felipe Calderón emitió aquel decreto que describía algunas acciones a seguir por el gobierno y los ciudadanos para combatir la expansión del contagio de la conocida popularmente como gripe porcina. La A H1N1. Le otorgaba con él facultades extraordinarias a la Secretaría de Salud para asuntos administrativos, como adquirir materiales y medicinas sin licitación, pero también en su relación con la gente: le permitía ingresar a los domicilios, inspeccionar y aislar a personas sospechosas de estar contagiadas y regular el transporte público. Un día antes, el 24, se habían suspendido las clases en todos los niveles educativos.

En un mensaje que dio el 29 de abril, Calderón recomendó por primera vez desde el gobierno, por lo menos que yo recuerde, el ahora famoso “quédate en casa”. Se refería al inminente puente del 1 de mayo. También anunciaba el cierre de instancias gubernamentales y comerciales no esenciales, como ocurre en nuestros días; trabajarían normalmente las policías y el Ejército, las gasolineras, las tienditas y los supermercados y, con restricciones, los restaurantes y hoteles. Las restricciones tenían que ver con la aglomeración de personas.

Aquí en Autlán, por aquellos días hubo unas pocas medidas en concordancia con este decreto. Sí se suspendieron algunas actividades públicas pero no con tanto rigor como ahora, la Casa Morumbí alcanzó a celebrar un concierto el sábado 25 por la noche y se popularizó, que no se generalizó, el uso del cubrebocas. En la empresa donde yo trabajaba en ese tiempo se nos obligaba a portar el cubrebocas toda la jornada a todo el personal, menos el dueño de la empresa, que aducía que, como todos los demás llevábamos ese adminículo,

ni lo podíamos contagiar a él ni él a nosotros. Ahora ese señor es presidente municipal.

Como dato curioso, recuerdo que en las campañas políticas que se desarrollaron en esa época, el candidato a presidente municipal Felipe Flores organizó un desfile en el que él y todo su equipo caminaron con un cubrebocas puesto. “Para que se le quede esa imagen a la gente”, me explicó uno de sus ayudantes, que sigue siendo su fiel admirador.

Aunque fue de una magnitud mínima comparada con la actual pandemia, creo que aquella nos preparó de alguna manera. Desde entonces me quedaron algunas costumbres nuevas, como el estornudo que ahora llaman de etiqueta. También algunos negocios y oficinas públicas mantuvieron hasta hace muy poco tiempo botes con gel antibacterial a disposición del público, aunque muchos ya ni los pelábamos.

Vale, desde que comenzó la cuarentena he dado en trabajar en el balcón de mi casa, un espacio pequeño, de unos seis metros cuadrados, pero que ofrece muchas ventajas sobre el interior. No pretendo hablar solo de este balconcito sino de lo que estas extensiones de las casas pueden representar en épocas como esta, de obligatorio aislamiento. Los balcones, o las terrazas o las cocheras o sitios similares, incluso las áreas de servidumbre que las casas nuevas deben respetar pegadas a la banqueta, son un sitio excelente para, aun respetando el aislamiento y la sana distancia, no perder el contacto con las gentes que componen nuestro entorno inmediato.

Desde ellos se puede saludar e incluso conversar brevemente con los vecinos, refrescarse con el famoso viento del poniente y admirar la vista de las montañas que circundan el valle. Pueden considerarse un lugar intermedio entre el interior de la casa y la calle, un sitio que puede ofrecer las ventajas de ambos extremos: la seguridad del interior y el necesario contacto con la comunidad del exterior. Esto no es

ningún descubrimiento, ya nuestros antepasados sabían de la necesidad de un lugar intermedio entre el espacio íntimo y lo de afuera. En la arquitectura típica de nuestra región, que no contemplaba segundas plantas ni jardines exteriores, esta función la cumplían cabalmente los corredores de ingreso a las casas y, desde luego, las amplias y cómodas ventanas, que también servían para echar pegue. Es un elemento que hay que revalorar, yo ya adopté este mínimo balconcito como la oficina del cronista municipal.

Nos leemos pronto.

Guillermo.

Voy a sacar mi equipal. Mañana será Día del Niño.

Estimado Memo:

Otra cosa que me sacó de onda cuando me fui a estudiar a Guadalajara, fue que un maestro me preguntó si la gente aún sacaba su silla a la banqueta para platicar en las tardes.

En casa no tenemos esa práctica, pero recordaba haber visto a algunas personas hacerlo, le expliqué como disculpándome que era más una actividad de los ranchos. “Reza para que nunca pierdan la costumbre”, hasta conocerlo mejor, entendí que su deseo resultaba auténtico. Ha hecho del estudio de los procesos de pacificación en zonas de guerra, su línea de investigación más importante. Y en algún momento explicó que la deseada paz se construye con diálogos cotidianos en espacios públicos y en la frontera entre lo público y lo privado: “Como en los ranchos que sacan su silla para platicar”.

Así que, citando a Magdalena y a Miguel, voy a sacar mi equipal para seguir arriando el argüende. Pues con las historias personales se va tejiendo la historia pública.

La omnipresente COVID-19 nos aguló ya muchas fiestas, de las más significativas es la Feria de San Marcos, que por cierto acumuló su segunda suspensión en la época reciente. La gran fiesta de Aguascalientes también sucumbió a la epidemia de influenza, y míralos, el serial taurino más grande de América siguió gozando de cabal salud. Mi mal de montera anda sufriendo últimamente por falta de toros, pero el mal trago pasará.

También nos echó a perder otra fiesta más cercana. La Feria de la Piña se celebra en Villa Purificación en los últimos días de abril, perdimos la oportunidad de hablar de este entrañable municipio, que tiene una plaza de toros chiquita pero que luego de la Alberto Calderas es mi favorita de la región. A pesar de que hace un calor endemoniado, básicamente todo el público disfruta de sombra, pues

lo que corresponde al tendido cálido está bajo el resguardo de un arbolote que impide asolearse. Pero igual, el mal trago ya pasará.

La fiesta perdida que hasta este momento más me ha dolido, es la del Día del Niño. Pues ante la ausencia de clases presenciales en las escuelas, cientos de miles de pequeños no tendrán estos memorables huateques con sus amigos del salón, la infancia pasa tan rápido, que la verdad esta sí es una pérdida irreparable.

Aunque no puedo hacer diferencia entre primero, cuarto o sexto de primaria, tengo memoria precisa de los seis pasteles y de los seis platos de pozole que degusté en las bancas de mi salón cada 30 de abril, mi memoria aún se nutre de las bolsas de golosinas que compartía con mis amigos y que ese día pueden comerse sin restricción. No recuerdo que a mi escuela hayan llevado algún espectáculo de payasos, o que durante toda la semana se hayan organizado pijamadas, o día del peinado loco, como le ha tocado a Eva.

Lo que sí tengo claro, es que el 30 de abril en las primarias o el Día del Estudiante en las secundarias son un respiro que fortalece los lazos de comunidad de las escuelas. Es como salir al balcón del salón a tomar el viento fresco, hacer una pausa y platicar con tus vecinos de algo más que las obligaciones.

Participar en juegos, bailables y risas, teje lazos que, a lo largo de la vida, sirven para construir grandes procesos como la paz. Don Luis González empezó a sacar esa hebra al hablar de microhistoria, pues hay una forma de hacer un símil con las felicidades compartidas y el bienestar generalizado.

La semana anterior, varios medios reprodujeron una cifra escalofriante: desde que comenzó el confinamiento, los servicios de emergencia han recibido 26 mil 171 llamadas de auxilio por violencia doméstica, principalmente hacia mujeres. El pico más alto de la historia. De mis años de reportero cubriendo el DIF y programas relacionados con el tema, deduzco que aunque esos casos los reportaron

mujeres, una significativa parte también atañe a menores y debe haber otro fragmento del iceberg bajo el mar, por la sencilla razón que los niños tienen menos acceso a un teléfono para reportar una agresión.

Hace un par de años, estaba cenando en una taquería de Melaque cuando se acercó una niña. Le ofrecí que pidiera algo y aceptó ordenar sus tacos para llevar. El mesero me recomendó que no le volviera a dar nada, pues es explotada por su papá y usó una frase lapidaria para argumentar: “Ni siquiera la manda a la escuela”.

El joven aquel no supo que aunque yo andaba en plan de descanso, me quitó el sueño al pensar en el enorme compromiso que tenemos en las escuelas de ser un refugio para los niños, principalmente, para aquellos cuyas casas no son un espacio seguro.

La posada y el 30 de abril, son dos de las fechas que más llenan de felicidad a los peques. Por eso, terminando esta carta escribiré un correo a Esteban Moctezuma, para proponerle que la SEP haga obligatorio que la primera actividad que realicemos al volver no sea ningún trabajo de regularización, sino que prioricemos festejar el Día del Niño y nutramos de alegría los corazones de los menores que hoy padecen el aislamiento.

Ya que sacamos la silla, déjame platicarte que aunque me acerco a las cuatro décadas de existencia, mañana seguro mi mamá me recordará que cuando yo estaba chiquito, un 30 de abril aprovecharon el puente para visitar a un tío que vivía en El Rebalsito, población más cercana al paraíso conocido como playa de Tenacatita, y que en el camión iban unos gringos que me cantaron el “Rey de chocolate” de Cri Cri, me regalaron dulces y se tomaron fotos conmigo. Así que en algún viejo álbum norteamericano debo andar tirando rostro.

Me despido, pidiéndote que mañana dejes que Andrea y Rodrigo jueguen mucho, y que si sus maestros les dejaron tarea, les digan que tienen un amigo que ya anda abogando por ellos ante el titular de la SEP. Que el 30 de abril se festeja y no se hace tarea.

Emulando al prólogo de *El principito*, hoy no me despido del señor Cronista, sino del niño que fue el adulto de barba que hoy despacha en un balcón. ¡Choca los cinco, Memo! Y vámonos, que ya van a comenzar los Thundercats.

Nos leemos la próxima semana.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 2 de mayo.

Don Carlos:

Maldigo el vocablo amor con toda su porquería.

No es que esta frase se relacione en algo con alguno de los temas que hemos tratado en esta treintena de cartas, solo es el verso que sonaba en el preciso momento en que comenzaba a escribir. Es de la canción “Maldigo del alto cielo”, de la época más azotada de Violeta Parra, en la voz de Óscar Chávez. Ya sabes que el jueves murió, a sus 85 años y al parecer con síntomas de COVID-19, y estas tardes he estado repasando los ejemplares de su discografía que tengo en la casa. Una de mis primeras manías de viejo, como decías tú hace algunas semanas, creo que es la de seguir oyendo música de discos.

No tengo nada que agregar sobre este singular personaje de la cultura mexicana a lo que ya está circulando profusamente en las redes sociales, aparte de mi relación personal con su obra. Comenzó en mi infancia, con los discos de acetato de mi papá y con la película de los Caifanes, aunque tardé algún tiempo en saber que el famoso Estilos era Óscar Chávez. Me aportó un conocimiento de la música tradicional latinoamericana en versiones no superadas a veces ni por sus propios autores (de ahí que muchos crean que “Macondo” es suya) y una mirada crítica pero no acartonada de la clase política mexicana, del PRI y de sus descendientes de todos colores, gracias a sus parodias políticas. Porque ni la casita con jardines, alberquita y calefacción central ni el guarura de levita son cosa del pasado.

Fue un activista comprometido con las luchas sociales de los años 60, hay imágenes que lo confirman. Aunque algunos consideraran que *chafeó* al aceptar chamba en la sección cultural del gobierno, nunca lo vi asimilarse al oficialismo, como eso que ahora llaman izquierda. En fin, que descanse en paz don Óscar.

Lamentable lo que comentas sobre la Feria de la Piña, lo mismo está ocurriendo con la de la Caña de La Resolana, con todo y su Entierro del Mal Humor y sus gremios Pollos y Choferes. Su ausencia va a acentuar la depresión económica que vivirá la región en los próximos meses. Qué suerte la del Carnaval de Autlán, que libró la contingencia por unas cuantas semanas.

Un par de pueblos, Purificación y La Resolana, que, aunque son vecinos cercanos y hasta comparten el valle de Espuchimilco, tienen historias diametralmente opuestas. La también conocida coloquialmente solo como La Villa es uno de los pocos pueblos de la región que conocen con precisión su fecha de fundación porque fue fundado por españoles, con todas las formalidades del caso, en lo que ahora se conoce como Villa Vieja, mismo sitio donde estalló aquel conflicto que nos tuvo en vilo el 1 de mayo de 2015. Es una población de prosapia, fundada en los inicios de la Colonia para asegurar la frontera entre la Nueva Galicia, cuya capital estaba todavía en Compostela, y la Nueva España, cuya alcaldía de Colima tenía jurisdicción hasta Autlán. Se conoce la lista de sus primeros vecinos y regidores, los primeros de los que ahora es Jalisco, entre los que se contaban conquistadores y encomenderos, y gozó de relevancia política durante muchos años en la región. De ahí salieron algunos de los integrantes de la marinería y la tropa que partió a la conquista definitiva de las Filipinas y, de paso, abrió al mundo las riquezas de Oriente, estableciendo definitivamente la globalización. Con el tiempo, Purificación perdió importancia política y llegó, incluso, a perder la categoría de municipio en algunas ocasiones, quedando bajo la jurisdicción de Autlán. Lo que no ha perdido nunca es su carácter distinguido y su imagen colonial.

En cambio, La Resolana es un pueblo muy joven, nacido a partir de la hacienda del mismo nombre, sin que tengamos una certeza de cuándo podemos comenzar a considerarlo un pueblo en toda

forma. Es el caso típico de algunos pueblos de la Costa, habitados quizá desde los siglos anteriores a la Independencia pero que no despegaron hasta mediado el siglo xx, con la llegada de inmigrantes de otras regiones. El municipio de Casimiro Castillo, con capital en La Resolana, como los más jóvenes de La Huerta y Cuautitlán, fue creado apenas en la década de 1940.

En lo que sí se parecen, aunque sea un poco, los municipios de Purificación y Casimiro Castillo, es en su origen: La Villa fue creada por órdenes de Nuño Beltrán de Guzmán para asegurar la frontera de su reino de la Nueva Galicia, Casimiro es uno de los conocidos por algunos como “municipios del General”, creados por instrucciones de Marcelino García Barragán para, con una fachada institucional, reemplazar a los caciques que señoreaban esos pueblos.

Muy al principio de este intercambio epistolar me comentabas algo sobre la mina. Te cuento que mañana, 3 de mayo, se puede considerar como un aniversario del inicio de la explotación a gran escala de los yacimientos de manganeso del cerro de San Francisco. Ese día de 1953 iniciaron los trabajos de exploración para saber la magnitud de esos yacimientos, que ya se sabía que existían porque se extraía mineral de forma artesanal, desde años antes. Los trabajos determinaron la existencia de cantidades fabulosas de material, de una pureza excepcional, que provocó la constitución de la Compañía Minera Autlán en el mes de octubre y su funcionamiento en Autlán durante los siguientes quince años, hasta que la disponibilidad de manganeso ya había mermado al grado de hacer su extracción incosteable para el estado de la técnica. La compañía existe todavía, con operaciones en varios países y cotizando en la Bolsa Mexicana de Valores.

Su existencia significó para Autlán y toda la región una inyección de dinero circulante, vía salarios y consumo en negocios locales, una mejora en la infraestructura de caminos y servicios de comunicación

y energía eléctrica. Además, un enriquecimiento cultural debido, en parte, a la llegada de trabajadores de regiones mineras del país, con todo y familias y costumbres, y también a la llegada de trabajadores profesionistas, algunos de los cuales formaron parte de la plantilla de profesores de la primera prepa.

Creo que ha sido uno de los hitos de la historia de Autlán.

Nos leemos pronto.

Guillermo.

Museo y Centro Regional de las Artes, 6 de mayo del 2021.

Señor Cronista:

Ni tú leíste mal, ni yo me equivoqué al escribir la fecha y el lugar desde donde te envió esta carta. Me encuentro cómodamente instalado en un equipal zacoalquense en el patio central de la vieja casona, y disfruto de un expreso de la recién inaugurada cafetería, aquí en el Museo. Vine a traer a Eva al taller de teatro para niños que desde hace seis meses imparte Andrea Regalado, por ahí anda también Rodrigo, Miriam lo dejó pues tuvo que ir a hacer unos mandados, pero despreocúpate, yo le echo un ojo.

Hace dos días, nuestra amiga Martha Corona y su equipo celebraron el noveno aniversario de este recinto. Muy diferente al del año anterior, pues recordarás que estábamos en plena cuarentena por COVID y todas las actividades públicas fueron suspendidas. Lo agradable del asunto fue que, precisamente, ese larguísimo confinamiento originó que la gente revalorara el papel vital que tienen las artes en la vida cotidiana. Tan necesarias como el pan.

Cuando la cuarentena terminó, nos dimos cuenta de que lo ocurrido no fue un paréntesis que la vida nos permitiera cerrar y continuar como si nada. Tuvimos que reconstruir la normalidad. En ese proceso, afortunadamente, surgieron voces que insistieron en que la reactivación económica tenía que ir de la mano de una vida más humana, y para ello es indispensable estrechar vínculos con las expresiones artísticas.

Entonces se retomaron muchas orientaciones, y se decidió que los museos, además de exhibir pedazos del pasado, se convirtieran en un dinámico lugar de formación y difusión. Martha aprovechó para consolidar al Centro Regional de las Artes como punto de encuentro. Ahora es posible tomarte una bebida en el patio, mientras lees

un libro de la recién remodelada librería, o después de participar en alguno de los nuevos talleres.

Como te decía, Andrea abrió el de teatro para niños. Su compañía Isabela Corona ahora forma a una nueva generación de actores, pero sobre todo, aficionados a esta expresión que permitió a los niños despegarse un poco del mundo virtual.

En contraste, hay otro taller muy padre. ¿Recuerdas en la inauguración del primer Nocheztli el *mapping* que se proyectó en Catedral? Pues uno de los talleres nuevos es de morros que, con sus propias computadoras y cámaras, están diseñando animaciones y proyecciones con propósitos narrativos. La estética de lo virtual se abre paso entre los artistas locales.

En este 2021, me gusta venir al Museo los miércoles y viernes, porque los demás días hay un ruido que celebro, aunque mi condición de preancianitud difícilmente tolera. Primero, llegan los jóvenes que están reconformando la Orquesta Sinfónica y un poco más tarde empiezan las clases de piano a las que tanto adultos como niños asisten: el próximo festival Aurea Corona tendrá mucha tela de dónde cortar.

Las nuevas salas han llamado mucho la atención. Comprenderás que una de mis favoritas fue la que se logró el pasado Carnaval, pues se dio continuidad a aquella vieja idea de tener un museo sobre tauromaquia, y se encontró con que lo más apropiado era darle una sala que recupere la vocación taurina de Autlán, al Museo ya existente. Ojalá que pronto se pueda traer el mural del maestro Canito.

Creo que una de las razones que más ha favorecido la renovada vitalidad del Museo, es el nuevo pacto de las escuelas con su entorno. Por fin se pudieron adaptar experiencias de este recinto a los aprendizajes esperados que perseguimos los profesores. Fue clave para esto articular esfuerzos en lugar de imponer agenda, flexibilizando posturas con el único fin de que los alumnos vivan una experiencia maravillosa, con muchos vínculos a su realidad y que les den ganas de volver.

Las exposiciones son dinámicas, los cuadros de José Atanasio Monroy se exhiben con éxito, pero están ligados al nuevo espacio interactivo en el que los niños tocan, sienten y elaboran sus propias versiones de los retratos locales. No creas que se necesitó mucho dinero, fue más necesario adaptar ideas viejas a los nuevos tiempos.

Me da gusto también que, con mucha frecuencia, nuevos escritores, músicos y fotógrafos elijan este espacio para presentar sus obras. Incluso veo muy bien que aquella lejana idea de nuestro amigo Fausto Nava, sobre preparar jóvenes para la oratoria, convierta por momentos este lugar en un ágora donde a partir de los discursos que ensayan los oradores, algunos incluso en la modalidad de Ted Talks, se discutan y analicen aspectos de la vida pública. La política y el arte, Memo, son cosas que van de la mano.

Pero dejé hasta el final una de mis actividades predilectas y en las que participo de primera mano. Los talleres de lectura son un éxito en esta nueva etapa, no solo por la cantidad de participantes, sino también por la frecuencia con que se realizan y con la innovación de convocar a niños a lecturas infantiles; me llena de esperanza ver a tantos pequeños colorear o hacer figuras de plastilina de cuentos que escuchan.

Si me permites resumirlo, yo diría que el Museo Regional de las Artes de Autlán es, desde hace un año, el mejor espacio para imaginar. Esta palabra la tengo muy presente desde el aniversario anterior y coincidió que en esos días estaba leyendo al historiador Yuval Noah Harari, quien argumenta que un giro evolutivo en el que los humanos tomamos ventaja fue la capacidad de contar con precisión historias que no son reales, es decir: el humano superó barreras inmediatas cuando pudo imaginar.

Una larga lista de animales tiene sonidos y movimientos para avisarles a sus iguales de riesgos verdaderos, pero solo el humano puede agruparse a partir de una idea intangible y, además, irreal.

Es imaginarlas, el primer paso para que las ideas ocurran, con el riesgo palpable de que no se logren del todo, pero hay que saber adaptarse. Y aquí me tienes, imaginando y escribiendo un futuro que merece anhelos y desvelos, algo parecido a lo que dicen que dijo aquel rey protestante: “París bien vale una misa”.

Recibe un abrazo. Nos leemos la próxima semana.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 9 de mayo.

Señor Carlos McFly:

Ese expreso que tomaste en tu viaje al futuro pudo haber sido parte de la cotidianidad del Museo desde su inicio. Según el ingeniero responsable de la obra un año antes de la apertura del Museo, la sala que ahora está dedicada a la obra de don Atanasio Monroy estaba pensada para que ahí funcionara un café, cuyos comensales estarían instalados en el patio central. Así me lo contó una vez que me metí a ver cómo iban los avances en la obra.

Tienes razón, nos va a tocar imaginar cómo vivir nuevos aspectos de la normalidad una vez que pasen los días extraños y haríamos muy mal en ocuparnos solo de los aspectos económicos, que serán muy urgentes, y descuidar las humanidades. Uno de los elementos que habrá que mejorar será el de buscar un acceso más generalizado a las artes y la cultura en general, para todos.

Hace unos días me pidieron en Radio Universidad una opinión sobre el Museo, con motivo de su aniversario. Les hablé, entre otras cosas, de un punto débil que le encuentro: la falta de un organismo ciudadano, con personalidad jurídica, que lo respalde, gestione recursos y, sobre todo, lo blinde de las veleidades políticas a las que, por suerte, ha sobrevivido en estos ocho años. La constitución de un patronato puede ser uno de los primeros pasos de la ruta crítica para llegar a lo que imaginemos. Habrá que hacer política, de la buena.

En otros asuntos, mañana cumplirá veinte años de haber fallecido el doctor Rubén Villaseñor Bordes, a quien los autlenses debemos la mayor parte de lo que conocemos sobre nuestra historia, en especial de los orígenes de nuestro pueblo como asentamiento español. Este hombre es uno de los autlenses a los que más admiro.

Don Rubén fue un incansable gambusino de datos históricos de Autlán, que buscó en archivos históricos en México y en España. Gra-

cias a eso conocemos cómo los indígenas autlenses tenían su propio idioma, el autleco, del que incluso da un par de palabras que nombran lugares cercanos al actual pueblo, tomados de actas de compra venta de terrenos. Uno de ellos fue un tal Pectidam, cerca de Chiquihuitlán.

Aunque no tenía una prosa tan rica y fluida como la de don Ernesto Medina Lima, don Rubén Villaseñor también hizo trabajos que podrían atribuirse a un cronista. Uno de ellos fue publicado en la tesis con la que obtuvo el título de médico, en la UNAM, sobre la situación sanitaria del pueblo de Unión de Tula, lugar donde don Rubén estuvo prestando su servicio social. En la tesis describe a detalle los problemas de higiene y sanidad que vivían los habitantes de ese pueblo, su recelo a consultar a un médico ante algún problema de salud y su preferencia a acudir con el curandero y, desde luego, propone soluciones para solucionar estos problemas. Esto en una época relativamente reciente, el año 1938.

Fue uno de los futuros profesionistas jaliscienses que tuvieron que irse a estudiar a la ciudad de México ante los conflictos universitarios que vivió Guadalajara a mediados de la década de 1930, por eso se tituló en la UNAM. Pero también fue parte de una generación de historiadores y cronistas jaliscienses que dejó una amplia, variada y, sobre todo, rigurosa producción. Entre ellos podemos contar al amequense Jesús Amaya Topete, a los tapatíos Luis Páez Brotchie e Ignacio Villaseñor, a Jesús Cornejo Franco o a Ignacio Dávila Garibi. Muchos de ellos profesionistas de otras disciplinas e historiadores y cronistas por vocación.

Ahora que hablamos de una posible “nueva normalidad” o nuevos elementos en nuestra vida cotidiana y ya que estamos en plan de imaginar futuros posibles, tal vez sea buena idea relajar un poco la especialización radical a que hemos ido avanzando en Occidente. Dejar, a semejanza de los personajes que te mencioné, un legado a las generaciones futuras a partir de lo que nos gusta hacer, sin espe-

rar una remuneración por ello, aunque no sea dentro de nuestras actividades profesionales. Claro, dentro de la medida de lo posible.

Que un científico, profundamente especializado en investigar los hábitos de reproducción de las garrapatas, se atreva a desarrollar su gusto por dibujar. O que un profesor de matemáticas financieras sea capaz de escribir obras de teatro para niños. En fin, que seamos más universales.

Antes de irme voy a tener que tomarme unas pocas líneas para platicar algo relacionado con la pandemia, tema que había evitado para tomarlo cuando tuviéramos una visión más completa de este episodio. Pero lo haré solo para expresar mi decepción de cómo los autlenses nos hemos comportado al conocer la noticia, inminente desde hace semanas pero que apenas se materializó, de que en el pueblo ya hay el caso confirmado de una persona contagiada.

No faltó quien propalara por WhatsApp los datos, incluyendo nombres y medios de contacto, de la familia de un señor, supuestamente el contagiado, que a partir de ese momento vivió el rechazo extremo de sus vecinos, que trataron a sus integrantes como apesta-dos. Esto sin que hubiera una versión oficial de que este señor realmente estuviera contagiado. Poco después un hijo de esta persona subió un video a Facebook donde muestra a su papá, de quien dice que no está enfermo ni recibe tratamiento alguno para la enfermedad.

Este video ha sido tomado por otro grupo de personas para “demostrar” que en Autlán en realidad no hay casos de COVID-19 y que las autoridades mienten. Las autoridades, por su lado, han hecho un desastroso trabajo de comunicación social.

No es que en otros lugares la gente no haya reaccionado igual, cosa que no conozco pero no dudo. Pero me resulta muy triste que Autlán, cuya gente ha demostrado solidaridad y unión en momentos críticos, como el no muy lejano impacto del huracán Jova, tenga también una sección que pueda ser tan ruin y tan cruel.

Otra cosa que habrá que imaginar diferente.
Nos leemos pronto.

Guillermo.

Autlán, otra vez es 2020, casi día del profe.

Señor Cronista:

Édgar Morin. Así se llama el sociólogo francés que enunció lo que ahora se conoce como la Teoría del Pensamiento Complejo, que consiste en reconocer la naturaleza holística del ser humano, es decir, que está integrado por una gran diversidad de elementos que se articulan. De la misma manera se puede entender al mundo social y natural.

La visión de Morin ha sido adoptada por los grandes organismos internacionales que inciden en las políticas educativas de la mayoría de los países. Gracias a esto ya no aplica aquella visión especializante de hace tiempo, que en el fondo lo que hace es reducir el campo de conocimiento. En cambio, se ha detectado que en el cerebro se crean conexiones inesperadas cuando, por ejemplo, un matemático toca música o un contador público se mete de cronista, o un reportero da clases.

Pequé de soberbio con ese último ejemplo, pero don Ernesto Medina y don Rubén Villaseñor son ejemplos de que esta orientación es certera. La contraparte del pensamiento complejo, es el reduccionista. El que cataloga todas las realidades de bueno o malo, blanco o negro, héroe o villano, por ejemplo. Aunque sigo en proceso de leer y entender a Morin, creo que es uno de los grandes pensadores de nuestra época.

De tu última carta me impresionó la existencia de un idioma autleco, ¡es una maravilla! También es una lástima que no se hayan conservado mayores detalles, aunque pensando en las formas en que las lenguas evolucionan, hay una posibilidad muy grande de que alguna de las palabras que forman el léxico autlense sea una derivación de alguna voz pronunciada por autlecos originales.

Tengo especial curiosidad por saber si habría una oración para expresar lo equivalente a “¡qué vergüenza!”, porque eso experimenté

la semana pasada cuando observé la reacción de un sector local, al confirmarse el primer caso de COVID. Quizá fue por que leí *La peste* de Camus apenas iniciado el confinamiento que, si bien no me sorprendió, sí lamenté profundamente las reacciones medievales que nos envolvieron. Fue uno de esos momentos en que pude haber recitado a José Alfredo: “Nada me han enseñado los años, siempre caigo en los mismos errores”, por la orgullosa ignorancia y la profunda mala leche con la que un amplio sector se comportó.

Pero siguiendo las orientaciones de Morin, también hay que señalar que no todo se redujo a esas expresiones vergonzosas y que días después, concretamente la noche que me llegó tu carta, hubo actos que demostraron que hay quien entiende dónde estamos parados. Déjame explicarte por qué creo que el panorama se diversificó.

No sé si en tu barrio escuchaste serenatas a las madres. En la Echeverría no me despertó ni una sola, y pregunté a amigos que viven en otros puntos de la ciudad y coinciden. Ya sea por temor a la sanción o por reconocer que es una actividad prescindible, la música no se utilizó este año para procurar felicidad a las madres.

Al día siguiente hubo movimiento, fue particularmente difícil encontrar pasteles, pero de ahí a restaurantes atascados o jaripeos transmitidos en vivo para celebrar a la madre, no. Así que asumo que hay quien sí ha aprendido, aunque en sus referencias inmediatas no exista una persona infectada.

Lo cierto es que yo me quedé con la idea de la serenata a la madre. En la adolescencia, fui un constante promotor de despertar señoras en la noche con mi nada afinada voz y menos talentosa guitarra. De todas las veces que terminé ronco y con los dedos ampollados, hay una experiencia que me dejó muy marcado y que, si me permites, quisiera compartirla para distender un poco el ambiente. Fue concretamente en la colonia Ejidal, donde tenía muchos amigos que asistieron a la misma secundaria que yo.

Comenzamos a recorrer las calles de esa entrañable colonia, y muy pronto en la jornada se nos pegó un señor al que reconocí como un clásico teporocho de barrio: sucio, ebrio, difícilmente articulaba palabra. Amable, en lo que le permitía su condición, pero eso sí, muy ruidoso. Nos echó a perder la sorpresa en tres casas, pues gritaba de gusto antes de que empezáramos a cantar “Las Mañanitas”.

Hubo un momento en que intentamos escondernos, pero no lo logramos, la música lo atraía. Resignado a que su compañía evitara invitaciones a beber café, seguí tocando y cantando, hasta que hubo un momento en que aquel señor se detuvo en una banqueteta y comenzó a llorar a grito abierto. Un llanto estremecedor frente a una casa con un lindo jardín. El grupo de músicos ya se había adelantado al siguiente domicilio, solo quedaba yo con la guitarra y dos amigos que cantaban. Uno de ellos, vecino de la Ejidal, nos confirmó que ahí era la casa materna del teporocho.

Di media vuelta, puse los dedos en *re* mayor y comencé a tocar. El teporocho sorbía mocos, mis amigos y yo cantamos cuando, de pronto, se prendió la luz. En lenguaje serenatil representa un feliz acuse de recibo. La puerta no se abrió, pero el hombre aquel se quedó recargado en la pared y nosotros nos fuimos.

Nunca supe su nombre, pero dos semanas después lo volví a ver. Fue en la liga inaugural de la cancha de fútbol rápido de la colonia, donde alguien le ofreció un trago y se negó; vestía ropa sucia, pero ahora de cal, y a la pasada le alcancé a escuchar que había vuelto a vivir a casa de su madre y buscaba afanosamente una nueva vida. Ignoro si lo logró.

Seré de los que, al hacer política de la buena, insistan en considerar la dimensión afectiva en la imaginación de la nueva normalidad, que si reducimos todo a la frialdad de los números y la rigurosidad de lo que puede verse y palpase, corremos el riesgo de seguir pasando vergüenzas y miedos innecesarios.

Nos leemos la próxima semana. Te dejo un abrazo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 16 de mayo, hace cuatro meses iniciamos este intercambio.

Profesor Carlos:

En realidad escribo esto el viernes 15 de mayo, no para hacerlo coincidir con el Día del Maestro sino porque tengo la costumbre de redactar la respuesta entre semana para el sábado darle una última revisión antes de mandarla. Esta fecha coincide también con el primer tercio de este intercambio del que hasta ahora sabemos solamente que no podrá llamarse *Ida y vuelta*. Como entrenadores de fútbol, en estos primeros 30 minutos hemos ido realizando algunos cambios sobre la marcha, en el estilo, la táctica, la extensión y la estrategia pero, en términos generales, el partido lo vamos tramitando con similar visión del juego. Ahí la llevamos.

La fecha de hoy es relevante también porque es el aniversario 150 del capitán primero Isidro Michel López, personaje de importancia en nuestra historia. No era de posición social baja, puesto que tenía tierras propias, por el rumbo del rancho El Aguacate, ahora en el municipio de El Grullo, y hasta estaba emparentado con don Pedro Regalado Michel Corona, propietario de la hacienda de Ahuacapán desde 1821 y uno de los hombres más ricos de Jalisco, pero aun así se involucró en política contra la dictadura de don Porfirio, participando en clubes antirreeleccionistas en El Grullo y Autlán. Por esas épocas, según Carlos Boyzo, también se habría politizado Casimiro Castillo, para entonces un joven de 25 años, mediero de otros terratenientes locales, los Topete, y de una extracción social completamente opuesta a la de don Isidro.

Su historia ya la he repetido muchas veces pero lo hago aquí también para que no falte en este espacio: aparte de combatir a la dictadura desde la política lo hizo, cuando no hubo más remedio, con las armas, tomando la plaza de Autlán el mismo día, 25 de mayo de 1911, en que

Porfirio Díaz renunciaba a la Presidencia de la República. También con las armas, ya como capitán primero del ejército regular y en los sucesivos gobiernos revolucionarios, defendió a El Grullo y Autlán de los ataques de las gavillas de bandidos, señaladamente la de Pedro Zamora, que quedaron activas. Fue él, junto con el general Rafael Buelna, quien al fin puso fuera de combate al bandolero de El Palmar de los Pelayo. Permanece, injusta pero entendiblemente, olvidado.

A propósito del Día del Maestro, quisiera referirme aquí a la profesora María Mares. Pero antes debo aclarar que muchos maestros hay que, con solo mencionarlos, provocan recuerdos gratos entre quienes fueron sus alumnos, aunque estos ya estén bien entrados en la tercera edad y los dichos maestros ya estén ganando batallas como el Cid Campeador. Así pasa con personajes como Daniel Ruiz Villalobos, Julián Arreola, Ignacio Cárdenas Ochoa, Francisca García Mancilla y algunos otros.

Dicho esto, lo de María Mares me sigue pareciendo excepcional. Aunque tiene sus malquerientes entre gentes que ni la conocieron y que se escandalizan por unos supuestos métodos brutales de enseñanza que tampoco conocieron, la maestra tiene entre sus alumnos a lo más granado de los hijos de Autlán: Efraín González Luna, Marcelino García Barragán, Daniel Benítez, Flavio Fierro, Paulino Navarro, Jesús Velázquez, Ernesto Medina Lima ... esta lista de nombres, que es la versión corta, es capaz de derrumbar cualquier reproche.

Pero el más destacado de sus alumnos es don Antonio Alatorre, quien además es su mayor panegirista. Abundan en Internet ejemplos de cómo el autor de *Los 1,001 años de la lengua española* recuerda a la maestra María Mares, a quien llama cariñosamente Mariquita. Hay una entrevista con Jean Meyer, muy valiosa, en la que don Antonio se extiende en una descripción de la maestra, a quien se refiere como una gran profesional de la enseñanza, rigurosamente laica tanto en materia religiosa como política. Pero también deja entrever que era

una profesora comprometida, con profunda vocación: siendo vecina de don Antonio y conociendo su amor por los libros, manifestado ya desde la infancia, María Mares lo recibía en su domicilio (“mi segunda casa”, dice don Antonio) y ponía a su disposición su biblioteca; el “Blanquito”, como llamaban al niño Alatorre, se la pasaba en esa casa toda la tarde. No es raro que el alumno guardara tan gratos recuerdos de su maestra, aunque los años se fueran acumulando. María Mares era una maestra de tiempo completo.

En ella tienes un gran ejemplo a seguir. Sabes que no es por darte coba, pero creo que vas muy bien, a juzgar por lo que he visto de tu relación con tus alumnos y exalumnos, que es público y notorio te guardan un especial cariño. Ese trabajo fuera de lo que están estrictamente obligados a hacer los profesores es acaso tan importante como el seguir al pie de la letra los programas educativos.

Yo tengo muy buenos recuerdos de algunos de mis maestros en mi largo paso por las aulas. A Rosario Monroy le agradezco mucho que me enseñó a leer, aunque todavía siento pena por los malos ratos que en mi grupo le hicimos pasar; al profe Raúl Lizaola le debo el abrirme la perspectiva hacia la literatura mexicana de todas las épocas, que él conoce como nadie; Víctor Rayas, quien además ha sido misionero en África, nos enseñó en un solo semestre en lo que consiste la filosofía, sin necesidad de andar haciendo resúmenes de largos y pastosos textos; Paty Michel me mostró cómo un contador no tiene por qué ser un tipo gris y cuadrado, que bien puede tener intereses en otras áreas del conocimiento y en ampliar su cultura. De la poesía no conocí la esencia hasta que tomé el Seminario en Acercamiento a la Poesía con el maestrizo Jorge Souza. A todos ellos y a otros que no menciono ahora les debo buena parte de lo que soy.

Seguramente estás al tanto del nuevo mame de redes sociales, este basado en un supuesto pleito entre dos cantantes: Pepe Aguilar, el hijo de don Antonio, y un desconocido Natanael Cano, a quien le

llueven toda clase de insultos. Es tan solo un tema más, que dentro de poco estará instalado en el limbo a donde se van todos los memes una vez que caducan, pero a este no he logrado agarrarle bien la onda: ¿Será una manifestación de rivalidad entre generaciones, una verdadera cruzada por el buen gusto, una efectivísima campaña para promover al buen Nata, una válvula de escape para la angustia por la cuarentena?

Hasta la próxima semana.

Guillermo.

Soycarefre en TikTok. 20 de mayo de 2020.

Señor Cronista:

Si a las personas se les conoce por sus obras, la de María Mares es una de las más notables, a la que cualquiera podría tomar como aspiración. Estoy seguro de que, de muchas formas, su influencia permanece. Es abuela de algunas ideas brillantes que siguen en vías de materializarse.

Tristemente, a su vida le falta una pluma que la recupere. También que ponga en perspectiva su trabajo, pues la labor de un profesor no es una función desarticulada de su contexto. También desde ahí habría que abordar sus métodos y, claro, aprender mucho de ellos hasta adaptarlos a las realidades actuales. Esa podría ser la siguiente tarea, pero hasta que concluyamos con esta, no la vayamos a cruzular.

Te decía que el trabajo de un profesor no es una burbuja desarticulada del mundo. Uno necesita utilizar canales y códigos legitimados por los alumnos, para generar los vínculos que permitan el aprendizaje y, de ahí, la transformación. Por esa razón, yo ya había escuchado el nombre de Natanael Cano, y sabía de la admiración de que goza entre un sector adolescente. No está de más decir que no tengo el más mínimo gusto por sus expresiones, pero me siento con la responsabilidad de conocerlo.

Por cierto, ya que evocaste las enseñanzas vitales de profesores, recuerdo a mi profe Gumersindo, que me dio Química en la Secundaria, y que además de aprenderle los múltiples beneficios médicos del agua de chaya, me quedé con su principio de que “nadie debe avergonzarse de saber cosas”.

Él se refería a que saber algo no significa tener empatía o gusto por lo que se sabe, por ejemplo: un tiempo yo estuve al pendiente del precio al menudeo de cocaína y marihuana, también puedo reco-

nocer el rostro de cuando menos cuatro actrices porno y, entre otras cosas, conozco a varios “cantantes” —el entrecomillado es intencional, y con mala leche— de narcocorridos. Pero nada de eso me gusta. Solo lo sé.

Escuchar algunas canciones de moda es tan útil para mi trabajo como el plumón magisterial. No me avergüenzo de reconocer la letra de narcocorridos, tampoco de trap o reguetón, francamente repulsivo. Pero creo que se comete un error solo quedándose en la catártica condena.

Muchas veces me he preguntado la razón de que figuras como Natanael Cano se conviertan en una referencia legítima para las nuevas generaciones: canta mal, articula peor, su lenguaje es muy limitado, abusa de muletillas groseras. Pero ofrece, sobre todo en sus videos, un estilo de vida sobrevalorado en esta época: “Rancho Humilde” es su marca.

Es posible observarlo en una actitud hiperconsumista con la que intenta suplir las insatisfacciones de una vida humanamente miserable: sin amistades sinceras, con amores no correspondidos, con la ausencia permanente de una familia.

Lo que le da cierta personalidad a este morro, es que maneja dos de los géneros más populares del momento: el sierreño, con el abuso de los estridentes requintos y la tuba que acompañan letras violentas, y también el trap, esta especie de mezcla de reguetón con versos rapeados llenos de una alta connotación sexual. Solo para dimensionar un poco: Bad Bunny, que es una referencia del género, lo incluyó en un show en Los Ángeles.

Saber, entender el contexto, reconocer la posición del Otro, es un paso indispensable para transformar estas realidades. Ahora, no recuerdo si previamente te había compartido este dato, pero la explosión de estos géneros que a muchos avergüenzan, se dio sobre todo

en espacios empobrecidos. Es decir, no es la música la formadora de la realidad, sino el resultado. Yo más bien creo que se retroalimentan.

Pero quiero aclarar que, como los cubanos, yo soy de tomar postura. Y ante este round, me declaro del equipo de Pepe, que es un cantante de mariachi, banda y rock, tres géneros que, en diferentes épocas y contextos, igual hubo personas que los juzgaron inapropiados, inmorales y de baja calidad.

Junto con la música, otra de las grandes fuentes de referencias culturales actuales son las redes sociales. Hay que asumir que Facebook es un abuelo que hace lo posible por mantenerse en forma. Me encanta por el encuentro con conocidos, por la oportunidad que ofrece para profundizar cuando te lo propones y por los memes. Pero todo cambia, Memo, y Facebook ya no es la única referencia, tampoco Twitter, al que, en lo personal, nunca le he agarrado sabor.

En esta ciudad es muy popular Instagram, una red social que prioriza las fotos y en donde triunfan las historias de superación y el verse bien. Si escribes “Autlán” en el buscador, aparecerán algunas cuentas oficiales y muchos negocios. También infinidad de autlenses que comparten el día a día a través de imágenes.

Para efectos absolutamente didácticos, en la cuarentena descargué TikTok, una red social que se decía propia de adolescentes y sumamente superficial. Lo hice, como decía Gume, por saber y para utilizar algunos códigos referenciales que me faciliten la comunicación con mis alumnos.

Encontré una gran variedad de posibilidades en los videos cortos con audios pregrabados. Hay por el momento un abuso de la superficialidad, pero de pronto también aparecen referencias políticas y culturales. Si escribes “Autlán” en el buscador, hay algunos clips de Carnaval y varios sobre una bruja local que hace magia blanca para triunfar en el amor.

Lo cierto es que ya me aficioné y me encuentras como Soycafre. Espero pronto seguir la cuenta de Cultura Autlán, que para enseñar, preservar y difundir el patrimonio cultural, bien vale utilizar los canales y los códigos novedosos, sin dejarlos crecer solos entre la mediocre popularidad de gente como Natanael Cano.

Un abrazo, te leo el próximo fin de semana.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 23 de mayo.

Profesor Carlos:

Seguramente seguiré tu recomendación de utilizar nuevas vías para difundir y, de esa forma, aportar un esfuerzo, aunque sea limitado y mal hecho, para defender y preservar nuestra identidad y cultura. Con esa idea nació CulturAutlán allá en el año 2008, en Blogger, algo que no es una red social según el concepto que se tiene actualmente pero funciona más o menos de forma semejante.

No sé si por sus tendencias hacia el monopolio (parece que WhatsApp ya también es de Mark Zuckerberg), pero Facebook va adaptándose a las innovaciones que introducen otras redes sociales y ofrece servicios nuevos, parecidos a los que ofrecen aquellas, cada cierto tiempo. En eso consiste el esfuerzo que hace este abuelito de menos de veinte años de vida para mantenerse en forma. Sigue siendo mi favorita, en parte por esa adaptación pero también porque ahí están la mayoría de mis relaciones de la vida real y me facilita la comunicación y el contacto con todos ustedes. En Twitter tengo una cuenta también, pero abandonada, en realidad nunca me ha gustado.

Coincido en reconocer el valor de estos espacios virtuales como medios eficientes de comunicación. Hace años que la información se mueve mayoritariamente por esas vías y las formas “físicas” de comunicarse van quedando relegadas; una muestra de esto es la atención que les han puesto, en mayor o menor medida, los periódicos, televisoras o estaciones de radio profesionales para difundir sus contenidos. Hemos llegado hasta el punto de que hay periódicos que tienen su sección de memes o de notas de tendencias de redes sociales. Hasta los ataques del gobierno a los medios incómodos se han tenido que adaptar, ya no les obstaculizan el acceso al papel sino que los “hackean” o les orquestan ataques de “bots”.

Cierto que la democratización de los medios de comunicación, vía redes sociales, ha llevado a saturarnos la vida de paja o información que no es relevante ni nos hace falta conocer pero que ayuda a mantener el contacto con nuestros conocidos, como puede ser la foto del platillo del día, pero también de información falsa, malintencionada o no, que se hace circular según el tema de moda, como los remedios y explicaciones sobre el coronavirus y su relación con la tecnología 5G. Es importante, sí, adaptarnos a los nuevos medios que vayan surgiendo y popularizándose para mejorar el alcance y los resultados de nuestro trabajo, pero también hay que buscar la forma de educarnos constantemente y educar a quienes podamos en el buen uso de las redes y en el reconocimiento de la información dañina que podemos encontrar en ellas. Saber identificar a las legiones de idiotas de que hablaba Umberto Eco y alejarnos, en la medida de lo posible, de ellas. Como procuramos hacer en la vida real, pues.

En la última carta dedicamos espacio a cantantes-entre-comillas (Pepe Aguilar tampoco me gusta por su estilo plano y aburridón, pero eso solo es una apreciación personal) y hoy quisiera hacer lo mismo con un par de músicos de verdad y de trascendencia. Para compensar un poco pero también porque en el transcurso de las últimas dos semanas acaban de fallecer.

Uno de ellos es don Horacio Naranjo Garibay, apodado “El Colorado” y, por más señas, colimote y trompetista. Murió el miércoles 20 de mayo por la madrugada, me enteré de su muerte poco antes de que llegara tu anterior carta. Como sabes, este señor es un personaje muy querido en su Colima natal, donde es considerado toda una institución en la música. Con Autlán tiene una relación importante, fue uno de los protagonistas de una época dorada del Carnaval, aquella del tercer cuarto del siglo XX en la que todavía existían, y eran populares y gozaban de cabal salud, los bailes carnavalescos, uno de los elementos perdidos de nuestra fiesta. La orquesta del Colorado Naranjo ame-

nizó muchos de esos bailes en el Casino Autlense y en otros sitios; he platicado con bailadores de aquellas épocas y no hay uno solo que no tenga buenos recuerdos de la calidad de esa orquesta. El grupo musical sigue en activo, ahora dirigido por el hijo de don Horacio.

El otro de esos músicos nació en Autlán, aunque su relación con el pueblo se limita a eso y a sus relaciones familiares. Bueno, y a los buenos oficios que desplegó para facilitar que se llevara a cabo el homenaje que en febrero de 2001 el pueblo de Autlán le rindió a Carlos Santana. Se trata de Jorge Guillermo Santana Barragán, hermano de Carlos y guitarrista como él. Fue uno de los integrantes más jóvenes de la familia, nació el 13 de junio de 1951 y, con apenas cuatro años casi recién cumplidos, su mamá se lo llevó junto con sus hermanos a Tijuana, a encontrarse con don José, su papá. Junto con su padre, Jorge hizo punta para mudarse a San Francisco, con once años de edad, donde sufrió los problemas que los niños migrantes conocen tan bien: añoranza por la familia (al principio solo estuvieron en San Francisco él y don José), trabajo duro y lo que ahora llamamos *bullying*.

Muchos lo consideran un segundón o que vivió a la sombra de Carlos, su hermano. Aunque es posible que su afición a la guitarra le llegara por medio de él, porque Carlos ya ensayaba su instrumento en casa antes de que Jorge empezara a tocar, su carrera tuvo importancia por sí misma, independientemente de su apellido: con el grupo Malo, integrado también por músicos de San Francisco pero, como él, procedentes de otros lugares del mundo y con distintos aportes culturales cada uno, le pusieron fondo musical a uno de los movimientos sociales más importantes de California en esa época: su canción “Suavecito” es considerada un “himno nacional” chicano. También colaboró, del otro lado del país, con el sello musical Fania, el de Celia Cruz, Tito Puente, Rubén Blades, Héctor Lavoe y tantos otros, participando en el primer gran concierto de salsa en Estados

Unidos, que se llevó a cabo nada menos que en el estadio de los Yanquis (música cubana en el estadio de los Yanquis en plena Guerra Fría) en 1973. Ahí tocó la guitarra en la canción “El ratón”, de Cheo Feliciano. Jorge murió el jueves 14 de mayo en California.

Y ahora a trabajar, que tengo que ayudar a pagar esos seis mil millones de pesos que ni siquiera puedo imaginar juntos.

Hasta la próxima semana.

Guillermo.

Autlán, hace dos días festejamos a los contadores públicos. ¡Enhorabuena!

Señor contador:

Que no me pase lo de tu cumpleaños. Quiero comenzar dejando constancia de una felicitación sincera por el día en que conmemoramos tu profesión, de la que con honestidad sé muy poco, por lo tanto, solo estoy agradecido por los servicios prestados. Más cuando se realizan como sé que lo haces tú, con ética y creatividad. Larga vida al Contador Memo Tovar, que convive muy bien con el Cronista.

Antes de platicarte lo que corresponde, me detendré a seguir el hilo de las redes sociales; trajiste a colación la afirmación de Umberto Eco, con la que estoy de acuerdo: “Le dan derecho de hablar a legiones de idiotas”, sin embargo, no son el único riesgo que la realidad virtual tiene, incluso me atrevo a decir que ni siquiera es el mayor, toda vez que, como bien lo apuntas, es relativamente fácil poner tierra de por medio.

En cambio, la burbuja ideológica que construyen las redes digitales es más difícil de percibir, por lo tanto, es más complicado salir de ella. Las redes sociales funcionan con algoritmos de programación, están diseñadas para mostrarte todo aquello que te gusta o con lo que tienes afinidad. Logran construir un perfil de usuario a partir del tipo de temas de los que consumimos información, los “likes” que damos y las interacciones.

Eso también aplica para nuestras posturas políticas. El algoritmo me mostrará mayoritariamente publicaciones con las que tengo coincidencias ideológicas y evitará mostrarme aquellas con las que no tengo. Esto se llama “burbuja ideológica”. Pues uno navega y solo confirma su forma de pensar, pues es lo más visible, y cuando en la vida real te topas con alguien con una postura distinta, se producen choques que han sido ríspidos, con una desacreditación a mansalva. No se trata de

eso la vida, creo, conviene aquí citar a los zapatistas, cuyo ideal es la construcción de un mundo donde quepan muchos mundos.

La burbuja ideológica ha formado sociedades polarizadas, cada vez menos susceptibles a considerar la posibilidad de albergar una opinión equivocada. Polariza y paraliza, decían políticos viejos, además, se rompen tejidos fundamentales que las comunidades requieren, pero que necesitan ver en el Otro a un sujeto de derecho.

Así como en los últimos años hemos visto a medios de comunicación abrir cuentas en redes sociales, te apuesto a que en próximas contiendas electorales volveremos a atestiguar esfuerzos por fortalecer a los medios tradicionales. Las redes sociales tienden a confirmar posturas, no a transformarlas, porque los mensajes persuasivos le llegan por el mentado algoritmo solo a quien ya tiene alguna afinidad a la idea original. Eso no pasa en una señal de radio, ahí la escuchamos todos, sin ningún filtro ideológico.

Demonios, tardé demasiado en el hablar del asunto y mi intención era que esta carta fuera muy relajada, casi festiva, pues quiero traer a colación uno de los orgullos de la tierra, que suele aparecer incluso como ícono de la autlanidad: la pitaya, de la que esta temporada apenas me he comido un par.

No soy un pitayero obsesivo, aunque me gustan mucho y, para no caer en lugares comunes, más bien quisiera contarte algunas anécdotas sobre el asunto.

La primera, es que en mi adolescencia pude ir a cortar pitayas al Cerro Colorado. Me bastaba un carrizo de poco menos de dos metros de largo, un par de tenedores de cocina y un tramo de alambre para fabricar un gancho. En las faldas de la montaña que hoy está llena de chozas irregulares, me disputaba con los cuervos los frutos más maduros.

Aunque supongo que el terreno tenía dueño, nunca nadie me regañó. Me parece por lo tanto fascinante que, en su origen, la fruta

que nacía sola y nadie cuidaba era un bien comunitario y más que comercializar el producto se vendía el servicio de ir a cortarlas y llevarlas hasta la comodidad de los portales del mercado. Esa, la de cortar los frutos de la tierra con libertad, es una expresión de comunismo que la modernidad ha transformado.

Uno de los muchos conflictos que tuve en mi fase de reportero con Edgardo Román, aquel funcionario panista aguerrido y con tendencias a dictar la plana y a enojarse con quien no le hiciera caso, es decir, conmigo era un enojo perpetuo, fue en relación a las pitayas. Él afirmó alguna vez que las de Autlán habían ganado un concurso como las mejores de Jalisco, no le creí, y en una visita que hizo el exgobernador Alberto Cárdenas Jiménez, le pidió que me refiriera la anécdota y resulta que sí; en su periodo, Beбето hizo lo posible por popularizar y comercializar este fruto tradicional y entre ellos una competencia, que ganó una pitaya de Chiquihuitlán.

A Alberto Cárdenas le gustan las pitayas porque es del sur de Jalisco: Ciudad Guzmán y Sayula tienen como referencia a Techaluta como gran productor. Aun cuando en aquella disputa la pitaya autlense les ganó en el sabor, color y tamaño, son las de Techaluta las que alimentan al mercado de Guadalajara, principalmente en el barrio de las Nueves Esquinas, ese rinconcito memorable de la capital donde abundan las imprentas, la birria y, en esta época, las pitayas de colores.

Ahí viví un episodio chauvinista de mi época tapatía, pues me llevaron a comer pitayas y pregunté entre todos los comerciantes si alguien llevaba de Autlán. Como todos dijeron que no, me fui de ahí sin comer nada.

Aunque te digo que ya me comí dos, esperaré unos días más para ir a surtirme al mercado, pues cuesta un buen billete saciar las ganas. Ya bajarán un poco de precio, aunque no creo tanto como aquel año

en que nació mi hermano Ricardo y que había tanta oferta que se conseguían pitayas de a peso.

¿Te gustan las pitayas? ¿Eres capaz de gastar una parte de tu salario en comprarlas? ¿Has ido a cortarlas? ¿Qué me puedes platicar de este asunto?

Un abrazo, Memo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 30 de mayo y ya se oyen las chicharras.

Profesor Carlos:

Te agradezco en lo que vale la felicitación. En realidad este contador ya ha vivido una larga vida, lleva 19 años recién cumplidos ahora en mayo de dedicarse a este negocio, desde que comenzó a practicar en un despacho contable de aquí de Autlán mientras aún estudiaba. Este primero de junio cumplirá seis de trabajar por su cuenta, con la ventaja de tener más tiempo para convivir con el cronista.

Es esta una profesión con la que me llevo muy bien, es importante tener un mínimo de método, disciplina y paciencia, cosas que, si no me sobran, tampoco carezco de ellas. Es decir, hay que ser algo cuadrado. También es una actividad más bien discreta, cuando todo marcha sin broncas el contador no se nota o no parece ser necesario. De esta discreción da buena cuenta la poca fama que entre no contadores tienen algunos grandes profesionales de esta rama y la mucha que tienen algunos que, siendo contadores o, al menos, habiendo estudiado la carrera, son conocidos por alguna de las otras actividades que realizaron: comenzando con nuestro don Ernesto Medina Lima y siguiendo con Jaime *Tubo* Gómez, Eulalio González *Piporro* y Yanet García, la chica del clima.

Sobre las pitayas, coincido en que se han convertido, y con más fuerza en las últimas décadas, en un símbolo de identidad de la comunidad autlense. Y no porque sea el lugar donde más se produzcan o de donde existan las condiciones para llevarlas a los centros políticos y sociales del país sino por el gusto que los autlenses tenemos por ellas. Nada más pero nada menos.

En mayo del año pasado, en las Conversaciones sobre Autlán, platicamos con el doctor Alfredo Castañeda, investigador del CUC-Sur, y con los señores Jesús Huerta y Dora Olague, esposos ellos y

productores de pitayas en El Corcovado. Días antes el capítulo Costa Sur de la Benemérita sesionó en Chiquihuitlán, en casa de la familia Blanco Medina, recolectores de pitayas. Las dos pláticas me sirvieron mucho para conocer mejor cómo es que llegan los preciados frutos al centro de Autlán y por qué cuestan lo que cuestan.

Don José nos contó que los recolectores chiquihuitecos hacen un trabajo en equipo, por familias, que comienza desde las últimas horas de la tarde y se prolonga, por turnos, hasta las 5 de la mañana siguiente, solo para la recolección. En el siguiente proceso, que es la preparación para la venta, que incluye la eliminación de las espinas y la clasificación por tamaños y calidades, participan también los niños de la familia, para que los encargados de la venta salgan temprano en la mañana al centro de Autlán o a las casas donde ya tienen “entregos” para culminar el proceso. Es un trabajo pesado y no exento de problemas: la falta de apoyos oficiales que sí tienen otras actividades primarias y el robo de pitayas por gentes ajenas a la comunidad, son dos de ellos.

El caso de los productores de El Corcovado es un tanto diferente: ellos tienen una huerta de pitayos que cuidan todo el año y que han tenido el cuidado de enriquecer con semillas de varias regiones del país. De esta forma producen la pitaya *queretaroensis*, que es la que se da aquí de forma silvestre, pero también otra variedad traída de Oaxaca que alcanza un tamaño mucho mayor pero, para mi gusto, un sabor menos delicado que la local. Sin embargo, es capaz de desarrollarse aun durante la época de lluvias. Su forma de trabajo es un poco más tecnificado aunque coinciden en considerar a la falta de apoyos oficiales, en la forma de asesoría y extensionismo, como uno de los problemas que deben enfrentar. Pero don Chuy, que además es profesor jubilado, dijo textualmente que es hermoso ser pitayero y que seguirá en la búsqueda de más variedades de pitaya para adaptarlas al clima de Autlán.

Aunque suene a sacrilegio, me parece que en las condiciones actuales las pitayas tienen un lugar más importante en la cultura de Autlán que la grana, cuya producción ya lleva mucho tiempo desaparecida de la región. No hay autlense que no conozca las pitayas y creo que a la mayoría le gusta comerlas. Y no podemos decir lo mismo de la grana, que muchos conocen solo como un componente antiguo del nombre de Autlán.

A nadie se le ha ocurrido ponerle un apodo relacionado con la grana, por ejemplo, a un pelirrojo. En cambio, no escasean los individuos con cabellos erizados a los que en la escuela les decían “pitaya cimarrona” o los altos y flacos que llevan el mal nombre de “gancho pitayero”. Una de las expresiones con las que los autlenses saludamos al temporal de lluvias es un lamento por el fin de la temporada de pitayas, mientras que casi ninguno conoce los problemas que las lluvias ocasionan a los criadores de cochinilla.

Aunque no se nos hizo tener un presidente pitayero, nuestros artistas también han recurrido a las pitayas para expresar el amor al terruño: el pintor Luis Javier Rubio tiene toda una creciente colección de cuadros dedicados a este fruto, que ha expuesto en distintos espacios. Más vanguardista, Hiram Villaseñor tiene piezas relacionadas con las pitayas, incluyendo una en la que intervino un fruto natural con resina epóxica, madera y un foco led y que está expuesta en el CUCSur. Otra muestra puede ser el nombre de aquel grupo de ska que alrededor de 2010 ofreció varios conciertos bajo el nombre de La Pitaya Ska.

Antes de terminar el tema debo mencionar, por fuerza, el libro *Las pitayas en las artes plásticas, la historia y la literatura*, del doctor Adolfo Rodríguez Canto, yucateco de la Universidad de Chapingo. Es el fruto de un trabajo de investigación de años para recolectar ejemplos de la aparición de este fruto en textos, canciones, fotografías, cuadros (aparecen algunos de Luis Javier Rubio) y crónicas. Una

obra mayor sobre pitayas que, aunque no fue hecha por un autlense, sí debería ser conocida por todos nosotros.

Yo soy un entusiasta de las pitayas, nunca las he cortado yo mismo pero desde que inicia la temporada busco a los vendedores en el mercado Juárez, de preferencia a los de Chiquihuitlán. En los primeros días les compro de a poquitas y conforme el precio va bajando ya les compro más. La ley de la oferta y la demanda, pues.

Hasta la próxima semana.

Guillermo.

Calle San Julián, colonia Jalisco a 3 de junio de 2020.

Señor Cronista:

En mi descargo por no fechar esta carta en Autlán de las pitayas, debo decir que fue una imperante necesidad familiar venir a casa de mis suegros en Tonalá, y que hemos tomado todas las precauciones debidas: la principal, nos subimos al auto en la Echeverría y no salimos de él hasta la cochera en la Jalisco; permanecer en casa es riguroso.

Pero sí, te escribo desde la frontera entre los municipios de Tonalá y Guadalajara, muy cerca del ombligo de la transnacional de la fe en que se convirtió La Luz del Mundo; a veinte minutos en coche del Estadio Jalisco y un poco menos del pueblo que vio nacer a un charro cantor, muy famoso por grabar enamorado la penca de un maguey.

Mis suegros llegaron casi recién casados a esta populosa colonia, que en su primera sección tiene calles con los nombres de los pueblos de nuestro estado, de ahí que ellos vivan por el municipio alteño y que la sureña Ciudad Guzmán sea vecina. Por El Grullo vendían unas hamburguesas deliciosas. Tristemente, Autlán es un callejón diminuto y escondido, feo, a decir verdad.

Te debo una carta ligera, y retomo la idea de que la fundación de las familias tiene repercusiones en la historia de los pueblos. En ese sentido, recién me enteré de la más añeja relación que tiene mi familia con Autlán y que no carece de atracción narrativa. Todo comenzó con Sabás Rangel, hermano del papá de mi abuelo paterno, labriego de Jalpa, Jalisco, a quien le gustaba salir caminando del aislado pueblo a las fiestas de Sayula. En una de esas jornadas, se encontró en Atemajac de Brizuela a una joven a quien le propuso matrimonio, ella aceptó con una contundente condición: “Me caso contigo, si me llevas a conocer el mar”. Por esa fecha, resultaba una travesía de varios

días de caminatas, diligencias y quizá algunos tramos en vehículos motorizados.

Luego de la boda, Sabás Rangel y mi lejana tía emprendieron el prometido viaje al mar, pero tuvieron que parar una noche en El Rincón de Luisa, municipio de Autlán, donde su casero les informó que estaba en proceso de formación un ejido y que era factible conseguirles alguna parcela. Sabás aceptó la oferta pero, primero, cumplió su compromiso de llevar a su esposa a bañarse en la playa de Melaque. Ya con cuatro hijos, terminó su vida en El Rincón.

Entiendo que la referencia geográfica fue la razón de que cuando necesitaron migrar, una hermana de mi abuelo y su marido, y por tanto sobrina de Sabás, buscaron esta región para echar raíces. Don Vicente y doña Eustolia fundaron la familia Quintero Rangel en Lagunillas, y a estas alturas hay numerosas ramificaciones familiares que me cuesta trabajo identificar. Recuerdo con muchísimo cariño a mi tío Félix Quintero, quien me apodó “Perjuicio”, en relación a que mi pasatiempo, cuando visitaba el enorme patio de su casa, era hacer enojar chivos para luego torearlos.

Al tratar de recordar mis primeros encuentros con las pitayas, protagonistas de las cartas anteriores, evoqué esas tardes infantiles en que en las lomas de Lagunillas llenábamos cubetas del fruto, y desde entonces, los de aquí decían que eran muchísimo más sabrosas que otras más pequeñas que se dan en la Cofradía de Jalpa, un pueblo por el que pasaron caminando Sabás y su esposa en el camino hacia el mar.

Don Pedro Rangel, mi abuelo, varias veces estuvo a punto de migrar a Lagunillas y, con eso, cambiar para siempre la historia familiar. Sé que la idea nunca convenció a doña Chuy, mi abuela, y que hasta el final de sus días vivieron en Jalpa. Pero vino a laborar muchas veces, entre ellas, sé que trabajó en la construcción de la carretera hacia la costa, aunque ignoro en qué tramo y durante qué fase.

De esa época, don Pedro, joven y parrandero, atesoró dos recuerdos vivos que compartió conmigo cuando se enteró de que llegamos a vivir a Autlán en circunstancias referidas en la carta inaugural. La primera es que tuvo un amigo de parrandas llamado Efrén, razón por la cual bautizó así a uno de sus hijos, el cual decidió nombrar a su primogénito de la misma manera y aquí ando, con un nombre originalmente autlense en la credencial de votar.

El otro recuerdo es más triste. Pues mi abuelo acompañó a alguien más, creo que al mismo Efrén, a hacer los trámites a la Presidencia Municipal para sepultar a su hijo que murió enfermo a los escasos días de nacido: cuando me platicó, describió con detalle la cajita blanca con olanes de tela, llevada en los brazos a ratos por su amigo y a ratos por él, hacían que la gente se parara y se quitara el sombrero en su paso al camposanto de la orilla del pueblo: el panteón de La Soledad.

En esta época y en espacios urbanos, nos parece complicado concebir la lejanía geográfica como una limitante de satisfactores personales básicos: alimentos, vestido. Los medios de transporte y de información han reducido las lejanías geográficas. Aunque, cierto, nos quedan lejanías humanas por solucionar y aristas por pulir en estos procesos.

Pero pensando en estos ayeres rurales de aislamiento, coincidió que apareció en transmisión en vivo y por Internet, el nacimiento de la industria espacial privada. Hace unos días seguí a la cápsula *Crew Dragon* en su camino a la Estación Espacial Internacional. Tal como te había dicho antes, soy de tomar postura, y la mía es a favor de la exploración espacial. Será un proceso largo, y no estoy seguro de que alcanzaré a ser testigo de una colonia en Marte. Pero sí me emociona mucho pensar en todas las transformaciones tecnológicas y de pensamiento que llegarán a partir de estas experiencias.

Hace un año, hice un viaje de un par de horas en un coche Tesla, ahí tuve la certeza de que la empresa de Musk estaba muy cerca de concretar su aventura espacial. También, de que de alguna forma la cápsula que estará algunas semanas en el espacio heredará fragmentos que, tarde o temprano, serán parte de nuestra vida cotidiana, y como, pese a todo, mi espíritu es la mayor parte del tiempo optimista, albergo la esperanza de que gestionemos con eficiencia las evoluciones y regresiones que todo proceso histórico plantea.

En una de esas, cabe la posibilidad de que alguna próxima bisnieta pida como regalo de cumpleaños un viaje a la Luna, y que sea factible hacerse. Ojalá que allá vendan pitayas de Chiquihuitlán.

Un abrazo, Memo, nos leemos la próxima semana.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Viernes 5 de junio, aniversario de Pancho Villa.

Profesor Carlos:

Hace 16 años casi exactos, el 28 de mayo de 2004, estuve también allá en Guadalajara de Indias. Iba a cumplir una tediosa encomienda de la empresa en la que entonces trabajaba, algo sobre el arrendamiento de una pequeña bodega en las inmediaciones de la Minerva. Como terminé temprano y no tenía una idea muy clara de las distancias en aquella plasta de concreto, además de que a los 24 años no parece haber caminatas demasiado largas, me aventé caminando desde la colonia Arcos Vallarta hasta el centro, con la idea de recorrer las librerías de López Cotilla y conocer mejor la ciudad.

Llegué al centro ya como a las 2 de la tarde, para encontrarme con un ambiente enrarecido, aparte de lo raro que me era (y me sigue siendo) el clima citadino: se empezaban a juntar una buena cantidad de autobuses en las calles secundarias y una fuerte presencia policiaca se comenzaba a notar en las principales. De ahí tomé un taxi a la Central Nueva (en ese tiempo no conocía otras formas de tomar un transporte a Autlán) y el chofer me explicó sus temores de lo que él avizoraba: los autobuses transportaban a los famosos y temidos *globalifóbicos*, término muy socorrido en esos días (parece que lo acuñó Ernesto Zedillo), que acudían a protestar en la III Cumbre América Latina, Caribe y Unión Europea y podrían protagonizar choques con la policía.

Ya en Autlán me enteré de que las protestas sí pasaron a mayores, como temía el taxista. Como suele ocurrir en esos casos, se documentaron abusos terribles por parte de la autoridad: en Radio Universidad comentábamos todavía un año después los casos de detenidos que seguían presos sin tener siquiera una acusación formal de delito alguno, mucho menos un proceso legal iniciado.

Desde entonces no había visto algo parecido, hasta anoche, cuando cientos de manifestantes se reunieron frente al Palacio de Gobierno y fueron reprimidos por la policía. Seguramente ya conoces las imágenes que muestran la brutalidad policiaca, que también fue motivo de las protestas. Faltan cosas por ver pero puedo asegurar que, así como Ramírez Acuña lleva inevitablemente el 28 de mayo como baldón, Alfaro llevará el 4 de junio, con el agravante de lo que puedan mostrar en los próximos días las ahora omnipresentes cámaras de video. El talante bravo e intolerante del gobernador, así como sus declaraciones posteriores, no hacen sino agravar la cosa. Veremos cómo evoluciona.

Pasando a otras cosas, hoy es el aniversario 142 del nacimiento de Doroteo Arango Arámbula, Pancho Villa por mal nombre, descendiente de vascos por ambos lados, a juzgar por sus apellidos. Es uno de los personajes de nuestra historia que me parecen más fascinantes: no puedo negar su origen y modos de bandolero pero tampoco se puede dejar de lado el hecho de que, al contrario de verdaderos bandoleros como Pedro Zamora y José Inés Chávez, Villa sí tenía por lo menos un ideal político y social. Lo demuestran su gestión como gobernador de Chihuahua, cuando impulsó la extensión de los servicios educativos para toda la población; la forma de vida comunal que estableció en su hacienda de Canutillo cuando depuso las armas y el origen de su incorporación a la Revolución, apoyando a Francisco I. Madero, a quien siempre respetó. Me parece, por su origen, uno de los pocos caudillos populares que ha tenido nuestro país.

Gracias a su ataque al poblacho de Columbus, Nuevo México, los caricaturistas y periodistas gringos lo tomaron para crear la imagen del revolucionario salvaje y bruto, que pasó a encarnar, de paso, a todo lo mexicano, por lo menos para un sector del público gabacho. Pero también, salvo otra opinión mejor informada, es el personaje mexicano mejor reconocido en el extranjero: es común que en otros

países relacionen a los mexicanos con Pancho Villa. Por ejemplo y aunque esto no es motivo de orgullo y lo refiero solo como ejemplo, Pablo Escobar fue un gran admirador de Villa, hay una fotografía de estudio en la que el delincuente colombiano posa disfrazado del Centauro.

Francisco Villa tiene su calle en Autlán, en el barrio de La Quebradilla, junto con las de otros revolucionarios poco conocidos, como Isidro Michel, Francisco Field Jurado y Serapio Rendón. Lejos de las céntricas y glamurosas calles de Venustiano Carranza y Álvaro Obregón.

Aunque no estuvo en Autlán como sí estuvo en la cercana Zapotlán, tiene cierta relación con el pueblo porque en su hacienda de Canutillo tuvo bajo su vigilancia a Pedro Zamora, una vez que fue puesto fuera de combate por el gobierno. De ahí salió el del Palmar de los Pelayo para encontrarse con la muerte: según la versión de don Gabriel Chávez Morett, le pidió permiso a Villa de viajar a la ciudad de México aprovechando un viaje de Hipólito Villa, el hermano de Pancho, el cual le fue concedido con la condición de que regresaran juntos una vez que Hipólito terminara su comisión en la capital. Al ver que su hermano regresó solo a Canutillo, Doroteo le informó esta novedad al gobierno, declarándose ajeno a lo que Zamora hiciera a partir de ese momento. Temeroso de que el jalisciense volviera a violar una negociación de paz, como ya lo había hecho antes, y regresara a las andadas, habría sido “levantado” por policías encubiertos y asesinado sin mayores averiguaciones.

Para despedirme te voy a referir una anécdota pitayera que me contó el doctor Hirineo Martínez Barragán: dice que su papá, oriundo del ya desaparecido pueblo de El Cabrito, antecesor del actual El Rodeo, siendo un adolescente fue mandado por su familia a Autlán a vender un chiquihuite de pitayas, producto de la recolección del día. Al pasar por un potrero cercano a su pueblo se encontró

con una partida de agraristas que estaban festejando algo y lo llamaron para ver lo que vendía. Luego de comerse todo el contenido del chiquihuite le dijeron que las pitayas no les habían gustado y, por lo tanto, no se las pagarían. Ante el llanto y las protestas del imberbe acudió el mismísimo Casimiro Castillo a poner orden, exigiendo a los guasones que le fuera cubierto al mozalbete el importe total del consumo.

Domingo Martínez, que así se llamaba el joven pitayero, sería años después agrarista y ejidatario de El Rodeo.

Hasta la próxima semana.

Guillermo.

Autlán de la Grana a 10 de junio de 2020.

Señor Cronista:

Un rasgo de madurez que hago esfuerzos por desarrollar, es desligar las simpatías o antipatías que me producen las personas de sus obras; mi caso más emblemático es que soy un lector fiel de las novelas de Vargas Llosa, aunque él y su ideal político me generen urticaria. En ese sentido, te recomiendo la mejor biografía que he leído de Pancho Villa y que fue escrita por Paco Ignacio Taibo (Planeta, 2006).

Es un texto que reconoce las contradicciones del revolucionario: su origen bandolero, la crueldad de varios de sus actos y sobre todo la de sus allegados (Rodolfo Fierro tiene el oro en esa competencia), el manejo discrecional de los fondos económicos de la División del Norte; pero como también lo señalas, es el máximo ideólogo de la revolución social, que además tiene la virtud de haber alcanzado a materializar algunos de esos ideales siendo gobernador y como administrador de Canutillo. También hay en YouTube un documental narrado por el propio Taibo, una joya, insisto, más allá de las simpatías o antipatías que el escritor genere.

Lo que me lleva a pensar en lo difícil que es juzgar en vivo los momentos de cara a la historia. Aquella jornada del 28 de mayo del 2004 de represión y violencia que recordaste, marcó mi vida por no ocurrir. Suena raro, pero te explico: en aquellos años vivía en Guadalajara y ya ejercía el periodismo. Pero aún no era autosuficiente.

Previo al 28 de mayo, desde talleres de la escuela, y en lo que ahora se conoce como *freelance*, me lancé al centro de la ciudad a reportear los cambios generados en la preparación de la Cumbre de América Latina, El Caribe y la Unión Europea, que en ese entonces tenía como principal atractivo un posible encuentro entre el presidente de EE.UU. y el de Cuba; al final, el Comandante Fidel no vino,

en franca recriminación al “comes y te vas” recetado por Fox dos años atrás.

Entre las memorias que se quedaron guardadas con mayor fuerza, está el de un poderoso halcón amaestrado que sobrevolaba desde la catedral hasta el hospicio, con la función de espantar palomas. Al principio fue una cacería, era común ver plumas ensangrentadas en la losa de la cruz de plazas, pero de a poco las aves migraron a otras zonas alejadas del halcón y se evitó el riesgo de que una mancha de popó le emblanqueciera el pelo a Bush.

Con idéntica actitud, alcancé a ver a miembros del Estado Mayor Presidencial tomar el control de las zonas aledañas al Hospicio, y con la misma fuerza desalojar a niños y adultos sin hogar que deambulaban por el mercado de San Juan de Dios, la plaza Tapatía y el Jardín de San Francisco. No vi golpes, pero sí lujo de soberbia. La pobreza afea el paisaje.

Mis obligaciones del semestre terminaron a principios de esa semana y quizá porque mis padres intuyeron el momento, me pidieron que me regresara a Autlán. También recuerdo una llamada de Radio Costa para atender igual una situación de trabajo; con pesar, opté por volver. Entre el grupo de periodistas y amigos que sí fueron a cubrir las manifestaciones hubo golpes, cámaras rotas y amenazas que duraron varios meses. Una parte de mí lamentó no haber estado. Pero hubo otra, que al paso del tiempo se impuso, que reconoció que, si bien el periodismo es una de mis grandes pasiones, no tengo vocación de mártir.

Tu última carta no alcanzó a narrar lo ocurrido el cinco de junio de este año, que fue tan o más grave que lo ocurrido un día antes. Las manifestaciones se trasladaron a la sede de la Fiscalía de Jalisco y la respuesta fue más propia del crimen organizado que de una institución del Estado: camionetas sin placas y sin identificar, con hombres

encapuchados a quienes no les importó ser grabados, ni fotografados, detuvieron a personas con “finta de manifestantes”.

El delito es flagrante, la violación al Estado de derecho es innegable, la represión está documentada y difundida. Pero hay una cosa que me espanta mucho: que esas acciones gozaron de simpatías en un amplio sector de la sociedad, que incluso gente como Enrique Krauze se mostró afín: “Honra la tradición liberal”. Ese mismo día por la tarde en Twitter fue π “#AlfaroPresidente” y Aguilar Camín escribió: “Sin buscarlo, sin quererlo Alfaro, se convirtió en candidato a presidente de México”. Solo por mencionar a las referencias mayores.

No tengo ninguna oposición a que el gobernador de Jalisco sea candidato o presidente, adelante si es su deseo. Lo que me preocupa es el momento y las razones que llevaron a opinadores profesionales y amateurs a “candidatear” oficialmente al gobernador: en medio de un acto de represión. Cierto es que después se disculpó y ofreció explicaciones. Pero coincido contigo, el 4 y 5 de junio pasarán a la historia. Si el discurso y los actos “sin que tiemble la mano” se mantienen, por más que a Krauze le gusten, las simpatías entre la juventud que generó hace años Movimiento Ciudadano y Enrique Alfaro se van a desvanecer, es tiempo de rectificar.

De la mano de esta violencia institucional está el agotamiento de las medidas de prevención por COVID. Al empezar, allá en los meses que los policías de Ixtlahuacán asesinaron a Giovani, se advirtió que medidas radicales tendrían como consecuencia que cuando fuera más necesario, la gente ya estaría cansada, con la necesidad más imperante de trabajar y que sería contraproducente.

Este sábado y domingo en el jardín Carlos Santana, se volvió a instalar el tianguis. Entiendo, son personas que necesitan trabajar. Llevan casi dos meses sin vender y eso no hay estómago que lo resista. Pero el regreso, sin mayores medidas de control, se hizo el día en que se confirmaron ocho casos activos en Autlán, once acu-

mulados, somos ya el municipio de la región con más enfermos y las instituciones que más que orientar, explicar, comunicar y organizar desgastaron su capital político en imponer sanciones, ahora ya no tienen mucho margen para garantizar una convivencia ordenada.

Ante esto hay dos posturas extremas, la primera es la que vive como si el riesgo no existiera y exige que los demás estemos igual. La segunda, la que demanda de nuevo acciones represivas. Conforme pasan las semanas no sale de mi mente una *fake* que se difundió mucho y que afirmaba que en Rusia soltaron a un león salvaje para que paseara por las calles y así ahuyentar a las personas. Una noticia falsa, lo que fue verdad es la gran cantidad de personas que opinaron que es lo mejor que se podría hacer en nuestras poblaciones: el terror a ser tragados como metáfora de control.

Igual que el halcón que devoraba las palomas, igual que los soldados que corrieron a indigentes y niños de la calle de la plaza Tapatía, igual que los granaderos que en 2004 golpearon, violaron, detuvieron ilegalmente a decenas de inconformes con los actos represivos, igual que ahora policías mutados en sicarios golpearon y detuvieron ilegalmente a decenas de inconformes por los actos represivos.

Lo que me preocupa, sin paralizarme, es que se repiten los escenarios porque un gran número de votantes observan con beneplácito el filo de las garras y el pico del halcón.

Hasta la próxima semana, Memo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Viernes 12 de junio, está cayendo la primera tormenta del temporal.

Profe Carlos:

Mientras escribo esto está cayendo una magnífica tormenta, la primera del temporal 2020, anunciada insistentemente por los sofocantes calores de los días pasados. Llegó desde el oriente, cerrando a la vista todo lo ancho del valle, desde El Corcovado hasta Ahuacapán. Fue de esas veces que se alarga eternidades la condena agradable del instante previo que decía Gustavo Cerati, al grado de que llegué a pensar que esta tormenta también se *sebaría*, como suele suceder en Autlán: primero se cubrieron de agua los flancos norte y sur y ya no pudimos ver el cerro de San Francisco ni la sierra de Manantlán, mientras el fuerte viento nos traía el esperanzador aroma a tierra mojada desde el rumbo de El Grullo. Cuando dejó de verse la Sierra de la Vainilla, el viento era tan fuerte que voló la tapa del tinaco de una casa vecina; no había más remedio que esperar el embate de la tormenta. Desde el huracán Patricia, en 2015, no sentía el golpe de las gotas de lluvia en la cara, pegando de forma horizontal y no cayendo desde arriba, así era la enjundia con que se manifestaba Eolo. Un agua tan helada y abundante como deseada a estas alturas del año. Lástima que otra vez van a escasear las pitayas.

De Paco Taibo no conozco toda la obra pero la que conozco me gusta mucho. Me parece que tiene la virtud, que no todos los historiadores tienen, de ser un gran narrador; la semana pasada vi en Netflix dos de sus documentales: *Patria*, sobre la forja e implementación de nuestro sistema de vida a partir de la guerra de Reforma con los aportes de la generación liberal de mediados del siglo XIX, y otro, interesantísimo, sobre los Niños Héroes. Este último me pareció especialmente bueno por el enfoque, que busca desmitificar y

precisar los hechos y los datos, pero sin despojar a los protagonistas del heroísmo y a los acontecimientos del dramatismo que tuvieron.

Taibo no me es demasiado simpático pero si yo fuera profesor de historia de México no dudaría en recomendar a mis alumnos la lectura de sus libros y/o ver sus documentales. Ya antes había pensado en eso que mencionas, de separar el gusto por la obra de lo bien que le pueden caer a uno sus autores: llegué a la conclusión de que no me hubiera gustado *pistear* con Jim Morrison, que era azotadísimo, ni conversar con John Lennon, que al parecer era capaz de ser bastante sangrón cuando no estaba promoviendo la paz. La música que crearon, en cambio, está entre lo que más disfruto.

Ya que hablamos de asuntos de educación y de simpatías y antipatías, hoy hace 54 años el delegado apostólico en México, Luigi Raimondi, consagró la capilla del Seminario Diocesano de Autlán, la primera obra tangible mayor del obispo Miguel González Ibarra, el primero de la diócesis riviorense. Con ese acto, complementado el día anterior con la ordenación de sus primeros sacerdotes, Leopoldo Gómez Pimienta y Francisco Gómez Santana, fue inaugurada formalmente la sede definitiva del seminario, que ya trabajaba en una casa particular de la calle de Morelos desde 1961, el mismo año de erección de la diócesis.

Cuando hablamos de servicios educativos superiores en Autlán, por lo general recordamos la apertura de la Escuela de Agricultura de la Universidad de Guadalajara, en 1980, o la de la actual unidad 143 de la Universidad Pedagógica Nacional un poco antes. Por lo general no se toma en cuenta la apertura del seminario que, para efectos prácticos, ofreció al pueblo de Autlán y a los habitantes de toda la región el servicio fundamental que las universidades que mencioné antes ofrecen ahora: la posibilidad de formarse profesionalmente sin desarraigarse del terruño. Claro, guardando las distancias de rigor.

El padre Francisco Méndez escribió la historia de esta institución en 1996, de donde pude saber los trabajos que hubo que pasar para

que el seminario funcionara en su sede primera y para construir la definitiva y también cómo todo eso se logró con el concurso del pueblo: los seminaristas que estudiaron en la casa de Morelos eran asistidos por familias autlenses, que les daban de comer y les lavaban la ropa, mientras que el terreno de la salida a Guadalajara y el dinero para construir en el seminario fueron donados por la gente de la región, lo mismo grandes terratenientes que los obreros de la mina, pasando por toda la gama social. Sin duda fueron tiempos difíciles por la cantidad de trabajo que había por hacer pero también buenos por la disposición de la gente y el liderazgo que la aglutinaba.

Vale, en las últimas semanas parece que también las noticias bomba abandonaron el aislamiento en el ámbito local para salirse a orear libremente. Lo cual, admito, me resulta como una bocanada de aire fresco, luego de tanto leer y escuchar sobre las actualizaciones en las cantidades de muertos y contagiados por la COVID-19.

Una de estas noticias fue la del informe del patronato organizador del Carnaval 2020, con una cantidad que rondaba el millón 200 mil pesos de utilidades, apenas la mitad de ellos disponibles en la cuenta bancaria, con la consabida inconformidad y los insultos y acusaciones de todo tipo vertidos en las redes sociales. No habrá margen esta vez para que los regidores sueñen en gastar millones de pesos caídos del cielo gracias a la fiesta.

Donde los políticos y aspirantes a serlo sí tienen margen de maniobra es en la promoción de su imagen, aprovechando el miedo y las necesidades que han propiciado la pandemia y su manejo. A los que vemos ahora repartiendo despensas y tomándose fotos mientras lo hacen, los tendremos dentro de poco tiempo en campaña formal para algún puesto público.

Hasta la próxima semana.

Guillermo.

Tercer círculo del *Infierno* de Dante, a 17 de junio de 2020.

Señor Cronista:

“He visto a las mejores mentes de mi generación, dejar puntos para ver qué tipo de taco son”, escribió hace unos días Diego Romero, en relación a la dinámica de Facebook que acumula muchas jornadas de moda, consistente en comparar a quien deja un comentario con un personaje representativo de variados campos semánticos. Yo no tuve curiosidad de saber qué taco me representa, pero gracias a mis amigos tengo conciencia que, de los personajes de los *Avengers*, soy Thor; Ángela Merkel entre los líderes mundiales, Adolfo López Mateos entre los presidentes de México, y que pasaré la eternidad en el tercer círculo del *Infierno* de Dante.

Reconocerás que el de asociarme con la gula es una obra de tu autoría. Te asiste la razón, sin ambages, es más, la última vez que confesé mis pecados ante un cura —hace diez años que me casé—, reconocí en el comer en exceso mi mayor debilidad. El sacerdote insistió en saber pecados del segundo círculo, pero desistió cuando me brinqué al sexto y maldije al Creador que castiga con diabetes el comer abundantes pasteles de tres leches con café. El sacerdote me advirtió que, en caso de no arrepentirme, podría pasar la eternidad ardiendo. Así que lucho con medidas terrenales para aplazar mi inevitable futuro, porque no he cambiado de opinión en ese tema.

Juan Carlos Núñez Bustillos fue mi maestro de periodismo, es de los mejores narradores de noticias que conozco. Actualmente dedica más tiempo a labores académicas, pero a veces toma su cuaderno y sale a reportear. El proyecto que mantiene más activo se llama Jaliscocina (www.jaliscocina.com), que bien podría definirse como periodismo cultural a partir de la gastronomía jalisciense.

El sitio no es un catálogo de publicidad restaurantera. Más bien, es posible leer recetas de guisos tradicionales, comparaciones entre las peculiaridades de un mismo platillo en dos puntos geográficos, recomendaciones de garnachas en mercados y tianguis, historias de vida de cocineros populares y, también he leído ahí, referencias que hacen las artes a la comida.

En no pocas ocasiones he pensado en proponerle algún texto sobre un alimento autlense; he desistido del lugar común de los chacales, que no creo que sean lo más representativo. Hasta este momento hay dos manjares porque he estado tentado a convertir en protagonista, pero no me decido, a ver si me ayudas a resolver.

El primer candidato es Don Lolo y sus papas. Habría que describir el proceso de producción artesanal que consiste en lavar, pelar, rebanar, dorar y embolsar cada papa, y que su sabor es verdaderamente inigualable, sobre todo por la combinación de salsa roja y verde; en esta última creo que es donde se encuentra el truco, pues algunos paladares entrenados a mi alrededor aseguran que tiene ajo y habanero, pero Raúl, quien siguió la tradición a la muerte de su padre, nunca me lo ha querido confirmar.

Habría que agregar en esta narración la resistencia del negocio a las brutales transformaciones de la última década; es casi el mismo carretón en los mismos dos metros cuadrados de la avenida Obregón, aunque se acabaron las funciones de cine y ahora se consiga playeras al tres por uno; aunque el centro se inunde de Oxxos y kioscos, hay que llegar a las papas temprano, pues el riesgo de no alcanzar una bolsa es altísimo.

Otro platillo que me parece singular son las tostadas de panela del Nápoles. Por la amistad que tengo con parte de la familia Álvarez Navarro, sé que este fue una de los primeros integrantes del menú, y a pesar de su extrema sencillez, es un manjar monumental. La panela fresca rebanada sobre la cama de frijoles, que descansan sobre dos

tostadas, la ensalada y la salsa aguada de jitomate es un platillo que no he comido en ningún otro punto de la geografía jalisciense.

De aquí me gustaría relacionarlo con el lugar, el edificio de Juan Hannon, la leyenda del que durante muchos años ha sido la construcción habitable más alta de Autlán —no tanto como la catedral, pero de este tema creo que te hablaré en próxima carta junto con el obispo Miguel González, a quien citaste en tu anterior misiva—, la relación de Autlán con los temblores y otra vez la resistencia del Nápoles a permanecer en el lugar.

De ambos platillos singulares, habría que profundizar, pero los dos son elementos que aparecerán en mi listado de pecados cuando llegue por fin al tercer círculo donde me ubicaste. Pero, confiemos en que aún me quede un rato para esa meta que algún día cruzaré.

En una carta de febrero, me referí a que el Carnaval había comenzado con el pie izquierdo y hacía votos para que no terminara igual. Creo que los buenos deseos no fructificaron. Estoy consciente de la enorme dificultad que resulta hacer coincidir tres grandes demandas de la fiesta: espectáculos de calidad, precios bajos y ganancias altas. Tener dos es relativamente sencillo, pero los tres es un reto no apto para cualquiera.

No me pronuncio por cambiar a las personas o que lleguen otras, es lo de menos. Lo que sí tiene que revisarse son los procedimientos que se siguieron, el tema de las empresas a las que se les dieron concesiones de servicios como organización de espectáculos y venta de bebidas. Porque lo obtenido es bajísimo en comparación con otros ejercicios, hubo candidatas a reina que ganaron más.

La crisis por este tema pudo haber tenido consecuencias más graves, sino se hubiera anunciado en medio de una pandemia y poco antes de que se diera a conocer la decisión de la Comisión Nacional Bancaria de congelar las cuentas del Ayuntamiento por presuntas irregularidades, que, según he podido leer en artículos de periódicos,

corresponde a una investigación por lavado de dinero. “Agave Azul” fue el nombre clave.

Es decir, hay un desastre monumental.

Para despedirme, creo que tu futuro infernal será el octavo círculo, exactamente en la novena fosa, que poner luz sobre el pasado y presente como lo haces ha sido causa de acalorados debates derivados en discordia, lo que, más allá de lo que diga Dante en su literatura, en el mundo real no ha sido otra cosa más que cumplir con tu deber.

Te dejo un abrazo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Día del Padre de 2020.

Profe Carlos:

Antes de entrar en materia, déjame expresarte la acostumbrada, pero no por eso menos sincera, felicitación por el Día del Padre, el grato y, a veces, difícil oficio que nos ha tocado ejercer. Por cierto, he notado que todos los consejos, recomendaciones e instrucciones que nos da toda esa buena gente (en especial los que nunca han tenido hijos) a los padres primerizos, se vuelven nada al convertirnos en padres de adolescentes. Aquí, cuando de veras agradeceríamos una luz, no hay quien se acomida. Al menos, esa ha sido mi experiencia.

Vale, si notas esta carta especialmente malhecha y sin chiste, te pido que seas indulgente. La escribo hoy muy temprano luego de dormir solo unas horas, gracias al incivil de mi vecino, que tuvo fiesta hasta las cuatro de la mañana. Entre su selección musical, no del todo mala, y sus tartajosas pláticas, que me permitieron enterarme involuntariamente del avance de su embriaguez, fue poco lo que pude descansar. Conque estás avisado...

Lo de la gastronomía local es un buen tema. Como pasa con las artesanías y otras manifestaciones culturales, mucha gente hay que tiende a decir, a la primera oportunidad, que en Autlán y la región “no hay nada”; lamentablemente, entre ellos hay que contar casi siempre a los funcionarios municipales encargados de promover el turismo y la cultura. Pero, poniéndose uno a observar con calma, claro que lo hay. Ojalá sí te animes a proponerle algo a tu maestro Juan Carlos Núñez, a quien recuerdo como defensor del lector en un periódico de Guadalajara (creo que *Mural* o *Público*), para que aparezca en Jaliscocina, antes de que alguien recomiende los chacales.

Tus dos candidatos me parecen muy representativos de la cultura local, pero yo me decantaría por las tostadas de panela, creo que llevan mano por su mayor antigüedad y complejidad. Pero me gustaría

agregar otros dos. Uno sería la llamada fruta en vinagre, de la que he oído versiones, que no puedo confirmar, en el sentido de que no hay otro lugar en Jalisco donde se elabore como se hace aquí. Según ellas, ni siquiera se conoce a este condimento en otros lugares del estado. Este sería, digamos, un candidato externo que me atrevo a impulsar, en coalición con quienes sostienen la versión que te digo.

Pero un candidato verdaderamente mío son los dulces tradicionales que prepara doña Graciela Michel Corona. Esta señora prepara verdaderas delicias, bajo los nombres de mazapán, caramuscas, garapiñados, bolitas de menta o de tamarindo, trufas, gorditas de piloncillo, alegrías... todo esto con recetas que han pasado de generación en generación en su familia desde el siglo XIX, cuando vivía su tatarabuela. Estos dulces, comunes todavía hace algunas décadas, los prepara con ingredientes que se producen y se encuentran con facilidad aquí en la región. Yo no conozco a nadie más que conozca o practique estas recetas, por lo que corren el peligro de perderse.

Pasando al asunto del Carnaval, sus malos resultados financieros no son más que otra manifestación de que su organización debe adaptarse a los nuevos tiempos. No puede ser que en el siglo XXI la fiesta se siga organizando por personas voluntarias, que cuentan con un par de meses para negociar, contratar y financiarse mientras aprenden a hacerlo y que, además, deben satisfacer los caprichos del señor presidente municipal. Para que un Carnaval consiga los tres objetivos que mencionas se necesita, de entrada, un patronato independiente y profesional.

Lo de las cuentas bancarias bloqueadas por la Unidad de Inteligencia Financiera es todo un tema. Un tema kafkiano. Así como les bloquearon sus cuentas a algunos municipios y presidentes municipales, también lo hicieron con particulares, que se enteraron al darse

cuenta de que no podían acceder a su dinero o al recibir en sus domicilios un escueto oficio de su banco (no de la autoridad) donde les avisan que, por disposición de la UIF, no se pueden hacer movimientos en su cuenta, pero que tienen diez días para aportar elementos de prueba al domicilio de la Unidad. Elementos de prueba de qué, tampoco lo aclara. Así me tocó conocer un caso aquí en Autlán, de una chica que aún no sabe qué hizo para que le bloquearan su cuenta ni tiene claro cómo defenderse. Tendrá que contratar un abogado.

El bloqueo de cuentas hace mucho que se hace, como una forma de evitar que se siga cometiendo un delito financiero, del que la autoridad tiene evidencias suficientes de que se ha cometido, o para facilitar una investigación. Nunca, en los casos que he conocido desde hace años, la autoridad ha notificado formalmente al afectado, que no tiene más remedio que ampararse. Esto, además de los enormes problemas que traerá a la administración municipal, afecta derechos básicos como la presunción de inocencia y una defensa legal. Estoy convencido de que, para combatir al crimen organizado, la llave está en atacar sus finanzas y no a sus capos, que son reemplazados fácilmente. Pero hay que hacerlo bien.

Por último, quisiera comentar un fenómeno que he notado en estos días extraños: un interés desmandado por las manifestaciones culturales en la mayoría de los medios de comunicación locales. No me tocaba ver una situación así desde 2015, cuando en una presentación de un libro en el Museo, hubo representantes de todos los medios. De unas semanas para acá incluso la oficina de Comunicación Social del municipio se ha lanzado a producir videos con entrevistas o información cultural, en los que hasta ha habido regidores interesados en participar y exigiendo un espacio; lo mismo han hecho medios de comunicación, profesionales o no. Esto no se debe, definitivamente, a la falta de noticias que, como hemos visto, no han

escaseado. Igual lo celebro y ojalá que esa situación se mantenga cuando termine la cuarentena.

Hasta la próxima semana.

Guillermo.

Autlán. A 34 años del Barrilete Cósmico, de la jugada de todos los tiempos.

Estimado Memo:

¡Feliz Día del Padre, señor Cronista!, aunque ya se arrancaron tres hojas del candelario no es tarde para extenderte mi enhorabuena.

Sobre la ausencia de consejos para convivir con hijos en la pubertad no tengo referencias más que mi trabajo con adolescentes. A diferencia de las multitudes a quienes exasperan, puedo decir que en general a mí me caen bien, con sus vertiginosos cambios de humor y su permanente rebeldía, me parecen divertidos. Valoro de ellos una franqueza que no experimento en otro rango de edad, a veces los niños te hacen caso porque les han enseñado que los adultos son incuestionables, y los adultos te ponen atención porque es políticamente incorrecto ignorar a la gente aburrida.

Para relacionarme con ellos parto de dos principios, el primero es que no me comporte como si fueran un problema, sino asumiéndolos como personas que suelen tener broncas que los adultos ya resolvimos, pero que en su momento son agobios que no les permiten respirar, me tomo en serio sus apuraciones y, sobre todo, los escucho.

El otro principio ya te lo había compartido: su peor pecado es no comportarse como los adultos esperamos que lo hagan. No condeno sus referencias culturales, las consumo para entenderlas y tengo la absoluta certeza de que son gente capaz, sensible a los problemas sociales, con valores y que aspiran a mejorar el mundo.

A nadie le digo cómo debe tratar a sus hijos, pero te comparto que entre mis alumnos que viven el trance de mejor manera, suele haber papás que los acompañan en sus días difíciles, los alientan a alcanzar sus sueños y, también, les marcan límites con autoridad. Aun sabiendo que puede ser una determinación impopular, pero sí necesaria.

Pero no creas que navegas solo en el turbulento mar de la paternidad. Para cerrar el tema yo te diría que en mi experiencia ser papá se reduce a dos emociones. Por un lado, la indescriptible felicidad de ver crecer y aprender a mi hija y por otro lado el pánico permanente de saber si lo que hago es correcto. Miedo y felicidad en los extremos de la balanza, y en el fiel una idea clara: mi hija no es un bien patrimonial, yo no tengo una hija, la cuido y educo con la idea de que habrá un desprendimiento. Y ese adiós, he visto, comienza en la adolescencia.

Una semana después, el gobierno municipal sigue con las cuentas bancarias bloqueadas, fue novedoso que me platicaras que también ocurrió con particulares, aunque descubro con terror que no me sorprende, aunque sí me indigna, el proceso irregular. Estas estrategias echan raíces en la relación esquizofrénica que vivimos con el narcotráfico.

Hace algunos días, observamos con estupor la forma descarada con que sicarios repartieron despensas, y leí con mucho pesar a personas que escribieron cosas como “Que Dios los bendiga por sus buenas obras”. Solo por curiosidad entré al perfil del autor de la frase, y es de esas cosas que no se pueden inventar: en su muro estaba ese afectuoso agradecimiento y en el *post* anterior una recriminación a que el gobierno no hacía nada sobre una foto que mostraba haber recibido una Beca Benito Juárez. Mil 600 pesos bimestrales no es gran cosa, es verdad. Aunque calculo que la “despensa” del narco no llegaba ni a la mitad, este joven valoró más la acción de los delinquentes que la del Estado.

A cambio de eso, justo leo una noticia que anuncia el riesgo de que la falta de pagos a la CFE deje a Autlán sin agua potable y en el mismo sentido sin alumbrado público. Ojalá que la próxima semana no tengamos qué profundizar en este tema.

Sé que prometí utilizar esta carta para hablar de la catedral y del primer obispo de esta diócesis, pero ya no me queda espacio para tan sabroso relato.

Así que como hace tiempo el fútbol no aparece en estas páginas, usaré estos últimos cuatro párrafos en recordar que recién se cumplen 34 años de que Maradona le anotó dos goles a los ingleses, el primero con la Mano de Dios y el otro con la corrida memorable, con la jugada de todos los tiempos. El gol es una maravilla sobre la que ya se ha escrito mucho. A mí, que soy un desterrado de los micrófonos, lo asocio más a la narración.

Víctor Hugo Morales es un locutor uruguayo exiliado en el margen contrario del Río de la Plata, quien para Radio Argentina viajó a México a narrar los partidos de la albiceleste en el mundial del 86. Ahí, el 22 de junio de hace 34 años le puso voz al gol y en un minuto diez segundos dejó constancia de lo que debe ser la crónica como género: una narración con conocimientos técnicos (le marcan dos, pisa la pelota Maradona), con sentido poético (Barrilete cósmico, ¿de qué planeta viniste?), sabiendo que todo acto humano está ligado a las emociones (Gracias, Dios, por estas lágrimas, es para llorar), y que todo mensaje, para funcionar, debe ser un hipertexto que te lleve a otras realidades.

Víctor fue un perseguido por la dictadura, hizo de su narración una declaración política. Un poderoso discurso contra el imperalismo, no lo dijo textual, pero la poderosa y soberbia Inglaterra fue derrotada y humillada por un país humilde que fue bañado en sangre por generales con quienes el imperio se sentó a tomar café. Un imperio que secuestró territorio latinoamericano y que cayó bajo la trampa y el genio de un venido del espacio: “Para que el país sea un puño apretado gritando por Argentina [...] Gracias, Dios, por el fútbol, por Maradona, por este Argentina dos, Inglaterra cero”.

Cuando escucho esta narración, y acudo a ella con frecuencia para buscar inspiración, me compadezco de quien piensa que el fútbol es una actividad enajenante propia de modernos cavernícolas.

Nos leemos pronto, señor Cronista.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 27 de junio de 2020.

Profesor Carlos:

Por ahí del aciago año de 1994 estaba yo en segundo grado de secundaria. Aunque sin llegar a ser un *nerd*, solía obtener buenas calificaciones y, lo más importante, acostumbraba tener una buena disposición siempre para los aprendizajes de todas las materias y para los trabajos que los profesores nos encomendaban. A lo mejor por eso le cayó como balde de agua fría a la maestra Lola, quien nos daba la materia de Química en la ETA, que yo le respondiera, con esa sinceridad que refieres pero que en mi caso alcanzó grados de insolencia, que su materia no nos servía para nada más que para pasar al siguiente grado, en un momento en que, tratando de que entendiéramos la enorme utilidad que esa rama del conocimiento tiene en nuestra vida diaria, nos preguntó para qué creíamos que estaba en el programa. Noté, lo reconozco ahora con vergüenza, en la expresión de su rostro cómo se sacó de onda y trastabilló por unos momentos, para recomponerse a los pocos segundos.

Al balsámico paso de los años, que todo lo pone en su lugar y que cura muchos males, entre ellos la ignorancia y los enfoques erróneos producto de la inexperiencia, no puedo más que agradecer los conocimientos que en asuntos de química recibí en la escuela, a través de la maestra Lola. Gracias a ellos no soy de los que hoy aseguran que el coronavirus fue creado en un laboratorio por mentes malévolas. Sin embargo, en aquellos días estaba convencido de que saber la composición de la materia, las partes de un átomo o las diferencias entre sustancias ácidas y básicas no me serviría para un carajo en mi vida adulta y que su estudio estaba ahí como un mero entretenimiento, en el mejor de los casos, o como un obstáculo en el peor de ellos.

Esta anécdota viene a cuento por el recuerdo que, a lo mejor sin querer, me has despertado sobre mi adolescencia, llena de ímpetus y

energías pero carente en la misma medida de una noción clara de las cosas. Esto último no creas que ha mejorado mucho, por cierto. Con todo, fue una época extraordinaria, comparable a escala individual con el siglo XVI europeo: llena de descubrimientos vitales a cada paso, sorprendentes y asombrosos. Una época de maravillarse con lo que uno era capaz de hacer y de sentir.

A esta nostalgia contribuyó no poco la programación del viernes en la mañana en Radio Costa, donde recorrieron los éxitos banderos de los 90: pasaron por la antena más antigua de la región las bandas Machos, Pelillos, Móvil... la música de gusto más extendido en nuestra región en aquellos años.

Acaso la adolescencia sea la etapa más interesante en las edades de la vida de una persona. No es gratuito que en la mitología griega y romana hubiera una personificación de la juventud y que este segmento de la vida aparezca en buena cantidad de obras de arte, entre las que hay que tener en cuenta especialmente a algunas canciones de rock: está la críptica y todavía discutida letra de "Smells Like Teen Spirit", de Nirvana, que según algunas interpretaciones reflejaría las contradicciones e inestabilidad adolescentes; también las tempranas "Rock Around the Clock", de Bill Haley, y "Sweet Little Sixteen", de Chuck Berry (luego fusilada por los Beach Boys en su "Surfin' USA"), que hablan del despertar de los sentidos y la necesidad de expresarlo mediante la fiesta y la diversión. Y hay, incluso, quien considera a este género como una expresión de la adolescencia y por eso algunos de sus intérpretes se niegan a abandonar posturas y costumbres inmaduras.

Ese gol de Maradona es uno de los grandes momentos de la historia del fútbol, llegó en el momento preciso y contra el rival más adecuado. Para entonces Maradona ya jugaba en el modestísimo Nápoles, equipo con el que él mismo resurgió luego de un bache en su paso por el Barcelona y al que hizo codearse con los equipos

grandes de Europa. Su paso por ese equipo y el Mundial de 1986 fueron el apogeo del famoso D10S y también el momento en que comenzó a eclipsarse, en buena parte por su contacto con las drogas, a través de la mafia siciliana, con la que los napolitanos tenían en ese tiempo una relación más o menos semejante a la que tenemos ahora los mexicanos con nuestros narcos.

Esa “caridad” que mencionas de parte de los mafiosos es muy común en nuestros días en el ámbito político, en el peor sentido del término. Ayer estuvo aquí frente a mi casa un camión cargado de verdura de la que reparte el empresario Óscar Zepeda, claro tirador a aparecer en alguna boleta en las elecciones de 2021 y que se encuentra en pleno trabajo de difusión de su imagen, acompañado de los infaltables paleros y toda la parafernalia de la política que conocemos en México. Lo mismo hace el presidente municipal, de quien se dice que busca la reelección, y otros personajes que están aprovechando la coyuntura para lucrar con ella. También a ellos hay quien les agradece el regalo y quien los alaba en las redes sociales, tomando su mezquino trabajo como un verdadero acto de generosidad. También con los políticos hemos mantenido una relación extraña, desconfiamos de ellos y los vemos con un recelo soterrado y permanente pero también esperamos de ellos que mejoren nuestras condiciones de vida y que sean ejemplo de constancia y decencia. Supongo que es una de las cosas que iremos mejorando conforme abandonemos la adolescencia cívica.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

Hoy comienza el mes de Julio, sigo en Autlán.

Señor Cronista:

Cada ciclo escolar que inicia, me encomiendo a Dios para que no me toque algún alumno que se comporte tal como yo lo hice con mi profesor de Filosofía de preparatoria: por la ya referida insolencia, más la soberbia de quien cree saberlo todo, me propuse leer con anticipación todos los textos que se incluyeron en su curso, a profundidad, para ya en el aula generar debates interminables que, si bien tenían argumentos medianamente sustentados, nunca buscaron la reflexión, si no el boicot.

Marcelo Sandoval se llama el profesor; por el bien del grupo me mandó a la biblioteca y me evaluó con un ensayo. Se dio tiempo de buscar espacios más cercanos para refutar mis endebles planteamientos y sugerirme lecturas y enfoques. Nunca me castigó. Quizá por eso cuando algún alumno me cuestiona lo mismo que tú a la maestra de Química, lo tomo como una oportunidad de acompañar, no como una afrenta personal.

Pero he postergado compartirte algunos datos y anécdotas que encontré interesantes, en el proceso de fracasar en aquel proyecto al que fuimos convocados de conformar una “Pastoral de Cultura”, encomienda que me llevó a hurgar en los antecedentes y características de la Catedral de Autlán, y con ello en la poderosa figura de monseñor Miguel González Ibarra, primer obispo de esta diócesis. Así que de una vez, antes que un nuevo tema secuestre la agenda.

Don Porfirio gobernaba el país cuando en la Diócesis de Colima se decidió dotar a la población de Autlán, que vivía un periodo de expansión, de un templo más grande que la Parroquia del Divino Salvador, donde los feligreses ya no cabían. Así, en el solar de don Porfirio Michel, el viernes 9 de junio de 1893, a las cinco de la tarde

se colocó la primera piedra del Templo del Sagrado Corazón y Santa María de Guadalupe.

Originalmente se proyectó que el edificio tuviera tres naves del tamaño de la mayor que tiene ahora, pero Colima observó con recelo que se erigiera un templo más grande que su propia catedral en un pueblo pequeño, y desde la administración diocesana entorpecieron algunos trabajos que derivaron en que el proyecto original nunca se concretó. En el camino se optó por darle la forma de cruz latina. También se decidió la construcción de la cúpula, con los mismos ventanales que apóstoles Jesucristo.

Las torres de la catedral miden 64 metros, es el edificio más alto de la región. Tiene tres puertas en su fachada principal porque está dedicada a la Santísima Trinidad. En la fecha en que se comenzó a construir estaba de moda el Neoclásico, corriente que utiliza columnas y frontones triangulares, aspira a la monumentalidad, goza de la sencillez de los escasos garigoles y de las líneas rectas. Nada está de adorno, lo que tiene el edificio sirve para algo. Pero la fachada de cantera está compuesta por tres cuerpos y remate, lo que le da ciertas referencias al barroco.

El papa Juan XXIII erigió la Diócesis de Autlán el 28 de enero de 1961 y nombró a Mons. Miguel González Ibarra como primer obispo. Don Miguel oficiaba de párroco de Sayula cuando recibió su nuevo encargo. Se trajo al carpintero Raymundo Ramírez, quien fabricó las bancas en las que caben alrededor de 800 personas (se quedó a vivir aquí, murió hace poco), y de Yahualica a un cantero que trabajó en uno de los avances más trascendentes logrados: cerrar las bóvedas de las naves y concluir las torres. Un esfuerzo monumental. Para lograrlo, el pastor y los feligreses se llenaron de esfuerzo y de creatividad.

Y aquí vienen dos de mis anécdotas favoritas, que pintan la personalidad del primer obispo. Don Miguel, además de avanzar

notablemente en la construcción de la catedral también construyó el seminario, tal como lo narraste unas cartas atrás. Para conseguir recursos recurrió a múltiples estrategias.

Él no se quedó en el púlpito, al caer la tarde acudía a los lugares donde los hombres de Autlán se reunían a echar la copa, los saludaba y más que regañarlos por el vicio les decía: “¿Me invitan una cuba?”, difícilmente alguien se puede abstener de compartir con un monseñor esa solicitud, solo que cuando estaban por preparar la bebida, el pastor les aclaraba que no quería el licor mezclado con coca-cola, sino el dinero equivalente al valor del trago. Entre chascarrillos, al platicar yo con varias fuentes, dicen que la catedral está construida con “las cubas de don Miguel”.

Emprendedor, generoso y desprendido, fueron adjetivos que aparecieron varias veces entre quienes lo conocieron, y de ahí viene otra anécdota que retrata su personalidad: don Miguel tenía un coche, y lo rifó muchas veces. Nunca fue fraude, él organizaba el sorteo y donaba el coche, cuando alguien se lo ganaba se lo volvía a ceder, así el Obispo no se quedaba sin transporte, pero también podía seguir organizando sorteos.

Desde entonces numerosas manos le han sumado a la construcción de la sede diocesana. El artista José Atanasio Monroy donó tres pinturas: un señor San José, un Santo Entierro y un retrato de Mons. Maclovio Vázquez, tercer obispo de la diócesis. Don Miguel González también dotó al templo de fino ornamento, capas pluviales, roquetas, estolas bordadas en hilo de oro, traídas desde Roma. Entre los objetos sagrados destaca un cáliz de estilo churrigüesco de metales y piedras preciosas que se utiliza una vez a la semana, cuando el actual obispo oficia misa.

A lo largo de los años la catedral se ha modificado, pero no se ha terminado. Si les dieran a elegir, estoy seguro de que quitarían las

fuentes que colocó CONACULTA en 2013. Sus autoridades estiman que los avances andan por el 70 por ciento.

Por grandote y por representar la sede de una organización regional con alcance planetario, es el edificio que junto con la Plaza de Toros y el Palacio Municipal, me parece que son los más representativos de la ciudad. Más allá que de seamos católicos o ateos, taurinos o animalistas y quien despache en la Presidencia nos genere simpatías o antipatías.

Pero, ¿sabes con qué lección me quedo de estas moles de piedra que por su monumentalidad dan la impresión de haber sido siempre de la misma forma? Que también la roca se construye, se adapta, toma nuevas formas y novedosas funciones. Por decirlo de otro modo, me dejaron claro que nunca se termina de construir la ciudad.

Así que Memo, te pregunto; ¿a qué proyecto le invitamos una cubita?

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 4 de julio de 2020.

Profesor Carlos:

Desde ayer en la tarde la piqueta trabaja, con muchas dificultades pero sin rajarse, en echar abajo el chacuaco, uno de los vestigios que quedaban en pie de lo que fue el molino de caña ubicado al parecer a partir de la década de 1940 en lo que entonces era la orilla del pueblo y ahora es una esquina más bien cercana al centro, en el cruce de Guadalupe Victoria y Felipe Uribe.

Esta mañana estuve viendo los trabajos de demolición y te puedo asegurar que, como cuentan los que presenciaron la caída de la torre-cilla del reloj, los encargados subestimaron la firmeza de la construcción y la pericia de quienes la levantaron. Me daban ganas de subir a ayudarles o, como dice el dicho, traerles un negro para que les hiciera el trabajo. Y aquí debo aclarar, signo de los tiempos, que si a alguien de los que lean esto le incomoda la referencia a un negro, me importa un cacahuete (“y está re barato el kilo”).

El chacuaco ya no va a sobrevivir a este fin de semana. Como le ocurrió a la casa donde estuvo la sede original de la Escuela de Artes, en la que vivió algunos de sus últimos años don Atanasio Monroy y, en una escala distinta, a la Escuela de Música de la Universidad de Guadalajara, sus propietarios recurrieron a los días de descanso y al letargo de las autoridades (por no mencionar otras cosas que no me constan) para tirarlo y esperar cuando mucho una posible multa, que pasará a los costos generales de la obra. Así, se ahorraron el trámite de engorrosos permisos, que probablemente no obtendrían, dada la antigüedad y valor de esas obras y a que están protegidas por la ley.

El molino de caña del que formó parte el chacuaco fue uno de los pocos (o el único) establecimientos agroindustriales que hubo en Autlán entre el colapso de la hacienda de Ahuacapán y la llegada del ingenio Melchor Ocampo. Ahí se fabricaban algunos derivados

de la caña, menos azúcar y alcohol, que se vendían ahí mismo al público. Más o menos a la manera de las haciendas, en la misma instalación se hallaba la casa del administrador, que en los años 1960 lo fue un señor Jesús Blake, en la parte que da a Guadalupe Victoria. Por el lado contrario, calle de Valentín Gómez Farías, estaba la casa del capataz, un señor que al parecer llegó del centro de México. El molino era propiedad de un señor Luis Velázquez, de la misma familia que después tuvo la gasolinera Barra de Navidad. Entre las cosas que más recuerdan los viejos está un silbato que estaba instalado en el molino y que sonaba diario en punto del mediodía, oyéndose en todo el pueblo, lo que les daba, junto con las llamadas a misa, una referencia temporal importante. El molino dejó de funcionar poco antes de la llegada del ingenio, lo que ocurrió en 1969. Poco más de medio siglo tienen abandonadas sus instalaciones.

La destrucción del chacuaco y, quizá, de todo lo que fue el molino (no me gusta llamarlos ruinas porque me parece que no lo son, están en muy buen estado) implica la pérdida de una marca de identidad de Autlán. En toda la región solo Autlán tuvo una instalación como esta y cualquier cosa que construyan en ese sitio será igual a otra que ya existe en algún otro lugar; esa particularidad de Autlán se habrá eliminado y nuestro pueblo será un poco más parecido a los demás, un poco más homogéneo.

Para los vecinos del chacuaco constituye la pérdida de un “asidero”, de un punto de referencia que era el centro de su barrio. También, por si fuera poco, con él se pierde una técnica de construcción, que permitió levantar una instalación tan formidable. Hace rato, practicando con una vecina del chacuaco, compartíamos la percepción de que actualmente no hay quién sea capaz de construir otro chacuaco como ese.

Como ocurrió cuando le partieron la imagen al antiguo hotel Valencia o al derribar alguna casa antigua, en estos días también se

abrió el debate sobre la pertinencia de conservar estas fincas, llamadas patrimoniales. Como siempre, se divide entre los que defienden la conservación sin cambios de las construcciones y los que opinan que solo el propietario legal tiene capacidad para decidir sobre el destino de ellas y darles el uso que mejor le parezca.

Mi postura es que, como dijiste al final de tu carta anterior, las ciudades necesariamente deben evolucionar y adaptarse a las condiciones siempre cambiantes. Pero estos cambios, aunque se den en lugares que tienen un dueño, deben estar regulados por un criterio que permita establecer qué cosas (edificios, casas, banquetas...) deben conservarse y cuáles pueden ser modificadas. Se supone que, en el caso de Autlán, esto existe en el reglamento del centro histórico, pero es letra muerta desde hace varias administraciones municipales. De forma supletoria se podría aplicar la Ley de Patrimonio Cultural del Estado de Jalisco y sus Municipios, pero tiene el inconveniente de que la autoridad estatal está a 200 kilómetros de distancia y no trabaja los fines de semana. Por eso los constructores prefieren sábados o domingos para ejecutar estos trabajos.

Los autlenses tenemos el derecho, establecido en la ley, de que nuestras fincas patrimoniales sean conservadas y sigan surtiendo el efecto de arraigo y de particularización de nuestra identidad colectiva que emana de su valor arquitectónico o histórico. Pero sus propietarios legales también tienen el derecho a disponer de ellas, así sea en algún fin que les reporte una utilidad financiera y no solo mantenerlas como un elefante blanco nada más porque les tocó la fortuna de ser sus dueños.

Por eso, la cubita (o la Coca Cola con piquete) se la invitaría a un proyecto que permitiera el rescate de alguna de las casas patrimoniales de Guillermo Prieto o Antonio Borbón, instalando en ella un negocio que sea compatible con ella.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

Autlán de la Grana. Es el miércoles 8 de julio.

Señor Cronista:

Que sirvan las primeras palabras para fijar postura. Condeno con todas sus letras el derribo del chacuaco, lamento profundamente la pérdida de esta construcción que, en manos más inteligentes, el símbolo de identidad hubiera podido traducirse en capital económico. De verdad lo lamento, pero debo decir que no me extraña.

Tampoco creo que el origen del problema sea el gobierno municipal. El chacuaco derribado es el último escalón de una cadena global e histórica de decisiones que, a decir verdad, goza de infinitas simpatías, y las críticas a este sistema suelen costar lapidaciones soeces y tratamiento de idiotez, como a aquel esclavo que salió a tomar el sol de la caverna de Platón.

Hace apenas cuatro días se abrió una página de Facebook llamada “Wal Mart Autlán”, la cuenta posteó ofertas de empleo para una próxima sucursal y rápido se acumularon *likes*. Es congruente con una vieja versión a la que tuve acceso, sobre la intención de la transnacional de instalarse en el predio del chachuaco, aquella vez, sin embargo, se postergó la decisión al negociarse la apertura de Aurrerá, filial del corporativo norteamericano. Aunque durante algunos años nos olvidamos de la posibilidad.

Pero te digo que no me extraña porque Autlán no es una isla, participa activamente de los riesgos y bondades de la planetarización.

Alejandra Xanic es una de las mejores periodistas de México, no es tan popular porque sus trabajos siempre son de largo alcance, pasa largas temporadas armando textos que a la postre resultan demolidores, pero publica con poca frecuencia.

El caso es que recién inaugurado el gobierno de Enrique Peña Nieto, Xanic publicó en medios estadounidenses una investigación que daba cuenta de que Walmart pagó 24 millones de dóla-

res en sobornos para instalar numerosas sucursales en México. El texto reflexionaba sobre el monopolio y la condena a desaparecer a comerciantes locales, también la deshonestidad e ilegalidad en la que incurrió la empresa.

Había en el listado dos sitios que llamaban la atención, uno en el pueblo de San Juan Teotihuacán, a unos pasos de la zona arqueológica donde se encuentran la Pirámide del Sol, de la Luna, la Calzada de los Muertos y donde cocinan una deliciosa barbacoa, cuatro cosas de las que espero hablarte después. La instalación era ilegal, y a la postre pusieron una de sus muchas franquicias no tan cerca de las pirámides, pero sí sobre el paso obligado que en días de muchas visitas, hacen el tráfico más horrendo de lo que por sí es.

El otro espacio sensible fue en las inmediaciones de la Basílica, en la Ciudad de México. Sobre la calzada de Guadalupe, a unas cuantas calles de la Villa, existe un gran complejo que incluye un Walmart, un Sam's Club y un Chedraui. La empresa burló las normas sobre estos espacios más vigilados. Insisto, no me extraña el fin del chacuaco.

Tampoco me sorprende, porque el hecho de que las empresas hagan lo que se les antoje, es consecuencia del proyecto económico y político que se abrazó después de la Gran Guerra y finalmente con la derrota del bloque soviético en la Guerra Fría. La hegemonía del liberalismo democrático y, junto con él, del capitalismo que defiende como dogma que el mercado se regula solo y que el Estado no debe intervenir en estos asuntos, nos ha llevado a un destino con muchos rostros.

Antes de que lo pienses, lo aclaro: no digo que haya que volvernos comunistas, que es una opción que también hizo agua. Lo que digo es que la radicalización del sistema capitalista tampoco ha resuelto grandes deficiencias y, en cambio, ya podemos palpar las consecuencias de Estados débiles que adoptaron sin cuestionamien-

tos el sistema y de empresas que, con voracidad, se han enriquecido a costa de daños que pagamos todos.

A decir verdad, creo que habría que construir un nuevo planteamiento, que conservando libertades se cuidaran recursos indispensables para la vida en común: el medio ambiente, la salud y los bienes culturales, tendrían que caber aquí. Pero para eso se necesita un Estado más consolidado.

Porque Estados débiles han sido vapuleados por una pandemia que sigue su línea ascendente, empobreciendo y enfermando, con una clase empresarial que reclama apoyos de un Estado al que no le alcanza la cobija para cubrir a todos. Así que los piden para ellos.

Porque Estados débiles y sin recursos se enfrentan a una forma radical de capitalismo, que es el crimen organizado, que funcionan como empresas al margen de la ley pero que gozan de credibilidad y respaldo social gracias a la compra de voluntades en todos los niveles. Pero el Estado es vulnerable ante estas amenazas.

Los Estados son débiles para enfrentar por sí solos los enormes daños ambientales provocados por la industrialización, sobre todo porque la presión de las empresas al son de “nosotros creamos los empleos” acaba con cualquier intento por combinar la agenda económica con una agenda social, ecológica y en este caso, cultural.

Cuando ocurren estos asuntos, recuerdo la noche del 14 de abril de 1912. El *Titanic* llevaba cuatro días de navegación en el Atlántico norte. Enorme, lujoso, representaba el poder del capital. “A este barco no lo hunde ni Dios”, dicen que dijo el constructor. También pienso en Edward Smith, el capitán, he leído que era el más experimentado marinero de la compañía, también que fue informado a tiempo de icebergs flotando en la ruta, un hombre con su experiencia sabía cómo esquivarlos y lo que pasaría si no lo hacía.

Pero la gloria del capitalismo necesitaba demostrar no solo el lujo. En la película de DiCaprio se rescata una frase que la tripulación

sobreviviente dio por buena: “Sorpréndalos y llegue antes a New York”. Avisos no faltaron, pero la velocidad no se redujo.

Hacia allá corremos aprisa, señor Cronista, y lo hacemos entusiastas. Sabemos que no hay botes salvavidas para todos, pero creemos que sí habrá para nosotros. Decimos que es el futuro, y a cualquiera que diga lo contrario se le tacha de socialista o cosas así.

Así que lo lamento, pero no me sorprende ni tantito.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Domingo 12 de julio de 2020.

Profesor Carlos:

Yo no sé si en el terreno donde estuvo el chacuaco vayan a instalar una tienda de Walmart. Sí supe de la página de Facebook que mencionas pero no me inspiró mucha confianza. En esta semana he visto avances en los trabajos, pero no muy importantes: para el viernes en la tarde una cuadrilla de albañiles había derribado los restos de barda que dan a la calle de Valentín Gómez Farías y ya estaban levantando una nueva.

La semana pasada no te lo conté, pero en 2016 me tocó conocer un proyecto en el que estaba involucrado Octavio Santana, expropietario del hotel Valencia, para darle uso a los restos de las instalaciones del molino de caña. Pretendían conservar las construcciones sobrevivientes, pero con vida: cada una de las bodegas albergaría un restaurante especializado en algún tipo de comida (china, italiana, mexicana ...); el cliente ordenaría en el mostrador de cada negocio y se instalaría en alguna de las mesas que se dispondrían en el frente a las bodegas, a donde un mesero le llevaría su orden. El chacuaco tendría una iluminación adecuada para que luciera de noche y en los espacios donde hasta hace poco estuvo el taller mecánico habría juegos infantiles y estacionamiento.

El señor Octavio falleció poco después y es obvio que el proyecto no se materializó. Habrá que esperar a ver qué cosa construyen en el terreno pero, como ya dije antes, cualquiera que sea, va a ser igual a otra que ya existe en otro sitio.

El problema de la pérdida del patrimonio edificado es multifactorial, como lo son casi todos los problemas públicos. Quedarnos con la opción de endosarle todo el crédito al demonio del capitalismo es quedarnos cortos y, sobre todo, dejar la responsabilidad en un ámbito demasiado lejano y etéreo. Yo percibo, además de toda esa avaricia

y podredumbre moral, un desprecio enorme por las construcciones viejas y una falta de visión para transformar, mediante el trabajo y la imaginación, su valor patrimonial en un valor financiero. Este desprecio y falta de visión vienen, en parte, de la ignorancia. Esa sí la podemos combatir desde los ámbitos en los que vivimos.

Todo esto me recuerda la polémica que se desató hace poco más de un año allá en Las Montañas, nuestro barrio alternativo. Fue cuando tiraron la finca de la esquina de las calles de Aldama y Borbón, donde por muchos años funcionó la tortillería Las Montañas (cuenta la leyenda que todos los negocios de ese rumbo deben llamarse Las Montañas o Tepeyac) y que terminaría como sede de un Oxxo. Las quejas de los vecinos iban por el lado de que las obras producían demasiadas molestias, como polvo y ruidos, y por el de que los negocios de abarrotes de los alrededores serían afectados irremediablemente.

Por cierto, el arquitecto que estaba a cargo de la construcción del Oxxo dijo que la obra respetaría la imagen y líneas de la anterior finca pero yo lo veo bastante igual a todos los demás, con la diferencia de que la marquesina es de color cafecito.

Hoy hace un año que se inauguró ese Oxxo, en una lluviosa tarde de viernes. A esa distancia puedo afirmar que las tres tiendas de abarrotes que hay en los alrededores (la de Mundo Rivera en Morelos y Encarnación Rosas, la de Pancho Rivera frente al jardín de Las Montañas y una de dueño desconocido para mí que se encuentra en Aldama y Abasolo) gozan de buena salud. No solo es notorio que su clientela no ha disminuido (a la tienda de Pancho bajan a surtirse todavía los habitantes de El Jalocote y ranchos circunvecinos), sino que sus mismos propietarios afirman que el Oxxo no ha resultado una competencia sino un complemento a su actividad comercial. La gente del barrio y sus alrededores acude al Oxxo por algún servicio financiero, como envío de dinero o pago de servicios, o a comprar

algún artículo que no encuentra en las referidas tiendas o que está más barato ahí.

En resumen, el Oxxo y las tiendas tradicionales conviven armónicamente en el barrio de Las Montañas. Ahí no ha sucedido el colapso del comercio local que la instalación de esas tiendas desencadena, según la opinión generalizada. Eso sí, se perdió un ejemplo de arquitectura regional.

Cambiando de tema, hoy es el quinto aniversario luctuoso de Javier Krahe, un cantautor español al que descubrí muy tarde pero que se convirtió en mi favorito gracias a sus agudas letras y a su personalidad congruente con ellas. Descubrí algunas de sus canciones por el año 2009 en un disco integrante de una colección de la obra de Joaquín Sabina publicada por editorial Aguilar, que se vendía en entregas junto con un libro con historias y opiniones sobre cada disco al irrisorio precio de 50 pesos, en la papelería Casillas. Uno de esos discos era *La Mandrágora*, una serie de grabaciones en vivo en el café madrileño de ese nombre en el que convivieron Sabina, Krahe y Alberto Pérez en los años 1970.

No pude encontrar más música de Javier Krahe hasta el advenimiento de los servicios de *streaming*. Este cantante, que tenía por regla no trabajar en verano, habla en sus canciones sobre asuntos espinosos como política, religión y feminismo, aunque sin ser panfletario. Mi favorita de todas sus canciones es “Como Ulises”, un canto de los trabajos descritos en la *Odisea* pero con un final alternativo. Sus letras me gustan más que las de Sabina, creo que Krahe no cayó en el sentimentalismo al que sí recurrió en algunos momentos el de Úbeda.

Vale, las lapidaciones soeces y los diagnósticos de estupidez son recursos muy gustados por simpatizantes de cualquier cosa, en cualquier sentido: lo mismo los usan los capitalistas, los ciclistas, los

creyentes, los gobiernistas y los que defienden lo contrario. No es un asunto de partido sino de falta de educación y humildad.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

El Cerro de la Reina, es el 15 de julio de 2020.

Señor Cronista:

Se llamaba *Cihualpilli* y era reina de los tonaltecas, un grupo que cuando llegó Nuño de Guzmán resistió militarmente con valentía. Sobre los pormenores hay muchas versiones, incluso contradictorias. Pero en la villa alfarera le conservan un cariño especial a un cerro que se encuentra a cinco o seis cuadras del centro. Se eleva varios metros y permite la vista más amplia del Valle de Atemajac, la Barranca de Huentitan y el largo camino hacia los Altos.

Se llama así: Cerro de la Reina, en honor a Cihualpilli, quien tiene una escultura que la conmemora como una monarca guerrera. Una figura que recuerda que las posiciones son susceptibles a modificarse, y que una mujer gobernó un territorio en tiempos de guerra que la consagraron en la memoria.

Los primeros días oficiales del receso escolar me encontraron de nuevo en Tonalá, no está de más aclarar que con todas las medidas sanitarias requeridas. Entre las cosas nuevas que sabemos del virus, es que en espacios abiertos con poca gente ejercitándose la posibilidad de contagio es muy baja, así que he priorizado mantenerme activo para, con eso, alejarme de otras estadísticas peligrosas a las que me lleva mi glotonería.

El cerro no goza de la popularidad de los íconos tapatíos, como las Torres de Catedral, el Estadio Jalisco o el Parián de Tlaquepaque, pero el Cerro de Cihualpilli es uno de mis lugares favoritos de acá. Siempre que voy, me gusta observar las fortalezas y contradicciones de la mezcla cultural: la manera en la que conviven símbolos de orígenes diversos hasta formar nuevos, en esa cima están los indígenas tonaltecas, el catolicismo, y el altar de la patria quiso erguirse también monumental.

A Cihualpilli la puso la tradición oral, hay quien afirma que ese monte era un oratorio personal, también he escuchado que en las faldas del cerro se dieron las batallas de resistencia a los españoles, en las que la reina dirigió a sus tropas desde lo alto, también lanzando flechas. En honor a su pasado, montaron una enorme escultura de la líder, también instalaron dos piedras: en una está tallado a manera de petroglifo un sol radiante; la otra roca es la que dicen que sonaba como campana cuando la golpeaban con cualquier piedra, estaba en las faldas del cerro, pero estorbó en la construcción de un fraccionamiento y, aunque se ve linda, perdió toda su singularidad sonora.

Como suele ocurrir, la Iglesia generó una simbiosis y construyó en la misma cima una ermita a la Virgen de Guadalupe. Es un templo pequeño con un gran atrio, sus paredes son de cantera de castilla que se extrajeron de la misma montaña formando muros sólidos y un interior a veces oscuro y fresco. No se parece a templos cercanos, es bello de puro sencillo y fuerte. Sede, como te podrás imaginar, de peregrinaciones y danzas el 12 de diciembre.

El tercer poder en poner su firma en el lugar fue la religión patria. Jorge Arana fue el primer priista jalisciense en perder una elección a gobernador, pero antes fue alcalde de este municipio. Una de sus acciones fue convertir un pedazo del cerro en una explanada para colocar un asta y una bandera monumental, parecida a la de la Plaza Cívica, pero esta luce más, acaso porque está en lo alto. Fue inaugurada por el mismísimo Presidente de la República, Ernesto Zedillo Ponce de León, y cada 24 de febrero se celebra el ritual propio del símbolo empoderado, a un lado de los otros.

El cerro ha sumado recientemente otros elementos. Apenas descubrí que colocaron las turísticas letras con el nombre del municipio, para que la gente se tome fotos, haga promoción del destino y se vea, al fondo, la Zona Metropolitana de Guadalajara que en estos días no está tan contaminada.

Metros abajo, corrí para encontrarme a un parque con pocas canchas, pero algunos senderos donde se puede caminar o correr a paso lento; hace alrededor de quince años, en este espacio se intentó fundar una feria que me recordó a nuestra casi siempre fallida Expo Ganadera que se ha celebrado y cancelado cualquier cantidad de veces.

En el mismo recorrido es posible ver los estragos de la especulación inmobiliaria: la construcción de casas que destruyen zonas verdes, otros terrenos en donde constructoras usan sus recursos para pagar campañas que a la postre derivan en cambios de uso de suelo en terrenos de interés histórico, erigieron casas diminutas alejadas de los servicios públicos, incrementando las ganancias sin importar lo demás, pero bueno, dices que ese es un enemigo etéreo.

Ese punto de la capital de Jalisco, que es referencia al abandonar la ciudad con destino a los Altos o a la Ciudad de México, agrupa en un cerro más pequeño que el nuestro de la capilla, muchos intereses, historias, agendas, a veces se sienten mezcladas hasta el punto de formar una expresión nueva: como las danzas del 12 de diciembre que, a ritmo del tambor y la flauta, recuperan raíces indígenas para mostrar reverencias a la Virgen de Guadalupe.

En otras, lucen discordantes, ajenas, un terrible fracaso, como la piedra campana que ha dejado de sonar porque perdió su lugar en el mundo y aunque ocupa un nicho protagónico, a un lado de la piedra del sol, al pie de la bandera monumental, es solo el recuerdo de lo que las inversiones desenfundadas siguen destruyendo.

Pero la mañana del lunes fue agradable, porque correr en los senderos del cerro, aunque físicamente demandantes, resultó un espacio liberador e inspirador, que, como decíamos en cartas anteriores, en esta época podrá lograrse con posiciones menos reduccionistas y más integradoras de diversas realidades. Haciendo coincidir a muchas agendas en nuestras acciones.

Como último punto de este cerro, déjame decirte que el suceso más importante ocurrido ahí, fue el 18 de diciembre del 2010. Precisamente en la ermita de la Virgen de Guadalupe, tengo suficiente experiencia para afirmar que sus muros son sólidos y fríos, o por lo menos eso me parecieron el día en que me casé.

Hasta la próxima semana, señor Cronista.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Domingo 19 de julio de 2020.

Profesor Carlos:

La historia de Cihualpilli y, en general, la de toda la conquista del occidente de México se la debemos en gran parte a fray Antonio Tello, uno de tantos frailes cronistas coloniales. Y no porque él hubiera vivido los hechos, puesto que escribió su *Crónica Miscelánea* un siglo después de que ocurrieran, sino porque su obra recopiló historias que habían pasado de forma oral desde los conquistadores hasta un par de generaciones después, lo mismo que informes de funcionarios reales que habían hecho visitas por la región en los años inmediatos al encontronazo de dos mundos.

El mismo fray Antonio anduvo por muchos lugares del occidente, ocupándose de diversas tareas en los conventos franciscanos. En el templo parroquial de Cocula, por ejemplo, hay una placa de piedra que recuerda su paso por ese lugar. Por cierto, te recomiendo mucho llegar a ese pueblo solo de visita en una ida que tengas a Guadalajara, el centro es muy bonito y su entorno muy bien conservado. Y en El Parián, un restaurante frente a la plaza principal, se come muy bien.

Bueno, volviendo a Antonio Tello, ese señor también estuvo como guardián en el convento de Autlán, más o menos en el segundo tercio del siglo XVII. En el archivo de la parroquia del Divino Salvador se conservan documentos firmados por él, tanto de gobierno como de registro de bautizos, matrimonios y sepulturas. En su *Crónica* incluyó relatos de aquí, como el recibimiento del brazo de la Cruz del Astillero en 1615 (la primera vez que se mencionan chirimías en Autlán) y una relación de sus milagros, relacionados muchos de ellos con el fuego y la reparación de los daños que provocaba.

Fray Antonio Tello, dados la magnitud y el valor de su obra, es considerado el padre de los cronistas jaliscienses. Cada año, el sábado más cercano al 22 de noviembre, Día del Cronista Municipal,

la Asociación de Cronistas Municipales del Estado de Jalisco hace una guardia de honor a este personaje afuera del Templo de San Francisco, en Guadalajara, donde estuvo un monumento dedicado a él y que es uno de los damnificados por las obras de la línea 3 del Tren Ligerero: fue retirado, se supone que temporalmente, en lo que se concluyen los trabajos.

La obra de Tello, como la de muchos cronistas, adolece de la falta de algunos elementos indispensables en el trabajo de un historiador: una visión crítica de los hechos, un enfoque teórico bien definido, una metodología precisa ... que igual no estaban a su alcance cuando escribió sus crónicas, aunque no por eso pierden su valor como testimonio de una época, al que hemos de recurrir forzosamente al intentar estudiarla. Como bien lo apunta Aristarco Regalado Pinedo en *Guadalajara. Siete acontecimientos que la encumbraron*: no hay nada que reprochar a Antonio Tello por narrar, como hechos que verdaderamente acontecieron, cosas como la aparición de Santiago en su caballo blanco en la guerra del Mixtón. A quien hay que reprochar es a quien toma esos relatos en la actualidad sin un filtro crítico, entre los que se encuentran algunos historiadores profesionales.

Esto me lleva a compartirte algunas consideraciones sobre las diferencias entre un historiador y un cronista, cuyas actividades y campos de acción a veces son confundidas por el público. Pero, en realidad, son muy distintas. Una de las más grandes diferencias es el objeto de nuestro trabajo: para el historiador es, sobre todo, el pasado. Se dedica, con las herramientas y métodos que aprendió en la universidad, a escudriñar entre los vestigios de épocas pasadas para lograr reconstruir los hechos y, además, interpretarlos y actualizarlos para entender cómo influyen en el devenir de los tiempos que corren.

Los cronistas, en cambio, trabajamos sobre todo con el presente. Casi siempre sin una preparación académica en el campo de la Historia, registramos lo que está aconteciendo en los días que vivimos y

consideramos relevante, tratando de relatarlo de forma atractiva para los posibles lectores, actuales o futuros, aunque no nos apeguemos a formatos o metodología alguna. Por lo general, tampoco tenemos una planeación o consideraciones previas sobre lo que trabajaremos en el futuro, mucho dependerá de lo que acontezca en el entorno o de nuestra intuición. Tampoco publicamos en revistas arbitradas o en editoriales de prestigio sino en periódicos o revistas locales y, últimamente, en los ya muy accesibles medios electrónicos. Y todavía nos atrevemos, a veces, a meternos a investigar cosas del pasado, por curiosidad y por interés de que otros lo conozcan. Como puedes ver, hay muchas fisuras metodológicas en nuestro trabajo, comparado con el de un historiador.

El cronista, en fin, no sustituye ni se estorba con el historiador sino que se complementa con él. La obra de los historiadores nos brinda un ejemplo y una guía para manejar e interpretar la información del pasado y el trabajo de los cronistas sirve como fuente a los historiadores, junto con todas las demás que tiene al alcance. Y a la obra de algunos cronistas acuden historiadores de prestigio porque es indispensable para comprender sus épocas: Bernal Díaz del Castillo para la Conquista de México, los frailes cronistas para la implantación de las instituciones europeas en América, don Ernesto Medina Lima para el siglo xx autlense, por solo mencionar a unos pocos.

En cuanto a los priístas jaliscienses, para cambiar de tema y despedirme, el primero que perdió una elección a gobernador no fue Jorge Arana, “el Jarrito”, sino Eugenio Ruiz Orozco, “el Caballo”, en la elección anterior. Arana llegó al año 2000 con la etiqueta de invicto, puesto que se decía que había ganado todas las elecciones en que había participado, hasta las de las retas del futbol en su colonia. En ese año perdió ante el panista Francisco Javier Ramírez Acuña pero no por eso cometió el error de salirse del presupuesto público: ha

sido diputado local, regidor de Guadalajara y otra vez presidente de Tonalá.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

En Autlán con la mente en Tokio, es el 22 de julio.

Estimado Memo:

“Qué vergüenza para quien la tuviera”, junto con la canción de las cinco de la tarde, es quizá una de las voces más conocidas de Víctor Miguel Peña y Corona también, locutor consagrado de Radio Costa, un gran amigo que está por cumplir 31 años en los micrófonos. Llevo tres días con la vergüenza auestas. Otra frase que explica mi sentir, es que los médicos entierran sus errores y los textoservidores los publicamos, así que haberle robado el honorable sitio a Eugenio Ruíz Orozco, me trae apenado. Pero es preferible asumirlo con ecuanimidad y evitar equivocarse dos veces. Ofrezco disculpas.

¡Qué oportuna reflexión sobre el papel del cronista! La resignificación constante de la práctica es un camino que debemos de transitar con mucha frecuencia quienes aspiramos a trascender en un oficio; que los títulos o encomiendas no deben servir para gloria personal, sino para ponerlas al servicio de la sociedad.

En ese sentido, tu carta anterior fue evocadora pues llegó en un momento en el que aprovecho el receso escolar para estudiar. Dadas las condiciones de pandemia, muchos procesos de formación parten de un par de preguntas que no es tan sencillo responder: ¿Qué es una escuela?, ¿qué es un profesor? Si me permites, me tomaré unos días más para compartirme mis reflexiones.

Esta semana, en cambio, quiero ponerme melancólico y vivir la fase de negación del duelo. Si la pandemia no se hubiera apoderado del mundo, mañana podría cumplir uno de mis rituales favoritos, que es observar la inauguración de los Juegos Olímpicos. La edición de 2020 tendría como sede por segunda ocasión a Tokio, solo que ahora Mario Bross se perfilaba para convertirse en la figura más consumida del espectáculo. Menuda reflexión ameritaba la digitalización y el sentido planetario de un plomero italiano como ícono japonés.

Pero también los Juegos Olímpicos me resultan significativos, por la sencilla razón de que me gustan los deportes y la crónica deportiva. Ya el próximo año, si todo sale bien, podremos regresar a Tokio, pero antes, bien vale la pena dejar correr la pluma para paliar el desánimo.

Recordarás que hace algunos años edité la revista *Soy Deporte*, en donde nos hiciste el favor de escribir un gran texto que recordó a Queen. Bueno, pues fueron casi tres años en que estuve muy relacionado con la estructura deportiva y con deportistas locales.

Los Juegos Olímpicos de Tokio reconocen 32 deportes oficiales, muchos de ellos con infinidad de variables, por ejemplo, el atletismo tiene 48 disciplinas. Y en “deportes acuáticos” que cuenta como uno solo, solo la natación tiene 37 pruebas diferentes.

Considerando todo lo anterior, en Autlán apenas se practican la mitad de los deportes olímpicos. Eso sin considerar que hay algunas modalidades de las que no hay siquiera un deportista. Por ejemplo, otra vez del atletismo: muchísimos autlenses practican pruebas de velocidad, y hasta tu servidor aportó dos humildes granos de arena en el maratón, pero no tenemos a nadie que salte con garrocha.

De ciclismo, gozamos de grandes exponentes en la montaña y en la ruta, pero no muchos de BMX y menos en pista. El trabajo de mi amigo Iván Campos, “El Chirul”, ha sido maravilloso en la alberca del Polideportivo y han salido nadadores que, incluso, ya se han aventurado en aguas abiertas, pero no hay un equipo de nado sincronizado, ni de clavados.

Dirán bien quienes afirmen que no existen condiciones para muchos deportes: remo, vela, serán imposibles, pero tampoco hay una promoción de otras disciplinas hermosas como la esgrima o la equitación reglamentada, pues con el harto cariño que se les tiene en Autlán a los caballos, estoy seguro de que algo se podría hacer.

El deporte federado arrastra una larga tradición de olvido y robo. Habrá que reconocer, porque soy como la Chimostrufia —que como dice una cosa, dice la otra—, que aunque Ana Gabriela Guevara es una leyenda como atleta, se perfila para ser una de las peores dirigentes de la CONADE.

Los deportistas locales padecen las grandes limitaciones nacionales y deben sumarse muchas más. De las que más atletas describen es el centralismo: jugadores de equipo a quienes difícilmente les pasaban un balón en el entrenamiento de representativos estatales, o la preferencia de los deportistas de la Zona Metropolitana ante la duda.

En los últimos periodos de gobierno local, ha habido reducido interés en la variedad deportiva. El fútbol monopoliza la atención y con ello los recursos, aunque sea uno de los negocios más lucrativos del mundo. Baste ver el interés en la Copa Jalisco que promovió el gobierno estatal, y tratar de recordar cuándo fue la última carrera organizada por instancias públicas, también recordar cómo se han perdido las instalaciones de la escuela de tiro.

Pero no todo es culpa de las autoridades, señor Cronista, uno de los rasgos distintivos de los triunfos deportivos es el carácter individual y el empeño que cada quien pone. Puedes revisar el recorrido de nuestras glorias y en todas encontrarás muchos momentos en que se remolcaron con sus propias fuerzas, mientras que otros grandes prospectos se diluyeron al ritmo de “nadie me apoya”.

Porque el deporte de alta competencia es precisamente la oportunidad de poner a prueba el espíritu, de superar a fuerza de voluntad, talento y disciplina las barreras humanas. Sé que tras los grandes éxitos nacionales existen poderosas infraestructuras que facilitan las cosas, pero también abundan historias del tipo que nutren mi corazón: el hábil y disciplinado David, apuntando a la frente del soberbio Goliat.

Que vivimos en un país en desgracia, sí. Que las limitaciones presupuestales e intereses caciquiles impiden el crecimiento de atletas atlenses, también. Pero a ese son se ha danzado toda la vida, y aun con ello, siempre alguien se empeña en mostrar que los humanos podemos llegar cada vez más alto, cada vez más rápido, cada vez más fuerte.

Nos leemos la próxima semana. Un abrazo, Memo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 25 de julio de 2020.

Profesor Carlos:

Recuerdo muy bien la revista *Soy Deporte*. Y no solo la recuerdo, ahí tengo todavía, en la sección autlense de mi biblioteca, todos sus números, a excepción del 24.

También recuerdo de aquellos años, 2011 a 2013, en que se publicaba la revista, una propuesta del regidor polipartidista Edgardo Román Herrera del Castillo, que pretendía instalar asadores de carne en las unidades deportivas municipales para alentar la asistencia de las familias a esos espacios y, con ello, cooperar en la activación física de los autlenses. Lo que sí se activó fue una polémica en redes sociales, en la que estuve muy participativo, donde se señalaba, entre otras cosas y a grandes rasgos, que instalando asadores en las unidades a lo mejor sí se incentivaría la asistencia de personas pero no precisamente a hacer ejercicios sino a realizar prácticas, como el consumo de cervezas, refrescos y comida en exceso, que son diametralmente opuestas a los objetivos que se pretendía alcanzar.

La propuesta aquella no prosperó pero me parece que quedó como una muestra patente de una de las características que comparten el deporte y la cultura: el ser vistos desde los círculos ajenos a ellos, por ejemplo, el político, como asuntos decorativos y de entretenimiento y no como elementos que pueden ser determinantes en la calidad de vida de la gente. Útiles como pretexto para organizar actividades en las que tomarse fotos en tiempos de campaña (hay quienes están en campaña continuamente) pero consideradas “no esenciales” el resto del tiempo. Esta situación podría ser una de las diversas causas para la falta de un mayor desarrollo del deporte en Autlán.

Cambiando de tema, ayer se publicó en algunos periódicos la noticia de que sus organizadores tomaron la decisión de aplazar el Carnaval de Sao Paulo, en Brasil, a causa de los estragos que sigue

causando la pandemia. La anticipación, de poco más de medio año, se explica porque las escuelas de samba, cuyo desfile es la actividad medular de ese Carnaval, se preparan con mucho tiempo para concursar.

Las enormes diferencias con el Carnaval de Autlán no evitaron que, en cuanto leí la nota, me acordara de qué podrá ocurrir en el terruño diez días antes del próximo Miércoles de Ceniza. Sabemos que falta mucho tiempo y que aquí el nombramiento del patronato no ocurre sino hasta finales del año, pero estoy seguro de que el Carnaval 2021 no podrá ser organizado como los de otros años y que habrá que tomar en cuenta los cambios en la dinámica social que ha traído la pandemia.

Es muy probable que el próximo Carnaval tenga que ser suspendido, aunque por disposición de una autoridad superior; la municipal no tendría el valor para tomar una decisión de ese tipo, como no la ha tenido para dar seguimiento a las medidas mucho menos complejas, como el cierre o limitación de horario de establecimientos comerciales y de servicios. Y, quizá, la suspensión sería la mejor opción, dado que no creo que existan las condiciones para tomar las medidas de protección necesarias en sitios como el Callejón del Vicio o la plaza de toros, por la falta de recursos del gobierno y la pobre disposición demostrada por la gente. Me imagino al presidente municipal, flanqueado en rueda de prensa por Nacho Arroyo y la directora de Turismo, declarando que el Carnaval se llevará a cabo porque es una tradición inapelable, pero la autoridad será muy estricta en la vigilancia de que se establezca una adecuada distancia entre los festejantes. En fin, ya veremos ...

Ya que hablabas en tu anterior carta sobre el oficio de profesor, hoy es el aniversario de dos muy importantes profesores autlenses, aunque ambos de vocación más que de formación: Adán Uribe, “el médico de los pobres”, y Antonio Alatorre. Me voy a tomar un espa-

cio para recordarlos, no porque no los conozcas sino para que quede asentado que no se nos olvidó.

El químico Adán Uribe nació en Autlán el 25 de julio de 1882, hijo de Abel Uribe, otro químico farmacéutico muy famoso, que había llegado a Autlán desde Guadalajara unos cinco años antes. Comenzó su carrera docente ya grande, casi a sus 57 años, cuando se abrió la Secundaria por Cooperación No. 12, luego Manuel López Cotilla, de la cual formó parte de la primera planta de profesores. Él tenía su botica, donde cobraba muy barato o no cobraba a sus pacientes de escasos recursos pero realizaba también otras actividades solo por gusto y por aportar al desarrollo de Autlán: llevó por muchos años un registro pormenorizado diario de los fenómenos climáticos en el pueblo, que comenzó su padre y que sus descendientes descartaron, olímpicamente (luego habrá que buscar de dónde viene esta expresión), como puros papeles viejos. Además, cooperó con recursos materiales para la construcción de diversas obras públicas. En esta clase de actividades, desinteresadas y con tufo filantrópico, se inscribe su trabajo como profesor.

El día que don Adán cumplió 40 años nació el otro gran profesor que te digo, don Antonio Alatorre. Como sabes, es recordado como filólogo e investigador en asuntos literarios, el principal sorjuanista de la historia. Autor prolífico, dejó una gran cantidad de libros, artículos, ensayos, discursos y otras publicaciones en las que esparcía, sin mayor recato, los enormes conocimientos que adquirió en sus incansables lecturas y que nos han permitido a muchos no iniciados en la materia de la filología acercarnos a ella y tener un panorama, aunque sea superficial, sobre la historia y evolución de nuestro idioma. Fue profesor en la UNAM y otras instituciones, donde, según alumnos suyos, compartía su erudición con desparpajo y “sarcástica majadería”, como recordó Martha Lilia Tenorio en una ocasión, en la biblioteca del CUCSur.

Fueron dos profesores de personalidades muy dispares y, acaso,
con motivaciones e intereses muy distintos.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

Brinco y salto, hoy no estoy en Autlán. 29 de julio de 2020.

Señor Cronista:

Innumerables desencuentros tuve con Edgardo Román. Ya te había referido el del concurso de pitayas. En los gobiernos panistas, Edgardo fungió como titular de una Dirección que integraba la Jefatura de Deportes y también la de Cultura, así que, pese a su documentada ignorancia en esos temas, se sentía con derecho a definir rumbos. Sé que no fui el único que le hizo notar que asadores en las unidades deportivas representaban un despropósito. El destino nos llevó a actividades donde solo nos saludamos a la distancia, y cuando le compro agua fresca, evitamos cualquier tema de la política del pasado.

La cancelación del Carnaval de Sao Paulo está en tiempo. En Autlán, la fuerte relación que hay con el mundo taurino me lleva a recordar que, en esta actividad, pocas cosas son tan peligrosas como “adelantar la suerte”. Es decir, el riesgo de las astas está en el ruedo, y hay que enfrentarlas, pero para que el lance sea efectivo, debe ejecutarse con sincrónica precisión, decir en este momento: “Se va a cancelar el Carnaval” o “Sí habrá Carnaval”, es adelantar la suerte. Esperemos un mejor momento.

Yo, por ejemplo, la semana pasada adelanté la suerte, y dije que en esta carta reflexionaría contigo sobre el nuevo papel de la escuela y de los profesores, incluso me dejaste el toro en suerte con las referencias a don Antonio Alatorre y a don Adán Uribe, pero hace unos días ocurrió algo que me trae un poco ofuscado, y aunque tiene relación con la función social de las escuelas, no sé si alcance el espacio para explicarla. Así que permíteme de nuevo la catarsis y déjame hablarte del enfado que ocasionó el ruido generado por Molotov y su disco *¿Dónde jugarán las niñas?*

Durante varios días fue tema de discusión y agresión el álbum que publicó la banda en julio de 1997. Particularmente la imagen de portada, que recordarás se trata de una modelo recostada a quien no se le ve el rostro, pero viste una falda a cuadros, parecida a un uniforme de secundaria, y trae los calzones a las rodillas. También por el *track 9*, que es la canción “Puto”.

El disco y la canción fueron descalificados, nada que no haya ocurrido previamente, pero esta vez sí tengo algo que decir. Lo primero es un recuerdo olímpico. En 2004 se desarrollaron los Juegos en Atenas, pero el torneo que definió los boletos de fútbol en el área CONCACAF se jugó en el Estadio Jalisco. En ese entonces vivía en Guadalajara y frecuentaba a la Barra Irreverente, que apoya a las Chivas. Para ese torneo los directivos quisieron garantizar la asistencia de público favorable a la selección y regalaron boletos para la Barra de Chivas y para la del Atlas. A nosotros nos pusieron tras de una portería, y a los del Atlas, en el otro extremo.

El portero de la selección era Jesús Corona, quien militaba con los rojinegros, el muy odiado rival. Y cuando llegó a nuestra portería, le dedicamos la porra del momento: “Que lo vengan a ver, que ese no es un portero, etc.”. Chuy es de mecha muy corta y les mandó saludos a nuestras mamás. Al principio de forma muy discreta, los tambores hicieron redobles antes de que despejara un balón, y el grito surgió en el despeje: “¡Puto!”.

Al finalizar el primer partido, toda la Irreverente ya lo gritaba. En ese torneo, Landon Donovan fue sorprendido orinando el estadio, así que fue otro blanco. El grito se regó como pólvora, y a los comentaristas de televisión les causó mucha gracia la coordinación. Del preolímpico en que derrotamos a EE.UU., se llevó a magnitudes que obligaron a la FIFA a prohibirlo por considerarlo homofóbico.

No tienen razón. Aunque hay temas que, por su carácter cotidiano, como una porra en un estadio o una canción, se asume que

son fáciles de juzgar, hacen falta algunas referencias teóricas que permitan tomar mejores decisiones. En este caso, es que todo símbolo-palabra es depositario de un significado y de múltiples sentidos.

El sentido a una palabra lo otorgan el emisor y el contexto. Para que un símbolo se convierta en un acto comunicativo, es decir, que ponga en común una idea, hace falta un marco referencial que permita la interpretación. Un mismo mensaje, en un contexto diferente, no gozará de exactitud, por lo tanto, tendrá resultados infames. Sacar del contexto en que fue elaborado un mensaje, es una de las razones del enfado.

Cuando le gritamos “Puto” a Chuy Corona y a Donovan, no nos referíamos a sus preferencias sexuales, sino a acciones despreciables: orinar con sorna un césped que considerábamos un templo, y el otro, pues nada, solo militar en un equipo antagonista. Unos días después del preolímpico, se acuñó entre mis compañeros de comunicación la frase: “Un sector de la sociedad son los compañeros homosexuales, a quienes yo respeto ampliamente, y otro son los putos, y no se necesita ser homosexual para ser puto”; con la palabra hacíamos referencia a hombres y mujeres que hacen cosas poco honestas, ventajosas y traidoras.

La canción de Molotov hace una declaración puntual. Putos no son los compañeros homosexuales, son: “El wey que quedó conforme, el que creyó lo del informe, el que nos quita la papa, también todo el que lo tapa”. Ese disco marcó a una generación por el posicionamiento político que sus letras planteaban. El *track 5*, “Gimme the Power”, fue incluso el himno del Movimiento YoSoy132, con el que podemos tener simpatías o antipatías, pero no podemos negar su influencia en la política mexicana después de 2012.

No quiero recurrir a expresiones como “generación de cristal” o algunas otras a las que hace referencia con frecuencia el gran periodista ambiental Agustín del Castillo. Pienso en mi trabajo como

profesor, y veo que una de muchas tareas que tenemos en las aulas es la formación de ciudadanos críticos, y que eso significa adquirir ciertas referencias teóricas que lleven a juzgar el mundo de mejor manera. De esta generación valoro su enorme preocupación por ser empáticos con causas justas, pero hay que trabajar en desligar esta preocupación de la censura de cualquier expresión que fuera de contexto sea inadecuada.

Menuda tarea que se nos viene encima, que aunque monumental no es razón para amilanarnos, más bien para buscar referencias, horizontes y sentido. Los grandes profesores que han existido en Autlán y en el mundo son, para mí, algunos de esos referentes.

Un abrazo Memo, nos leemos la próxima semana.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 1 de agosto de 2020.

Profesor Carlos:

Lo que me cuentas en tu carta anterior es la primera noticia detallada que tengo de ese nuevo *mame* que tiene como centro y motivo a Molotov y al que creo que es su primer disco. Había visto algunas menciones y, sobre todo, uno que otro meme sobre el asunto pero no sabía que se trataba de algo tan grande.

Por lo que he visto, esa preocupación de los jóvenes por ser empáticos con causas justas se ha materializado, en algunas ocasiones, en acciones concretas: me honro en contar entre mis amigos a gente que participa en, por ejemplo, colectivos de verificación de noticias falsas, en promoción de las artes y la cultura o en la difusión de formas de cultivo que prescinden de agroquímicos. Conozco otros, aún más jóvenes, que han desarrollado productos de uso diario con características menos contaminantes que los comerciales, y a otros que, por lo menos, se organizan para reforestar o limpiar áreas públicas. Los hay, también, que se reúnen a discutir temas de interés común.

Lo que se ventila en las redes sociales y solo ahí, lo que comúnmente se llama *mame*, lo considero muy lejano a una verdadera preocupación por asuntos sensibles. Me parece más una forma de “farolear”, exhibirse y dar una imagen de verdadero interés en temas de moda que una expresión de preocupación por ellos. A quienes sí han tomado acciones para mejorar las cosas que no les gustan del mundo en el que viven no los podemos meter en el mismo costal.

Coincido contigo en el rechazo a la censura “buenista” que pretende que nada perturbe, en lo más mínimo, la paz de quienes lo escuchan, aunque esa perturbación se genere en la cabeza del receptor del mensaje y no en el emisor. Pero rechazo todavía más la autocensura que, aunque sea pensando en el corte de caja, han cometido grupos que fueron importantes, como Café Tacuba, que hace tiempo

informó que ya no tocaría más la canción “La Ingrata”, tal vez la más exitosa de su carrera, porque ahora les parece violenta.

Por cierto, Café Tacuba fue uno de mis grupos favoritos, parte fundamental del *soundtrack* de mi adolescencia. El primero de sus discos, que llevaba por título el nombre de la banda, lo escuchábamos mi hermano y yo casi a escondidas, por la mención a “esa puta europea” en la canción “Labios jaguar” y que nos parecía que podría ocasionarnos alguna reconvención de nuestros padres. Su disco *Re*, del terrible año 1994, fue el primero que compré con mi propio dinero y me mostró las amplias posibilidades que, a diferencia de otros géneros, tiene el rock para complementarse con otros ritmos: lo que ahora llaman rock agropecuario ya se esbozaba en “El fin de la infancia”. Las primeras notas de “El aparato” todavía me remiten a las madrugadas de la colonia Azucarera, donde vivía, porque en esos tiempos usábamos como despertador un estéreo que reproducía precisamente ese disco en cuanto daban las seis de la mañana.

De Molotov en realidad nunca fui muy *fan*. Aunque me gusta mucho su sonido, cuyos dos bajos eléctricos le dan un matiz muy rocanrolero a pesar de que es un instrumento más bien discreto en este género (en alguna entrevista José Fors dijo, medio en broma, algo como que el bajo es prescindible porque “ni se oye”), a algunas de sus letras les encontraba algunas fisuras, como en el verso que afirma que la gringa es la única raza que odian de corazón, a pesar de la presencia imprescindible tras la batería de Randy Ebright. Sin embargo, con todo y lo infantil que dicen que Carlos Monsiváis los encontraba, fueron una sacudida enérgica en la escena rockera mexicana, que en esos últimos años del siglo xx mostraba serios síntomas de afresamiento: veía nacer el álbum *Amor chiquito*, de Fobia, y al remedo de Caifanes que fue el grupo Jaguares. En cuanto a la canción “Puto”, pues creo que no hay materia para la censura, por lo que tú ya claramente expusiste. Además, acuérdate que está dedicada a Miky

y a toda su familia, y al Iñaki, su hermano. Y, si ellos no la hicieron de tos, mucho menos la tendríamos que hacer nosotros.

Tienes razón también en no adelantarnos a las incidencias del próximo Carnaval. Todavía faltan como tres meses para que se integre el patronato organizador, así que no hay prisa.

Lo que sí ya se anunció, ayer mismo, fue la cancelación de todas las actividades masivas de las Fiestas Patrias 2020. Al parecer sí habrá actividades, pero a distancia, supongo que mediante transmisiones en Facebook. Esto sí me pesa bastante, para mí es una época muy alegre el mes de septiembre debido a estas fiestas que, a pesar de que ahora resulta algo mal visto, me gusta mucho celebrar, como una forma de afirmar mi pertenencia a este caótico cuanto hermoso país. Yo sí soy de salir a ver el desfile y a dar el Grito.

Seguramente será la primera vez que en Autlán las Fiestas Patrias se celebren exclusivamente con actividades transmitidas por redes sociales pero no las primeras que ocurren bajo un contexto social difícil: hay, por ejemplo, un programa de las Fiestas Patrias de 1915, que se celebraron poco más de un mes después de la batalla de Ahuacapán, la más sangrienta que se libró en la región durante la Revolución (con el añadido de la dantesca escena de la fila de cadáveres tendidos en la actual calle de Bárcena). En esas fiestas hubo partidos de beisbol y audiciones de la banda de Feliciano García (la misma que amenizó la marcha de los vencedores zamoristas desde Ahuacapán) en los llanos del Coajinque, discursos y declamaciones en el portal Juárez y “procesiones cívicas” o desfiles que iban de la torrecilla del reloj hasta el teatro Orozco, hoy imprenta Soltero.

Ese ejemplo nos muestra que podremos encontrar formas de celebrar, aunque sea con limitaciones, las Fiestas Patrias. Y puede que también el Carnaval y la vida toda.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

Hoy es el cinco de agosto en Autlán de la Grana.

Señor Cronista:

Ya no le daré vueltas al asunto. Además, desde el lunes tempranito el tema educativo entró en la agenda por el anuncio de Esteban Moctezuma de que el inicio del ciclo será dentro de tres semanas y a distancia, también porque la UdeG comunicó que no habrá exámenes de ingreso en varios programas, el promedio será el criterio de admisión. Ahora sí reflexionaré contigo sobre ¿qué es una escuela?, ¿qué somos los maestros en el marco de la pandemia? Porque debía la reflexión y es oportuna.

En primer lugar, conviene reconocer dónde estamos parados. La pandemia por coronavirus significó que casi el 90 % de los estudiantes del mundo no asistan físicamente a un plantel. La UNESCO, que ofreció la cifra, no recuerda una alteración planetaria de esta magnitud.

La otra cosa a recordar es que el virus es el mismo, pero los países no. Según cifras de la UNICEF, México está en los primeros lugares de obesidad infantil: un tercio de la población en la edad de primaria tienen sobrepeso u obesidad. ¿Por qué este dato es relevante? Pues porque la alta mortalidad por COVID en México está asociada con comorbilidades, entre ellas, estos padecimientos son los más relevantes.

¿Más datos? Los edificios de las escuelas materializan las políticas educativas aplicables en el momento en que se construyen. En la secundaria de El Grullo, aún hay algunos salones que tienen un estrado al frente, pues se consideraba que las clases eran exposiciones de profesores sabios que transmitían su conocimiento. Son ideas obsoletas, pero los edificios siguen iguales.

Otra política pública ha sido “hacer eficiente a las escuelas” —el entrecomillado es intencional y con muy mala leche— y, en lugar de

contratar a más maestros, se ha obligado a amontar estudiantes. Grupos de 35 a 45 alumnos son la norma. En España circuló esta semana una estimación de la Universidad de Granada que calculó que en un salón de clases con 20 alumnos durante dos días se producirían 800 contactos. Es decir, son 800 ocasiones de contagio.

Volver al formato de clases presenciales tiene más riesgos que otras actividades: es mucho tiempo en un lugar mal ventilado con mucha gente amontonada. Los factores más altos de riesgo. Por eso, veo un acierto en dilatar el regreso a clases, aunque a la iniciativa privada le urja el servicio de guardería con el que conciben a las escuelas y aunque para maestros y padres de familia signifique una carga más alta de trabajo, con dudosas oportunidades de éxito.

Cuando me plantearon la pregunta: ¿Qué es una escuela?, pensé, como todos, en el edificio, pero recordé a Victoria Camps, una de mis teóricas de cabecera, quien reconoce que la escuela moderna ya no tiene el monopolio del conocimiento, que debemos reconocer que las personas aprenden en diversos espacios, por variados métodos y en múltiples actividades. Lo que nos obliga a pensar: ¿Qué aprenden los alumnos con nosotros?

Si los humanos aprendemos en múltiples maneras, entonces no es un edificio, salones y libretas lo que nos permite aprender. Lo que sí tienen en común todos los aprendizajes es que son producto de una experiencia que parte de un interés propio. Si a un niño le gustan los dinosaurios, entonces jugará con muñecos de peluche con esa forma, escuchará en la televisión el nombre, hará múltiples preguntas, y al final, será un experto en dinosaurios.

Si un adolescente tiene interés en ser cantante de reguetón — recién leí que es el género más escuchado —, primero se documentará escuchando las piezas más representativas del género, posteriormente buscará en Internet algunas orientaciones sobre cómo usar el Auto-Tune, y más tarde se reunirá con otros con intereses similares,

para compartir sus hallazgos. Quizá pronto aprendan también a hacer *marketing* en redes para promocionar sus grabaciones.

La gente aprende cosas, es verdad, pero no aprende todo lo que debería de saber para convertirse en un ciudadano que participe, de manera activa y responsable, en la construcción de un mejor país. Esa es la tarea de las escuelas, generar experiencias que generen interés, pero que hagan a los alumnos desarrollar competencias que necesitan, aunque en primera instancia no las pidan.

Justo ahora, las experiencias de aprendizaje que las escuelas tenemos la obligación de generar son en entornos alejados de un salón, pero igual deben procurar que sean significativas y eficientes, para que esa vivencia deje en los alumnos información, habilidades y actitudes que les permitan resolver problemas y superar retos actuales.

No podremos hacerlo solos. Más que nunca se requiere el acompañamiento y los recursos familiares. Entonces, ¿qué es la escuela? No es un edificio, no es un salón. Cuando tercie, contestaré lo siguiente: la escuela es un pacto entre profesores, familias y alumnos, para juntos vivir experiencias de aprendizaje que formen a los futuros ciudadanos. Es un acuerdo para participar en experiencias que reten a la comunidad, que los hagan aprender lo que necesitan por métodos cada vez más eficientes y acordes a la realidad.

¿Qué es el profesor? Pues el profesional que conduce ese proceso, el que ubica con precisión el horizonte al que hay que caminar, y que conoce a detalle el punto de partida de cada uno de sus alumnos, un profesional que identifica las habilidades e intereses de sus estudiantes, y camina junto con ellos hacia ese horizonte deseado. No se trata de llenar frascos, sino de prender luces.

Pero hay que reconocer que el camino es incierto, que abundan los distractores y los pretextos para evitar seguir avanzando, pero cuando la cosa se atora, con frecuencia me detengo y me pregunto:

¿Qué hubiera hecho María Mares en una situación así? Y sigo caminando al horizonte, con incertidumbre, pero con un *flow* que inspire.

Nos leemos la próxima semana.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 8 de agosto de 2020.

Profesor Carlos:

No sé qué hubiera hecho la profesora María Mares en esta pandemia. Pero no es difícil saber lo que hizo durante su dilatada carrera, que se prolongó durante unas cuatro décadas, en las que le tocó vivir situaciones mucho más difíciles que la actual: la Revolución y la Guerra Cristera, la gripe española y la depresión económica de finales de la primera mitad del siglo xx, entre otras. Sus resultados fueron muy satisfactorios, como ya hemos comentado antes, pero no sé si sus métodos y formas de trabajar también se puedan considerar actualmente como anacrónicos. Para conocer su trabajo más allá de sus resultados, hay que revisar el valiosísimo archivo que tiene el Centro Escolar Chapultepec, donde hay muchos documentos elaborados y firmados por ella.

A mí sí me urge que mis hijos regresen a la escuela. Me refiero al establecimiento donde se imparten las clases, según la primera definición que da la Real Academia para este vocablo. Y no porque la considere una guardería (hay quienes sí necesitan dejar a sus hijos en la escuela para poder ir a trabajar, y no porque sean precisamente unos cerdos capitalistas, pero ese es otro tema) sino porque considero que, para alcanzar una educación completa, es indispensable la interacción con sus compañeros, amigos, enemigos, *buleadores* y demás. Pero una interacción física, cercana, no solo mediante redes sociales, en la que puedan expresar y dirimir los acuerdos y desacuerdos que inevitablemente surgen de la vida en comunidad.

Estoy convencido, porque así lo experimenté, de que en esa interacción está una parte fundamental del desarrollo de su carácter, de sus ideas, de su inclusión en la sociedad. Eso no lo van a alcanzar con un proceso a distancia y tampoco podrán recuperar el precioso tiempo que están perdiendo.

Tampoco entre lo que sí incluyen los programas escolares estamos obteniendo resultados muy alentadores, ni los estudiantes ni los profesores ni los padres de familia. El ciclo escolar pasado lo tuvimos que concluir improvisando y, aunque muchos hicimos el mejor esfuerzo de que fuimos capaces, no me parece que fuera suficiente ante la dificultad de trabajar en un ambiente completamente distinto al que conocíamos y, sobre todo, ante el disparate acceso a los medios para seguir los cursos. Espero, de todo corazón, que las autoridades sanitarias encuentren por fin un norte y la sociedad mexicana exhiba esa disciplina y conciencia que rara vez ha tenido para que pronto podamos regresar a la escuela.

A propósito de los medios que mencioné arriba, lo que me gustó del anuncio de Moctezuma (no puedo evitar recordarlo como un joven y prometedor funcionario salinista) es el acuerdo alcanzado entre el gobierno federal y las cuatro televisoras para difundir los contenidos escolares. No confío en que ocurra porque cuesta un dinero que no creo que el gobierno esté dispuesto a gastar en eso en tiempos electorales, pero sueño con que el acuerdo se extienda indefinidamente y se difundan por esos medios algunos contenidos de gran calidad que se están produciendo o transmitiendo en los canales de televisión públicos.

No me refiero, desde luego, a Chamuco TV o al programa que conduce John Ackerman, dedicados a la adulación constante y desvergonzada del Presidente de la República, sino a programas del tipo de *La dichosa palabra* o *Esto es arte*, que se transmiten los sábados en Canal 22 del ex-CONACULTA. *La dichosa...* ya es muy conocido, tiene casi veinte años al aire y un público fiel, está dedicado a la discusión de tópicos relacionados con el idioma y la literatura en general en un formato de panel. La erudición y frescura de sus conductores serían, me parece, de gran ayuda a estudiantes de secundaria y prepa en sus materias relacionadas.

Esto es arte es nuevo, se estrenó apenas en marzo pasado. Es producido en España y se trata de analizar obras de arte de cualquier género, desde la pintura académica hasta las canciones populares, teniendo como tema en cada emisión una emoción: la vergüenza, la melancolía, el amor, el miedo... me ha resultado una forma muy novedosa y sencilla de “aprender a ver”, sin rebuscamientos ni circunloquios. Sería maravilloso que los niños que llevan educación artística en primaria o secundaria, y aun en niveles superiores, tuvieran acceso a este programa conducido por Ramón Gener.

Y así como esos hay otros contenidos de muy buena calidad en televisoras públicas nacionales y de los estados que podrían ser objeto de una quimérica extensión del dicho Acuerdo por la Educación y que podrían contribuir, teniendo una más amplia difusión, a la mejora del nivel cultural de los mexicanos.

Pasando a otra cosa, la fecha de esta carta coincide con el aniversario 141 del nacimiento de Emiliano Zapata, el otro de los líderes revolucionarios mexicanos más conocidos, junto con Pancho Villa, de quien ya platicamos antes. No quiero dejar de comentarlo porque Autlán y El Grullo fueron durante una época pueblos eminentemente agraristas, política e ideológicamente, según cuenta el doctor Hirineo Martínez Barragán en *La tierra no se vende, o, ¿sí?*

Entre 1924 y principios de los años 1940 se estableció una hegemonía política agrarista en ambos municipios, ocupando la Presidencia Municipal, uno tras otro, personajes relacionados con el movimiento. Según la misma fuente, también la población habría tenido en el agrarismo una esperanza de mejora material y social para la comarca.

Este periodo, que distaba mucho de ser idílico y, a pesar de la mencionada hegemonía, era muy inestable políticamente, también tuvo su injerencia en la educación: los ejidatarios gestionaban apoyos y hacían lo posible por mandar a estudiar a Guadalajara o a México a

sus hijos que quisieran hacerlo (esta costumbre trascendió a la época que refiero). Además, el ejido de Autlán tenía su Centro Cultural Campesino, que fue dirigido por la profesora Francisca García Mancilla en 1936, dedicado a la educación de los adultos.

El título de la obra del doctor Hirineo, quien es hijo de ejidatario, es una referencia a la frase que enarbolaban los viejos agraristas: “Vender la tierra es como vender la sangre de Casimiro Castillo”. Las figuras de Casimiro Castillo y de Emiliano Zapata son, en cierta forma, equiparables.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

Autlán con la mente en Dolores, 12 de agosto de 2020.

Señor Cronista:

Por atascado, en la anterior misiva monopolicé el tema de conversación y no respondí a lo que planteaste en tu carta del 25 de julio, sobre todo en lo relacionado con las Fiestas Patrias, coincido contigo en encontrarlas significativas por dos razones.

La primera, la verbalizó muy bien tu antecesor, el prof. Rafael Cosío, cuando fue presidente de la Junta Patriótica por sabrá Dios qué ocasión, explicó que las de septiembre son “las verdaderas fiestas del pueblo”, argumentó que aunque el Carnaval es más famoso, el porcentaje de personas que pueden participar es bajo, pues en la mayoría de las actividades se compra un boleto, pero en las Fiestas Patrias, la pachanga y el encuentro humano son en la calle y en la plaza: lugares completamente públicos.

Suelo participar en los más populares, como los desfiles y, por supuesto, el Grito. Es por esas fechas que se organiza la única carrera del año en Autlán, el *running* es mi deporte, así que trato de participar. Espero que este año se animen a organizar una carrera virtual, que es la marca de la nueva normalidad; una modalidad, la verdad, muy creativa.

La otra razón de apreciarlas es porque encuentro en estas fechas una oportunidad de recordar el pasado para reflexionar el presente. Soy un aficionado a la historia y estoy seguro de que tendrás una opinión más estructurada que la mía. Pero de los festejos patrios valoro el pensar que, en su momento, aquellos a quienes hoy vitoreamos fueron considerados delincuentes y traidores. Sin ir más lejos, Hidalgo y Morelos murieron fusilados y denostados, además de que el paso de los años borró acciones despreciables, como la matanza en la alhóndiga. Eso me da pie a pensar en actores y medidas que en la actualidad son juzgados de manera despiadada, pero que el devenir

histórico pueda transformar su narrativa y convertirlos en héroes. A ver qué sorpresa nos deparan los libros de historia.

De los festejos patrios, también me gusta ver el enfoque global del fenómeno, la independencia y creación de la patria mexicana no sería posible sin la invasión francesa a España, sin la constitución de Cádiz, sin la expulsión de los jesuitas... en fin, que una gran cantidad de naciones latinoamericanas hayan comenzado sus procesos de independencia en 1810, me da pie a pensar que hubo más razones externas, que internas.

Pero grito “¡Viva México!” con fuerza la noche del 15 de septiembre, y pienso en el país como un ser amado, no como un proyecto que ya terminamos de construir.

Ahora déjame hacer un pequeño salto al pasado. Por agosto de 2010 en Autlán se conformó una comisión para festejar el bicentenario de la lucha de independencia. Ese grupo estuvo encabezado por el hoy muy citado Rafael Cosío, quien propuso hacer una visita oficial a Dolores Hidalgo, Guanajuato, que se vende como cuna de la independencia nacional, aunque ese movimiento se gestó en Querétaro.

En un camión muy austero, la verdad, se subió el presidente municipal Fernando Morán Guzmán, algunos regidores, la chirimía, la reina del carnaval y un colado reportero de Radio Costa, para servirte. Viajamos la noche más fría de la que tengo memoria y llegamos muy temprano a Dolores; a media mañana el cabildo en pleno del municipio guanajuatense celebró una sesión extraordinaria para recibir a la delegación autlense, con mucha cordialidad y formalidad.

Fernando Morán entregó a su par una bandera color grana, y en un jardín de Dolores (no recuerdo el nombre y no he vuelto para buscarlo, pero estaba cerca de la casa de Hidalgo y no era el principal) se dejó en una humilde placa, constancia de la visita autleca a la tierra de José Alfredo Jiménez y del Bofo Bautista.

De allá nos trajimos una antorcha encendida con la llama eterna que está en la casa del cura Hidalgo; doy fe de que el profesor Rafael fue muy cuidadoso en que no se apagara y hasta a mí me tocó velar un rato el quinqué. Esa llama fue relativamente protagónica en el grito de 2010, junto con un meloso himno que compuso el entonces regidor Pepe Sosa, que en paz descanse.

Aunque había intenciones de ampliar la relación hacia terrenos culturales y comerciales, la de Dolores-Autlán quedó como una amistad fugaz, pero intensa. Si algún día vuelvo, tengo dos ideas muy claras: buscar el vestigio de aquella visita, y huir de la nieve de mariscos y chicharrón, como de la peste.

Así que me preparo para gritar vivas en alguna transmisión en línea, no porque la prefiera por encima de la presencial, sino porque es lo que hay. Lo que me lleva al siguiente tema. He escrito en tantos espacios las fortalezas de la educación a distancia, que me da la impresión de que la gente cree que la prefiero al modelo presencial, y claro que no. Sobre todo, en el nivel básico.

Igual que tú, valoro teórica y empíricamente la poderosa fuerza de la socialización: convivir con amigos, con buleadores; enamorarse y jugar, son experiencias insustituibles. También el grado de empatía socioemocional que es indispensable para el aprendizaje y que, la verdad, la pantalla enfría.

Pero la realidad cambiará poco con mi deseo, y lo que he tratado de transmitir es que, pese a la adversidad, hay batallas que podemos ganar o cuando menos reducir los daños. Estoy seguro de que María Mares, Francisca García Mancilla, Antonio Alatorre o Adán Uribe integraron a sus estrategias esa convicción. Porque como te decía líneas arriba, esta es una patria en construcción y se hace lo mejor que se puede, con lo que se tiene y cuidar la vida, es prioritario.

Pero ya agoté el espacio y aún me quedó un tema en el tintero, y es en relación al papel que pueden desempeñar las empresas de

comunicación en la difusión de la cultura, el arte y la educación. Así que espero que sea en fechas próximas.

Te dejo un abrazo y mis mejores deseos para que Andrea, Rodri, Eva y todos los niños mexicanos pronto vuelvan a compartir el lonche en el recreo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 15 de agosto de 2020, Día de las Paseadoras.

Profesor Carlos:

Recuerdo muy bien el pebetero en el que ardía esa llama que mencionas, traída de Dolores Hidalgo. Fue algo así como el símbolo de aquellos festejos del Bicentenario, era de lámina dorada y muy lucidora, aunque algo exagerada, para mi gusto. Recuerdo haberlo visto, después de terminados esos festejos, en los patios de la Casa de la Cultura, afuera de uno de los espacios que ocupa el Archivo Histórico Municipal, en semiarrumbamiento. No había vuelto a saber más de él hasta ayer que don Juan, uno de los trabajadores de la dicha casa, me contó que hace años se lo llevaron al conocido como patio de bacheo, el lugar donde se concentran los materiales reciclables, allá en la esquina de las calles de Manuel Doblado y de Felipe Uribe. Coincidimos en que lo más probable es que ya no exista, lo cual es una lástima.

Ya que mencionaste al maestro Rafael Cosío, creo que estaremos de acuerdo en que ha sido uno de los mejores, o el mejor, organizador de Fiestas Patrias aquí en el pueblo, por lo menos en nuestros tiempos. Quizá por ese gusto que tenía por estas verdaderas fiestas del pueblo y por su vocación docente, siempre les ponía mucho interés a los detalles y a resaltar los símbolos históricos de esas fechas, como en el viaje a Dolores Hidalgo que relataste.

Las mejores Fiestas Patrias que recuerdo fueron organizadas por él, en 1998. Se hicieron al alimón con la Semana Cultural Universitaria, que apenas celebraba su tercera edición y todavía no fijaba sus fechas en octubre. A lo mejor derivado de esa alianza estratégica pudimos ver una exposición sobre la cultura wixárika traída por la Secretaría de Cultura en el ahora ruinoso Centro Cultural Autlán; en la Casa Universitaria (que tenía poco tiempo con ese nombre),

el doctor Wolfgang Vogt dictó una conferencia sobre Agustín Yáñez y se montó una exposición sobre los 50 años de *Al filo del agua*; se celebró un ciclo de conferencias sobre historia regional y un encuentro de historiadores en el auditorio de la Casa de la Cultura, en el que participó la todavía no doctora Lilia Oliver Sánchez, hoy rectora del CUCSur.

Y no es que traiga todo esto en la memoria sino que todavía conservo el programa de aquellos festejos, que se repartió en forma de folletos en los que se incluía también la letra del Himno Nacional y textos de don Ernesto Medina Lima, del doctor José María Casillas y otros. En el encuentro de historiadores, por cierto, los organizadores regalaron, impreso en muy buen papel, un boceto de la parroquia del Divino Salvador hecho por don Atanasio Monroy. Todo muy bien pensado, a detalle. Para entonces yo era un mozalbete recién llegado a la mayoría de edad que fungía, entre otras cosas, como un oscuro tambor en la banda de guerra de Seguridad Pública.

Cambiando de tema, he notado que en los últimos años se ha vuelto muy popular la trunca carretera a Purificación como lugar de paseo y de ejercicios para los autlenses. Son varios mis contactos de redes sociales que suben constantemente fotos y hasta sus rutas, con esas aplicaciones que sirven precisamente para grabar y reproducir los recorridos que hacen sus usuarios. Es una muy buena opción por la cercanía y las buenas condiciones del camino pero, hablando de lugares para el ocio, creo que el camino a San Francisco de Arriba tiene algunas ventajas sobre aquel.

Arranca unos metros al oriente de Mezquitán, sobre la carretera a Guadalajara, justo donde están los señalamientos de la antena de microondas de San Francisco, y se trata de un camino en condiciones regulares, de terracería en algunos tramos y empedrado en otros, bastante suave, más o menos como el conocido como “la carretera” en el

Cerro de la Capilla. Es el que se abrió para bajar del cerro el mineral de manganeso que se comenzó a extraer a mediados del siglo pasado.

Ah, pues a unos pocos cientos de metros de comenzar la ascensión, comienza uno a notar la magnífica vista del valle de Autlán que desde ese cerro se tiene, abarcando casi toda su extensión: si volteamos al sur podemos ver, a la izquierda, el pueblo del El Grullo, a la derecha el de Autlán y abajo Mezquitán, del que podemos oír los gritos y músicas de sus habitantes y los ruidos de su cotidianidad. Todo el valle aparece presidido por las alturas de la sierra de Manantlán y como vigilado a la distancia por los volcanes de Colima. Desde un punto de este camino fue pintado el paisaje que se encuentra en la sala de Cabildo de la Presidencia Municipal, según me informaron.

Por este camino se llega, más o menos a la mitad del cerro, a las ruinas de las instalaciones de la Compañía Minera Autlán, que hace sesenta años hervían de actividad, con la producción de mil toneladas diarias de manganeso y cientos de trabajadores en cada turno, y ahora lucen invadidas por la maleza y los animales silvestres. Algunos restos de las construcciones de la mina ahora aparecen convertidas en la base de casitas o cuartos habitados por gentes que cultivan agave o maíz y que tienen como papel tapiz las magníficas vistas del valle. Actualmente podemos estar varios minutos sobre el camino sin que veamos un alma, hasta que pasa algún habitante de los deprimidos pueblos de arriba o algún trabajador de las antenas. Quizá nos toque ver que se popularice este rincón del municipio entre los autlenses.

Vale, hoy es el Día de las Paseadoras (o pisteadoras, dicen algunos) o, mejor dicho, de la Asunción de María, y no he oído *cuetes*. Es una fiesta muy popular en La Huerta y en Unión de Tula pero no tanto en Autlán, donde nunca ha tenido mucho arraigo, por lo menos hasta donde yo sé. ¿Tú tienes más referencias sobre esta fiesta?

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

Suenan los cohetes de los abuelos alcahuetes. En Autlán es el 19 de agosto.

Señor Cronista:

Se llama María, es una señora de alma noble, aunque de pavoroso vocabulario, que conocí frente a la escuela donde trabajó mi papá en una población rural del municipio de Casimiro Castillo. Al ser vecina del plantel y tener varios hijos inscritos, era muy participativa en asuntos escolares y se puede decir que se hizo amiga de mi mamá, por eso a veces en charlas familiares nos platicaba de muchas cosas.

El final de tu carta me hizo recordarla, concretamente un 16 de agosto que la encontramos desvelada y de muy mal humor, pues un día antes sus dos hijas jóvenes habían ido a “Las Paseadores a La Huerta” y como es de anticiparse llegaron tarde y con signos de fiesta. Lo que guardé en la memoria fue el interés que puso en describir el papel protagónico de los caballos.

Primero fue necesario pedir prestadas las bestias, bañarlas y cepillarlas, pulir y engrasar las sillas y las riendas, después subirlas a una troca para que el trayecto fuera más cómodo. El coraje más grande de María no fue con sus hijas, sino con su padre, el abuelo de las muchachas, pues cuando la señora y su hermana eran jovencitas en edad de parrandear, el señor fue durísimo con ellas y les prohibió ir a La Huerta, fiesta que pudo conocer gracias a la intervención de su abuela: “En las paseadores suenan los cohetes de los abuelos alcahuetes”, recuerdo que remató.

Ciertamente, en Autlán, a pesar de que se vive un gusto muy grande por las monturas, no es una fiesta popular, aunque siempre se ven grupos de jinetes por las calles. En Unión de Tula son varias las calles que deben cerrarse y una vez me tocó, aunque creo que no es parte de la tradición, un “bloqueo” sobre la carretera federal,

pues obligaron a los conductores que transitábamos a bajar el ritmo y fingir un baile sobre el volante.

Este 15 de agosto hubo escasos caballos, y qué bueno, pues algo que podemos apuntar del sábado pasado es el tormentón que cayó. No recuerdo una granizada tan tupida en el valle como la que tiñó de blanco el camino a El Grullo, y según pude ver le sirvió a mucha gente para poner a enfriar coca colas. El paisaje urbano cambió poco con la tormenta, o mejor dicho sigue con su mutación inevitable y paulatina.

Pensé en eso de los cambios en los paisajes a partir de lo que reflexionaste sobre el camino a la Villa y el que lleva a la mina de San Francisco. En ambos casos son transformaciones humanas de una actividad económica las que hacen que cierta zona de la ciudad tenga un paisaje distintivo.

Al momento de escribirte, cae sobre Autlán la suave brizna del huracán Genevieve, es un meteoro poderoso, según he leído, pero su intensidad se ubica mar adentro y hasta acá solo nos ha refrescado los días e hidratado la tierra, lo cual se agradece. Pensando en los huracanes y en las transformaciones del paisaje, recordé el cambio más dramático y vertiginoso del que he sido testigo, y fue precisamente el huracán Jova que vino a saludarnos en octubre de 2011.

En la colonia Echeverría cambiaron muchas cosas, nuestra relación con el arroyo El Coajinque se modificó, pues su desbordamiento también hacia este margen inundó un buen número de casas y desbarató los cimientos de lo que ahora es el Polideportivo Efraín González Luna. Los puentes que en aquel entonces nos conectaban con la ciudad sufrieron graves daños, sobre todo el que se ubica sobre la calle Francisco González, a unos pasos de la primaria Cosío Vidaurri, tanto que hubo que derrumbarlo y construir otro.

Luego de Jova la zona tuvo una explosión demográfica importante; el mejorar estas vías de acceso y la construcción de la carretera

a la Villa han animado a cada vez más personas a invertir en casas para este lado. Tan es así que el rancho Buenos Aires, antes alejado de la mancha urbana, es vecino de una colonia, y que del otro margen de la carretera asfaltada, el viejo camino a Chiquihuitlán tiene ya casi línea de urbanización continua hasta el rancho El Cadete. Fui el domingo por ahí, está irreconocible.

No digo que Jova originó ese cambio, digo que se aceleró a partir de la reconstrucción que se tuvo que hacer por el meteoro.

Creo que otra transformación trascendente al paisaje urbano han dado las opciones de estudios universitarios que se ofrecen en Autlán; el líder, por supuesto, es el CUCSur, pero también hay que tomar en cuenta a la UNIVAG y a la UPN, a donde acuden miles de estudiantes que han vuelto populares ciertos giros comerciales como bares y cafés. Establecimientos que en estas fechas de pandemia, a ratos, se parecen al camino a San Francisco.

En la búsqueda de atraer talento foráneo y evitar perder el propio, Autlán ha transformado su paisaje, creo que es un factor que bien vale reflexionar. La economía digital y las relaciones a distancia abren la puerta a que alguien con teletrabajo decida ubicarse en el municipio y colaborar con proyectos que se realizan en cualquier punto del mundo, pero que encuentre gratificante cenarse una tostada de panela en el Nápoles o ir a trotar un rato hasta Chiquihuitlán. Esa idea la escuché muchas veces en comités de planeación a los que convocaba el gobierno municipal hace años y creo que es un buen momento de replantearla.

Que la pandemia no ha tumbado un solo árbol, pero sí han transformado nuestras acciones, llevándonos a abarrotar algunos espacios y a abandonar otros, pero abonando en la construcción de una ciudad en la que valga la pena crecer. Hace unos años me preguntaron: “¿Qué te gusta de vivir en Autlán?”. Y para cerrar la carta te diré mi respuesta, aunque la voy a ampliar más adelante: Me gusta que hay

gente que pasea a caballo por avenidas asfaltadas y con su sombrero le hace sombra al celular para mandar un WhatsApp.

¿Qué te gusta a ti de vivir en Autlán, Memo?

Nos leemos la próxima semana. Te dejo un abrazo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Domingo 16 de agosto de 2020.

Profesor Carlos:

Esta carta es distinta a las demás de esta serie porque la escribí a mano, para después pasarla al formato electrónico. Y lo hice en el Museo, durante las pausas entre los dos magníficos recitales en vivo con los que cerró el cuarto festival Áurea Corona, en los que fingí (no es error de dedo) como maestro de ceremonias.

Me tocó, con esa encomienda, ser testigo de las cuatro presentaciones en vivo y me puedo decir, si no sorprendido, sí muy satisfecho de comprobar el buen nivel de los músicos locales: el viernes actuó un pianista muy joven, Daniel Michel Hernández, que se identifica como principiante pero que tiene una muy buena calidad de ejecución, aprendida en la Escuela de Artes del municipio y con el maestro Salvador Cortés. No hay que perderlo de vista. Esa misma noche se presentó el trío Ipso Facto (batería, contrabajo y piano), conjuntado especialmente para el festival por los hermanos Domingo y Salvador Gómez Acosta y Salvador Cortés Larios. En más o menos un mes lograron montar ocho piezas de jazz.

A los artistas del viernes yo ya los conocía pero refrendaron el buen concepto en que los tenía: el cellista autlense Armando Pedraza presentó un programa breve pero macizo: dos minuetos de Bach y dos movimientos de una sonata de Jean Baptiste Breval. Él tiene una carrera ya dilatada, a pesar de su edad: ha formado parte de la Sinfónica Juvenil José Pablo Moncayo y de la Banda de Música de la UdeG, por ejemplo. Para cerrar el festival vino el pianista zapotlense Michel Vega, quien trajo un repertorio de música latinoamericana, entre ellas algunas de la época de apogeo del autlense Reynaldo Corona, quien nació hace cien años en lo que ahora es el Museo.

Ha sido un festival raro, como lo son estos días. Se tuvo que celebrar a distancia, mediante la transmisión en vivo de algunos con-

ciertos, recitales y pláticas sobre temas musicales y la difusión de videos de conciertos de algunos de los grandes músicos de la dinastía Corona, todo mediante la red social Facebook.

Esta “nueva” modalidad ha implicado cambios importantes, en muchos sentidos: es muy raro presentar, oír y despedir a un artista de la música que toca solo, sin el intercambio de emociones que hay en la modalidad presencial. Ni pensar en recurrir al célebre estribillo de los maestros de ceremonias, pidiendo “un fuerte aplauso” para ganar unos segundos. En ese sentido se pierde mucho, aunque el artista toque técnicamente perfecto no se establece la comunicación efectiva con quien solo lo ve a la distancia.

Sin embargo, esto también tiene sus ventajas: se gana mucho en alcance, por ejemplo. No tengo aún los números de este festival, pero por la anterior experiencia en la tercera Semana Cultural Ernesto Medina Lima, celebrada el mes pasado, puedo afirmar que las transmisiones por redes sociales permiten llegar, mínimo, a diez veces más personas de las que asistirían personalmente. También nos permitió contar con la actuación de artistas como Claudia y Alejandro Corona, que difícilmente hubieran podido venir a Autlán. En fin, creo que cuando regresemos a la normalidad, como quiera que esta sea, ya no podremos prescindir de esta tecnología, que será un excelente complemento. Seguramente lo será también en muchos otros ámbitos, como la educación.

Ahora que mencionaste las opciones de teletrabajo, que pudiera ser desarrollado por alguien asentado en Autlán pero aplicado a proyectos globales, recordé puntualmente el caso de Luis Haro Martínez, mejor conocido como Gelar Haro. Él es de Guadalajara pero tiene más de cinco años establecido aquí, primero porque entre estas montañas encontró a la que sería su mujer y, segundo, porque Autlán le gustó para emprender proyectos de promoción que ya tenía planteados. Gelar, además de picar piedra organizando el tesonero

Festival RockAutlán, al que han venido bandas de distintos países de América y Europa, y manteniendo a flote el bar Hooligans, el único en la región en el que se tiene acceso a botanas y bebidas europeas, se dedica profesionalmente a llevar la agenda de bandas de rock en México y el extranjero, desde su computadora en Autlán. Desde aquí establece los contactos con promotores, propietarios de bares y teatros, entre otras tareas relacionadas.

Lo de Gelar viene al caso por el asunto del teletrabajo pero también por el de la apertura que también mencionaste en la semana. Esta apertura, acelerada de 80 años para acá, ha sido sumamente relevante para el desarrollo de Autlán y tiene injerencia en muchos aspectos de nuestra vida, desde el acceso a educación superior hasta a atención médica especializada, incluyendo la pérdida o modificación de tradiciones y costumbres. Todo esto, apertura y cambios, son tan inevitables como necesarios para cualquier comunidad y propiciar el intercambio con otras sociedades y evitar que nos anquilesemos.

Gelar no trajo a Autlán el gusto por el rock en vivo ni por ciertas bandas o subgéneros pero sí una forma de trabajo en la organización, más formal y seria que la que ya había antes, aprendida en años de experiencia. De esta forma ha puesto su aporte para el enriquecimiento de la comunidad, como lo han hecho, guardando toda proporción, gentes que han llegado a asentarse aquí antes. Por eso es de celebrarse la apertura hacia otras formas de trabajar y de concebir la vida.

¿Que qué me gusta de vivir en Autlán? Me gusta el clima, el viento vespertino del poniente, las pitayas, la chuecura de las calles, las rejas de hierro que conservan algunas ventanas, el encierro dentro del valle, la franqueza y alegría de la mayoría de sus habitantes. También me gusta que conserva algunos elementos de la vida de un pueblo, como el saludo matutino, la atención y preocupación sincera por los amigos y vecinos y la posibilidad de andar por la calle a cual-

quier hora, junto con el acceso a servicios y comodidades “de ciudad”, como la educación universitaria y una buena infraestructura cultural.

Muchas otras cosas no me gustan, pero eso no viene al caso, por ahora. Pero todo eso, lo que me gusta y lo que no, podría cambiar y yo seguiría viviendo en Autlán, porque aquí he sido feliz y aquí está lo que más me importa.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

Jalpa, Jalisco a 26 de agosto de 2020.

Señor Cronista:

La presente es una carta, pero además una invitación, corre a cuenta mía para ti, por supuesto, pero también es en nombre de mi papá para tu familia. Mira que el destino tiene sentido del humor, igual que tú, el fin de semana comencé a bosquejar estas palabras con tinta sobre papel, pues previo al caótico y retador inicio del ciclo escolar, mi prole de profesores decidió pasar sábado y domingo en el pueblo de origen familiar, desde donde comencé a escribirte.

Mi papá realiza labores de cronista/rescatista de datos históricos de Jalpa; lo hace sin nombramiento oficial y sin más guía que su sentido común, aunque, cuando el municipio de Chiquilistlán necesita presentar a alguien con esta función, a veces lo invitan a él; también lo han llamado para platicar con alumnos de preparatoria o secundaria sobre los libros que ha escrito sobre historia local, todos ellos obras de autor, sin respaldo editorial.

Es, pues, un conocedor y enamorado de su pueblo, le encanta recibir visitas. Tus incursiones en Radio Costa con las cápsulas de los lunes y la producción de textos que difundes en redes sociales, le han llamado la atención y ha tratado de reproducir algunas estrategias. El sábado, mientras preparamos cinco litros de ponche de granada, me preguntó si te gusta caminar. Le recordé de tus paseos por el Cerro Colorado, y de que hasta dónde sé has renunciado al coche y optas por ir a pie cada vez que es posible.

Una vez que escuchó, describió con interés cada uno de los puntos que podríamos mostrarte: un casco en ruinas a un par de kilómetros del pueblo, lo que la gente llama “La Haciendita”, pues era una construcción de una familia rica que, además de una casa de campo, construyó un acueducto del que se conservan altos arcos de piedra

sobre los que corría agua de un río y su movimiento accionaba un molino de caña.

También habló de mostrarte una vieja pero robusta habitación que basa su atractivo en la inscripción en roca que aún es visible: “Construida para el bien público”, lo cierto es que lo que ahora es una bodega de tiliches de la delegación municipal fue durante muchos años una cárcel donde metían a borrachos escandalosos, que terminaban la parranda barriendo el jardín que está a media cuadra.

Por la misma zona se encuentra de pie una casa de adobe, donde cuenta la leyenda que fue asesinado el sacerdote Manuel R. Corona, lugarteniente de Pedro Zamora, revolucionario que pasó muchas veces por el pueblo, y que en lo alto de un cerro cercano hay una cueva que tiene su nombre. Un poco de leyenda, como suele ocurrir con el personaje, dicen que ahí escondió numerosos cargamentos de oro. La entrada conocida es del tamaño de una persona, pero se supone que existió otra en la que se podía ingresar montado a caballo. Se sabe de varias personas intoxicadas por incursionar. Es una caminata muy larga, y para mí lo realmente valioso son los paisajes naturales.

Aunque si *googleas* Chiquilistlán o Jalpa, abundan las referencias a unas espectaculares cascadas que incluso promueve el Gobierno de Jalisco. Son alimentadas por el río que nace en la Haciendita, por eso hay quien dice que son de Jalpa, aunque su acceso oficial es a través de una brecha que comienza en el pueblo de Comala (no es el de Rulfo, ni el de Colima), así que ellos quieren la denominación de origen.

Cuando se pueda, y me refiero tanto a las condiciones sanitarias como de agenda, ojalá que nos puedas acompañar. En lo particular estaré muy contento de asistir a las conversaciones entre cronistas.

El destino mantiene su sentido del humor, pues cuando hace una carta te pregunté: ¿Qué te gusta de Autlán?, y anticipé que me extendería en mi respuesta, citaste dos de las referencias que influ-

yen en esta construcción de afinidad. Lo que amo de Autlán es que se puede vivir ajeno al frenesí de las ciudades, pero también tiene la diversidad y los servicios de las grandes urbes. Me explico.

Valoro, como pocas cosas que en esta ciudad convivan, de manera más o menos amena, expresiones tan variadas que en otros espacios son incluso contradictorias: el festival Áurea Corona expresa un tipo de música culto, y para disfrutarlo se requieren referencias de cierta especialización; lo disfruté enormemente cuando también fingí ser maestro de ceremonias en la edición 2019. Y ahora he visto en repetición algunos de sus momentos.

Pero también está el festival de rock que organiza Gelar, la semana cultural del CUCSur, las Fiestas Patrias, un tiempo existió Nocheztli, el Carnaval como gran aglutinador y algunas ediciones de otro de mis festivales favoritos: “La Feria del Chicharrón”. Lamento profundamente su desaparición, me parece más por razones de la política electoral, y un poco de clasismo y no tanto por sus alcances. En Autlán hay fiestas religiosas, y durante años se celebró sin conflictos el certamen de Nuestra Belleza Gay. Abundan las taquerías y los gimnasios; las cubetas de cerveza a domicilio, pero se han ampliado las librerías.

Lo que para muchos es una contradicción, para mí es una fortaleza. Una ciudad diversa en la que podemos coexistir aún ciclistas, peatones y conductores —incluso gente de a caballo—, donde habitan Gelar Haro, que trabaja a través de la red, como también el señor que teje echaderos afuera del mercadito.

Para seguir en esa línea de diversificación y ser una ciudad más interesante para vivir en ella, igual podríamos pensar en una narrativa sobre sus atractivos. Algo comentaste hace algunos días sobre la supuesta carencia de anclas turísticas en Autlán. Me quedé pensando en que tengo una foto frente a un McDonald’s, cuya peculiaridad recae en que es el único en el mundo que no es amarillo. Me tomé

una foto en el diminuto y nada bonito panteón de Janitzio, objeto del deseo internacional el dos de noviembre, pero yo en julio tuve que hacer fila. Es la narrativa y los servicios alrededor lo que harán que valga la pena.

Tengo algunas ideas, pero más bien quisiera preguntarte: ¿Qué cosas de Autlán crees que podríamos resignificar para hacer de esta ciudad, de por sí agradable, más seductora para conservar y atraer talento?

Que todo vaya bien en casa, Memo. Te leo el fin de semana.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 29 de agosto de 2020.

Profesor Carlos:

El primer trabajo que tuve fuera del taller de mi papá fue en mi adolescencia, como chalán de Alfredo Pelayo, el señor que hace tiempo fue encargado de la organización de la expo ganadera. Él tenía la concesión para distribuir en la región la leche de la marca Pureza, de Guadalajara (creo que ya no existe), y una de sus rutas cubría los pueblos “de arriba”: Unión de Tula, San Clemente, Ayutla, Juanacatlán, Tenamaxtlán, Atengo y Tecolotlán. A mí me tocaba ir en esa ruta, por lo que pude conocer esos pueblos y los caminos que los comunican, en el ya lejano 1994, mientras cargaba rejas de botes de leche y llenaba refrigeradores.

Fue en Tena donde tuve la primera referencia al pueblo de origen de tu familia, a través de un anuncio que había en una tienda de abarrotes del centro del pueblo, que anunciaba “Queso de Jalpa”. Por un tiempo pensé que se referían al Jalpa de Zacatecas y se me hacía curioso que desde allá trajeran un queso para vender en esta tierra que da tan buenos productos lácteos, hasta que me desengañaron informándome que Jalpa era un pueblo de por ahí cerca.

Hace poco leí una biografía breve del doctor Leonardo Oliva, un viejo habitante de la Rotonda de los Jaliscienses Ilustres, que encontré en la página del Congreso del Estado. Ahí afirman que durante la Guerra de Reforma anduvo por esos pueblos de arriba ejerciendo la medicina pero también alejándose de la agitada y enrarecida escena política de la capital del Estado. Durante esa época estuvo un tiempo en Jalpa.

Será un gusto conocer ese lugar y su comarca, y la guía del profe Efrén será muy provechosa. Desde ya aceptamos la amable invitación, pendiente de ponerle fecha para cuando las condiciones lo permitan.

Pasando a los asuntos económicos, te tengo que confesar que no me gustaría tanto que Autlán se volviera un sitio turístico, por lo menos no en el sentido que generalmente se le da a ese término. El comentario que recuerdas lo hice luego de leer en la BBC una nota periodística sobre el Valle de la Muerte de California, un sitio terriblemente inhóspito situado varias decenas de metros bajo el nivel del mar y en el que en verano se alcanzan temperaturas superiores a los 50°. Pues con eso al Valle de la Muerte, donde no hay otra cosa que calor y paisajes áridos, acuden cada año cantidades grandes de turistas procedentes de varios países a hacerse fotos entre las piedras y a sentir el calorón.

Al terminar de leer no pude dejar de recordar la afirmación de más de un estudiante o egresado de la carrera de Turismo del CUCSur acerca de que en Autlán no hay nada, lo que les sirve para responder a la pregunta de por qué no conocemos proyectos de desarrollo turístico en el municipio. Son varios a los que he oído afirmarlo y no estoy de acuerdo con ellos; mi comentario en Facebook era más relacionado con eso que con la gana de que de repente el pueblo se llene de turistas gringos en chanclas.

Hay de hecho ya algunos tipos de turismo que se practican en Autlán. Uno, no poco importante, es el de personas que vienen a participar en congresos, seminarios y demás en el centro universitario (y seguramente en las otras universidades). Varios grupos vienen al año (lo malo es que no tengo datos concretos de cuántos ni de la cantidad de personas que vienen) y aprovechan para conocer lo que hay en Autlán, para salir a tomar la copa a los bares del pueblo y para comprar recuerdos. Hay otro tipo de turismo, más “utilitario”, relacionado también con las universidades: los familiares de los alumnos foráneos que estudian aquí y que, cuando vienen, activan los intercambios económicos y culturales propios de esa actividad.

Del Carnaval no hay mucho qué comentar, sabemos que en esos días los hoteles de la región viven su época de gloria.

Aparte de esto, creo que hay en Autlán por lo menos dos elementos más con un potencial enorme y nada desarrollado para volverse atractivos turísticos. Uno es la figura de Carlos Santana, un músico que sabemos que tiene seguidores en todo el mundo a quienes, estoy seguro, si les damos la información y las condiciones adecuadas, podrían convertir a Autlán en un sitio no de peregrinaje pero sí de visita constante y lucrativa y, sobre todo, respetuosa del destino al que acuden. En cambio, tenemos el jardín Carlos Santana en condiciones de conservación muy malitas y la casa donde nació el guitarrista está en ruinas.

El otro elemento es el paisaje y aparece todos los días en fotografías en redes sociales. Además de que hay una rama de la geografía, más o menos reciente, que tiene al paisaje como un objeto de estudio del que ya hay muchos trabajos publicados, es este un elemento que puede ser por sí mismo algo que provoque placer al observador y, por lo tanto, susceptible de ser ofrecido como un atractivo turístico. Es sobre todo paisaje (aunque urbano) lo que ofrecen ciudades europeas como Praga o Edimburgo, a las que nos referimos como ciudades hermosas precisamente por eso.

El paisaje del valle de Autlán tiene el potencial de atraer tanto a turistas académicos, que vengan a estudiarlo, como a turistas de los otros (sin albur) que vengan solo a disfrutarlo. Pero para lograrlo hace falta identificarlo como un posible atractivo y luego desarrollarlo.

Para responder a la pregunta con la que cierras tu carta anterior es necesario mucho más espacio del que me queda esta semana. Algo que he observado es que personas con talento se van de Autlán, aunque sea temporalmente, para cumplir metas profesionales o para conseguir un trabajo mejor remunerado. Los ambientes virtuales

y la descentralización de las instancias en las que ellos se pueden desarrollar son dos de los caminos que podríamos seguir transitando para que les resulte más atractivo quedarse aquí.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

Autlán de la Grana, Jalisco, bienvenido el mes de la patria.

Señor Cronista:

Los turistas en chanclas no son lo mejor que le puede pasar a una ciudad, a menos que la vocación se enfoque precisamente a esa actividad: Vallarta y el corredor que va de Cancún a Tulum son los ejemplos que se me ocurren que sí los desean; pero hasta los pueblos de la costa más cercanos a nosotros buscan visitantes que tienen más aspiraciones a pasar tranquilas temporadas que explosivas jornadas de fiesta.

Abonaré una idea extra, solo con la intención de que no se quede en el tintero, sobre lo que he observado en ciudades exitosas en atraer paseantes a su narrativa: siempre lo hacen en una lógica regional. Por ejemplo, si llegas a Pátzcuaro, es un hecho que te ofrecerán paseos a Janitzio, incluso hasta Uruapan. No importa si te hospedas en Playa del Carmen o Puerto Morelos, en todos te hablarán de las maravillas de Cozumel y de los cenotes vecinos. Ya nos viéramos entendiendo que estamos muy cerca del Cristo Redentor de Ejutla, o de un paseo en lancha por la presa Las Piedras, a decir verdad, el chauvinismo suele ser la limitante más grande para crear esa narrativa que nos ponga en el mapa, no para los turistas en chanclas, sino para la consolidación de un perfil que atraiga talentos a esta zona. Talentos que, hemos visto, transforman y mejoran el panorama.

Querido Memo, ¿cómo la han pasado en casa con el inicio del ciclo escolar? Acá hemos estado a tambor batiente, viviendo intensas sensaciones de cansancio y frustración a ratos, pero en otros de exacerbada alegría al ver cómo se comienzan a materializar resultados de las estrategias que hemos inventado para responder a la emergencia. Pero, como siempre, me imagino esta conversación más como una sobremesa con un amigo, que un coloquio sobre la vida pública de Autlán, hoy necesito ponerme ligero.

Te voy a contar lo que ocurrió realmente con uno de los yerros periodísticos que más han trascendido en el ánimo de los autlenses, y cómo en términos generales nos puso de buen humor, porque terminó bien. Quizá solo habrá que recordar que quienes hacemos comunicación de algún tipo, a diferencia de los doctores que los entierran, nosotros ponemos nuestros errores a la vista de todo el mundo.

El chisme es la efímera y falsa muerte de Gabino, que se publicó en la portada del semanario *El Costeño*, hace poco más de diez años, y que hace unos días un viejo lector del periódico, que aún recuerda que yo firmaba publicaciones ahí, me la recordó. No está de más decir que le tengo mucho aprecio a esta empresa de la familia Rodríguez, pues colaborar con ellos casi cinco años, si mal no recuerdo, fue siempre una buena experiencia profesional, basada en un pacto en que a veces me hacían encargos de cubrir cosas, por lo general policíacas que a mí no me gustaban, pero a cambio me dieron libertad editorial en temas importantes: ni me censuraron, ni me tiraron línea.

Pero a veces tenía que ir a zopilotear la fuente policíaca, y eso nunca me gustó.

En ese marco me llamaron un jueves del periódico; a esas alturas de la semana yo ya había entregado todo mi material y la portada ya estaba impresa, pues al ser a color, el proceso de producción exigía hacerlo con anticipación. Me pidieron que escribiera sobre la muerte de Gabino, este hombre al que a estas alturas calculo que ronda los 45 a 50 años, pero cuya alborotada melena, anillos, botas y chamarras de piel, a veces asustaban a algunos distraídos, y otros, con su hablar disperso y su rítmico movimiento de cabeza, lo sabíamos inofensivo.

Su enfermedad lo hacía tener malos ratos, claro. Y según me explicaron en esa llamada, había tenido severos daños en su cuerpo al provocar un incendio en su habitación, tan voraz que cuando la ayuda llegó, las lesiones ya habían sido muy graves y estaba seguros

de que había fallecido. O por lo menos esos datos les habían pasado fuentes que en ocasiones anteriores habían sido muy certeras. Por eso, pusieron la noticia en la portada casi como un homenaje.

A unas horas de cerrar la edición me encaminé a las dependencias de seguridad; pensé que al ser un hecho tan grave todas estarían enteradas y la que estaba más cerca de mi oficina era la Cruz Roja. Estaba de guardia un paramédico con quien llegué a tener muy buena comunicación, pues entendía y respetaba los límites y alcances de mi oficio y yo entendía y respetaba sus posibilidades y restricciones. Me platicó la historia, me prestó el parte de novedades y así me regresé a teclear la noticia para el periódico: Gabino estaba vivo y en buen estado de salud.

A punto de irme a descansar recibí otra llamada: “De verdad, revisalo bien, Gabino se murió”. Después de un infructuoso telefonazo a los bomberos, fui a la comandancia de la policía local, era un hueso más difícil de roer pues obtener información de ahí dependía del humor del director. Pero fui.

Estaba de buenas. Me confirmó la versión de la Cruz Roja e incluso me contó detalles del incidente: sí existió fuego en el cuarto de Gabino, pero había tenido lesiones menores; un par de días con cuidados médicos bastaron y ya era atendido en psiquiatría para prevenir nuevos incidentes. Incluso me insistió en que la familia estaba siempre al pendiente, y entendían la popularidad del pariente, aunque a ellos no les gustaba figurar.

Ya no mandé una nueva noticia. En el periódico recibieron mi explicación bien. Reimprimir la portada era imposible, así que la muerte de Gabino corrió como reguero de pólvora ese fin de semana, y la credibilidad del periódico, muy alta en muchos sectores de la ciudad, se afectó y fuimos blanco de carrilla. De ser en esta época, habría muchos memes.

Pero te digo que en la policía municipal mucho dependía del humor del director. Tres semanas después recibí la única llamada del funcionario que tuve en mi vida: “Periodista, te tengo una noticia: cinco autlenses se desmayaron de miedo cuando vieron a Gabino caminar por los portales del centro y pensaron que se había salido de su tumba”, y una sonora carcajada remató la llamada.

No hubo malas intenciones en la publicación original; en ese oficio, uno pone su credibilidad, su trabajo y a veces su vida en manos de otros, personas con las que a veces no se tiene nada en común, pero se crea un pacto no escrito que ayuda a aligerar la carga, a sobresalir e, incluso, a sobrevivir. Pero a veces falla.

Un abrazo, señor Cronista. Que tengas una buena semana.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 5 de septiembre de 2020.

Profesor Carlos:

Recuerdo muy bien aquella *charrita* de la muerte de Gabino. No había entonces, o las había pero no eran tan populares, las llamadas redes sociales, por lo que *El Costeño* se salvó de la andanada de memes que en estos días hubiera sido inevitable, como bien dices. La carrilla no pasó de los corrillos y, tiempo después, de los competidores del semanario, que llamaban insidiosamente “el muerto” al muy vivo Gabino.

Eran esos años, por cierto, muy distintos a los actuales en algunos sentidos pero especialmente en cómo nos informamos, pasando en este manojito de diez años de una forma eminentemente “analógica” a una digital. En aquella primera década del siglo hubo varias opciones en prensa escrita, encabezadas por el eterno *Costeño* y otros que tuvieron vida efímera: *Ecos de la Costa Sur*, *Voz de la Costa*, *El Regional* y quizá algunos otros. Por lo general, y esto lo he sabido por personas que trabajaron con algunos de ellos, tenían que lidiar siempre con el problema de la estrechez de las finanzas, cuya resolución consumía buena parte del tiempo y el esfuerzo de sus propietarios. Aunque en ellos podíamos encontrar, en unos más que en otros, errores garrafales que no deberían existir en medios profesionales, en la ortografía y el estilo, por ejemplo, me parece que tenían la intención de hacer un trabajo profesional y ofrecer un producto digno al lector, que a su vez lo veía con seriedad.

Hubo también otros medios impresos pertenecientes a instituciones, como las diversas gacetas que ha editado el Centro Universitario de la Costa Sur (*Tierra Pródiga*, *Capatzin*) y el también eterno *Unión*, de la Sociedad Mutualista, que todavía existe. Pero tenían un sentido distinto a los anteriores, informaban sobre todo las actividades de las instituciones que les daban origen y eran la voz de ellas,

dirigida más bien a sus propias comunidades. El público de la región se acerca a esta clase de medios con cierta reserva, siento que los ven como lejanos y poco relacionados con ellos.

En la radio teníamos ya un noticiero local en Radio Costa y algunos intentos, que solo a finales de esa década llegaron a cuajar, en Radio Universidad. Era a donde los autlenses nos podíamos acercar en busca de la declaración de algún funcionario público, de la confirmación de algún rumor o para enterarnos de las novedades del día.

Actualmente no tenemos una variedad mucho mayor en los servicios periodísticos pero sí en las vías por las que llegan a sus consumidores. Fuera de las gacetas institucionales solo queda como medio impreso *El Costeño*, en radio tenemos un noticiero en Fiesta Mexicana, además de los que ya mencioné arriba (aunque Radio Costa ya tiene dos noticieros), y un medio digital en Letra Fría, que ahora tiene también un noticiero transmitido por Facebook. Además, con la popularización de las vías de comunicación electrónicas, han surgido muchas páginas o perfiles de redes sociales, especialmente de Facebook, que ofrecen un servicio similar al de un medio de comunicación, aunque muchas veces limitados a hacer transmisiones en vivo de acontecimientos. Todos los medios profesionales pueden consultarse de forma digital, menos el multicitado *Costeño*.

Me parece que es más fácil acceder a noticias y demás servicios periodísticos hoy que hace diez años. Ya sé que todo esto lo conoces mejor que yo, solo que me parece importante dejarlo asentado aquí para que conste esta parte de nuestra vida pública. Además, me sirve para conocer tu opinión sobre si este cambio en el acceso a servicios periodísticos ha servido de alguna manera para convertirnos en una sociedad mejor informada. A mí me parece que es útil tener acceso a distintas visiones de los diferentes asuntos públicos pero que no necesariamente hemos aprovechado esta ventaja.

El ciclo escolar comienza en mi casa con optimismo, Andrea y Rodrigo ya quieren regresar a la escuela pero están trabajando con entusiasmo y con buen ánimo. Sus maestros han diseñado estrategias distintas para adelantar el trabajo y todo parece estar fluyendo adecuadamente, mejor que como cerramos el ciclo anterior. Entre los meses de marzo y julio estuvimos mucho más estresados, se acumuló el trabajo y afloraron las consecuencias de haber tenido que improvisar sobre la marcha el cambio en la forma de comunicación, con ese paso de la muerte hacia los ambientes digitales: aprender a usar aplicaciones, trabajar en la casa y no fuera de ella (cosa no menor), la armonización de las cargas de trabajo en el caso de la secundaria, donde hay muchos maestros y no uno solo como en la primaria ... en fin, todo esto ha mejorado en este nuevo ciclo, junto con la disposición mental de todas las partes que intervenimos en el proceso. Soy optimista y así veo a los demás padres de familia en los infaltables y, a veces, insoportables grupos de WhatsApp. También los profesores parecen estar en la mejor disposición y poniendo su mejor esfuerzo, que se nota sobre todo en el trabajo que le han invertido a la creación de estrategias.

Noto en todas las partes, especialmente, una fuerte empatía para con todos los participantes, ese hilo que no se ve pero que nos mantiene cercanos aun sobre la distancia física y que será la clave para que el ciclo escolar sea exitoso, como me parece que lo está siendo. Donde hace un año hubiéramos tenido “pleitos y malportancias”, como dice el corrido de Pancho Madrigal, ahora veo cordialidad y amabilidad, ganas de ayudar y de trabajar.

Aunque sigo esperando el regreso a las aulas, por lo menos gradual o parcial, puedo decir que estamos trabajando a gusto.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

Autlán de la Grana, Jalisco a 9 de septiembre de 2020.

Señor Cronista:

Guillermo Roldán Llamas, así se llamaba el reportero autlense más emblemático en los años en que yo empecé a escribir en *Voz de la Costa*, era un señor distante con los demás periodiqueros, a quien veíamos con el respeto que dan los años, pero sin cultivar una buena relación, quizá por eso llevo una semana en la infructuosa tarea de recordar cómo se llamaba su periódico.

En cambio, tengo muy claro que Enrique López es de Morelia y en esas tierras circula desde hace años *La Voz de Michoacán*, por eso, cuando mi primer jefe llegó a la Costa Sur, dejó claro su origen en los dos proyectos de negocio y periodísticos en los que participó, primero en *El Costeño*, del cual fue socio; aún hoy, el único semanario que se imprime en Autlán tiene de apellido: “Voz e Imagen de la Costa”, y al comenzar su propio proyecto se llevó el apelativo y lo hizo nombre: “Voz de la Costa”.

Pero más allá de títulos y anécdotas, el fondo del asunto es precisamente el que cuestionaste en tu carta anterior. ¿Los abundantes servicios noticiosos con los que actualmente contamos, nos convierten en una sociedad mejor informada? Así que permíteme ahondar un poco. La información es materia prima para tomar decisiones; con datos correctos, podemos optar por mejores escenarios tanto en la vida personal como en la vida pública.

La comunicación pública entonces debe favorecer la toma de decisiones de interés general, pero está irremediablemente mediada por dos grandes factores: la primera es el interés comercial de la empresa que lo produce, y la otra es el propio esquema sociopolítico del emisor del mensaje. No veo mal que así sea, es, por decirlo rápido, natural y correcto que una empresa busque producir utilidades y que todos, también quienes escribimos, tengamos una postura ante una

situación y que la transmitamos de manera consciente o, a veces, también inconsciente.

Durante largas y oscuras décadas la comunicación pública estuvo mediada por un sistema político represor, y su estrategia fue convertir en tinieblas las zonas sensibles. En aquellos años, conseguir datos era el verdadero trabajo de los reporteros, pues el acceso a documentos oficiales y la intimidación a entrevistados representaban el gran reto de cualquier investigador. Ahora muchas de esas cosas se consiguen desde la sala de tu casa.

Coincidirás conmigo en que, pese a los innegables pasos hacia la democratización, muchos poderes formales y fácticos de esa época se mantienen intactos. Y la comunicación pública sigue siendo un campo de batalla en el que expresan su poder. Sin embargo, la táctica ha cambiado. Lo mismo ciega poca luz que mucha luz y aunque “la verdad” circula a la vista de todos en los periódicos, noticieros y sitios de Internet, convive alegremente con miles de mentiras endulzadas.

No es culpa de los noticieros locales. La abundancia de luz cegadora está en *fake news* que viralizan empresas dedicadas a ello, la popular “Badabum”, por ejemplo; está en perfiles que sin responsabilidad ética y sin procedimientos técnicos llenan de rumores las redes sociales y sobre los que no hay ninguna responsabilidad en caso de fallas: con todo y todo, *El Costeño* sigue pagando haber matado a Gabino en su portada, ¿cuántas mentiras se han dicho en *El Mitoteño* que quedan impunes?

Entonces, estar bien informado, hace algunos años y ahora, es una decisión que toma el consumidor de noticias, y en aquellos años implicaba, por ejemplo, destinar una parte importante del presupuesto personal en adquirir el semanario local, algunas ediciones de diarios e incluso algunas revistas especializadas.

Ahora, quien quiere estar bien informado debe discernir entre un mar de información que puede consultar sin más precio extra que los

servicios de Internet. Es una labor extenuante, a la que con honestidad mucha gente renuncia. Conocer nuevos datos implica con frecuencia reconocer que mi postura original pudo estar equivocada, ahora, por absurda que sea una forma de ver el mundo, encontrará abundantes referencias para fortalecer esa opción.

Pero no creas que debemos caer en el pesimismo absoluto, que los avances que se han dado hacia nuestra aún inconclusa democracia parten de que sí vivimos en una sociedad más informada, que conserva la necesidad de mejorar sus hábitos de consumo informativo. Otro rasgo de esperanza es que el oficio periodístico mejora, aunque no es una condición rigurosa, cuando hay estudios profesionales que los respaldan. En la redacción de *Letra Fría* ya escriben muchos egresados de la Licenciatura en Periodismo que ofrece la UdeG en Ciudad Guzmán y tras de ellos vienen otros, que estoy seguro prenderán nuevas luces para que la gente vea correr a las cucarachas.

Otro signo de los tiempos es el modelo educativo que vivimos, gozamos y sufrimos. Coincido contigo en que, pese a todo, estamos mejor que al cierre del ciclo pasado. Cosa normal, por otra parte, pues muchos docentes hemos podido dedicar el tiempo vacacional en desarrollar habilidades para hacer más significativo el aprendizaje, y también muchas familias han adoptado las medidas con una actitud más participativa y entusiasta.

Hay en el panorama historias verdaderamente alentadoras, como la de Iván, que compartí en la revista *Mediadores* que esta semana inauguramos en la UPN y que confío en que tenga larga vida. Pero también estoy seguro de que habrá un retraso que no estoy en condiciones de cuantificar; el otro día Forbes lo calculó de siete años, puede ser, incluso pueden ser ocho o diez. No lo sé. Pero sí tengo muy claro cuál es el peor escenario.

Ya estamos más cerca de regresar. Pero no podemos olvidarnos de todo lo que hemos aprendido. Alumnos y maestros hemos dado

pasos agigantados hacia el uso de herramientas tecnológicas para el aprendizaje, lo peor que podemos hacer es olvidarlas y dejar de utilizarlas cuando regresemos al modelo presencial. Si utilizamos las fortalezas de los dos modelos, los siete años de retraso de Forbes puede ser que los recuperemos en uno o dos, y después continuemos con un crecimiento más acelerado.

¡Felices Fiestas Patrias, señor Cronista! Nos leemos en la semana.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 12 de septiembre de 2020, 49 años del Festival de Avándaro.

Profesor Carlos:

Como aficionado que soy a la obra de los historiadores, no puedo dejar de mencionar que hoy se conmemora en México el Día del Historiador, como una forma de celebrar el aniversario de la Academia Mexicana de la Historia, que comenzó a trabajar el 12 de septiembre de 1919. En nuestro entorno local hay varios profesionales de esa área, aunque por ahora ocupados en trabajos distintos: ahí están la rectora del CUCSur, Lilia Oliver, y el maestro Chuy Medina, como ejemplos.

Como dato curioso y pendiente de confirmar, creo que la doctora Oliver es la primera historiadora, es decir, persona formada académicamente en esa ciencia social, que publicó algún libro sobre Autlán. Es su trabajo *La antigua Autlán de la Grana*, de 1983, que primero fue una tesis de licenciatura y luego fue un libro publicado en ese año por la Unidad Editorial del Gobierno de Jalisco en la colección Temática Jalisciense. Es un librito muy codiciado desde 2016 por funcionarios del centro universitario, cuando su autora llegó a la rectoría.

Pero en materia de historiadores locales, la palma se la lleva el doctor Rubén Villaseñor Bordes, quien no estudió para historiador sino para médico. Aun así, sus publicaciones recopiladas en el libro *Autlán*, y otras que no aparecen en él, son indispensables para cualquiera que pretenda conocer la historia de nuestra región. Aunque también publicó sobre asuntos históricos de otros lugares del occidente: las expediciones a las Filipinas y la Nao de China, los trabajos y organización de la Inquisición en Guadalajara, entre otros. Aunque no fue un historiador académico, su obra es rigurosa y metódica y acudió a todas las fuentes documentales posibles, incluyendo el Archivo de Indias de Sevilla, donde encontró documentos y datos

que nadie antes había hallado y nos los dio a conocer. Para mí fue una sorpresa muy grata encontrar citada una obra suya (*Inquisición en la Nueva Galicia. Siglo XVI*, de 1959) en un libro de un historiador académico: *Migración a corta distancia*, de Tomás Dimas Arenas Hernández, publicado por El Colegio de Michoacán y la Universidad Autónoma de Zacatecas en 2012 y que trata de algo tan lejano a lo autlense como los fenómenos migratorios en las minas zacatecanas durante la Colonia. Esto nos da una idea sobre el valor y la variedad de su obra. El doctor Villaseñor no estudió para ser historiador pero sería una injusticia regatearle ese título.

Como el de Rubén Villaseñor, cuyo nombre llevan algunos sitios públicos en Autlán, hay otros casos en nuestro ámbito local, guardando todas las distancias necesarias: desde el también médico José María Casillas Aguirre, autor de la única biografía completa de don Antonio Borbón, desafortunadamente ya perdida, hasta el muy activo Carlos Martín Boyzo Nolasco, incluyendo desde luego a don Ernesto Medina Lima.

Pasando a otros asuntos, a otra cosa que soy aficionado es a la música, especialmente a lo que Alex Lora llama el deporte del rocanrol. Por eso, tampoco quisiera dejar pasar la fecha de hoy, el aniversario 49 del cierre del Festival de Rock y Ruedas de Avándaro, uno de los momentos cumbre de la contracultura en México. Como es bien sabido, se trataba originalmente de una carrera de autos que tendría como previo un concierto de rock, con algunos de los grupos más importantes de la escena mexicana.

Esta escena no era, para nada, lo que comúnmente se recuerda como el rock mexicano de los 60. No eran ni César Costa ni Julissa o Enrique Guzmán. Se trataba de grupos conformados por músicos que habían abrevado del rock y del blues que se hacía en Estados Unidos porque lo escuchaban cotidianamente y lo habían visto tocar en vivo. Tenían indudablemente esa influencia pero hacían su propia

música: hablamos de Love Army, La Tribu, Peace and Love, El Ritual y otros, cuyas letras no hablaban de agujetas de color de rosa sino del amor, en el sentido más amplio de la palabra, de dilemas filosóficos, como el caso de “Bajo el sol y frente a Dios”, de El Ritual, o de los problemas existenciales de la juventud, como algunas de Three Souls in My Mind. Claro, también las había mucho menos profundas, como “Mariguana”, de Peace and Love, que ayudó a la prensa y a las autoridades de la época a formar alrededor de la juventud greñuda y del rock ese halo de maldad que hasta la fecha no se ha podido erradicar del todo.

A pesar de la pésima organización debida al después famosísimo Luis de Llano y sus compañeros, el festival fue un éxito de convocatoria, según algunas fuentes habrían llegado a Avándaro unas 300 mil personas, que empezaron a peregrinar desde días antes. Tanta gente hubo, reunida para oír rock, que la carrera de autos ya ni se celebró. Habían pasado escasos tres meses y dos días del halconazo y menos de tres años de la masacre de Tlatelolco y, al parecer, el gobierno y las “fuerzas vivas” de México todavía no estaba listos para volver a ver a esa cantidad de jóvenes juntos. Una matanza más sería demasiado así que esta vez optó por satanizarlos, apoyado en escenas como la de la encuerada (¿te acuerdas de que en Nocheztli estuvo a punto de haber una encuerada?), en dos o tres groserías proferidas por los músicos frente al micrófono y en la no sé qué tan deliberada reacción de personajes como Carlos Monsiváis, que hizo histéricas declaraciones contra lo que llamó la primera generación de estadounidenses nacidos en México.

Total, que a partir de hace 49 años el rock estuvo desterrado de los medios de comunicación y de los escenarios ya no digamos masivos sino por lo menos decentes; los pocos grupos y músicos que quedaron se refugiaron en los llamados hoyos fonquis, que no eran otra cosa que bodegas, cines abandonados y sitios similares donde

se celebraban conciertos sin la más mínima medida de higiene o seguridad.

Eso estorbó el desarrollo de un rock mexicano con una identidad propia, forjada a partir de las fuentes más profundas de este género. Tiempo después apareció lo que conocemos como el movimiento de “Rock en tu idioma”, que contó con más difusión pero que tuvo como influencia al rock que se hacía en Argentina y España, mucho menos relacionado con el blues. Los músicos de la generación de Avándaro, salvo algunos casos, siguieron relegados y ahora los conocemos solo a través de grabaciones de mala calidad. Quizá nos perdimos de algo muy bueno.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

Autlán de la Grana. Hoy se festeja —es un decir— la independencia de México.

Señor Cronista:

El general Jorge Rafael Videla, sangriento dictador argentino, creía lo mismo que los denostadores de Avándaro: que los comunistas querían acabar con la patria, y que el sistema económico se importaba a través del rock. Ya te he aclarado que para nada soy partidario de esa corriente política, pero tampoco le atribuyo los dones diabólicos que, aún hoy, un montón de gente le achaca.

El caso es que Videla intentó prohibir que en Argentina se tocara rock, pero como no pudo con el género se concentró en el idioma: Jim Morrison, Roger Waters y Freddie Mercury solo existían de manera clandestina. Nada de música en inglés, porque pervierten a la juventud y sus letras incitan al comunismo. El resultado fue que numerosas bandas hicieron rock en español y crearon ese poderoso movimiento al que haces referencia en tu última carta. Soda Stereo es mi favorita.

Como también soy aficionado, más bien villamelón, a los textos históricos, tengo la teoría de que el festejo de la independencia que se hace cada 16 de septiembre es un poco incorrecto, pues la conspiración de Querétaro que se levantó en armas en Dolores no fue la primera en existir, ni la independencia se logró en esta fecha. Pero hoy es la conmemoración oficial del fin del dominio del imperio español sobre su viejo virreinato. Festejos normalmente estruendosos, coloridos, llenos de tequila y mariachi, pero este año, prácticamente intrascendentes.

El Gobierno de Jalisco prohibió que todos los municipios hicieran convocatorias masivas para celebrar el Grito de independencia, o que se realizaran desfiles. Fue una decisión correcta, me parece, pues la entidad se mantiene como una alta tasa de contagios y muertes

por COVID-19. La salud pública debe priorizarse. Pero la medida fue aprovechada por los gobiernos municipales para hacerse patos con la promoción cultural, deportiva e histórica que hacen especiales a estas fechas.

Nuestro alcalde, que es un crack para el tema de las decoraciones urbanas, renunció incluso a las banderitas que venden en las papelerías, y nuestras calles fueron iguales a las del resto del año, excepto por los horribles pendones promoviendo su segundo informe de gobierno. Lo mismo pasó en algunos municipios, en los que trabajo, a los que tuve que echar un precavido ojo en días pasados: El Grullo y Unión de Tula.

El gobierno municipal anunció que sería a través de plataformas digitales que se harían algunos festejos. El asunto se redujo a la tarde del 15 de septiembre, cuando en la Plaza de Toros se organizó un espectáculo folclórico que incluyó a la Chirimía de Manuel, a la escaramuza Alborada, a la cantante Doria Núñez, al mariachi de Óscar Rosales y al Ballet La Grana.

Eligieron una hora un tanto extraña: a las tres y media de la tarde. Duró 50 minutos y ha pasado lo mismo que en otras experiencias similares: el alcance es técnicamente mucho mayor. Los jardines del centro de la ciudad serían insuficientes para albergar a las 17 mil personas que vieron el espectáculo, el número corresponde a las reproducciones del video al momento en que lo consulté, seguramente crecerá. Hay quien asegura que esto será parte de la Nueva Normalidad y que ningún festival, feria o lo que sea, podrá renunciar ya a las transmisiones en vivo. Habrá que ver.

El único grito al que tuve acceso lo dio el Presidente de la República, igual con una lógica de transmisión televisiva y de redes sociales. Marcado por el zócalo solitario, fue protagónico el durísimo toque de corneta que llamó al silencio por los fallecidos de la epidemia. Las ceremonias se adaptan al ritmo de las circunstancias: de

los veinte vivas que arengó López Obrador, se sumaron este año la fraternidad universal, el amor al prójimo y la esperanza en el porvenir. El hecho, como suele pasar con el Presidente, fue calificado de horrible manera por un grupo y aplaudido por otros. A mí me gustó.

Antes de ver el grito cené pozole. Esa ha sido mi alimento cada noche del 15 de septiembre los últimos 20 años, por lo menos. Opté por una cenaduría del centro, con la intención de ver el ambiente cuando fuera a recogerla: calles vacías, ausencia de comercio, sin música. Pero cada local de venta de antojitos mexicanos libraba una feliz batalla para completar los numerosos pedidos.

Por lo que vi en fotografías esta mañana, los autlenses no renunciamos a la fiesta nacional, y llevamos a nuestros respectivos hogares el sentimiento nacionalista. En casa, te decía, se redujo a cenar pozole, a ver el grito de Andrés Manuel y luego a que cada uno de nosotros arengara a los héroes de la patria, pero fue más una estrategia didáctica para que Eva pudiera hacer mejor su tarea.

El desfile cívico y militar también se canceló. Secundarias y primarias se alternan cada año el recorrido independentista y el revolucionario; este ciclo les tocaba a las primarias caminar, sería el debut de mi hija en desfiles cívicos, pero no pudo vivirse. Algunos profesores pidieron que las familias hicieran representaciones caseras de hechos de independencia, con un sentido más didáctico, pero no alcanzó a ser representativo.

En resumen, creo que perdimos mucho: un programa cultural que solía durar todo el mes, con su culmen el 15 y 16 de septiembre. La difusión de una narrativa que pese a sus múltiples imprecisiones transmite un mensaje importante: la patria no está terminada de construirse, y en varios momentos ha sido necesario adoptar medidas disruptivas para alcanzar ideales. El verbo luchar se mantiene vigente.

Tengo muchas horas pensando en algo que hayamos ganado. Si me ayudas a reflexionar en eso te lo agradeceré. Por lo pronto, para mí, ha sido una tarea infructuosa. Observé algo muy positivo, pero no estoy seguro sobre si la ceremonia en el panteón de la alameda puede inscribirse entre los festejos patrios. Estoy seguro de que tú tienes un panorama más amplio y que, cuando lo veas prudente, serás generoso al compartirlo.

Nos leemos la próxima semana, Memo. Te dejo un patriótico abrazo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 19 de septiembre de 2020.

Profesor Carlos:

Yo tampoco he encontrado algo positivo en esta no celebración de las Fiestas Patrias, como no sea la cantidad de posibles contagios que se evitó al cancelar los actos masivos. En el caso de Autlán la cosa fue más triste todavía y no por culpa de la pandemia sino porque los esfuerzos de la oficina de Comunicación Social se concentraron en los días álgidos de las fiestas en el informe del presidente municipal, lo que evitó que se produjeran más contenidos que aportaran al ambiente festivo. Hasta los videos de difusión que estábamos grabando se suspendieron algunas semanas por esta causa.

Puede ser que la falta de celebraciones en vivo provoque un mayor interés y ánimo entre la gente para las próximas fiestas. O puede ser, por el contrario, que se enfríen las ganas de festejar; hay que esperar al 2021, el año del Bicentenario.

Yo estoy de acuerdo en festejar el 16 de septiembre, es bueno tener fechas precisas que nos sirvan como asidero para la identidad. Además, el movimiento que tuvo que estallar violentamente ese día de 1810 y que, como bien dices, no fue exactamente su inicio, se mantuvo vivo hasta la consumación de la independencia, aunque con altibajos tan fuertes que por mucho tiempo se consideró muerto. Para 1821, de hecho, ya estaba confinado a las montañas del actual estado de Guerrero y comarcas aledañas. Lo que no me convence es el enfoque que se le ha dado desde hace muchos años y que ha hecho creer a la gente que el 16 de septiembre de 1810 nació nuestro país. Esas cosas hay que aclararlas desde los espacios donde nos toca trabajar y tratar de darle una mayor relevancia al 27 de septiembre, día de 1821 en que, con la entrada del Ejército Trigarante a la ciudad de México, ya podríamos dar por iniciada la azarosa pero interesantísima vida de nuestra patria.

Por cierto, vale, estoy leyendo con mucho agrado un libro en el que se transcribe la correspondencia, que se anuncia inédita, entre Maximiliano y Carlota entre julio de 1859 y enero de 1867. No he avanzado mucho en la lectura pero, entre cuantiosa información relevante que ayuda a tirar muchos mitos, como el del supuesto distanciamiento entre la pareja, y que ya comentaré más adelante, viene la relación que le hace Carlota a su marido, que andaba de gira por el Bajío, sobre la confrontación entre el elemento conservador y el liberal con motivo de la fecha en que debía celebrarse la independencia en 1864. Entre la lucha de símbolos que se traían los dos bandos estaba el de esta celebración, que los liberales querían que fuera el 16 y los conservadores querían mover al 27 de septiembre. La cuestión monárquica estaba en el centro del debate, desde luego. Aun así, la pareja imperial, que tenía ideas más liberales incluso que algunos mexicanos que llevaban ese mote, fijó la fecha importante de la celebración el 16, enfrentándose incluso al clero. Total, que nunca nos ha faltado un motivo para no estar de acuerdo.

Con tanta cosa, la semana pasada se me pasó comentar aquí el inicio de los trabajos de la Licenciatura en Artes del CUCSur, el pasado lunes 7 de septiembre (“es nuestro aniversario”, cantaba Ana Torroja, y no faltarán alumnos de esa licenciatura que hagan lo propio), en un acto encabezado por el rector general de la Universidad, la secretaria estatal de Cultura, la rectora del centro universitario y la alcaldesa de El Grullo, al que no pude asistir, como hubiera querido, por las restricciones de movilidad que padecemos. Tengo los mejores augurios respecto al aporte de esta nueva institución a la región, pero no solo en cuanto a la formación del talento que ya hay aquí sino también en la contribución para la cultura local de los maestros y alumnos que lleguen de fuera: traerán no solo un programa educativo para desahogar sino formas de trabajo, gustos musicales y experiencias que harán crecer a nuestros jóvenes músicos. Con la guía

del profesor Daniel Flores Regalado, quien ha demostrado talento en la formación de jóvenes desde la Orquesta Sinfónica Juvenil de El Grullo, creo que habrá muy buenos frutos.

Esta clase de aportes los hemos visto en las instituciones educativas que ya funcionan en la región, pero quisiera referirme hoy a la Escuela Preparatoria Regional de Autlán, que cumple este 19 de septiembre 61 años de su primera clase. Fue la de Historia Universal, impartida a las 3 de la tarde por el doctor Jesús Velázquez, ese adelantado a nuestros días que evitaba el saludo de mano y cualquier forma de contacto físico con otras gentes por no intercambiar bichos microscópicos.

Esa prepa que, como los rockeros post-Avándaro, tuvo que lidiar contra el macartismo tropicalizado, formó jóvenes de la región mediante los programas académicos pero sobre todo por medio del contacto y las enseñanzas vitales con profesionistas que fungían como maestros en ella. Muchos de ellos venían de fuera, como algunos de los que darán clases en la Licenciatura en Artes, y se desempeñaban como directivos en la Minera Autlán. Don Nacho Gómez Zepeda, cronista de El Grullo y alumno de aquella prepa, dice, exagerando un poco, que tales profesores nos enseñaron hasta a bañarnos todos los días.

Los músicos que vengan a enseñar en la escuela de El Grullo no nos enseñarán a bañarnos diario pero van a ayudar a potenciar el talento que indudablemente existe aquí. El día siguiente al de la inauguración de la licenciatura, sin embargo, tuve una discusión con un amigo grullense, que se quejaba de cosas como que la tal escuela servirá solo para formar músicos de sierrero o que la coordinación encomendada a Flores Regalado es por pura política o que en un par de años la escuela se mudará a Autlán.

En fin, que siguen sin faltarnos motivos para no estar de acuerdo.

Nos leemos la próxima semana para comentar sobre las ansias
adornadoras del presidente de Autlán.

Guillermo.

23 de septiembre en La Labor, municipio de Ejutla.

Señor Cronista:

Lo que con frecuencia es una de las grandes virtudes del ser humano, suele convertirse también en uno de sus más grandes defectos. Me refiero a la rapidez con que nos acostumbramos a los cambios. Es una virtud porque sobrevivimos a situaciones adversas, y es un terrible vicio porque limita nuestra capacidad de mejorar. Pero lo único constante en la vida es el cambio, dijo don Eráclito hace un chorro de años.

Eso pensé en estos días, al hacerme tú recordar a don Nacho Gómez, un grullense que con frecuencia nos visita en la secundaria y comparte con los alumnos los contenidos de sus libros. Aunque se interesan, he visto la cara de incredulidad de los morros cuando don Nacho les comparte que no hace tanto, algo tan cotidiano en la vida como ir a la prepa fue una realidad ajena para los jóvenes de la región.

Nada ha estado desde siempre, ni siquiera la piedra del cerrito tan fotografiada en las últimas tardes. Mucho menos nuestras costumbres, por ejemplo, la de tronar cohetes en el marco de las fiestas religiosas. En las inmediaciones de octubre tengo muy presente al Zapotlán de Arreola, esa ciudad donde, a partir de los duros terremotos que la han golpeado, decidieron hacer un pacto de protección con san José. Y no es el aura mágica del santo la que evita los golpes. Es su ejemplo de vida que los mueve a proteger a los más necesitados y a llevar a las acciones el Evangelio, lo que les ha permitido enfrentar las desgracias.

En fin, la diócesis de esa tierra anunció que los festejos anuales al santo protector tendrán múltiples modificaciones, entre las más importantes, la ausencia de cohetones y castillos de pólvora. Increíblemente, hubo una cascada de lamentaciones por esta irreparable pérdida. “Siempre ha sido así”, escribieron en algunos espacios vir-

tuales en los que tengo un privilegiado acceso, luego te cuento esa historia.

Por andar pensando en Zapotlán me acordé de Arreola, pero concretamente de don Orso, hijo de Juan José, quien escribió un libro del que una línea se me quedó muy grabada: “Lo que un padre le cuenta a su hijo, es la forma más pura de la literatura”, y pues, narra en esas páginas tuyas las memorias de su muy insigne progenitor.

El caso es que mi madre me contó una historia que desde niño me fascinó: Cerca de Jalpa, había un pueblo que quedó hundido al construirse una presa. “Las cruces del panteón a veces son visibles, cuando el nivel del agua no es muy alto”, me decía. “Lo mismo algunas paredes, también las torres de la iglesia. Movieron a la gente muy cerca de ahí, les hicieron casas nuevas iguales a todos, a algunos les convino porque tenían unas chocitas, pero otros, sí le perdieron”. Esa fue la literatura en su estado más puro, a la que tuve acceso.

A decir verdad, siempre imaginé ese pueblo como la Atlántida jalisciense, y asociaba las torres de la iglesia subacuáticas a las de San Juan Parangaricutiro, sumergidas bajo la lava del joven Parícutín. Es decir, siempre pensé que era una leyenda. Pero resulta que no, aunque como toda narración oral tiene datos ciertos y otras imprecisiones.

A estas alturas de la pandemia ya sabemos que hay acciones arriesgadas y otras no tanto. El riesgo es prácticamente nulo al caminar al aire libre en parajes sin personas, así que el domingo fui a La Labor, ese pueblo que mi mamá visitó muy joven y pudo ver las casas recién hechas, y algunas paredes derrumbándose entre el agua.

La presa se llama Basilio Badillo, popularmente le llamamos “Las Piedras”, se ubica oficialmente en el municipio de Ejutla, se terminó de construir en 1973, su cortina mide 91 metros de alto y su corona 518 metros, está sobre el río San Miguel. Pararme frente a esa mole de rocas me hace sentir diminuto, frágil, pero por alguna razón lo

disfruto, he ido varias veces. Cada visita la había hecho por la zona de la cortina, hay dos restaurantes donde se come delicioso, el más bonito es el que está arriba pues la vista del embalse es maravillosa.

Pero el domingo tomé el margen derecho del río y llegamos a La Labor. No pudimos reconocer las casas nuevas que se hicieron muy parecidas, pero sí trazos de calles muy rectos en el primer cuadro, un espacio público grande que domina el centro de la población, con un jardín con kiosco, espacio deportivo, el templo y la plaza de toros.

Es normal que a los desconocidos que escrutan las viviendas ajenas se les vea con suspicacia, así que pronto entablamos comunicación con una persona para preguntar por la iglesia vieja. Nos dio señas. En sentido estricto es una esquinita del cuerpo de agua que no está a más de un kilómetro del pueblo actual.

El templo, contrario a lo que siempre imaginé, no yace bajo el agua. Está cerrado por COVID pero inmune a la inundación, tiene una placa descolorida en la que se alcanza a leer que es un “Patrimonio de la Humanidad”. Se trata de un edificio de ladrillo, con una gran puerta de madera, al costado tiene unos frescos pasillos con arcos donde se adivinan aburridos sábados de catecismo, pero con una lindísima vista.

Persisten algunas paredes en una ladera cercana, pero nada de los vivos o los muertos que habitaron una tierra que hoy está sumergida, que, sin embargo, convierte en parcelas productivas a 32 mil 400 hectáreas de Jalisco y Colima.

Si alguien sube a la loma sin estas referencias y ve el embalse extenderse más allá de donde llega la vista, pensará que el paraje nunca se ha modificado. Igual que hay quien piensa que estudiar la prepa en la región ha sido posible desde siempre, o que no es factible una fiesta religiosa sin cohetes. Hay cosas que se salvan y hay cosas que se hunden.

Por último, quisiera hacer votos porque dentro de algunas décadas le gente piense que es normal hacerse profesional de la música en El Grullo, tan normal como bañarse todos los días.

Un abrazo, Memo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 26 de septiembre de 2020.

Profesor Carlos:

Me llama la atención que en estos días constantemente recurrimos a dar una breve explicación de cómo algo que hicimos fue sin exponernos al riesgo de contagiarnos. Aclaramos que fuimos a tal parte tomando las medidas necesarias o que esa salida no era tan riesgosa por sí misma. Supongo que así estaremos durante un buen tiempo, hasta que nos terminemos de adaptar a las nuevas condiciones sanitarias.

La placa que fue develada en el panteón el 15 de septiembre nos recuerda la antigüedad de ese recinto. Gracias a Martha Corona sabemos que se terminó de construir el 15 de septiembre de 1831 y que fue también una reacción a una emergencia sanitaria. Autlán vivía recurrentemente brotes epidémicos de diversas enfermedades, como cólera y viruela, desde muchos años antes y, cuando se tuvieron suficientes conocimientos para saber que la higiene era un elemento fundamental para la propagación o contención de ellas, se tomaron algunas medidas que implicaron un cambio en la forma de vida. Una nueva normalidad.

Una de esas medidas fue dejar de sepultar cadáveres en el campo santo, es decir, cercano al recinto sagrado que era la parroquia, y hacerlo en un lugar lejos de donde vivía la gente. Así nació el panteón que ahora llamamos “De los Dolores” y que, puedo imaginar, fue motivo de disgusto y desacuerdo entre algunas personas en su momento, cuyos argumentos pudieron ser desde religiosos hasta de comodidad: cómo vamos a llevar a sepultar a nuestros muertos tan lejos, en aquellos andurriales que quedan tan retirados del templo. Cómo vamos a oír misa de cuerpo presente para luego caminar hasta allá, qué flojera.

Más o menos como las resistencias a los cambios que experimentamos ahora en nuestro día a día gracias al nuevo coronavirus. A ver cuántos de ellos permanecen y cuántos serán pasajeros.

Haces una muy buena descripción del pueblo de La Labor, cuya primera referencia que recuerdo es el rótulo en ciertos destartalados autobuses que mostraban su nombre como última etapa de su ruta, que comenzaba en la antigua central camionera de Autlán y pasaba también por El Grullo y El Limón. Alguna vez tomaré el camión para llegar hasta allá, debe ser una experiencia interesante.

Y qué bueno que el templo se salvó y que alguien lo considere patrimonio de la Humanidad. Esa suerte, al parecer, no la tendría el templo de Temacapulín, que con el resto del pueblo estaría condenado a quedar sumergido bajo las aguas del río Verde en forma de presa, que también está pensada para beneficiar a dos estados, en este caso Jalisco y Guanajuato. La propuesta del gobernador Emilio González Márquez, de triste memoria, en el sentido de trasladarlo piedra por piedra a la nueva ubicación del pueblo, parece que no tenía pies ni cabeza.

Por cierto, ahí hay otra muestra de cómo nada permanece estático en el tiempo ni es igual en todas partes. No conozco la historia de la creación de la presa Basilio Vadillo, cuyos beneficios, tangibles o no, estoy lejos de discutir, pero la imagino como un drama tremendo. La salvación del templo puede haberla atenuado, pero seguramente hubo una fuerte resistencia de los habitantes del pueblo a permitir que sus tierras, sus casas y sus muertos desaparecieran para siempre, tragados por el agua, y a resignarse a cambiar su forma de vida y sus horizontes.

Más o menos esa es la resistencia de los habitantes de Temaca —pueblo inmortalizado por el padre Alfredo R. Placencia—, Aca-sico y Palmarejo, que quedarían sumergidos junto con toda su identidad (incluido el famoso Cristo de Temaca) si la presa El Zapotillo

se construye a la altura a 105 metros. Estos alteños personajes han tenido en su lucha por el territorio el acompañamiento de organizaciones civiles y la atención de algunos medios de comunicación, lo que aparentemente no tuvieron nuestros vecinos de la sierra de Amula. Quizá en estos años sí contarían con eso, su pueblo se hubiera salvado y una amplia región no tendría ese imponente tinaco.

Acabo de leer el nuevo libro del doctor Rodrigo Ramos Zúñiga, *El país de los rotos*, y no puedo evitar usar el cristal de sus conceptos para ver las cosas en estos días. Se trata de una serie de cuentos breves, que al final pueden leerse como una sola historia, usando el último texto como desenlace general del libro. Todos ellos giran en torno a la idea de la ruptura, entendida como un trauma o impacto que deja una cicatriz profunda en la vida de los personajes: hay rupturas amorosas, desde luego, pero también de salud, de pérdida de integrantes de la familia, de formas de vida o de ecosistemas.

Algunas de estas rupturas son tan profundas que resultan irreparables y marcan el fin de un sistema de vida. Pero otras, gracias a la resiliencia (la verdadera fuerza que permite la evolución, según el concepto de Charles Darwin), a la inclusión y a otros elementos, propician no solo la permanencia de la vida sino el nacimiento de nuevas y mejores situaciones. El doctor Rodrigo lo ejemplifica en la creación de un vitral, bello y luminoso, a partir de los trozos de vidrio que produce la ruptura.

Los que viven ahora en La Labor y alrededor de la presa Las Piedras pueden ser un buen ejemplo de vitral, usando lo que perdieron como soldadura para unir los trozos de cristal que ahora ofrecen al visitante y que disfrutan ellos mismos. Hay que tomarlos como un ejemplo de lo que podremos hacer con lo que perdamos en nuestras propias rupturas.

Para despedirme por hoy tengo que decir que los intereses decorativos del presidente de Autlán sin duda fueron una parte impor-

tante de su éxito electoral, junto con el llamado voto masivo por Morena. Pero ya instalado en el número 1 de la calle Venustiano Carranza (siempre quise usar esta inglesa expresión para referirme a la Presidencia) puede ser una de sus muchas debilidades frente a la opinión pública, imprimiéndole una imagen de frivolidad y superficialidad a su de por sí maltrecha administración. Por lo pronto ya los vecinos de Las Montañas expresamos nuestra inconformidad por su intención de colocar las figuras de Cri Cri de Arturo Castro en el jardín del barrio.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

Autlán de los cañaverales a 30 de septiembre de 2020.

Querido Memo:

La metáfora del vitral es una de las más poderosas que he leído en los últimos días. No solo contiene la explicación exacta de la complejidad de los acontecimientos que nos marcan la vida, también goza de la expresión estética que interpela los sentimientos, tan ligados a nuestras decisiones, que más nos vale dejar de menospreciarlos. Los vitrales que más me gustan están en el Castillo de Chapultepec; muestran a cinco diosas griegas y los mandó a hacer Porfirio Díaz en París, diez años antes de embarcarse en el *Ypiranga*.

Al pararse en el punto más alto del cerro de Chapultepec, es posible observar el pedacero de cristales que han construido este país. Sobresalen las alas doradas del Ángel en el Paseo de la Emperatriz, y a veces la contaminación permite adivinar la mancha verde de la alameda, por donde pasó el Ejército Trigarante en su camino a la Plaza de la Constitución (me encanta la versión que afirma que el recorrido se modificó para desfilarse por el balcón de la Güera Rodríguez, amante de Iturbide). Una cosa más que me cae bien de El Grullo, es que han tratado de hacerle justicia al primer emperador mexicano: una caja popular y el CECYTEJ, llevan su nombre.

Para cerrar el debate independentista, creo que en adelante me voy a abstener de la confrontación de si es Hidalgo o Iturbide el padre de la patria, o si deberíamos festejar el 27 y no el 16; creo que, si de la historia rescatamos que tanto conservadores como liberales, realistas e insurgentes, fifis y chairros, han aportado pedazos de cristal al vitral mexicano, nuestra convivencia podría ser más armónica y productiva.

Pero dejemos el pasado, que el futuro también amenaza nuevos rompimientos.

Cada que se piensa en el valle de Autlán desde una vista panorámica, sobresalen puntos verdes que recuerdan que gran parte de la tierra se dedica a la producción de caña. No es para menos, la industria del azúcar que encabeza el Ingenio Melchor Ocampo es desde hace cinco décadas una de las mayores fuentes de derrama económica en la región y también una puerta abierta para que la migración transforme el espacio local.

Ya no citaré la idea de que el Entierro del Mal Humor tuvo su origen en los trabajadores veracruzanos del ingenio, pues has dejado claro que desde antes se celebraba. Pero el recorrido tiene matices que nos llevan a aquellas tierras, así que, aunque su adición fue posterior, me mantengo con la idea que el Entierro sí tiene notas jarochas.

Pero lo que me hizo pensar en ese tema como un rompimiento, es que durante la semana observé a algunos líderes cañeros, como Carlos Blackaller, hacer una tibia defensa del azúcar como un alimento sano. La industria está en riesgo, Memo, y con ello más transformaciones se le vienen a la región.

El que López Gatell recurra a las comorbilidades por diabetes y obesidad para explicar la explosión de muertes por COVID, ha sido interpretado por una buena parte de los críticos de la 4T como un mal pretexto, y por otros como una razón auténtica. Lo que yo sí puedo compartirte, es que uno de mis últimos trabajos como reportero local fue una investigación sobre las causas de muerte en el municipio y, desde entonces, la diabetes ocupaba la posición de oro en el medallero.

Los cañeros han visto cómo de pronto el azúcar ha sido tratado como el tabaco décadas atrás: con regulación en su uso, y alarmantes anuncios en los alimentos que los contienen que advierten de los riesgos de consumirlos en exceso. No hace mucho, recuerdo que en la Benemérita tuvieron una sesión que explicó el nuevo etiquetado.

Vivimos una época extraña, Memo. Porque por un lado padecemos el exponencial crecimiento de enfermos de diabetes y obesidad, pero también cada día veo más gimnasios y nutriólogos distribuidos por Autlán y El Grullo. Ya hemos hablado previamente de dos aficiones que tengo: la de comer como si no hubiera mañana, y la otra son las carreras de larga distancia. Son incompatibles en la misma temporada, así que he aprendido de los secretos de las dos.

Para poder correr el par de maratones que llevo, fue necesaria la asesoría profesional de la Dra. Ana Degollado, y la primera restricción que viví fue precisamente la azúcar procesada y todos los alimentos que la contienen. No había distinción entre azúcar blanca o mascabada, endulzantes de origen de caña o de maíz. Eliminar los azúcares fue la consigna. El proceso significó catorce kilos menos y un par de medallas que me enorgullecen mucho.

Hay posturas incluso más extremas. Está tomando fuerza, por la cantidad de personas que la están siguiendo, algo que llaman “Dieta Keto”, que básicamente consiste en restringir al mínimo el consumo de carbohidratos y azúcares, excluyendo, incluso, a las frutas. No entraré al debate de si funciona o no, solo la traje a cuento porque la industria local está fuera de esa ecuación.

La defensa de los cañeros ha sido pobre, más bien en tono de reclamo que de explicación, con muy pocas evidencias que ayuden a inclinar la balanza a su favor. Me temo que en próximas zafras veremos una disminución de la producción, porque también se reducirá la demanda. Ha sido una desagradable sorpresa ver que artículos que uno consideraba más o menos sanos, llevan hasta tres etiquetas negras que esas industrias tratarán de evitar.

En lo local viviremos pues un nuevo vidrio roto. Así como se destrozó el de la grana, el del manganeso; vivimos los últimos años de los grandes cañaverales que son parte del paisaje junto a los camiones que riegan basura a su paso, veremos a obreros que podrían quedar

desocupados si se mantiene —y seguro lo hará— la idea de que producen un alimento que provoca enfermedades y muertes.

Quizá deba aclarar que no es una situación que deseo. Solo anticipo que va a ocurrir. Nos leemos la próxima semana, Memo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 3 de octubre de 2020.

Profesor Carlos:

Alrededor del año 2004, recién egresado de la universidad, me encontré a una compañera de la carrera en el puesto de *dogos* de Chuy Jiménez, contra esquina del añorado hotel Valencia. Como le expresara que me parecía raro que estuviera comiendo solamente una salchicha, sin más acompañamiento que la servilleta con que la sostenía, me explicó que estaba consultando a un nutriólogo (en esa época había pocos en Autlán, este parece que venía cada semana de Guadalajara) que le había indicado, para bajar de peso, un curioso régimen: comer, durante una semana, nada más que carnes. A la siguiente semana comería solamente alimentos vegetales y así iría cambiando. Mi amiga bajó de peso pero sufrió un terrible rebote tiempo después.

Aunque ya no es algo tan reciente, uno de los negocios emergentes más productivos de nuestros días es lo que llaman la industria del bienestar, que tiene diversas expresiones. Una de ellas es el consumo de productos (señaladamente alimentos y suplementos) y servicios, como terapias y consultas profesionales, que ofrecen precisamente una mejora en el bienestar del consumidor mediante la depuración de su salud y la prevención de enfermedades futuras. De forma un tanto marginal, esa abundancia de gimnasios y nutriólogos en nuestra región podría considerarse parte de esta industria, que según *El Economista* tendría un valor de 4.2 billones de dólares en todo el mundo.

Entre los nuevos productos que se ofrecen en empresas de esta industria hay algunos que sustituyen a otros que son previamente satanizados, como el azúcar, la sal o, en casos de a tiro muy extremos, hasta la leche. En Estados Unidos hay fortunas fabulosas que se han amasado mediante negocios tan raros como las terapias a base de

veneno de abejas, de consumo de leche humana (muy demandada por las personas *fitness*) o de aceites esenciales. Estas terapias son ofertadas en empresas que se anuncian como clínicas y que suelen contar entre su nómina a médicos y nutriólogos que les dan un barniz profesional. Sin embargo, hay fuentes serias consultables en Internet que echan por tierra los fundamentos teóricos de estos modelos de negocio.

En mi vida he consultado a dos nutriólogas y ambas han coincidido en que alimentos como las grasas animales, la sal o el azúcar no son dañinos por sí mismos, y mucho menos venenosos. Lo que causa las enfermedades crónicas que ya conocemos no son ellos sino los desórdenes de conducta en los que vivimos, entre los que se cuentan los hábitos alimenticios. Los atracones y el consumir demasiado de un grupo de alimentos en detrimento de otro es lo que causa desequilibrios de salud.

Puede que la industria del bienestar le pegue a la industria azucarera global. Pero también pueden hacerlo y lo han hecho en el pasado, en el caso de México, los cupos demasiado altos para la importación de azúcar o de productos sucedáneos, las disposiciones tributarias y los desastres naturales. En el caso del valle de Aatlán, la industria ha vivido momentos críticos relacionados con asuntos ambientales y económicos que mal que bien han sido superados. Por lo pronto, la zafra última registró una molienda récord, según lo que se publicó en la prensa, por lo que no parece ir tan mal. La industria azucarera en el valle no puede ser eterna, va a llegar el día en que la baja en la demanda o cualquier otro factor económico le dé el golpe de gracia. Pero yo prefiero no emular a Casandra y menos en asuntos tan inestables como la economía.

Algo que sí veo en franca decadencia es la vitalidad de la fiesta patronal de la Virgen del Rosario, cosa que, aunque no lo creas, me pesa bastante. Mañana es el mero día de la fiesta, que seguramente

estará tan apagada como muchas otras actividades públicas que ha afectado la pandemia. Pero la decadencia de esta fiesta que, a diferencia del Carnaval, sí puede ser rastreada hasta el siglo XVII, ya viene de décadas atrás. De las narraciones que nos cuentan los viejos podemos darnos cuenta de que todavía hacia los años 1970 las fiestas patronales de Autlán se preparaban con tiempo y no por las autoridades eclesíásticas sino por cada barrio, cuyos habitantes participaban activa y devotamente en todo el proceso: diseñaban y arreglaban carros alegóricos, peregrinaban el día que les tocaba hacerlo, rivalizando con los otros barrios, y el primer domingo de octubre asistían a la fiesta en la parroquia.

Según los mismos informantes, la intensidad y devoción de la gente ha venido a menos. Me ha tocado ver cómo muy pocas personas participan normalmente en las actividades del novenario, que aumentan en número apenas en el último día. Lo que me preocupa es que este descenso en la actividad de la fiesta no se debe a una prohibición o cualquier otro tipo de disposición autoritaria sino que viene de sus mismos depositarios y, contra eso, no hay defensa o rescate posible. Y es lamentable, porque esa devoción constituye un elemento de identidad irremplazable, su pérdida representaría un menoscabo grave a la cultura popular de Autlán. Está en los fieles la posibilidad de reavivarla.

Para cerrar la comunicación por hoy, una buena noticia que a lo mejor ya conoces: a partir del próximo martes 6 de octubre el Museo y Centro Regional de las Artes volverá a estar abierto al público, según anuncio que se difundió esta misma tarde. Claro, con fuertes restricciones, como la imposibilidad de aceptar el ingreso de grupos de personas, lo cual anula la esperanza de un pronto regreso al grupo de lectura. Lo malo es que el anuncio se conoce a la par que otra amenazante declaración del gobernador, diciendo que sigue latente

el llamado botón de emergencia por el aumento de contagios entre la población joven que, dice, ha relajado las medidas de seguridad.

Esta esquizofrenia oficial me parece uno de los elementos más graciosos e insoportables de la pandemia.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

En Autlán es el primer miércoles de octubre de 2020.

Señor Cronista:

He elucubrado en torno a la decadencia de la fiesta de la Virgen del Rosario, y creo que responde al modelo de organización de la Iglesia, cuya unidad básica es la parroquia, y al crecimiento urbano de Autlán. Por parroquia no me refiero al edificio, sino al territorio en el que un párroco atiende a cierto número de feligreses, y que a su vez puede tener a uno o más vicarios que le ayuden en varios templos. El caso es que, aunque la Parroquia del Divino Salvador es la más antigua, no es la única.

En la ciudad hay cinco parroquias: la ya citada del centro, la Santa María de Guadalupe en Las Montañas y San Juan Diego en la Echeverría, ambas celebran a sus patronos en diciembre; además, está el Señor de la Misericordia en El Mercadito, que festeja el primer domingo después de la Pascua, y en Los Arquitos su fiesta patronal es el 1 de mayo, pues se conmemora a san José Obrero.

A raíz del crecimiento de la ciudad, para la mayoría de autlenses la del Divino Salvador dejó de ser “su parroquia”, por lo tanto, las fiestas patronales de octubre no le resultan tan significativas. La otra razón, me parece, es que el centro de Autlán está poco habitado, las casas ya son minoría de cara a los negocios y oficinas.

La tercera causa, es que el Carnaval tomó la identidad de la fiesta de la ciudad que alguna vez tuvo el jolgorio religioso, así que más que como una pérdida absoluta yo la veo cercana a una transformación. ¿Cuántas fiestas podríamos vivir en Autlán? Tuxpán, Jalisco, se define como el pueblo de la Fiesta Eterna y no estoy seguro de que quisiéramos seguirles el ritmo. Hemos fortalecido al Carnaval relegando a las celebraciones religiosas a sus parcelas de atención.

Estuve a punto de ligar el tema de las fiestas de Autlán con Nocheztli, pero para llegar a ese asunto aún nos quedan varias sema-

nas de colchón, suficientes para ponerles una pausa a nuestros deseos de corregir al mundo, y en su lugar abreviar en otra leyenda fascinante de la región, de esas que podrían utilizarse como narrativa para captar miles de turistas, si nos viéramos más allá de nuestro ombligo.

Es pues, la leyenda de que Diana de Temiscira, princesa amazónica, heroína de la Liga de la Justicia y uno de mis amores platónicos, puede ser originaria de las costas de Jalisco, concretamente de Cihuatlán, cuyo nombre en náhuatl remite a la frase “Lugar de Mujeres”. Pues según algunos aficionados a la historia, frente a Barra de Navidad existió una isla parecida a la que Zeus les regaló a las Amazonas. Aunque en otros textos, se habla de territorio continental, todas coinciden en el matriarcado que se ejercía en la comarca.

Jesús Monroy es un profesor del municipio, mi alumno en la MEB y autor de una *Monografía histórica y cultural de Cihuatlán*, y es quien me contó la historia que me fascinó. Primero te comparto los datos que más o menos se puede rastrear: luego de la caída de Tenochtitlán, Francisco Álvarez Chico hizo una expedición en la que, cerca del río Balsas, le informaron de una población a diez jornadas de camino con la siguiente singularidad. Transcribo el párrafo de la cuarta carta de relación de Fernando Cortés:

de trujo relación de los señores de la provincia de Ciguatán, que se afirman mucho haber una isla toda poblada de mujeres, sin varón alguno, y que en cierto tiempo van de tierra firme hombres, con las cuales han aceso, y las que quedan preñadas, si paren mujeres las guardan y si hombres los echan de su compañía.

El profe Monroy me compartió su certeza de que la historia es más que una leyenda y me referenció la isla en donde ese matriarcado ocurría. También citó censos de la época que daban cuenta de 500 mujeres y 20 hombres, y de más documentos que describían con detalle a la sociedad en la que desterraban a los bebés varones que

quedaban a cargo de los padres, mientras que las mujeres permanecían y practicaban el arte de la guerra.

Además de llamar la atención por la dominación femenina, las Amazonas del futuro Jalisco se pusieron en el mapa por ser una tierra “rica en oro y perlas”. Debo aclarar que matizo la precisión de la narración completa porque entiendo que no se registraron en la zona resistencias importantes a la llegada de los españoles, o quizá influyeron las noticias de que convenían más los acuerdos que el conflicto. No hay, pues, rastros de un ejército de mujeres combatiendo contra los españoles.

Como sea, encuentro fascinante la similitud entre la leyenda de las Amazonas de la Costa Alegre y las Guerreras de Temiscira, por la idea de una isla donde hacían su vida con autonomía, del poder de fundar una sociedad que decidiera casi prescindir de un sexo y que le dieran a la relación una mera vocación reproductiva. También imagino ardientes historias de amor frustrado, con un mar de por medio y un conjunto de normas que no permiten la convivencia diaria. En eso, no es tan diferente a lo que actualmente vivimos.

Pero no hay manera de reconocer los hilos que conecten esa realidad con la que experimentamos actualmente. Salvo por la historia oral con la que se educa a los niños y se entretiene a los turistas. O quizá, dirán las posturas más duras, las han borrado de la historia para que nuevas generaciones eviten pensar que otra forma de organización es posible, no digo que mejor, solo digo que distinta.

¿Qué lugar crees que deben ocupar las leyendas al momento de reconstruir la historia y cultura de una población? Porque esta semana encontré otra que siempre asumí que era totalmente imaginaria y resulta que absolutamente falsa no es. En la tercera edición de la revista del Colegio de Arquitectos de Autlán, apareció una serie de ocho fotografías que muestran túneles bajo construcciones del primer cuadro de la ciudad y, aunque la publicación pide a gritos

un editor, encontré esta línea que me pareció relevante: “Cada vez que durante una excavación surgen vestigios de una construcción subterránea aparece un común denominar que no (debería ser nos) inducen a pensar que estos forman parte de una estructura continua”.

¿Te imaginas que se pueda reconstruir este paseo subterráneo y algún día ir en lancha a la isla en la que solo vivían mujeres? Aunque suenen a leyenda, son dos experiencias que yo quisiera vivir.

Nos leemos la próxima semana, Memo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 10 de octubre de 2020. Es el aniversario de don Antonio Borbón, el primero de nuestros grandes líderes.

Profesor Carlos:

No me ha sido dado conocer esos famosos túneles del centro de Autlán, como la mayoría de los autlenses solo tengo referencias más o menos vagas de ellos. Como una de las leyendas habla de uno que comunicaba la Casa Universitaria con la parroquia, cuando trabajé en ese centro cultural me di a la tarea de buscar el sitio donde pudiera haber estado su entrada pero todos los esfuerzos fueron inútiles ... no recuerdo si fue el maestro Chuy Medina quien me platicó que los albañiles que trabajaron en su remodelación le dijeron que no habían visto nada que pudiera sugerir la entrada a un túnel.

Una vez el Soruyo, que por mal nombre lleva el de Jesús Díaz, me mostró unas fotos de lo que parecía ser la entrada a un túnel, encontrada en el lote usado como estacionamiento de vehículos del Ayuntamiento, en la calle de Carrillo Puerto. Era un cuadro pequeño, que creo permitiría el paso de una persona de complexión delgada y, aunque no se podría precisar su profundidad, parecía perfectamente ademado con ladrillos de tipo antiguo, grandes y con pátina. También personas dignas de confianza me han referido haber visto una entrada similar, pero más grande, en lo que fue el Centro Cultural Autlán, en la esquina de Borbón y Escobedo, a media cuadra del lote que te mencioné arriba.

Por otro lado, una vez que con José Solórzano y su equipo acudimos a la parroquia con la intención de hacer un documental sobre ese sitio, el párroco Saldaña (que en paz descanse) nos negó rotundamente que hubiera túneles que cruzaran las calles del centro de Autlán por debajo y menos que tuvieran algo que ver con el templo, que él conocía a la perfección. Claro que su negativa la tomé con

muchas reservas, él mismo me había negado un par de años antes, con la misma rotundidad, la existencia de registros de inhumaciones en el archivo parroquial anteriores a 1858, con el argumento de que Juárez les había quitado todo.

Hasta la publicación del Colegio de Arquitectos, que también creo que adolece de la falta de un buen trabajo de edición, no había tenido una referencia más o menos organizada de la existencia de túneles. Aunque en realidad la información que ofrecen es muy poca y casi tan vaga como la que circula de boca en boca, le doy un valor mayor por venir de profesionales de la construcción, que habrán estado en contacto directo con estos vestigios de túneles. Lo que sí me intriga es el origen de las fotos que aparecen en la revista, si fueron tomadas en los túneles autlenses estaríamos hablando de construcciones en muy buen estado de conservación y de magnífica manufactura, al menos comparadas con lo que yo esperaría de los dichos túneles, que enriquecerían sustancialmente el patrimonio edificado autlense.

La existencia de túneles y de otras construcciones subterráneas no es ningún secreto o novedad en la región. Los que podían construirlos los hacían sobre todo para resguardar bienes o personas en las difíciles épocas anteriores y posteriores al porfiriato, cuando eran víctimas de robos, secuestros y extorsiones. Yo pude conocer un túnel de este tipo en las ruinas de la hacienda de San Juan de Amula, por allá a principios de los años 1990. Era relativamente corto (unos 200 metros) y estrecho, arrancaba en la chimenea de la cocina y llevaba a una como casa en lo alto de una loma. Podían entrar personas en él, que tendrían que casi arrastrarse para recorrerlo, y se alcanzaba a notar que en sus tiempos era bastante seguro y macizo. Para cuando lo vi, ya estaba cortado en algunos puntos, tal vez a causa de excavaciones realizadas para buscar tesoros. Estos cortes, sin embargo, permitían seguir su trayectoria por afuera.

Yo esperaría túneles de este tipo en las casonas del centro de Autlán, que quizá sí comuniquen casas vecinas pero que difícilmente cruzarían calles y menos llegarían hasta Ahuacapán, como dicen algunas versiones. Y no porque no hubiera sido posible que los construyeran sino porque ya hubieran sido encontrados cuando se han realizado obras subterráneas en el centro del pueblo.

Hace tiempo que tengo la intención de estudiar la Licenciatura en Historia en la UdeG Virtual pero lo he pospuesto por diversas razones. De modo que no tengo (todavía) los fundamentos teóricos para responder a tu pregunta pero, basándome en mi experiencia, te puedo decir que, si bien las leyendas no son propiamente una fuente para la Historia sí son una especie de inspiración para realizar la investigación y la reconstrucción de hechos históricos. Recuerdo, por ejemplo, cómo la *Ilíada* ha sido un acicate para excavaciones arqueológicas en las costas turcas, que en algún momento permitieron el descubrimiento de lo que podrían ser las ruinas de Troya. A partir de ahí, se confirmaron o se corrigieron datos de la historia antigua de Grecia. Imagínate que las leyendas de las amazonas prejaliscienses y de los astrónomos de Cuautla desencadenaran trabajos arqueológicos serios que nos permitieran conocer más de las culturas que habitaron nuestra región, ya sea confirmando o no las dichas leyendas. Sería francamente chingón.

Un papel más importante es el que juegan las leyendas en la construcción de la identidad y, con ella, de la cultura de una comunidad. Se consideran, incluso, parte del patrimonio cultural de los pueblos. Creo que hace algunos meses hablamos aquí de la obra de Carlos María de Bustamante, un periodista del siglo XIX que construyó, con base en leyendas, la figura de algunos personajes y acciones épicas que sirvieron para exaltar los valores morales y cívicos que formarían, por lo menos en intención, la esencia de la personalidad del nuevo país. Así se difundieron el Pípila y el Niño Artillero, entre

otros, personas de extracción humilde como la mayoría de los nuevos mexicanos y con un sentido de generosidad y de amor por la patria ejemplares. No veo por qué nuestras leyendas locales, junto con las nacionales, no pudieran servir para insuflar ánimo y entereza a nuestra gente y con ello enfrentar tiempos difíciles.

Vale, el espacio se me agotó sin darme cuenta y ya ni pude comentar mis recuerdos del 9 de octubre de 1995, acaso el mayor desastre natural que nos ha tocado vivir aquí en el pueblo. A ver si la próxima semana.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

En Autlán es octubre y todo sigue sereno.

Señor Cronista:

A diferencia de Fernando Delgadillo, quien en su más famosa composición le pide a su musa que sienta miedo de mayo, yo le tengo pánico a octubre. En Guadalajara, es mi mes favorito, pues empieza el frío, el tren ligero extiende su horario y solía haber chidísimos conciertos a muy bajo costo en el Auditorio Benito Juárez; pero en Autlán, la hemos pasado fatal en el mes de las lunas bellas.

Para fechar esta carta vigilé levantarme con el pie derecho, hice la señal de la cruz sobre el teclado y estoy tocando madera, pues es ya la segunda quincena de octubre y en Autlán la cosa sigue serena o, al menos, no se ha agravado en congruencia con lo mal que nos ha tratado el año 2020.

Quisiera comenzar el recuento de las desgracias del mes, compartiendo mi experiencia en el temblor del 9 de octubre de 1995. Estaba en el segundo piso de la secundaria Jaime Llamas García, en la clase de Español, cuando los vidrios comenzaron a moverse, los alumnos dejamos de hacer el concomitante ruido para guardar un silencio sepulcral, que solo fue interrumpido por gritos lejanos que nos motivaron a salir disparados.

En el pasillo, sentí caer pedazos de cristal a mi espalda y escuché algunos chillidos de pánico y dolor. Bajé al patio aún con tiempo de pasar la mayor parte del terremoto tirado en el suelo rezando por sugerencia de la conserje, hecho que me hizo guardar dos de las tres imágenes que tengo más vivas de esa fecha: la primera es la enorme plancha de cemento meneándose igual que las olas del mar, con ese ritmo, con las crestas y las depresiones distanciadas a dos metros. Para cuando el movimiento se hizo trepidatorio, observé la segunda imagen: una hormiguita a la que el sismo agarró frente a mis ojos, saltando tres centímetros por encima del suelo. ¿Has visto alguna

vez una hormiga brincando? La verdad es que lo recuerdo y me dan escalofríos.

La tercera memoria guardada también fue de dolor. Días después, de la secundaria nos llevaron a apoyar en el retiro de escombros de la primaria Francisca García Mancilla —o 20 de Noviembre, no recuerdo la fecha del cambio de nombre—, hicimos cadenas para sacar pedazos de adobes derruidos. En el techo de un salón trabajaban hombres jóvenes destejando justo frente a mis ojos.

Un muchacho, al que yo había visto muchas veces en la Echeverría, subió por una escalera, y cuando estaba en el punto más alto, la estructura se movió y él fue al suelo. Cosa de tres metros. Lo vi caer y escuché el hueso romperse. Un fémur fracturado suena igual que si rompieras un leño seco, pero aún fuerte. La ambulancia llegó pronto, pero cuento con los dedos de la mano las ocasiones en que he visto tanto dolor en un rostro.

Esos días supe que morir sin esperarlo es una posibilidad. Me sentí frágil pero, al mismo tiempo, consciente de que la compañía y solidaridad de los amigos hacen la diferencia. Tu cuñada Nuvia recuerda que justo cuando la hormiga dejó de brincar, los vecinos nos buscamos para agruparnos y luego regresar seguros a nuestras casas.

El 9 de octubre, pero de 23 años después, yo estaba en la clase de Español de una secundaria federal en función de profesor; la tierra se volvió a mover —sentí la desgraciada hormiga brincando sobre mi mano—. Cesó el concomitante relajo de los adolescentes e incluso los más desmadrosos buscaron en mi voz las instrucciones que les permitieran sentirse menos frágiles, salir vivos. He tomado algunos cursos y seguí varias recomendaciones, pero en esencia hice lo mismo que años antes: no dejar a nadie atrás, mantener al grupo unido.

Pero no solo los temblores han tratado mal a la región. Con ya una década matrimoniado, solo una vez he visto a Martha no muy convencida de vivir en Autlán, y fue el 12 de octubre de 2011. Se

nos avisó que estaba por llegar un huracán peligroso, y nos fuimos a dormir preocupados, escuchamos la lluvia caer toda la noche, pero encontramos la gravedad al amanecer. Vivíamos a 30 metros del Coajinque y el caudal estaba en la puerta.

Con el agua en las rodillas caminé las calles de la colonia —pensándolo bien, estoy aquí por algo más que por gustarme los nombres de escritores en sus calles— y entrevisté a mis vecinos, unas horas más tarde pude cruzar a la colonia Guadalupe y rescaté las narraciones de la avalancha de lodo echando a perder muebles, ropa, comida y, en general, la vida como la conocíamos.

Problemas sindicales en Radio Costa evitaron que esos días tuviéramos de manera ordinaria UNIR Noticias, pero las ya populares redes sociales nos sirvieron para compartir información, conectar personas, dejar registro de lo ocurrido, anunciar el tapón de basura en el puente viejo y pedir ayuda. Hay en mi perfil de Facebook un álbum con 86 fotos que dan cuenta de los daños. Me gustan dos, por encima de las demás.

Una la hice sobre el Coajinque, frente a la colonia Ejidal, donde encontré a una familia que sacó a asolear un puño de fotos. Cuando me acerqué me platicaron que la noche de Jova el rugido del arroyo los obligó a abandonar su vivienda sin llevarse nada; al volver dos días después concentraron su atención en salvar los recuerdos. Durante 30 minutos escuché historias de bautizos, viajes y familiares difuntos que, impresos en un papel, sobrevivieron al peor huracán, para orgullo de descendientes: “Si estamos juntos estamos bien”, me despidió la señora. Se refería a los vivos y a los muertos que se asoleaban en las fotografías.

La otra imagen fue en las secciones J, L y M de la Guadalupe, en ella hay personas hundidas hasta las rodillas, paleando inútilmente para alejar un poco el lodo. Me gusta porque, según me dijeron, no

todos eran de esas casas, había gente de otras colonias de Autlán que llegaron a embarrarse por desconocidos.

Consultando los periódicos de la época, el temblor del 95 mató a diez personas en la región y durante Jova fallecieron once. Creo que ambos fenómenos nos marcaron, aunque con frecuencia repetimos los errores de prevención y planeación que terminan por costar vidas, como si de octubre solo deberíamos esperar lunas hermosas.

Nos saludamos la próxima semana, Memo. Ojalá que todo siga sereno.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 17 de octubre de 2020.

Profesor Carlos:

Antes de comenzar tengo que hacer una aclaración: la carta anterior la terminé refiriéndome al temblor del 9 de octubre como el mayor desastre natural que hemos padecido los autlenses. Desde luego, me refería a los autlenses contemporáneos, el (probablemente) milenarío pueblo de Autlán ha sufrido desastres mayores en otros momentos, como el famoso temblor del 32.

Mi vida se ha caracterizado por ser más bien aburrida, en parte porque no me han pasado muchas cosas interesantes y en parte porque cuando me han ocurrido me las he ingeniado para que parezca que no lo son. Uno de mis defectos, que podría pasar por una virtud en algunos casos, es que mis emociones tardan un poco en aflorar, incluyendo los momentos en que está ocurriendo un desastre de los que estamos platicando.

Solo por no dejar, te contaré mi experiencia del 9 de octubre de 1995. Yo no estaba en la escuela porque perdí ese segundo semestre del año luego de egresar de la secundaria; en lugar de hacer los trámites correspondientes para ingresar a la prepa fui a la xv Zona Militar a intentar el ingreso al Colegio Militar. Ahí me aclararon que sería bienvenido en Popotla pero que antes debía tener el grado de bachiller. Me dieron otras opciones, como la Escuela Militar de Transmisiones en Puebla, de la que saldría con el grado de subteniente y una carrera que me permitiría ganarme la vida aun fuera de las Fuerzas Armadas, pero preferí hacer la prepa en Autlán y luego volver a intentar el ingreso al mero Colegio. Cuando acabé la prepa ya la calentura militar había pasado, afortunadamente.

Bueno, no estaba en la prepa sino en mi casa, en la colonia Azucarera, desayunando para irme a trabajar al taller que tenía mi papá frente a la agencia de la Nissan. Claro, no se trataba de tenerme de

vacaciones todo un semestre. Mientras sonaba “Coma”, la última canción del álbum *Use Your Illusion I*, de Guns ‘n Roses, comenzaron a sacudirse muy fuerte los libreros de la sala. Al sentir la vibración en el suelo, pocos segundos después, me quedó claro que lo que estaba ocurriendo era un fuerte terremoto y no el simple paso de un camión de carga. Esto tenía sentido porque una vibración parecida a la de los libreros se sentía cotidianamente en el taller cuando pasaba un camión por la carretera.

En la colonia no vi ese “oleaje” de la tierra que varias personas me han descrito. Me paré de la mesa, apagué el estéreo (no se fue la luz antes ni al inicio del temblor) y salí caminando tranquilamente al patio de la casa, donde ocurrió la imagen que quedó guardada en mi disco duro y uso como fondo de pantalla para esta historia: yo me quedé parado al centro del patio, como lo habían recomendado mis maestros, y mi perro se sentó frente a mí, mirándome fijamente. Pero la imagen que te digo no es eso sino la mirada del perro: me veía fijamente a los ojos y, aunque sé que supuestamente es un animal irracional, entendí en ellos claramente una interrogación, estoy seguro de que esperaba algo de mí, seguridad o una respuesta o una orden o algo. Era una mirada casi humana, me quedó la impresión de que por un instante logramos una comunicación efectiva.

El fondo sonoro de esta escena eran los gritos de las vecinas de varias casas a la redonda, que expresaban un enorme miedo y desesperación. Cuando, siglos después, dejó de moverse la tierra, se instaló un silencio pavoroso, cortado por los llantos de algunas de las dichas vecinas. Las casas de la Azucarera, de las que después supe que fueron construidas con un sistema de cimentación adecuado para afrontar los terremotos, no sufrieron daño alguno. En mi casa solo se perdieron algunas cosillas que cayeron de las partes altas de los muebles y ya. Tomé la bicicleta y salí a trabajar como si nada pero,

llegando al cruce donde ahora está la glorieta del caballito, ya iba temblando de miedo.

Mi papá me contó después cómo las palmeras que creo que todavía están afuera de la agencia se movían como ahora lo hacen los monos esos que colocan en las gasolineras como anuncio. La familia de un cliente de Ayutla que en ese rato tenía su carro en el taller andaba turisteando en el centro y, al regresar por su vehículo, contaban cómo caían trozos de la barda del edificio de Hanón. Cuando entré por fin a la prepa, en el semestre inmediato, el edificio del ingreso de la escuela estaba fuera de servicio y se le hacían trabajos de rehabilitación que durarían todo ese 1996.

A diferencia de los terremotos, que te llegan sin darte tiempo a veces ni de reaccionar, los huracanes, que son el otro azote de Autlán en el mes de octubre, como son anunciados con días de anticipación te permiten acumular emociones. Eso me parece que ocurrió en octubre de 2015, cuando supimos, en plena Semana Cultural Universitaria, que venía el huracán Patricia, el más fuerte que se hubiera conocido. El viernes 23 había de azotar las costas jaliscienses con una fuerza que superaba la escala de Saffir-Simpson, lo que propició que el cierre de la semana cultural ocurriera antes de lo planeado, con un concierto de la Orquesta Sinfónica y el Coro Municipal de El Grullo celebrado el jueves en la noche. El viernes amaneció lloviendo y creo que había el sentimiento generalizado de temor.

Patricia dejó daños millonarios en la Costa pero en Autlán no hubo tanto que lamentar como con el azote de Jova. De esa ocasión me quedó también una imagen, aunque en el sentido del tacto: la sensación de la caída de las gotas de lluvia pero en la cara, “cayendo” de forma horizontal por efecto de los imponentes vientos.

Vale, en este momento acaba de terminar el primer tiempo del Clásico Tapatío, con marcador a favor de Chivas por 2 a 0. No puedo evitar, cuando veo esta clase de juegos, imaginar a los integrantes

de los equipos originales, allá a principios del siglo xx, jugando por el orgullo de la pertenencia a un grupo social. Ya sé que no te gusta mucho ver series pero, si algún día quieres ver una, te recomiendo *Un juego de caballeros* (o *The English Game*, como es el título original), la historia de los inicios de la profesionalización de la FA Cup. Más o menos así imagino la escena balompédica tapatía de esos tiempos.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

Autlán rojiblanco. 21 de octubre del 2020.

Señor Cronista:

Andrés Fábregas, investigador del Colegio de Jalisco, abrió el camino jalisciense a observar el fútbol como un fenómeno social que trasciende al juego, aunque buena parte del mundo lo juzgue enajenante y superfluo. *Lo sagrado del rebaño* es un texto clásico para todo profesional y aficionado a los estudios socioculturales.

“Ser de Chivas es una apuesta por la risa catártica de quien al último ríe”, es una de las líneas que guardo con mayor cariño como aficionado que soy al Guadalajara. En ese texto se recuperan los aportes simbólicos que hace la escuadra rojiblanca a la identidad de Jalisco e incluso a la nacional: la figura del máximo campeón del país —que ya no podemos ostentar—, o del “equipo del pueblo”, que tampoco tiene razón de ser desde la llegada de Vergara, sí fueron factores muy emblemáticos cuando se publicó el libro. También la eterna lucha con la capital del país.

Lo único que nos queda es ser el equipo que juega únicamente con mexicanos. Un valor anacrónico en un mundo globalizado, que nos lleva a pertenecer a un reducidísimo grupo de clubs que convierten el chauvinismo en virtud y que en el caso de las Chivas es también el mejor de los pretextos para justificar las cada vez más frecuentes vergüenzas. ¿Por cuánto tiempo más la playera de Chivas será tan mexicana como la del Tri? No lo sé, pese a que me obligo a pensar en lógica global, reconozco que me gusta que exista este equipo en el que alinean solo nacionales.

El caso es que, luego de mucho tiempo, estuve veinte minutos sentado frente al televisor para ver el final del Clásico Tapatío. Llegué cuando el “Cone Brizuela” ya había metido el tercer gol, y asistí con enfado a las pifias arbitrales que abonaron al susto. Los rojinegros han acuñado el “triumfo a lo Atlas” haciendo simbiosis entre victoria

y sufrimiento, contradictorio con el origen aristócrata, elitista y fastidioso de su afición, valores que permanecen intactos.

Al silbatazo que puso fin a las hostilidades, me descubrí riendo y recordé el texto de Fábregas. Luego leí tu carta y decidí poner a rodar el balón sobre la hoja en blanco. Las Chivas ganaron tres a dos.

Aunque el fútbol es un tema que mantiene la etiqueta de poco serio, abundan los textos que demuestran su enorme influencia en campos sociales, políticos y económicos. Un amigo muy cercano, Óscar Molgado —a quien puedes ver cada miércoles a las 7 de la noche en el Canal 44 de televisión en el programa “La Tribunera”—, me encomendó la revisión de su tesis de Maestría en Comunicación. El *Negro* ha hecho del fútbol su objeto de estudio desde la licenciatura.

En esta ocasión, analizó al Pancho Villa’s Army, un grupo conformado por migrantes mexicanos en Estados Unidos que tienen la consigna explícita de hacer que la Selección Mexicana de Fútbol juegue de local en cualquier estadio del vecino del norte y la misión implícita de recuperar el territorio. Esta última es mi afirmación, no la de Molgado.

Alrededor de los partidos del Tri, se cumplen varios rituales: el grupo de mexicoamericanos que integran al ejército de Pancho Villa plantan una enorme bandera mexicana en las inmediaciones del inmueble futbolero, le suben el volumen a las bocinas que escupen música de banda y bellísimas piezas de norteño clásico. Prenden bengalas tricolores, y contingentes de bigotones con sombreros de ala ancha (ni siquiera son de charro) conforman una marabunta que entonan el “Cielito lindo” tras de una portería.

Lo curioso del asunto es que se preocupan porque la trasgresión simbólica ocurra en el marco de la legalidad. Cada fiesta en el espacio público tiene un permiso reglamentado ante las autoridades gringas, y aunque beben alcohol con generosidad, contratan camiones que evitan que las personas conduzcan ebrias y por lo tanto rompan la

ley. Pancho Villa invadió Columbus y un siglo más tarde su ejército futbolero mantiene la invasión con símbolos que ellos asumen mexicanos y con los cuales recuperan el territorio; “México siempre juega de local”, dicen, pero sin dejar de ser buenos ciudadanos en Estados Unidos. Una chulada de discurso y acciones. El viernes Óscar defiende su investigación, en su Twitter le recomendamos que saliera a pasear el balón como si Guardiola hubiera fungido como su director de tesis.

Yo, de joven, traté de ser futbolista; cuando menos un año de mi vida lo dediqué a entrenar con esmero y, curiosamente, las únicas ocasiones en que hice pruebas fue frente a visores del Atlas. Lo mejor de esa época es que en casa hay una fotografía en la que luzco un bellissimo jersey color grana con enormes letras blancas en el pecho: “Autlán”, y en la mirada un orgullo desbordante. Alcancé a integrar una selección juvenil para un torneo. Como si fuera meme, una lesión en la rodilla me marginó de asistir a unas pruebas que me acercaban mucho a un plantel de tercera división. Pero, en realidad, fue mi poco talento el que me alejó del pasto y me acercó a los micrófonos, gracias a Dios.

En cambio, nunca me llamaron la atención el cuartel, ni el seminario. Ya te he dicho que ando por el mundo con la certeza de que la esencia del Evangelio es vigente, pero que es necesario ajustarlo a los contextos que se viven, pues la literalidad es la peor manera de leerlo. Por eso no me sorprende la beatificación de Carlo Acutis, el quinceañero que calza Nike y usó Internet para promover su visión de fe. A ver si luego hablamos de él.

Dirás que comenzar hablando de futbol y terminar hablando de religión es despropósito, pero hay una razón, Memo, y es que teclear estas líneas me evocaron a Eduardo Galeano, quien en el mejor libro que se ha escrito sobre el juego de once contra once, *Futbol a sol y sombra*, dice que estos dos campos semánticos se parecen: “en la

devoción que le tienen muchos creyentes y en la desconfianza que le tienen muchos intelectuales”.

Galeano narró que solía ser un crack que rompía cinturas, triangulaba pases y cuajaba jugadas imposibles, pero solo en sus sueños; su pata de palo fue una razón para ponerse a escribir y aquí me tienes. ¿Te animas a jugar una cascarita? Algún día deberíamos hacerlo.

Un abrazo, Memo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 24 de octubre de 2020.

Profesor Carlos:

Que se arme la cáscara de fútbol, yo soy materia dispuesta. Creo que en alguna carta anterior te comentaba que es este mi deporte favorito, aunque nunca lo practiqué con verdadera seriedad: solo un par de años jugué de manera más o menos organizada (el más o menos es literal, los jugadores teníamos que andar investigando un día antes dónde y contra quién nos tocaba jugar cada semana) en una liga interna que existía en el CUCSur mientras estudiaba la licenciatura. En mi grupo de Contaduría formamos el equipo Inter Contaduría en 2001, con un uniforme semejante al del Inter de Milán (cuya camiseta todavía conservo), y que era bastante regularcito: sufrimos goleadas estrepitosas contra equipos fuertes como el de Turismo y propinamos otras igual de escandalosas al de la recién creada carrera de TSUEMA.

La mayoría de los partidos los perdimos o ganamos por marcadores más decorosos pero no clasificamos a la liguilla en el primer año que jugamos. Nosotros no entrenábamos con seriedad, solo algunas veces *cascareábamos*, compramos los uniformes gestionando patrocinios con empresas locales (la principal fue Nago Promotions, del actual presidente de Autlán), y nos hacíamos cargo individualmente de otros gastos, como los zapatos, el arbitraje y lo demás. En ese equipo supimos lo que era jugar un partido de fútbol siguiendo el reglamento algunos que entonces éramos muchachos, como nuestro compa Emmanuel Velázquez y yo, mientras que otros ya tenían mucho camino recorrido en esas lides y además eran bastante buenos, como los costeños Hugo Vélez y Daniel Pelayo, quienes siguieron caminos lejanos a la contaduría.

Pero había muchas diferencias entre los equipos de la liga: los de Turismo, por ejemplo, no eran el grupo de amigos del mismo

salón sino una como selección de los mejores jugadores de la carrera, que llevaban a los partidos hasta una porra y parecían mucho mejor organizados. Los de TSUEMA, en cambio, llegaban a la cancha en mangas de camisa y con zapatos de calle y así se metían a jugar, con la complacencia del árbitro. Por lo tanto, era imposible que pudieran jugar adecuadamente. Ah, pero en nuestra medianía quedó una anécdota que podemos presumir con orgullo: en un partido contra el equipo de Derecho los contadores completamos el equipo y los abogados solo eran siete. Podían jugar, puesto que ese era el número mínimo de jugadores por equipo para que pudiera desarrollarse el partido. Como ellos no querían perder porque tenían probabilidades de clasificar a la liguilla, cosa de la que nosotros estábamos muy lejos, nos ofrecieron algunos cartones de cerveza para que nos retiráramos del partido y ellos ganaran por *default*. Nos negamos en redondo a aceptar semejante cosa, a pesar de que los tres puntos no nos eran tan vitales, y los abogados fueron los que se retiraron de la cancha sin jugar. Ganamos algo más que un partido de fútbol.

Bueno, esta relación de hechos insignificantes que le ocurrieron a un insignificante equipo de fútbol estudiantil viene al caso porque, bien vistos, anticipaban situaciones que a mí, y estoy seguro de que a todos mis compañeros, nos ocurrirían en el futuro inmediato. Yo sostengo que el fútbol, más que otros deportes, tiene un valor que va más allá del simple entretenimiento.

Ya que tocas el asunto del chovinismo relacionado con el fútbol, deja que te cuente una anécdota que a su vez cuenta don Antonio Alatorre en el prólogo a las *Crónicas de Autlán* de don Ernesto Medina Lima: dice que en la ceremonia de entrega del Premio Jalisco 1994, que don Antonio obtuvo en el ámbito de las letras, fue invitado por los demás ganadores para decir el discurso a nombre de ellos. Ahí confesó que recibía el premio haciendo trampa porque él no se sentía jalisciense sino autlense. Como ejemplo de verdadero jalisciense

puso al también premiado Moisés González Navarro, historiador, quien en la puerta de su despacho tenía un letrero que decía: “Nadie pase adelante si no jura por su vida que el Guadalajara es campeón de campeones”.

Como bien sabes, el pasado miércoles se cumplieron diez años de que don Antonio falleció. Con ese motivo en Autlán algunas instituciones culturales organizaron diversas actividades, en línea y a distancia, desde luego, en las que se habló tanto de los lugares de Autlán que fueron significativos en su vida como de su personalidad y de la trascendencia de su obra. Contamos con las palabras de gente que lo conoció en persona, como el poeta David Huerta, la doctora Martha Lilia Tenorio, su discípula (todo el tiempo se refiere a don Antonio como “mi profe”, ¿te acuerdas cuando hablamos de la trascendencia que puede tener un profesor?), y el maestro Alfredo Ortega, quien trabajó con él en la publicación de *El brujo de Autlán*.

En más de tres horas acumuladas de alocución se dijo mucho, pero me quedo con algunos conceptos que quisiera compartir aquí: David Huerta llamó a que, entre todas las actividades y títulos de don Antonio, pongamos más atención en su calidad de escritor. En ella, dijo, que consiste en poner con eficiencia y elocuencia una palabra detrás de otra, don Antonio fue tan bueno como sus contemporáneos Juan José Arreola y Juan Rulfo, aunque no se hubiera dedicado por completo a la creación literaria. La escritura es la base para muchas de las actividades humanas y Alatorre fue un maestro en ella, en el sentido amplio del término. Desde entonces quedé convencido de referirme a él como escritor, antes que filólogo.

La doctora Tenorio elogió el amor por el conocimiento en todas sus formas y vertientes que tuvo su profe, que lo llevó a conocer lo mismo de filología que de astronomía o música pero que también lo convirtió en un verdadero profesor de tiempo completo: contó la anécdota de cómo un taxista de su barrio se volvió seguidor de su

obra luego de un viaje de unos minutos, en los que don Antonio le habló de la historia de la lengua y le inculcó el interés por ese, aparentemente, escabroso tema.

Con eso y otras cosas que aprendí esta semana aumentó mi admiración por este singular personaje y se reafirmó mi compromiso por difundirlo, dentro de mis limitados recursos.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

¿Dulce o travesura? Autlán, Jalisco, a 28 de octubre de 2020.

Señor Cronista:

Viví una gran desilusión cuando hace algunos años visité El Tuito. No es un lugar feo ni me trataron mal, para nada. Mi desengaño ocurrió porque en mi mente estaba la descripción hecha por don Antonio Alatorre en el libro de texto de primaria. Y no encontré la imagen que la lectura infantil puso en mi cabeza. La propuesta de valorar a don Antonio como escritor es un profundo acto de justicia.

Sé que hay otros títulos de su autoría que son dignos de compartir. Pero esta media cuartilla infantil es mi favorita, pues basa su poder en la sencillez. La primera oración tiene escasas cinco palabras, comienza por un sujeto, le sigue un verbo y luego un complemento que contextualiza el espacio y el tiempo. Seis párrafos que dejan clara la voz de un niño que contagia su amor por la naturaleza aislada de su rancho.

Pero también existe un análisis muy crítico a la clase política, que vive en un mundo extraño en el que se viaja en avión con zapatos blancos y que fastidia a la gente con su existencia. Un solo partido gobernaba al país en ese entonces, así que el dardo tiene un blanco claro. Solo un genio puede deslizar una crítica así en un libro oficial.

Por cierto, una relación que tenemos con El Tuito es que es la última población de la costa norte que pertenece a la Diócesis de Autlán.

En tu tarea de difundir la vida y obra de don Antonio Alatorre, quiero expresarte que tienes mi pluma al servicio de la cruzada. Por lo pronto, felicidades por el gran trabajo de este año, aunque solo dos de mis alumnos mandaron video de sus lecturas, fueron muchos los que hicieron búsquedas de textos y practicaron; al final, experimentaron timidez ante la exposición que supuso la actividad.

Señor Cronista, estamos a pocos días de que Hollywood filme todas las películas en las que aparecerá México durante 2021, pues los productores han encontrado en el Día de Muertos una tradición colorida, popular, llena de misticismo y belleza. Coincidirás conmigo en que su explosión generalizada es relativamente novedosa. A mí me gusta, disfruto casi todos sus rasgos, en Autlán además de la panteonada y los concursos de altares, yo doy mis votos para institucionalizar el “Desfile de Catrinas”.

No soy de los que le entra al debate Halloween *versus* Día de Muertos, de hecho, te comparto una acción que creo materializa mi postura personal. Eva asiste a clases de inglés y ahí harán una fiesta de Halloween; participé con entusiasmo en la búsqueda del disfraz, también me aseguré de que viviera una investigación en YouTube sobre la tradición. Aspiro a que mi hija entienda y se dé a entender en el idioma anglosajón, y estoy consciente de que aprender una lengua también significa intimar con la cultura del pueblo que la habla.

Tenemos tanta relación con Estados Unidos que negar su influencia es un poco esquizofrénico. Cientos de miles de mexicanos viven allá y también le entran al pavo en el *Thanksgiving*, consumimos su música, y demasiada gente celebra el triunfo de los Dodgers. Es normal, pues, que en una de las fiestas retratadas hasta el hartazgo por el cine que más consumimos, haga que niños se disfrazen de monstruos para salir a la calle a pedir dulces.

Yo no me enojo, es más, preparo un puñito de caramelos y los reparto a quien los pide con la amenaza de la travesura. Incluso si hay evidencias que los morros pusieron empeño en los disfraces, los felicito. Las fiestas catalizan los temores y aspiraciones de los pueblos. No creo que construyendo islas vayamos a mejorar el panorama.

Pero también sé que el límite de esa simpatía es la promoción institucional. Una cosa es que no me moleste, y otra que se aliente a alguien —que no sea mi hija y por estudiar inglés— a festejar el Halloween.

Ahí creo que las instituciones mexicanas han hecho bien en afianzar los rasgos culturales propios: es correcto promover concursos de altares por todos lados, hacen bien los panaderos en experimentar nuevas recetas del pan de muerto —te voy a conseguir uno que están haciendo mi hermano y mi cuñada que está espectacular—, hace bien el Museo en convocar a concursos de tapetes, calaveritas y cuentos sobre el tema, hace bien la Presidencia Municipal en organizar el Desfile de Calaveras —de verdad, que me gusta un montón— y en general hacen bien las escuelas en promover en estos espacios institucionales, la investigación y las actividades propias de la fecha.

Necesitamos de rasgos culturales propios, no para cerrarnos a los externos, sino para convivir con ellos, contrastarlos y crear nuevas relaciones. Que quede para el registro que, al escribir esta carta, Jalisco vive uno de sus peores momentos de la pandemia por COVID, y que la posibilidad de cualquier actividad pública y presencial está básicamente descartada. Lo cual lamento profundamente. Y al parecer, igual que en los festejos patrios, las autoridades locales lo tomarán como un pretexto para hacerse ojo de hormiga con la promoción cultural que la fecha reclama.

Me despido con tus calaveritas, que son el otro enfoque que disfruto mucho de esta época, aunque si vienes a casa disfrazado de Frankenstein y me dices *Trick or treat*, serás bienvenido y te daré unas buenas cajetas de Sayula.

*Al panteón espiritista
llegó orando una calaca,
vino a buscar un cronista
para acostarlo en su hamaca.*

*Se lo encontró de mañana
y supo que sería su amor;
“anda, muerde mi manzana,
guapísimo contador”.*

*Memo se puso sus moños,
a Huesos no quiso abrazar,
pensó muchos en los retoños
que debía de alimentar.*

*La calaca fue insistente,
ajustó bien sus arreos;
“es que me pongo candente
cuando miro tus videos”.*

*Con miedo y hecho un tornado,
orando, aunque es ateo,
volando fue disparado
a esconderse en el museo.*

*La dientona fue veloz
y no se mantuvo en calma;
“se me cuece este arroz,
para besarte tu calva”.*

*Ya un poco resignado
la tuvo qué apapachar,
pidió un balcón ventilado
para no dejar de hablar.*

*“Contigo me iré, coqueta,
feliz a la sepultura,
allá tendremos la meta
de promover la cultura”.*

Un abrazo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 31 de octubre de 2020.

Profesor Carlos:

Ya le quedan pocas horas al mes de octubre y parece que los desastres naturales nos han respetado en esta ocasión. Y qué bueno, ya hubiera sido mucho encaje si este año hubiera traído también un terremoto o algo parecido, ¿no?

Lo malo es que seguimos capoteando la pandemia, ahora con el mentado botón de emergencia que entró en vigor anoche. Se supone que desde las 7 de la tarde del viernes y hasta las 6 de la mañana del lunes no debería haber aglomeraciones de personas y para eso el gobierno del Estado dispuso que la mayoría de los giros comerciales no abrieran al público en ese lapso de tiempo o que modificaran su forma de trabajar para evitar que se les juntara la gente. Esto también, como sabes, incluye la suspensión del transporte público y la supuesta prohibición de las fiestas, aunque sean familiares, y otras actividades sociales.

Aunque apenas comenzó la aplicación de esta medida, que en un primer momento se supone que durará dos fines de semana, te puedo contar que ya he observado cosas que me hacen creer que será una simulación más de las que ya hemos encadenado en estos meses. La autoridad simula que hace algo, bien pensado y planeado, para contener la cantidad de contagios, y la gente simula que sigue las indicaciones, creyendo la mayoría que se trata de buscar una forma de sacarles la vuelta a las prohibiciones. Aquí en Autlán, en la semana algunos comerciantes investigaban cuáles serían las sanciones en caso de que los inspectores municipales, que son los encargados de vigilar el cumplimiento de las medidas del botón de emergencia, los sorprendieran con el negocio abierto. No hay tales sanciones, así que algunos sí trabajaron, aunque de forma velada. Como sea, habrá que juzgar el 16 de noviembre si el botón sirvió de algo.

Pasando a las festividades de estos días, yo encuentro al que llamo *jalogüín* ya bien establecido entre las costumbres autlenses. Por lo menos desde 1988 he visto que se desarrolla cada año, por aquellos tiempos yo mismo participaba en la petición de dulces por las calles de la colonia IPEVI donde vivía. No les poníamos mucho esmero a los disfraces, a veces nos contentábamos con una máscara de luchador o cualquier baratija que nos pudiéramos colocar para medio cambiar nuestra apariencia común. No tenía ningún otro objetivo que divertirnos, era un juego más, con el incentivo de conseguir algo para satisfacer la gula. La única referencia que teníamos sobre esta actividad venía de las caricaturas, donde a veces se mencionaba al Halloween gringo como un momento de miedo, en el que se desataban ciertas fuerzas oscuras. Más menos así se ha mantenido el *jalogüín* autlense, ya varias generaciones lo han practicado y se han apropiado de él, dándole su propio significado y su propia forma. Yo tampoco tengo problema con eso, en la Echeverría mis hijos también lo practicaban junto con otros niños del barrio.

El Día de Muertos también lo he tenido como una actividad cercana, cotidiana, desde la infancia. Desde siempre he tenido muertos cercanos, a los que había que visitar en el panteón en ese día. Primero eran dos hermanos de mi mamá, luego se agregó mi hermanita, mis abuelos paternos y mi papá. El 2 de noviembre se les visita en sus tumbas en familia, se les reza algo, se platica algo sobre ellos y, a veces, hasta se platica con ellos. Es como una visita normal a alguien que está con vida, un ejercicio de memoria colectiva que evita, o pospone, la muerte definitiva de las personas que queremos. Es algo que no llega a ser una ceremonia o ritual, no tiene unas reglas establecidas. Tampoco es vistoso o luminoso, es más bien íntimo. Pero, a cambio, me parece muy profundo y lleno de significados.

Ese ha sido el Día de Muertos en mi familia desde que recuerdo y, según lo que he podido investigar, es la forma en que tradicio-

nalmente se ha festejado a los muertos en Autlán. Es tan poco llamativa que ninguno de nuestros grandes cronistas la describe: ni don Ernesto Medina Lima, que en algunos textos describió o, por lo menos, mencionó las fiestas del pueblo y de sus barrios y templos, dice algo del Día de Muertos.

Todo lo que le ha dado brillo a esta festividad ha llegado recientemente, de unos 30 años para acá, traído por el sistema educativo. No sé si sea exacto el dato pero creo que uno de los primeros altares “modernos” se montó en la escuela Francisca García Mancilla en 1992 o poco después, precisamente dedicado a esta profesora. Pero lo que más vida, si me permites el término, le ha dado a esto han sido las universidades, señaladamente el CUCSur con su Semana de la Muerte que se celebra desde antes que la semana cultural, y la UPN, que tiene también un festival ya bien posicionado. De ahí vienen elementos como los concursos de catrinas o altares y el desarrollo de actividades como los desfiles que mencionas.

Para serte sincero, ni esos desfiles ni los disfraces de catrinas me entusiasman. Los altares me gustan porque funcionan también para el ejercicio de memoria que mencioné arriba y las calaveritas literarias me gustan aún más. Desde 2004, cuando compuse unas para mis compañeros del departamento de Contabilidad de la empresa en que trabajaba no había vuelto a hacer unas; este año le dediqué una a nuestro presidente municipal, otra a don Cornelio García y la que sigue es para un conocido profesor autlense:

*Preocupada por la baja
de su popularidad,
deambulaba la calaca
por las calles de mi Autlán.*

*“Será mío ese barbudo,
él probará de mis mieles,
y me ayudará seguro
a darle vida a mis redes”.*

*Muy temprano, seis a eme,
jardín de Carlos Santana,
un carrito blanco viene
reventando la mañana.*

*La pelona bien sabía
que Rangel era una estrella
en tratándose de cosas
de la informática aldea.*

*Dentro de él la parca fea
divisa a Carlos Efrén
que iba, aunque usted no lo crea,
rumbo a la Torres Bodet.*

*Y aunque el profe no quería
acompañar a la muerte
y a jalar se resistía,
no tuvo nada de suerte.*

*Iba vestido de charro,
moda que ya no se usaba,
y pintado de la cara
simulando una calaca.*

*Ahora produce TikToks
y hace estados populares
en la página de Facebook
del panteón de Los Dolores.*

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

Autlán. Las velas siguen humeantes en el altar.

Señor Cronista:

El Faraón de Texcoco, Silvero Pérez, hizo el paseíllo en la Alberto Calderas el primer domingo de octubre de 1956. Pero no lo cuentes entre las figuras que han actuado en nuestra plaza, porque esa tarde el “Monarca del Trincherazo” no toreó y nunca más regresó.

Aunque Silvero convocó con su aura torera a miles de aultenes que llenaron los tendidos en esa corrida fuera de Carnaval, al momento que estoquearon al primer toro se dejó venir una señora tormenta que impidió el desarrollo del festejo. Silverio estaba acartelado como segunda espada y la lluvia impidió su actuación.

Don Andrés Pérez asistió a esa corrida y es quien me ha contado la anécdota varias veces. Siempre la rubrica con dos observaciones, la primera es que en su memoria de niño quedó grabada la imagen de los restos mortales del toro pasaportado en los medios de la plaza, pues no alcanzaron a sacarlo y su sangre tiñó el agua que anegó los medios. La otra es que, pese a la decepción, nadie reclamó que la figura mexicana no toreara: los reglamentos estipulan que muerto el primer toro, la corrida oficialmente ocurre. La afición local se mostró entendida de los usos de la fiesta.

La figura que sí toreó fuera de Carnaval en Autlán fue Julián López, “El Juli”. El madrileño había sido un deseo inalcanzable para varias autoridades municipales, quienes, en por lo menos dos ocasiones, vieron frustrada su actuación en Carnaval. La primera fue en 2002, cuando luego de triunfar en la corrida de aniversario de La México, participó en una borrachera que terminó con firma mingitoria en el Ángel de la Independencia, algunos conflictos con autoridades y la salida intempestiva de territorio nacional.

La segunda ocasión frustrada fue en febrero de 2013. Julián tuvo un accidente de carretera en Madrid que le rompió el radio derecho y

no pudo actuar en Carnaval. Pero ese mismo año, ya en noviembre, se anunció la corrida por el 470 aniversario de Autlán —estoy seguro de que tendrás una perspectiva más enriquecedora de la efeméride— y el madrileño, ahora sí, partió plaza y alternó con Joselito Adame y El Payo, lidiaron seis toros de Xajay. Ese día no llovió.

Noviembre de 2013 dejó una profunda huella en la ciudad. El viernes 22, en el auditorio del CUCSur sesionó el Congreso y esta tierra fue capital de Jalisco por un día. Y también por esas fechas comenzó un festival que ha marcado un parteaguas de las referencias culturales en la región: supimos el significado de la palabra “Nocheztli” y lo asociamos a música y espectáculos de alto nivel, pero fue, sobre todo, un motivo muy grande para estar orgullosos de tener la credencial del INE domiciliada en el CP 48900.

Nocheztli fue la nave insignia de la administración de Salvador Álvarez. Esa primera versión del festival a mí me agarró con un pie en las salas de redacción, así que pude enterarme de algunos detalles que, sin ser materia de noticia, sí son tela para confeccionar un ameno argüende hoy contigo, faltaba más.

Recordarás que en 2012 PRD, PT y Movimiento Ciudadano firmaron una alianza electoral que postuló a López Obrador al Palacio Nacional, y a Chava Álvarez a la Presidencia Municipal de Autlán. En ese tiempo, el núcleo de feria fue un tema candente: Fernando Morán lo compró con un fuerte adelanto de recursos de la cervecería Corona, pero no alcanzó a poner un ladrillo que permitiera hacerlo un poco rentable.

El núcleo de feria nunca ha sido una mala idea, pero la administración de Chava tampoco tenía dinero para hacer algo con él. Así que su equipo gestionó, y encontró que la bancada del PT en el Congreso de la Unión resultó capaz de etiquetar un recurso para su aliado electoral en Autlán (esa categoría es de risa loca en este momento, ¿a poco no?). Fue un fondo de quince millones de pesos.

Lo que nunca llegó a decirse públicamente con tanta franqueza, es que existió la intención de que la mayor parte de ese recurso se invirtiera en infraestructura para construir cuando menos una explanada para conciertos y reservar un porcentaje menor para un pequeño festival “Nocheztli”, que serviría para inaugurar el núcleo tan vapuleado.

Así fue, señor Cronista, Nocheztli nació con el ánimo de construir el núcleo de feria carnavalero. Pero no se pudo. Las reglas de operación del programa prohibían que los recursos se utilizaran en la construcción de infraestructura. Claro que los gobernantes locales hicieron lo posible porque los dejaran reetiquetar los fondos, pero no lo lograron: “Si no quieren su festival, regresen el dinero”, fue lo último que supe que les dijeron los del PT. Y pues sí lo quisimos.

De esa primera edición yo disfruté el pabellón tecnológico en la Plaza Cívica, el concierto de Lila Downs y sobre todo la inauguración en Catedral con el *mapping* y el Mariachi Vargas. Asistí a cada concierto que pude de Nocheztli con la certeza de que tarde que temprano terminaría para no volver, primero porque los recursos dejaron de estar disponibles y segundo porque tampoco se cumplió con el criterio de tratar de hacerlo autosustentable, es decir: nunca se quiso cobrar un solo espectáculo. De esa forma, a punto estuvimos de tener un concierto de Molotov.

Hay muchos que añoran su regreso, pero se ve francamente igual de difícil que la Lotería Nacional traiga un espectáculo sin que un autlense la encabece. Más complicado ahora con el fin que tuvieron los fideicomisos, muchas bolsas repletas para robar y otras absolutamente indispensables que igual, la 4T desapareció.

A la distancia, las herencias de Nocheztli son demostrar que Autlán es una ciudad muy diversa, con espacio para muchas expresiones, tan variadas como la banda carnavalera, la música de cámara o el

poderoso *slam*. También que somos capaces de atraer talento que le cambie el rostro y la estructura a nuestra forma de pensar.

Pero que también, tristemente, nos encontraremos con políticos que construyen narrativas que los fortalecen a costa de dinamitar futuros prometedores.

¿Qué te dejó Nocheztli, señor Cronista?

Carlos Efrén.

PD. ¡Gracias por las calaveritas!

Autlán de Navarro. Sábado 7 de noviembre de 2020.

Profesor Carlos:

Una de las causas de la muerte del festival Nocheztli fue la incapacidad de los autlenses para organizarnos y tomar la responsabilidad de mantenerlo con vida. Nació gracias a arreglos entre políticos y dejamos que se mantuviera a merced de la voluntad de ellos, con las consecuencias que ya sabemos: en la administración de Fabricio Corona, con todo y que hicieron el esfuerzo de continuar con el festival, le quitaron por completo su carácter diverso, al dejarlo casi como una extensión del Carnaval. En el actual y curioso trienio, ya ni siquiera se intentó continuar con él.

A lo mejor los ciudadanos pudimos conformar un patronato o alguna figura semejante que se encargara de las gestiones y tareas necesarias para asegurar su continuidad. De esa manera se pudo haber tenido la capacidad de trabajar en su organización sin importar los gustos o fobias del político que se encuentre despachando en Venustiano Carranza #1. Pero no lo hicimos, nos conformamos con exigir y criticar.

Más o menos de esa forma es como se está organizando el Festival Áurea Corona, en el que, aunque se cuenta con la participación del gobierno municipal, también hay ciudadanos ajenos a la administración pública que ayudan a gestionar recursos de los diversos programas de la Secretaría de Cultura y la invitación de músicos y expositores. Y, claro, ayudan a que a los funcionarios no se les olvide el festival. Al ir acumulando ediciones consecutivas se puede concursar por mayores recursos, con lo que ha ido creciendo al nivel que vimos en 2019. En 2020 ya no hubo recursos disponibles porque fueron cancelados por el gobierno del Estado, supuestamente para destinarlos al combate a la pandemia.

El primer festival Nocheztli a mí no me agarró con un pie en la sala de redacción sino en la de recuperación: a principios de noviembre de 2013 tuve la mala ocurrencia de contraer dengue, con el agravante de que me afectó el hígado. Eso me tuvo fuera de circulación por un par de semanas y a medio gas durante otro tiempo, por lo que me perdí buena parte del festival y solo alcancé a registrar los conciertos de Ars Antiqua en la catedral, de Pancho Madrigal en la Casa de la Cultura y la magnífica presentación del maestro Joel Juan Qui, de Tania Libertad y de Armando Manzanero con la que se clausuró.

A pesar de mi obligada ausencia, ese primer festival me dejó la certeza de que Autlán sí tiene público para la variedad de expresiones que mencionas. Sin embargo, necesitamos no sé qué cosa para decidirnos a asistir: si Disidente reunió a miles de personas en Nocheztli solo logró convocar a un porcentaje mínimo de esos miles en el Roc-kautlán de octubre de 2018, a Joel Juan Qui acuden a verlo cien personas al Museo pero cien veces más a la Unidad Chapultepec. Será tal vez el acompañamiento de nombres con mayor fama dentro del cartel o la publicidad masiva o no sé qué componente de *glamour*. Otra cosa que me dejó fue un como regusto placentero al ver el coraje que causó en los *haters* que tiene Autlán en algunos pueblos de la región, señaladamente uno que hay en Unión de Tula.

El festival Nocheztli fue, estoy de acuerdo, un parteaguas en la actividad artística de la región. Pero se generó desde una premisa falsa: la fundación de Autlán en el año de 1543. Sin embargo, hay que decir también que, a diferencia de celebraciones anteriores de la misma falsa efeméride (1943 y 1993), en las que se dio por sentado que Autlán había sido fundado en 1543 y que solo había que festejar, en 2013 sí se buscó la forma de discutir la pertinencia de la celebración: el sábado 15 de junio se celebró en el Museo un coloquio sobre historia de Autlán, moderado por el maestro Jesús Medina y en el que participaron el doctor Nabor de Niz y los historiadores Aristarco

Regalado Pinedo y Lilia Victoria Oliver Sánchez. Se exhibieron ahí datos y se hicieron reflexiones que permitieron concluir que Autlán no solo no fue fundado por españoles sino que los primeros que llegaron aquí, el 4 de mayo de 1525, se encontraron ya con una ciudad. Esto daba al traste con el motivo de la celebración, por lo que no se le dio demasiada difusión. El mismo Felipe Flores, quien era director de Educación del municipio, me dijo en corto que no hallaba cómo decirles a los historiadores que ya le pararan con su danza de datos.

En realidad, la intención de celebrar el aniversario de Autlán ya lo tenían en el Ayuntamiento desde principios de ese año, pero con una idea más amplia que solo el festival, la corrida del Juli y la sesión del Congreso. El 22 de mayo se formalizó la integración de un comité para organizar los festejos, integrado por 25 personas que de alguna forma representábamos a distintos sectores de la sociedad autlense y presidido por Jesús Medina ... había académicos, promotores, artistas... para entonces ya llevábamos varias sesiones de trabajo, en las que integramos comisiones para encargarnos de distintas cosas; a mí me tocó trabajar en la que presidía el doctor De Niz, estábamos proyectando la reimpresión de algunos libros de historia de Autlán ya agotados, algunas actividades académicas y otras cosas. Había la promesa de recursos suficientes, por eso pensábamos en grande.

En esas estábamos cuando nos dejaron de citar a nuevas sesiones, luego supimos de la corrida de aniversario y del festival Nocheztli, que eran parte de la celebración del supuesto aniversario de Autlán. Nunca se nos aclaró suficientemente por qué se hizo a un lado al grupo y se nos hizo perder el tiempo a los que lo integrábamos.

Ya que tocamos el tema de los festejos taurinos fuera de Carnaval (recuerdo, por cierto, un festival organizado por el partido Convergencia en junio de 2009 para promocionar a su candidato Felipe Flores), ¿crees que Autlán tenga suficiente afición como para que la

plaza Alberto Balderas tuviera más festejos a lo largo del año? ¿O ya somos más jaripelleros que taurinos?

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

En Autlán con la mente en Atenas. 11 de noviembre de 2020.

Señor Cronista:

Según un relato muy famoso, el soldado Filípides corrió desde la bahía de Maratón hasta la capital griega para anunciar la victoria de su ejército y así evitar la rendición de la ciudad. Dicen que, con su último aliento, Filípides gritó: “¡Les ganamos a los persas!”. La trascendencia de su acto fue tal, que se tomó como punto de partida para fundar la prueba reina del atletismo de fondo. Si corremos la misma distancia, hacemos un maratón.

Al consultar el calendario te darás cuenta de que hace dos años fue domingo y no ocurrió nada extraordinario. Pero, para tu servidor, es una de las efemérides más significativas de mi existencia: esa mañana, en un tiempo de cuatro horas, 16 minutos y 43 segundos logré emular a Filípides sin morir en el intento. Hace dos años me convertí en maratonista.

Tiempo atrás contábamos un chiste que ha pasado de moda, pero que aplica para mis aficiones deportivas: “Soy como los frijoles de la Conasupo: malo y picado”. Practiqué fútbol, artes marciales mixtas, boxeo, voleibol, natación, básquetbol, atletismo de pista, ciclismo, frontenis, y en todos fui un tronco. Sin embargo, siempre, sin importar la disciplina, salía a correr y llegué a la conclusión de que ese ha sido mi deporte desde niño, primero persiguiendo a mis padres que también tenían esa rara costumbre y después para sudar a gusto en solitario, sin que nadie me reclamara por fallar un gol cantado frente al portero.

En esas circunstancias, más o menos, se anunció el Medio Maratón Nocheztli 2014. Eran los años que recordamos en las cartas pasadas, y operaban los mismos funcionarios que dieron oxígeno a la promoción cultural y deportiva, méritos que, aunque tenían obso-

lescencia programada, jamás regatearé su valía, sirvió para muchas cosas, entre ellas para el calladón de boca que le pusimos al *hater* de la Unión.

Martha y yo decidimos participar en esa carrera, también porque el organizador fue mi amigo Guillermo Moreno, nieto de don Ernesto Medina y un gran promotor deportivo. La distancia de 21 km nos pareció insalvable, así que nos apuntamos a la de los 4 km. En este momento ya estaban muy a la mano las posibilidades autodidácticas que ofrece Internet, así que investigamos planes de entrenamiento.

Siguiendo ese sistema más o menos estructurado, viví una experiencia vital: supe que era capaz de romper mis propias barreras físicas. Una semana antes del 18 de mayo, alcancé a correr 15 km. La carrera Nocheztli en Autlán me convirtió en un corredor de fondo porque, luego de ella, comencé a buscar retos mayores.

Siguiendo esos rudimentarios planes de entrenamiento hice muchos 21 km y observé con pesar que nunca más se repitió el esfuerzo por consolidar la carrera local. En parte, por la falta de recursos y, sobre todo, porque hubo gente ignorante que, con autoridad, se pronunció más por un maratón en lugar de consolidar el Medio; el éxito llenó de soberbia a muchos funcionarios de la época, quienes nunca quisieron escuchar a nadie que no repitiera sus ideas. El medio de Tequila me parece el referente más valioso que puede seguir Autlán; el recorrido por el paisaje agavero hace que anualmente miles acudan a la fiesta.

Acumulando kilómetros ocurrió lo inevitable: me dieron ganas de correr el maratón. Comenzaré por el final: recorrer la distancia me convirtió en otra persona, más seguro de mí mismo, con la certeza absoluta de que puedo lograr lo que sea que me proponga, pero que los grandes retos demandan cambios significativos en la rutina cotidiana y que es necesario empeñar tiempo y recursos para lograrlos.

Siguiendo solo recomendaciones de Internet me lesioné en 2017 y la inscripción pagada tuvo que irse a la basura. Aprendí del error y en 2018 invertí una parte de mi salario en contratar los servicios de un entrenador que me enseñó que el ritmo de la zancada debe ir acompasado con el del corazón. Un monitor cardiaco me sigue a todas las carreras. Otro aprendizaje vital es que uno puede lograr lo que se proponga, sí, pero que será más difícil lograr dos grandes desafíos al mismo tiempo: hasta que terminé la maestría, pude entrenar para correr el maratón.

Le llaman el “Muro” al momento en que se han agotado las reservas de energía; a mí me ocurrió en el kilómetro 38 en un paso a desnivel de López Mateos, ya de regreso hacia la Minerva. Mi rodilla izquierda se dobló como si fuera de gelatina y lloré, Memo, como cuando de niño no me compraron la réplica de la Espada del Augurio, lloré de dolor y de frustración porque pensé que no podría terminar. Pero mira lo que pasó.

A mis espaldas escuché un grito muy fuerte: “¡Vamos Autlán!”, me levanté y comencé a caminar para buscar a mi alrededor a alguien conocido, no encontré ni el origen ni el destino del grito: asumí que era para mí, aunque desconozco al emisor. Volví a trotar y, aunque tocado, pude transitar los últimos metros para pasar bajo los arcos que alguna vez marcaron la entrada a Guadalajara hasta arribar a los pies de la diosa romana. 834 personas llegaron antes que yo, me anticipé a dos mil 537 corredores.

Un año después volví a competir, hice nueve minutos menos que la primera vez y ese mismo día por la noche, juntos, nos paramos en cierto escenario que estoy seguro que recuerdas, ahí pensé por primera vez en escribirte estas cartas, pues vivimos en un mundo lleno de carreritas estériles que demandan no olvidar a los procesos de largo aliento, que pueden dejar reflexiones con más posibilidades de trascender.

También, que en ese proceso de correr, de escribir o de transformar nuestro contexto, hay que hablarle de tú a la fatiga, aprender a gestionarla, con respeto pero sin miedo. Solo así los sueños se pueden hacer realidad. Y esas ideas se metieron a mi ADN y marcan la mayoría de mis decisiones. ¿Ya ves por qué digo que me cambió?

Ojalá que nunca te falte un fantasma que te grite exactamente lo que necesitas escuchar cuando estés exhausto, amigo.

Nos saludamos la próxima semana, prometo retomar tu pregunta de los festejos fuera de Carnaval.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 14 de noviembre de 2020.

Profesor Carlos:

Estoy de acuerdo contigo, la visión a largo plazo y la perseverancia suelen ser requisitos indispensables para lograr cosas trascendentes y significativas. Lo inmediato y lo que no requiere mayor esfuerzo, tan comunes en todos lados, suelen arrojar resultados superficiales, como lo vemos en nuestros periodos trianuales, en los que el mayor plazo que parece tenerse en cuenta es el que falta para la próxima elección.

En CulturAutlán sabemos lo que es eso. Y no porque pretenda que el trabajo que hacemos en el blog tenga alguna trascendencia o valor (eso lo tendrán que decir sus lectores) sino porque ha supuesto una inversión de tiempo, dinero y esfuerzo, como decía el comercial de la tele, desviados de asuntos que pudieron reportarnos una utilidad más tangible que la mera satisfacción de realizarlo. En doce años nos hemos topado con un cura celoso del archivo parroquial y nos vimos envueltos en una polémica con un político local que pretendía usar el patrimonio cultural del pueblo para lustrar su deteriorada imagen, pero también hemos conocido a gente maravillosa, de esa que le prestará dentro de unos años su nombre a las calles de Autlán. CulturAutlán es como un hijo, que me ha costado algunos trabajos pero ha enriquecido mi vida enormemente. Sin una visión a largo plazo y sin perseverar a pesar de los obstáculos en el desarrollo del trabajo de CulturAutlán yo sería, como lo mencionas, otra persona.

Un ejemplo de perseverancia, que conoces bien, es el combate a los invasores europeos y sus aliados mexicanos que emprendieron las autoridades republicanas en la década de 1860, encabezadas por don Benito Juárez. Hubo que enfrentar toda clase de obstáculos y arrinconarse en el último confín del territorio nacional pero los defensores de la República nunca bajaron los brazos.

Traigo esto a cuento para seguir la idea que planteaste en la carta anterior pero también porque hoy es el aniversario de un hecho trascendente de nuestra microhistoria: la entrada al pueblo de Autlán de las fuerzas republicanas, el 14 de noviembre de 1866, ya sin resistencia imperialista. Antes de eso ya habían estado aquí la gavilla de Antonio Rojas, que según algunas versiones tendría su cuartel general frente a la Alameda, por la actual calle de Matamoros, y el general José María Arteaga, a la sazón nada menos que jefe del Ejército del Centro. Pero su permanencia en el pueblo duraba lo que tardaba en llegar alguna formación imperialista, que los desalojaba enseguida.

Pero la llegada de Eulogio Parra, aquel 14 de noviembre, ya fue la definitiva. Los imperialistas ya se estaban replegando de las regiones apartadas, como lo era la Costa de Jalisco, y estaban viviendo el principio del fin de su sueño. Tres días después de su entrada, Eulogio Parra salió a Tecolotlán a buscar una partida imperialista que ahí merodeaba, no la encontró y regresó a Autlán por Sayula (seguramente pasó por Chiquilistlán y sus alrededores), de donde echó al último grupo de los que sostenían a Maximiliano. Por fin, el 8 de diciembre se reinstala la administración pública republicana en Autlán, siendo al parecer el primer lugar de Jalisco donde ocurrió tal cosa.

Pues eso, solamente quería dejar constancia en esta serie de cartas, a las que, por cierto, ya habrá que pensar en ponerle un nombre, de este momento de nuestra historia local. Y la onda de la perseverancia me dio el pretexto perfecto.

Vale, pero también quiero comentarte un libro que acabo de leer y me aportó algunas ideas que casi me vuelan la cabeza, te las diré a riesgo de quedar como un ingenuo. La primera es la posición de la geografía como una de las ciencias sociales, al lado de la sociología y la política y con interacción intensa con ellas. Esto me resultó sorprendente porque, aunque la geografía siempre fue una de mis mate-

rias favoritas, en la primaria, la secundaria y la prepa la estudiábamos como una de las ciencias naturales, tal como lo describe la etimología de su nombre: “descripción de la tierra”. Ahí aprendíamos cómo eran los accidentes geográficos, los recursos naturales, el paisaje y cosas similares. Pero ándale que no es solo eso, la geografía estudia nada menos que el territorio, el espacio en el que la gente interactúa, establece alianzas, se organiza o se mata. De ahí su importancia dentro de las ciencias sociales y, claro, su uso desde el poder como herramienta y también como arma.

La otra idea de interés en este libro (aguanta, ahorita te digo más datos de él) es el concepto de conflicto: su autor dice, recurriendo a la obra de filósofos y científicos anteriores, que es una condición inseparable de cualquier comunidad humana. Ahí donde interactúan dos o más personas estará latente el conflicto, siempre. Pero de esta idea se deriva lo interesante, que es el hecho de que el conflicto no es necesariamente algo negativo o que deba evitarse a toda costa o, una vez ocurrido, que tenga que sofocarse forzosamente. Aunque de todo conflicto resulta una pérdida para alguna de las partes, puede ser abordado (ya sea por las partes que lo conforman o, como suele suceder, por un tercero, que puede ser una autoridad) de manera que de su resolución se deriven cambios que representen un progreso para la comunidad donde ocurrió. El autor pone ejemplos de conflictos de límites territoriales, en los que una parte puede perder un pedazo de tierra, pero lo que dice sobre el conflicto puede aplicarse en cualquier otro ámbito.

El libro se llama *Teoría del conflicto. Una perspectiva geográfica* y su autor es el geógrafo Hirineo Martínez Barragán, originario de El Rodeo. Su padre fue agrarista y él mismo ha sido asesor en conflictos de límites interestatales y entre municipios, por lo que sabe de conflictos y de posesión de la tierra. Te lo recomiendo ampliamente,

es muy pertinente su lectura en una sociedad tan conflictuada como la nuestra.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

En Autlán el 18 de noviembre de 2020.

Señor Cronista:

CulturAutlán es uno de esos espacios de creación de contenido con los que todos soñamos, pero muy pocos tienen los arrostos de materializar y menos de mantener. En la época en que inició, en el mundo estaban de moda los blogs, pero en Autlán eran básicamente desconocidos, así que en su momento tuvo el mérito de la innovación y ahora tiene muchos más; te comparto el que a mi juicio es el más importante.

Decidir qué temas entran en la agenda pública es el poder real que conservan los grandes medios de comunicación y los algoritmos de las redes sociales, es inexacto decir que los periodistas de los que se queja el presidente nos digan qué pensar, pero sí nos condicionan sobre qué temas hablar y cuáles ignorar: marcan la agenda. CulturAutlán ha subido temas a la agenda en muchos momentos de la historia local, con criterios más dignos que la ambición político-electoral y económica que sí se viven otros espacios de comunicación, y esa, Memo, es una gran virtud.

Poner luz en hechos y personajes que no tienen cabida en otros espacios, pero que son valiosos, han convertido a esta ciudad en algo más digno. Autlán es un mejor lugar para vivir desde que existe tu blog, esa es mi opinión sincera como lector. Con el riesgo de ponerme un poco académico, déjame intentar unir esa idea con la planteada por el Dr. Hirineo sobre el conflicto como combustible de progreso. En Metodología de Investigación buscamos problematizar una situación social —en mi área, una situación pedagógica— que aunque aparentemente funciona, preguntarse sobre ella, buscarle defectos, explicarla con otro enfoque, genera un conflicto que remueve estructuras, al que luego se le responde con una propuesta alternativa que mejora el estado de la cuestión. CulturAutlán

nos ha llevado a problematizar temas locales considerando enfoques culturales e históricos.

Para generar progreso es indispensable generar un problema. Y para ir concluyendo la serie de temas que he abordado en las últimas cartas, déjame recordarte otro gran conflicto que vivimos en la ciudad, en el que, según recuerdo, tú y yo nos posicionamos en el mismo frente. Fue con la celebración de la Feria del Chicharrón.

Yo siempre defendí la feria y me dijeron que en realidad mi afinidad era con sus promotores, y pues no, con ellos estoy a cero grados: ni frío ni calor. Defendí la actividad como una promoción comercial de la mano de una expresión genuina de cultura, materializada en uno de los rasgos indispensables para entender el fenómeno social que es la comida.

A la Feria del Chicharrón le tundieron con ganas. En un principio se argumentó que se trataba de una sustitución del espectacular y maravilloso Festival Nocheztli en sus primeras ediciones. Visto desde ese punto de vista tienen razón. Pero visto desde la realidad no. La feria se diseñó para existir junto con el festival, no para suplirlo. La degradación de Nocheztli ocurrió por causas ajenas a la feria y que ya he compartido.

De la mano de las comparaciones llegaron expresiones desafortunadas. Con vergonzosos comentarios se relacionó al chicharrón de cerdo con las clases sociales bajas, con pobreza educativa; se hicieron referencias al físico de personas y todo destiló un clasismo nauseabundo. Cultura, para los criticones, es elegancia como la de Francia, y nada más.

La grandeza de una ciudad en la actualidad globalizada no se mide por la sofisticación tanto como por la diversidad cultural. En la primera Feria del Chicharrón, Autlán fue una ciudad capaz de albergar en un mismo espacio varias fiestas de distintos perfiles: el Carnaval, Nocheztli, el festival navideño, también de rock, el de Muertos, la

Semana Cultural del CUCSur y más o menos por esos años comenzó el Áurea Corona. Hubo a quien el chicharrón le pareció una bajeza: “Soy de otro Autlán”, decían. Como si en esta ciudad solo vivieran vales que añoran beber *lates* en el Starbucks.

Alguna pequeña razón alberga quien dice que los tacos de bandera tienen altos niveles de colesterol y que no debería de promoverse. No es una razón de peso porque la feria no obligó a nadie a comerse un taco y, hasta donde mi nutrióloga me ha dicho, la grasa y el colesterol solo son dañinos en exceso. Ese argumento brilla por su ausencia en otras actividades: la cerveza está atascada de calorías que se almacenan en la barriga, los antojitos de cualquier quermés y las harinas con las que se hace la rosca de reyes producen diabetes, pero el pleito fue contra el chicharrón.

Unos amigos, originarios de Colima, tuvieron que venir a Autlán por trabajo en la primera edición de la feria. Estuvieron tan divertidos, que volvieron sin obligaciones cada año, no al Carnaval, sino a la Feria del Chicharrón. Los comerciantes con quienes platicué siempre hablaron de aspectos a mejorar, pero con buenos balances. Pero reventar la feria les dio votos a quienes lo hicieron, y ahora estamos sin un festival en noviembre.

Hace unas cartas me preguntaste sobre las corridas de toros fuera de Carnaval, y creo que pueden existir, siempre y cuando se acompañen de una actividad más completa: la corrida el domingo en la tarde y nada más, está destinada a fracasar. Incluso la de El Juli fue apuntalada con el inicio de Nocheztli. La afición taurina es cada vez más minoritaria, y desde ahí debemos partir para defender lo que nos queda y promover su crecimiento. Ligarla a otras celebraciones es más que indispensable y, en Autlán, noviembre es el mejor mes para hacerlo.

Pero nos perdimos de un festival funcional y delicioso, por la exquisitez de unos perdidos y la mezquindad de otros, quienes no ven más allá de la próxima boleta electoral.

Nos saludamos en la semana, Memo. Un abrazo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 21 de noviembre de 2020, aniversario luctuoso 99 de Clemente Amaya.

Profesor Carlos:

A fe mía, como dicen los clásicos españoles, que el olor de la fritanga en la primera Feria del Chicharrón llegaba desde el centro de Autlán hasta el barrio de Las Montañas. Esa mañana estaba yo en mi oficina y percibí claramente esa delicia, con la seguridad de que no provenía de otra parte porque en esos tiempos no había algún chicharronero en los alrededores.

Porque creo que así como estamos de acuerdo en considerar una delicia a los alimentos derivados del cerdo (que es, por esa causa, mi animal favorito) lo estaremos también en que el olor de una fritanga es por lo menos igual de placentero, capaz de predisponer el ánimo para el consumo de todo lo que viene, desde los cueritos hasta los últimos tacos de zurrapas. Pero el aroma también sirve para templar el espíritu y dejarlo listo para la celebración y la convivencia festiva. Por lo menos así me pasa a mí y lo expreso aquí a riesgo de ser demasiado cursi.

Meses antes de la primera Feria del Chicharrón, por ahí de agosto de 2015, Miriam y yo acostumbrábamos a ir a tomar *pajaretas* en un cómodo y alegre establecimiento que había en el Periférico, cerca de la salida de la nueva central camionera. O sea, desde la Echeverría había que cruzar casi todo el pueblo. Bueno, pues en uno de esos domingos, que no tenía nada de particular, tuvimos la curiosidad de contar cuántas fritangas callejeras encontrábamos en el camino. Fueron un total de nueve, de todos los tamaños y calidades, lo primero a juzgar por el tamaño del cazo y lo segundo por el de la congregación de comensales.

Aunque no somos antropólogos ni nada parecido, tuvimos la osadía de concluir que, en tratándose de gastronomía, los chicharro-

nes y demás derivados del cerdo deberían considerarse entre lo más representativo de Autlán, por la evidente popularidad pero también por la alta calidad que alcanzan algunos de los que los preparan. No sé si, como decía el presidente Fabricio Corona, el chicharrón de aquí tiene tantas ventajas sobre los de otras regiones, pero sí sé que a los autlenses nos gusta mucho comerlo y cocinarlo. Eso ya es, me parece, una buena justificación para festejarlo y aprender sobre esa comida, que de esto último también se trataba el festival. Recuerdo, por ejemplo, una conferencia que dio la nutrióloga Cristina Jiménez, nuestra compañera en el grupo de lectura del Museo.

Ya para acabar con el tema, debo expresar aquí que yo tengo tres favoritos entre los chicharroneros, o fritangueros, para usar un término más amplio: Daniel Vizcarra, que tiene su popular negocio en la colonia Echeverría; la Güera Brambila, que trabajaba en Las Montañas (a un lado de mi oficina, así que ya sabrás lo que desayunaba yo todos los sábados); y mi amigo Gilberto Pelayo, que no tiene negocio pero sí la hace de cocinero en las fiestas de los compas, con gran éxito. Que su talento se conserve muchos años y se transmita a las generaciones que los sucedan.

Si un día de fin de semana lo comenzáramos desayunando chicharrones, no sería nada descabellado continuarlo con puras cosas importadas de Asia: un buen vaso de tuba al calor del mediodía, una botana de ceviche o de fruta picada en la que forzosamente debería incluirse el mango, agua y otros derivados del coco, todo eso tomado a la fresca sombra de una palapa. Todas ellas, junto con muchas otras, fueron traídas a América a través de lo que ahora es México gracias a la ruta comercial conocida como Galeón de Manila o Nao de China, de la que sabes de sobra la historia pero quisiera escribirla aquí para los futuros lectores de estas cartas porque lo considero de importancia capital: pues ándale que luego de conquistar a las culturas mesoamericanas, los españoles se acordaron de que en realidad

andaban buscando cómo llegar al Extremo Oriente y ganarles a los portugueses (y para entonces a otros europeos, como los holandeses e ingleses) la ruta más rápida y barata para llevar a Europa los productos como especias, porcelanas y muchos otros, que alcanzaban precios altísimos.

Así que siguieron navegando hacia el occidente desde las costas del Pacífico, teniendo como el puerto más importante no a Acapulco o Manzanillo sino al de la Navidad, aquí a dos horas de camino. De ahí salieron varias expediciones que efectivamente llegaron a Asia, llevadas plácidamente por las corrientes marinas y los vientos que cruzan el océano de aquí para allá. Pero estando en Asia se encontraban con que esas mismas corrientes y vientos les impedían regresar a Nueva España y no les quedaba más remedio que cruzar la otra mitad del mundo para llegar a España, cruzando mares infestados de competidores europeos, de piratas, de autoridades árabes e indias y demás peligros. Además, había que rodear todo el continente africano. Hubo expediciones que se perdieron casi totalmente, llegando unos cuantos marineros de regreso a España, nada más.

Bueno, pues el 21 de noviembre de 1564, hoy hace 456 años, zarpó una nueva expedición, comandada por el experto marinero devenido en fraile Andrés de Urdaneta y por el militar Miguel López de Legazpi. Luego de llegar sin novedad a las islas Filipinas, don Andrés, que llevaba la consigna de encontrar la ruta del Tornaviaje, es decir, que llevara de regreso directamente de Asia a América, tuvo la idea de navegar no hacia el oriente, donde ya sabía que iba a fracasar, sino hacia el norte, hacia Japón. Ya cerca de este archipiélago encontró una corriente marina, que los japoneses ya conocían con el nombre de *kuro shio*, que llevaba directamente a las costas californianas. Urdaneta tomó ese camino, que registró minuciosamente en sus cartas de marear, y con eso estableció una de las rutas comerciales más importantes de la historia mundial, entre cuyos beneficios está el

intercambio cultural entre México y las Filipinas, que nos trajo esos elementos que te mencioné arriba.

Hoy hubo un sencillo acto de conmemoración, organizado por varias instituciones académicas y que se transmitió por Facebook a través de la página del CUCSur. Lo que me gustó de ella es que pudieron participar activamente algunos personajes filipinos y la conversación no se limitó a los hechos históricos sino que tuvo también una visión a futuro: los filipinos parecen estar convencidos de que están hermanados con nosotros por ese intercambio cultural y están dispuestos a fortalecer la relación, mediante la cultura pero también mediante el comercio y la convivencia. Con decirte que uno de ellos propuso buscar la forma de fundar un pueblo en la Costa de Jalisco o en Colima que sirviera como lugar de retiro para los filipinos avecindados en Estados Unidos y que llegan a la edad de jubilación. Algo como lo que es Ajijic para los gringos y canadienses.

De este lado también veo interés por fortalecer la relación, seguramente algo bueno saldrá de esto. Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

En Autlán es el último miércoles de noviembre.

Señor Cronista:

Los recuerdo bien a ti y a Miriam en esos pajaretos. Los saludé un domingo de una época en que adopté el libramiento como espacio de entrenamiento de carrera larga. Me dio gusto verlos, pero apuré el paso. La leche bronca no es un sabor que yo persiga. En cambio, sí le entro con ganas al ceviche y a la tuba, cada que alguien de otras tierras me visita, les comparto pormenores del viaje de Urdaneta y López de Legazpi, me concentro en el papel protagónico de Autlán en la Historia planetaria, quizá exagero un poco, pero les digo que a dos horas de camino se construyeron los barcos que terminaron la empresa de llegar a la India viajando hacia occidente, dejando en ridículo a los terraplanistas, que resulta que sí existen, aunque parezca guasa.

En las plazas de toros hay un grito que suele molestarme, sin embargo, hoy me ampararé en él: “¡El rabo también es toro!”, les espetan a los banderilleros que dejan los palos lejos de su lugar y a los matadores que ponen la espada muy atrás, retirada del peligro y la verdad. Bueno, pues el 25 de noviembre sigue siendo parte del toro y, aunque pasado, es un momento apropiado para hablar de la Revolución mexicana.

Igual que en las fiestas de independencia, es una fecha en la que las escuelas nos organizamos para desfilar. Te decía que existe una práctica muy sana en la que se alternan primarias y secundarias: el del 20 de noviembre es una parada con un mayor grado de dificultad, pues no bastan los contingentes en marcha militar, sino que son comunes las tablas rítmicas bailando reguetón, tal como Villa y Zapata lo hacían, y también aplican contingentes de pirámides o acrobacias.

Este año no hubo desfile, tampoco ninguna actividad cultural o conmemorativa de la efeméride, y tampoco es tan raro, pues casi nunca se hace nada, excepto algunos jaripeos gratuitos en la Alberto Calderas, hecho del que tengo una anécdota que siempre me da risa; te contaré el pecado, pero no el pecador. Un funcionario que ocupó una regiduría y puestos directivos, me expresó su desilusión al observar la plaza con poco aforo, aunque era gratuito: “Ojalá que el próximo año, el 20 de noviembre caiga en quincena, para que la gente pueda venir”. No se le ha concedido el deseo, al pobre.

Tú tendrás más referencias locales del movimiento armado en Autlán, yo tengo muy presente al aún polémico Pedro Zamora, a quien con honestidad yo cuento más entre los advenedizos a la bola, que entre quienes defendieron causas políticas. También leo cada 10 de agosto la crónica que escribiste de la batalla de Ahuacapán, pero el paraje donde yo respiro más la Revolución es en la cuesta de Sayula.

Ahí, la poderosa División del Norte tuvo contra las cuerdas a Obregón y, de haber propinado un golpe más contundente, la historia del país hubiera sido otra, pues el rostro menos corporativo y más social de la Revolución se hubiera fortalecido militarmente y quizá, solo pienso que quizá, el proyecto de Canutillo se hubiera podido replicar en más espacios. Dejo constancia que me gustó tu expresión: “eso ocurrió a dos horas de camino”. Es la segunda vez que la uso en esta carta.

Este año el 20 de noviembre estuvo marcado por reflexiones y confrontaciones en torno a la terrible violencia que se vive en el país, y de la cual las niñas son las más vulnerables. Lastimó profundamente el crimen de Heidi, una niña de nueve años de Tenamaxtlán, quien fue asesinada y violentada; también lastimaron las reacciones.

Ante la indignación manifiesta, llegaron las cascadas de gente que deslegitima, condena y violenta cualquier búsqueda de equidad entre los sexos. Gente que como los terraplanistas, buscan perpetuar

una estructura que es injusta y cada vez más violenta para un sector específico de la sociedad, y ante ello combaten con saña y violencia. No son argumentos, son regaños. No son sugerencias, son descalificaciones con discursos viles.

En lo particular tomé partido en cuanto a una descalificación mentirosa al ligar el movimiento feminista con la búsqueda de reformas que hagan legal el aborto. Asunto que, por otro lado, debería de discutirse y en su caso aprobarse. Pero la única relación entre estos dos movimientos, es que comparten algunas integrantes, pero no se definen así.

En fin, quisiera compartirte que hay tres personajes revolucionarios que son mis favoritos. El primero, creo que es claro, es mi general Pancho Villa, quien alcanzó a materializar ideales y fue capaz de montar una estructura militar gigante, que incluyó submarinos y un equipo de propaganda. También porque empezó desde abajo, subió, cayó y se levantó. La segunda figura es Felipe Ángeles, un militar institucional y un genio. Se merece todos los honores.

La tercera figura la incluí recientemente, pero no por eso deja de ser importante. Se llamó Valentina Ramírez Avitia, mujer que nació en una pequeña ranchería de Durango llamada Norotal. La revuelta sorprendió a Valentina con 17 años y las ganas de participar en el movimiento, pero no le convenció la idea de ser soldadera, ella quería echar bala. Entonces se puso pantalón, se caló las cartucheras, se enlistó en las tropas maderistas y se hizo llamar Juan Ramírez.

Se tiene registro de que era osada e inteligente, y por lo tanto ascendió a teniente. Pero alguien descubrió sus trenzas y fue dada de baja. Pasó los últimos diez años de su vida sin caminar, pues un accidente de auto la dejó en silla de ruedas. La sepultaron en Culiacán.

En mis salones hay muchos niños inteligentes, pero también abundan las niñas brillantes. Si observas los puestos directivos públicos y privados, verás que persiste la mayoría masculina. Y creo que

tenemos pocas posibilidades de desarrollo si seguimos mutilando la participación de personas capaces, osadas e inteligentes como Valentina —la salsa de Tamazula, Jalisco, se llama así en su honor— solo por peinar trenzas.

Sin hacer menos los demás problemas, creo que es la revolución que nos tocará luchar. Yo ya elegí mi bando.

Un abrazo, Memo. Nos leemos la próxima semana.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 28 de noviembre de 2020.

Profesor Carlos:

El movimiento feminista me parece el mejor organizado y uno de los más serios de cuantos hay en México. Y, junto con el de los familiares de desaparecidos, creo que es de los pocos que mantienen agendas incontestables, son la mejor oposición política que tenemos en México y en Jalisco en la actualidad, con la ventaja de no dar visos de la posibilidad de ser cooptados por los partidos políticos porque no buscan una cuota de poder, que es lo que los partidos podrían ofrecer.

Los que sí buscaban arrebatarle aunque sea un poco del poder que detentaba el para entonces dictador y antes héroe de la lucha contra los invasores europeos, Porfirio Díaz, fueron los revolucionarios de hace 110 años. De los que operaron en nuestra región yo insisto en que hay que dar más difusión a lo que hizo Isidro Michel, quien sí tuvo un ideal político, aunque ya hablé de él hace algunos meses. Pero hay que recordar que en nuestra región, como en muchas otras del país, la Revolución que estalló en 1910 tomó, luego de que se cumpliera el objetivo político, una identidad social de la que Zamora fue ajeno. Él solo buscaba su beneficio personal.

Esa identidad social estuvo encarnada en el movimiento agrarista, encabezado por Casimiro Castillo. No se ha hablado mucho de este periodo histórico en nuestra región, pero se han publicado testimonios sobre lo dramático que fue: eliminación de pueblos como El Cabrito por los hacendados mediante el desalojo de sus habitantes (imagínate la escena de las guardias blancas echando a las familias de las casas que habitaban), persecución y asesinato de quienes pretendían hacer cumplir la Ley Agraria carrancista de 1915, que establecía el derecho al reparto de las tierras de los latifundios... fue una época aciaga, de delaciones, sesiones celebradas a escondidas, viajes a la

Ciudad de México con los documentos de las gestiones escondidos entre el equipaje, entre otras cosas.

De este movimiento agrarista nacieron algunos de los pueblos que ahora componen el municipio de Autlán, cuya existencia se formalizó como centro de población para cumplir con uno de los primeros requisitos para acceder a tierras ejidales. Así se conformaron el pueblo agrarista El Rodeo (que comenzó su vida como un campamento de combatientes agraristas), Ayutita, que originalmente se llamó Haciendita o El Jalocote. Bueno, todo esto para abonar un aspecto más a la historia de la Revolución en nuestra región.

Por cierto y ya solo como dato curioso, te contaré algo que encontré en el archivo del Congreso de Jalisco: luego de que en 1924 se emitiera el decreto presidencial que dotaba de tierras el ejido de Autlán (los agraristas pidieron restitución porque alegaban que habían sido despojados de tierras que les fueron entregadas a sus antepasados por la Corona española pero la autoridad no les reconoció los documentos que presentaron y solo les otorgó dotación), otros centros de población de los alrededores “se apuraron” a hacer sus trámites, empezando por buscar el reconocimiento de ser una población, para enseguida buscar algún rango político. En este contexto, el 9 de octubre de 1926 en el periódico oficial *El Estado de Jalisco* aparecieron publicados dos decretos del Congreso, el 2947 y el 2959, que erigían en comisarías municipales de Autlán a los pueblos de Ayutita y Agua Hedionda.

Lo malo es que ambos decretos creaban un absurdo jurídico: aunque se creaba la comisaría de Agua Hedionda, con jurisdicción en los pueblos del cerro de San Francisco, el mismo pueblo quedaba dentro de la jurisdicción de la comisaría de Ayutita, por lo que venía a convertirse en cabecera de una comisaría y parte del territorio de otra. El decreto 2959 se tuvo que derogar, por obvias razones pero también por otras menos obvias: los diputados se dieron cuenta

de que Agua Hedionda no solo no tenía el número de habitantes requeridos para ser cabecera de comisaría sino que el pueblo no constaba sino de cuatro casas semiabandonadas. De la revisión de los dos expedientes nos podemos dar cuenta de que los escritos de petición de elevación a comisaría de ambos pueblos son idénticos, palabra por palabra; aunque no consta el nombre del abogado que seguramente asesoró a los dos pueblos, me da por pensar que fue el mismo. De ahí se trasluce la urgencia de los campesinos por conseguir tierras en propiedad, aunque fuera ejidal, y la proverbial “viveza” y falta de escrúpulos de muchos abogados. Y, claro, el descuido de los diputados locales al decretar cosas sin fijarse.

Hoy estuve todo el día en El Jalocote y sus alrededores, a lo mejor por eso esta carta está todavía más inconexa de lo normal. Es una parte del valle de Autlán muy popular por el turismo local, pero hoy la visitamos de una forma distinta, sin vehículo: tomamos el minibús que sale a El Jalocote desde el templo de la Purísima a las 8:15 horas; una vez que llegamos al pueblo caminamos hacia el rumbo de Neverías durante poco más de una hora. Acompañados por el sonoro y frío arroyo, que durante un tiempo abasteció de agua a Autlán y que corre paralelo al camino, vimos algunas señales de vitalidad económica: hay dos o tres casas en construcción, algunas cabañas de muy buen gusto a la vera del camino y, sobre todo, varios plantíos de jitomate.

Alejándonos un poco del camino, convencidos por la llamada de las aguas, encontramos, no muy lejos del camino, unas piletas bordeadas por árboles frondosos, en uno de los cuales se posó un cenzone al que tuvimos el placer de oír cantar, con sus proverbiales cuatrocientas voces. Faltaba un camino largo y empinado para llegar a Neverías, así que decidimos caminar en sentido contrario y llegar a conocer El Jalocote, El Profundo, La Lima y Ayutita, sitios por los que normalmente los turistas pasan en moto o en camioneta. Vale mucho la pena ver sus rincones, platicar con sus habitantes, mojarse

la cabeza con el agua fría del omnipresente arroyo y empolvase los zapatos en el camino. Son más de tres horas de caminata, pero te recomiendo mucho la experiencia.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

En Autlán ya puse el arbolito. 2 de diciembre de 2020.

Señor Cronista:

Corriste con mucha suerte al encontrarte al pájaro de las 400 voces. Esa zona conserva un fuerte encanto, es maravilloso que todo el año corra aunque sea un hilito de agua. El que hiciste, es un camino muy utilizado por ciclistas que valoran una taquería en El Jalocote que atiende los miércoles en la noche. Te pediré instrucciones más precisas para llegar a esas piletas, y afinaré el oído para ver si me inspiro igual que Nezahualcóyotl.

Es preferible escuchar esa melodía que la que producen las terribles decisiones que se están tomando en la región. Déjame contextualizar. Junto con la conmemoración del inicio de la Revolución, llegan una serie de ferias que comienzan en Las Paredes y concluyen con el Carnaval; en medio te encuentras a Lagunillas, Ahuacapán, y sobre todo El Chante y El Grullo. A decir verdad, es una época que todos disfrutamos, la economía local se activa y, en general, creo que todos andamos más contentos que de costumbre.

Este año atípico se suspendieron los Juegos Olímpicos para men-
guar la pandemia, igual que las ligas de futbol, que salvo en Jalisco se han limitado a encuentros televisados, misma suerte que la temporada taurina en todo el mundo. El planeta hace esfuerzos por preservar la vida y la salud. Debería ser distinto, pero acá hay otros criterios.

Hace unos días en Las Paredes se celebró un jaripeo. Las fotografías muestran una plaza llena, sin nadie portando cubrebocas, ni guardando sana distancia. Dirán los defensores que solo fue una noche y no la semana de festejos. Vaya, ni siquiera tuvieron los cuidados que se vieron en el estadio Akron para el partido de las Chivas, donde por lo menos las cámaras mostraron procedimientos de sana distancia.

Lo traigo a cuento porque es posible palpar un profundo desasosiego por el futuro de las ferias que se vienen. Circuló una publici-

dad llena de inconsistencias que anuncia actividades festivas en El Chante, pero insisto en que no le doy aún mucho crédito. También anda un rumor, y subrayo el término, de que el próximo Carnaval sí se festejará pero solo durante cinco días.

La diferencia entre estos festejos y las celebraciones particulares, es que en los primeros forzosamente deben intervenir las autoridades y se mandaría un terrible mensaje a las familias de los muertos, al personal médico y a los miles de personas que, con todo, han tratado de adaptarse a las nuevas circunstancias, aún a costa de profundos sacrificios. También habría que escuchar a autoridades sanitarias federales y estatales. Pues con la reglamentación vigente, aún en lo laxo que ha sido en circunstancias económicas el Gobierno de Jalisco —y más el federal—, un Carnaval no sería posible. Ni siquiera de cinco días.

Pero que no sea esta una carta de reproches, que incluso las malas decisiones tienen una razón. Me parece que lo que hay detrás de esas ansias locas de fiesta, es la más importante de las aficiones locales. Una a la que, igual que al fútbol, intelectuales locales desprecian por considerarla un asunto vulgar. No digo que se hagan aficionados, para nada. Solo que he leído varios comentarios despectivos y, con honestidad, ahí sí se equivocan. Me refiero al jaripeo: ¡Puerta, señores!

Lo primero a reconocer es que nuestra región conserva una profunda relación con el ambiente rural, de ahí que el conocimiento de animales utilitarios como el caballo y los bovinos se mantenga fresco. Igual que la charrería, el jaripeo traslada a la plaza, a manera de espectáculo, antiguas faenas de campo en donde los jóvenes más hábiles recibían reconocimiento social, antes práctico, hoy simbólico.

La actividad se ha transformado en favor del espectáculo, pero conserva la esencia de la preocupación mitológica del ser humano por domar a la bestia. Un jinete que sobrevive a un encuentro con una tonelada de músculos, cuernos y huesos capaces de triturarlo de un pisotón, es un navegante que venció a los mares para descubrir

nuevas tierras, un grupo de colonos que transformaron una bahía fangosa en el puerto más importante del mundo, capital financiera mundial y casa de Spiderman. Es el hombre reconociendo ser inferior, pero encontrando la forma de domar a la naturaleza.

Autlán pinta fuerte en el mapa nacional del jaripeo; principalmente en dos campos. El primero es su plaza, aunque está geográficamente lejos de Michoacán, Morelos y Guerrero, que son los grandes referentes nacionales. La Alberto Balderas ha logrado rivalizar por su tamaño y afición con la Monumental de Morelia, quizá el mayor recinto nacional de la especialidad. Por cierto, el mote de “Catedral del Jaripeo” se lo pusieron los panistas que no niegan la cruz de su parroquia.

El otro gran campo son los jinetes, que no solo figuran en Autlán, sino que también destacaron en plazas nacionales y de Estados Unidos. Hay varios ejemplos, como don José Perfecto, aquel apodado “El Chango” que protagonizó legendarios encuentros con el “Toro Huaco”, documentados por la banda MR7 con la canción “El chango y el toro”. Algo parecido a lo que ocurrió con Carlos Oregel, “La Güera”, un veterano de los ruedos que vivió un par de míticas montas con “El Catrín” y que peinando canas anda montado en California; Carlos encabezó un grupo de jinetes que le abrieron la puerta a los últimos dos grandes que yo conocí por *deGrana*: el Cuate Cárdenas y Juanjo Pelayo. Todos, insisto, triunfaron también lejos de Autlán.

Pero hay uno a quien solo conocí en videos y que terminó su vida con la tragedia nacional de los desaparecidos. De descanso, visité un día Morelia y entablé diálogo con un vendedor de artesanías cerca de la catedral, y presumido como soy, le informé de mi procedencia autlense. “De ahí es el mejor jinete que yo pude ver en mi vida: Juan Carlos Cisneros, El Caballo”.

Por eso no me parece extraño tanto interés en que se abra el cajón de los sustos. Pero de ahí a que se pase por encima de la emergencia planetaria, hay un enorme trecho. Hago votos por la cordura.

Un abrazo, Memo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 5 de diciembre de 2020.

Profesor Carlos:

El cierre de tu carta pasada me trajo la primera noticia del “Caballo” luego de muchos años. Lo último que había sabido de él fue el chisme de un supuesto accidente grave que sufrió montando en alguna plaza y que lo había dejado en muy malas condiciones. Fue esa una de tantas malas nuevas que mantenían a María, su mamá, con el Jesús constantemente en la boca mientras tuve algún contacto con ella.

A Juan Carlos lo conocí en la secundaria, fuimos compañeros en el mismo salón en la ETA durante algunas semanas, las primeras del ciclo 1992-93, mientras cursábamos el primer grado. Al parecer era líder natural, siempre andaba rodeado por una palomilla de vecinos suyos del rumbo de la Alameda, que se encargaban de esparcir su fama de violento, de bueno para meter las manos pero también para montar, actividad que desde entonces practicaba aunque fuera a escondidas. Lo que no tenía era la facilidad de seguir reglas, por lo que no pudo seguir mucho tiempo en la escuela. Ya no me acuerdo si lo expulsaron de la ETA o si su mamá lo cambió de escuela. Nunca fuimos amigos pero no deja de resultarme triste lo que me cuentas.

Vale, esta fiesta incontenible en la región no es lo más deseable pero me parece que es lo más natural, difícilmente podríamos esperar otro escenario. Por un lado es una época que tiene su carácter sagrado, si me permites el término, es la celebración por la conclusión del año agrícola, la manifestación de la felicidad que sentimos en el valle por las cosechas obtenidas, por eso todas comienzan en noviembre y concluyen con la explosión del Carnaval. Nuestra identidad rural se manifiesta también en nuestras fiestas y en el ciclo colectivo de nuestras vidas. Tendría que pasar algo muy grave para que abandonemos la feria (tengo que generalizar para facilitar la comunicación, claro que lo que vivimos es grave pero no todos lo entendemos).

Pero, por otro lado, tampoco podíamos esperar una suspensión de las fiestas cuando en todo el año la fiesta en Autlán prácticamente no se ha detenido. En la colonia Las Américas hay un depósito de cerveza que da servicio a borrachitos banqueteros y les ameniza su tristeza cada fin de semana con banda en vivo; ya es un comentario trillado el de los bares autlenses atestados de parroquianos sin la menor medida de seguridad o las fiestas “familiares” en casas particulares. Y los ejemplos, locales, estatales y nacionales, sobran.

Dados nuestra irresponsabilidad (otra vez la generalización “utilitaria”), desinformación y egoísmo, la confusión de versiones, medidas y datos de las autoridades de todos los niveles (¿te acuerdas de los filtros sanitarios que no filtraban nada en el centro de Autlán, el deliberado no uso de cubre bocas por el presidente de México y el permiso para abrir el estadio Akron pocos días después del botón de emergencia por el gobierno del Estado?), y su miedo al costo político de usar la fuerza para garantizar la observancia de esas medidas, pues resulta poco creíble que en plena época de fiestas nos resignáramos a ver videos de jaripeos en YouTube. Seguramente habrá fiestas, permitidas o no, y no habrá autoridad capaz de evitarlo.

Con respecto a fiestas y jaripeos, a principios de la década de 1990 vi una película gringa de cuyo nombre, protagonistas y trama no puedo acordarme. Pero sí recuerdo bien una escena: un hombre de raza no caucásica (ni siquiera recuerdo si era negro o asiático, en fin) estaba en un país que estaba siendo liberado de algo por soldados estadounidenses. Ante su aspecto poco ortodoxo uno de esos soldados le preguntaba, para asegurarse de que sí fuera norteamericano, quién había resultado campeón en la última Serie Mundial de beisbol, un dato que al parecer daba un sello de garantía a la “gringueza” de cualquiera. El cuestionado señor, que sí que era gringo, le respondía ásperamente algo así como: “¿Y solo por ser americano debe gustarme el maldito beisbol?”.

Eso viene a cuento porque algunas de las mayores aburridas que me he pegado han ocurrido en la plaza de toros Alberto Calderas, en las horas meridianas. Aunque, como te dije alguna vez, no soy aficionado a las corridas formales, cuando asisto a alguna no me aburro: lo que pasa dentro del ruedo tiene una continuidad o discurso que mal conozco pero mantiene mi atención constante. En cambio, un jaripeo me parece algo sumamente lento, con demasiados tiempos muertos y, por lo tanto, terriblemente aburrido. Y, si a eso le sumamos la incomodidad de estar en la plaza al rayo del sol, se consiguen las condiciones que me mantienen alejado de estos espectáculos. La última vez que asistí a uno fue en el Carnaval de 2016, porque mis hijos tenían la curiosidad de asistir a un Toro de Once, gracias a las pláticas de sus compañeros de escuela. Antes del quinto toro, después de un lapso de tiempo en el que lo que más vimos fue a señores medio ebrios a caballo saturando el ruedo y el callejón, a un locutor rogando de manera exageradamente comedida que despejaran un poquito el lugar y un desesperante preámbulo (la oración del jinete, la presentación de los integrantes del patronato, agradecimientos a los ganaderos, saludos reiterados a los representantes del día), fueron mis hijos quienes, venturosamente, pidieron que nos fuéramos de la plaza.

No desprecio a los Toros de Once, tengo claro el valor que tienen en la conformación de nuestra identidad y en nuestra historia. Solo que, ante uno que otro reproche que se me ha hecho ante mi falta de afición, suelo responder como el señor de la película que te digo.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

En Autlán con la mente en Las Rosas y Mariano Otero. 9 de diciembre de 2020.

Señor Cronista:

A las cuatro de la mañana en Autlán se aparecen las ánimas, o quizá podrían hacerlo sin el pendiente de que alguien las descubra pues, salvo en los alrededores de la central de autobuses y el jardín Constitución, en ese horario el pueblo ronca. Lo sé, porque suele ser la hora elegida por la escuela para iniciar uno de los viajes más memorables del año, me refiero al que hacemos a la Feria Internacional del Libro en Guadalajara. Esta edición no fui, y además reconozco que poco seguí las transmisiones digitales.

Mi primer encuentro con la FIL ocurrió de un modo épico. En la edición de 2002, Silvio Rodríguez salió de un semirretiro y junto con la Orquesta Nacional de Cuba ofreció un recital de seis canciones. Si buscas las noticias encontrarás que una masa exigió que el cubano interpretara su mítica “Ojalá”, pero no lo hizo, y a cambio nos dejó una lección sobre reconocer a cada persona como “única e indivisible”. Aunque para la ocasión fusionamos nuestras voces, sudores y humo de cigarro en una masa enorme, cada uno de nosotros albergaba en el corazón una mirada constante, una palabra precisa y una sonrisa perfecta distinta al del lado. No valoramos la lección del legislador cubano.

Reconozco que me decepcioné, pues puse demasiadas ilusiones en escuchar en vivo esa canción, la verdad de las pocas que me sé del cantautor, y lo peor es que tuve que caminar hasta mi casa en un horario en que mis padres me recomendaron no hacerlo, pero todo bien.

En cambio, conservo agradables experiencias de la agenda alterna que provocaba la Feria. Eso no lo busques en ningún periódico, porque no encontrarás referencias, pero cuando el programa oficial del día concluía, bares y cantinas de Guadalajara fungían como escena-

rios para las mejores entrevistas, negociaciones y flirteos. Entre la legión de aspirantes a textoservidores a los que pertenecí, nos gustó ir algunas veces al “Salón Veracruz”, un espacio ya inexistente donde cada noche se presentaban sonoras y orquestas al que acudían parejas de bailarines profesionales y aficionados. Un espacio genuino de danza, sudor y sal, donde escritores, editores y periodistas famosos se bañaban de pueblo.

Ahí me encontré una noche a Carlos Monsiváis. Yo ya traía casi dos caguamas entre pecho y espalda, pues también festejé cierta buena calificación de un texto que a la postre se publicó en un intrascendente suplemento dominical de *El Occidental*. El caso es que al salir del baño, me topé de frente a un pelo cano que me resultó muy familiar, contoneándose muy pegadito a un bailarín esbelto. Como notó mi sorpresa al decirle: “Buenas noches, maestro”, respondió veloz: “Baílele, mijo, baílele”, y tomó a su pareja para dar una cadenciosa vuelta. Nunca le aclaré y estoy seguro de que no es el mejor lugar para hacerlo, pero me parece justo reconocer que mi mirada no fue inquisitiva —soy cualquier cosa menos homofóbico— sino de regocijo al toparme en el mismo arrabal a un tipo a quien yo hacía muy lejano.

Hubo un tiempo en que yo leía mucho a Arturo Pérez Reverte porque lo encontraba muy significativo por su planteamiento reporterial; él estuvo en el mismo escenario que Silvio, pero junto a los Tigres del Norte, donde hablaron de la valentía de las mujeres y de que narrar historias de narcos no hacía más grande el problema, planteamiento que quince años después amerita revisarse. Me lo perdí, pues yo ya estaba en Autlán, pero Martha logró colarse, y en casa hay varios libros firmados por él y son algunos de los más valiosos de mi colección.

Pero desde hace siete ediciones de la FIL participo como profesor. Te digo que la faena comienza desde mucho antes. Es muy

agradable presenciar la manera en la que los alumnos suben la cuota de esfuerzo para evitar sanciones y ganar felicitaciones en casa para justificar el viaje. Es una experiencia muy formadora porque hay para quien es la primera visita que hacen a Guadalajara o también es la primera ocasión en que viajan sin sus papás.

En la escuela en la que trabajo, es parte del protocolo dedicar unas horas a conocer un museo de Guadalajara: así hemos visitado y hablado del Hospicio Cabañas, su historia y sus leyendas; aunque ya están en la universidad, hay una generación que aún discute la legitimidad del arte moderno y las obras abstractas, pues acudimos a una exposición en el MAZ que tenía una sala con el piso lleno de aserrín y el anuncio de que había diez monedas de a peso tiradas; los chavos pudieron buscarlas aunque nadie las encontró.

El acuario Michin dejó largos debates sobre la sustentabilidad. La del Panteón de Belén hizo a un grupo de alumnos decidirse a estudiar arquitectura, y en el nuevo Planetario, Andy Pérez presentó el libro más vendido en 2019 en las librerías autlenses: *Diario de una chica rebelde*. Recuerdo la cara de sorpresa e indignación de varios escritores reconocidos al ver sus mesas vacías y la de Andy con largas filas para recibir autógrafos, ya en la Expo Guadalajara.

Tengo muy presente que la asistencia multitudinaria de adolescentes en los pasillos de la FIL molesta a muchos pero a mí me divierte su incomodidad. Es como darse un tiro en el pie. Los adolescentes son así: se mueven en ruidosas marabuntas y parece que nada les importa salvo lo que llega en el celular, pero no es cierto. Están al pendiente de las deficiencias de la vida adulta, y en medio de tanta risa o dramas pueden proponer transformaciones.

Pero no pueden hacerlas solos, necesitan de esas guías infalibles que son los libros, con los que necesitamos facilitarles el encuentro y ligar la experiencia con otros rostros seductores, de tal manera que el recuerdo final sea agradable. Igual que ayuda toparse a un escri-

tor famoso bailando en un congal para animarse a vencer la hoja en blanco, o igual que anhelo que a alguien favorezca ver al profe de Español junto a un escritor de barriga y bigote prominente, mentarles la madre a unos señoritingos que osaron expresar a pulmón abierto su urgente necesidad del regreso de un Díaz Ordaz.

Pero nada de eso será posible este año, ni ver a Autlán de madrugada, ni a alumnos partirse el lomo para ganarse el premio de correr entre libros, para meter un par en la mochila y muchas experiencias en el corazón.

Nos leemos en la semana, Memo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 12 de diciembre de 2020.

Profesor Carlos:

Comparto contigo el entusiasmo por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Pero, cansado como estoy de la llamada nueva normalidad, para mí es como si este año no se hubiera celebrado, ni siquiera consulté el programa.

Esta feria, aunque al ego de nuestro amado líder le parezca que solo existe para atacarlo, es uno de los mayores aportes de la Universidad de Guadalajara a la cultura jalisciense, con alcances nacionales. No importa si hay quien solo logra distinguir el espectáculo y el oropel, sin la FIL el panorama cultural de Jalisco y de México sería mucho más pobre.

Pero la Universidad también ha cometido atentados imperdonables contra esa misma cultura jalisciense. Hoy se cumplen 40 años de uno de ellos, y no el menor de todos: la demolición del valiosísimo edificio que albergaba las escuelas de Música y de Trabajo Social, del que ya se habla muy poco, tan poco que hasta hay quien le ha cambiado la fecha a su destrucción. Por órdenes del rector Jorge Zambrano Villa (recientemente se ha dicho que fue con la anuencia del gobernador Flavio Romero de Velasco, aunque en esos días hubo un acuerdo para que él no resultara embarrado y el rector asumiera todo el costo político), la noche del viernes 12 de diciembre de 1980 llegaron trabajadores y maquinaria al edificio, que echaron a andar la piqueta sin descanso todo ese fin de semana para dejar allanado el terreno y dar paso la construcción del que llaman Edificio Cultural y Administrativo, que alberga las oficinas de Radio Universidad, de la Gaceta y muchas otras instancias universitarias. El rector defendió tímidamente esta orden en la sesión del Consejo General Universitario del martes 16, diciendo que le tomó años esa decisión y fue respaldada por maestros y especialistas en el tema, para “tener la

certidumbre de no haberse equivocado”. Igual de tímidas fueron las investigaciones del Ayuntamiento de Guadalajara y las condenas del gobernador, expresadas en la prensa pero no en los hechos.

Cuando comenzamos el taller de lectura de *Retrato de una niña triste* en el Museo hablamos de la Penitenciaría de Escobedo, ¿te acuerdas? Bueno, pues el edificio demolido y su hermano, que es el que ahora alberga al Paraninfo de la Universidad, fueron construidos en lo que constituía el “corral” del fondo de la penitenciaría, cuya hermosa fachada quedaba por donde ahora es el parque Revolución, en la avenida Federalismo. Su construcción comenzó en 1914 por disposición del entonces gobernador Manuel M. Diéguez y bajo el diseño del ingeniero Alfredo Navarro, para que fueran usados como escuelas primarias: la Reforma (actual Paraninfo) y la Constitución. La penitenciaría era un símbolo de la represión política porfirista (al que los gobiernos revolucionarios no dudaron en darle el mismo uso contra sus propios disidentes) y en sus patios llegó a haber ejecuciones e inhumaciones. Para 1914, sin embargo, ya había iniciado su decadencia, que terminaría un par de décadas después, con su eliminación del paisaje tapatío. La construcción de escuelas en ese sitio, que además eran de muy buena arquitectura, sin duda pretendía demostrar la renovación que vendría, o se esperaba que viniera, luego del derrocamiento del dictador.

Pues a pesar de los años de sesudas reflexiones y de la asesoría de tantos sabios, según la disculpa del rector, la Universidad recurrió a un típico *sabadazo*, metiendo trabajadores y maquinaria a hacer la demolición en un fin de semana, cuando las autoridades no trabajan, y al enterarse ya sería demasiado tarde. Más o menos como lo hicieron en Autlán el señor que tumbó la casa que albergó la primera Escuela de Artes municipal, donde vivió y trabajó don Atanasio Monroy a su regreso al pueblo y que ahora es un floreciente estacionamiento, o los constructores de la plaza Vista del Sol, frente al jardín

Constitución, cuando tumbaron la casa que en sus últimos años de actividad albergó unos billares. Actuando no como la máxima casa de estudios de Jalisco sino como un heredero avaro cualquiera.

Y, hablando de avaricia, ¿a qué crees que se haya debido la tacañería del gobernador, al regatearle su querida presencia a los autlenses en su gira por la región? Para serte franco, a mí me gustó mucho que no viniera, no por lo mal que se lo tomaron algunos sino porque ya hacía falta un episodio novedoso en la escena política local, que ya tiene tiempo siendo demasiado previsible y aburrida. Gracias a esta no visita agregamos comentarios y sentimientos nuevos a los ya muy vistos retratos familiares, *selfies* con comentarios según el tema del día y entrega de regalos a la pobrería: ya los morenistas aprovecharon para indignarse en público contra el terrible desaire, los emecistas hicieron lo propio para reprocharle al Ayuntamiento la falta de gestión de obras que sirvieran de motivo a la posible visita y los priístas para condenar la falta de sensibilidad del gobernador hacia la importancia de Autlán en el panorama regional. Los panistas, me parece que siguen respirando.

Lo cierto es que el gobernador sí hubiera tenido un motivo para venir ese día: por la tarde se hizo la entrega, con ceremonia y todo, de instrumentos musicales para equipar a la futura Orquesta ECOS Autlán. Son 59 instrumentos, de todas las secciones orquestales, más 50 atriles, todo con valor de 662 mil pesos. Nada mal, aunque la entrega la realizó una funcionaria de nivel medio, la directora de Operación y Programación Cultural de la Secretaría de Cultura.

Entonces, creo que el motivo de que no viniera sí tendrán que buscarlo, aquellos a los que les interese, en la comunicación política: qué quiso decir al limitarse a recorrer el libramiento a su paso para Casimiro Castillo (hubiera sido muy chido que de El Grullo pasara a Purificación por la nueva carretera), si los emecistas autlenses deben estar preocupados por algo o si solo se debió a un asunto de agenda.

Cosas de la política ...
Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

Autlán de la Grana, Jalisco a 16 de diciembre de 2020.

Señor Cronista:

Gran aporte el tuyo en relación a la ausencia del gobernador. En teoría del periodismo se conoce como “el blanco móvil” al elemento noticioso que es materia prima de las historias que trascienden, en otras palabras: los agarraste en la movida al hacer notar que sí hubo un motivo de presumir con la entrega de los instrumentos de la orquesta Ecos. Descubriste la verdad noticiosa, que es chiquita y humilde, pero irrefutable y comprobable.

De aquí para adelante, por más que lo nieguen, no habrá acción realizada por ningún político que no tenga jiribilla electoral, así que la exclusión a los autlenses de la gira del gober, sin duda tuvo esos cálculos. Pero igual que tú yo me divertí con el tema, y observé los esfuerzos de unos y otros por llevar agua a su molino. Lo que verdaderamente lamento es que, cada vez más, las campañas se narren en negativo, es decir, el esfuerzo se centra en mostrar a un oponente asqueroso.

Por esa misma razón yo no compro el pleito entre la UdeG y el Presidente, es un poco ingenuo negar que tanto Raúl como Andrés son políticos que usan todos los recursos a su disposición para alcanzar sus fines. Pero disculpar a uno por ser el “amado líder” o al otro porque tenga negocios que promueven la cultura, a mí no se me da. La FIL ha tenido muchos enfoques a lo largo de su historia, ninguno ha sido políticamente inocuo.

No estoy seguro de que exista otro momento para hablar de este tema, así que te haré una pregunta importante: ¿Te gusta la lucha libre? Perdí el vínculo que tengo con el pancracio, pero hubo un tiempo en que sí tuve una estrecha relación. El primer momento fue como todo mundo, por las funciones que veía de niño en la tele. Pero luego tuve una experiencia más cercana.

En la universidad es común que en algunas asignaturas se pongan creativos y te pidan fundar una empresa. Junto con mis amigos Selene Chávez y Fabián Flores, retomamos la costumbre que tienen en los toros de regalar una revista antes de una corrida y así surgió *Gladiadores*, revista oficial de la Arena Coliseo en Guadalajara, que, pensándolo bien, es el abuelo de *deGrana*, *Soy Deporte* y muchos productos que llegaron después.

En *Gladiadores* fungí como editor, reportero y fotógrafo. Fue una impresión sencilla llena de errores, pero que recogía lo importante: crónicas de la función anterior, perfil del luchador estrella de la función, fotografías de los aficionados y una sección que hoy ya no incluiría que se llamaba “las Bellezas de la Arena”, y eso sí, con consentimiento, hacíamos retratos de las mujeres más guapas que acudían a las funciones, y hoy ya no la haría porque es una sexualización innecesaria. Los contextos sí definen los mensajes.

Mientras existió *Gladiadores*, el gerente de la Arena Coliseo fue José Luis Amezcua, mejor conocido por su nombre de batalla: “Apolo Dantés”, quien personifica algunas de las características más interesantes de la lucha libre; don José Luis es una de las personas de trato más amable que he conocido, vestía acorde a su cargo y cumplía sus funciones con mucha discreción; entrenaba, pero ya no estaba en su mejor momento. Una tarde algún luchador no pudo asistir a la función y él entró al quite, la transformación en Apolo fue bestial, sabía torcer los ojos para que público y rivales le llamaran “bizco”, insultó a los mismos espectadores que minutos atrás lo vieron caminar por los pasillos sin saber que era el gerente del negocio y menos un temible luchador del bando rudo.

Entre las cosas que más valoro es que fui testigo del nacimiento de una estrella. El último gladiador que salió del CMLL y alcanzó notoriedad más allá de los encordados fue Místico. Una función normal tiene cinco combates, empieza por la de estudiantes y termina

con la estelar, a Místico lo vi en la segunda lucha y luego tuvo un ascenso tan meteórico como sus vuelos.

La lucha más espectacular que recuerdo, fue una donde precisamente Místico, Volador Jr. y Oro II, hicieron equipo para derrotar a no recuerdo qué tripleta, pero sus acrobacias superan cualquier referencia; ahí todos supimos que Místico saldría del CMLL y terminaría en alguna compañía internacional.

Conocí al Hijo del Santo, y vi sin máscara a Atlantis. A quien le encontré más técnica de lucha y capacidad histriónica fue sin duda a Dr. Wanger, quien una vez amenazó con utilizar mi cámara de proyectil contra su oponente, pero pude correr y el Galeno del Mal ya no me persiguió. *Gladiadores* fue el proyecto en el que he cometido más errores, pero gracias a él es que he podido materializar algunas otras ideas de comunicación y periodismo. En todas hay algo de aquellas lejanas páginas que narraban las hazañas del pancracio tapatío.

En Autlán se han celebrado algunas funciones, recuerdo una particularmente relevante en la que actuó El Perro Aguayo, siendo ya la leyenda que es. Pero, ¿sabías que en Autlán vive un luchador profesional? Lo conocí en los años de *Soy Deporte*. Trabajaba como afanador del Auditorio Solidaridad, donde había un ring abandonado que él mantenía más o menos en buen estado. Se llama “El Siete de Copas”, único nombre por el que lo conozco, e igual que el maestro Pedro Rosas, aunque aún con menos fortuna, trató de formar a jóvenes autlenses en la disciplina que tanto aman. Hubo un joven, a quien le apodaban “El Chino”, que logró saltar desde la tercera cuerda en una batalla preliminar de una función amateur, pero luego de esa experiencia ya no le quedaron ganas.

Memo, yo sé que la lucha libre tiene tres caras: una, la de los vuelos espectaculares que demanda habilidades acrobáticas; otra, la más pura, la que se libra a ras de lona y que requiere fundamentos de la disciplina olímpica; y la más notoria es la puesta en escena, esa

que nos recuerda el mítico pleito entre el bien y el mal encarnado en personajes que sudan tan cerca que los puedes oler. Nadie le pide más verdad a la lucha que al teatro, ambos son una representación de los miedos y aspiraciones del mundo que construimos.

Pero en el pancracio se pueden mentar madres a gusto. Punto para la lucha.

Nos leemos luego.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Sábado 19 de diciembre de 2020.

Profesor Carlos:

No sé cuántas de las cartas que te he enviado las he comenzado diciendo que algo que me preguntas no me gusta, pero esta es una más. Ya hasta me da pena.

Con la lucha libre no pasé de esa afición infantil que comentas, pero antes de la adolescencia ya la había abandonado. Eso sí, mientras duró fue bastante intensa, al grado de expresar mi emoción a grito pelado cuando a mi luchador favorito, que era precisamente Atlantis, le estaban poniendo una chinga y de repente resurgía para terminar ganando la pelea. Por lo general ganaba la primera caída, perdía la segunda y volvía a ganar en la tercera, siempre dramáticamente. Pero, a fuerza de la repetición del guion y de la explicación de mis mayores sobre su falsedad, mi afición a las luchas se diluyó.

Claro que respeto la lucha libre (hablamos, claro, de la “comercial”, no de la disciplina olímpica) como un entretenimiento, en el mismo grupo de las artes circenses. Los vuelos, los trajes y máscaras llamativos, los nombres amenazantes y los pleitos fingidos no son tan distintos, en esencia, a lo que ofrece cualquier circo. Y, de paso, te comento que los trapecistas, magos, payasos y malabaristas tampoco me divierten. No lo digo despectivamente, aclaración necesaria en estos tiempos en que vivimos siempre al borde de un ataque de nervios.

Aparte de que en una función de teatro no suelen mentarse madres a gusto (aunque tampoco en todas, hay tantas formas de teatro que en algunas sí se puede hacer y, de hecho, se hace), otra diferencia es que nadie pretende que lo que ocurre sobre el escenario es real. Todos, actores, espectadores, técnicos, autores y demás, sabemos que lo que vamos a ver es la representación de una obra escrita previamente, nunca he visto a un actor afirmar que lo que

él hace es la pura verdad y que quien no lo crea se atreva a subir al escenario con él.

Pasando a otro tema y aunque todavía es temprano para hacer cualquier conclusión al respecto, no podemos dejar de hablar de la última noticia grande en el escenario estatal: el asesinato, lamentable en todos los sentidos, del exgobernador Aristóteles Sandoval, en los primeros minutos de ayer. Se puede ver desde distintos ángulos pero, aunque las investigaciones no han arrojado aún algún resultado (y no dudo que no lo arrojen jamás, *remember* Javier Galván), creo que todos llevan a hablar de la pérdida de terreno de la autoridad formal frente a lo que algunos llaman “gobierno alterno”, el que las mafias han establecido en amplias regiones del país, entre las que se encuentran precisamente la de Puerto Vallarta.

Este acontecimiento, como otros que se dan cada vez más frecuentemente, nos viene a recordar que Jalisco no está precisamente en paz y que, por el contrario, existe latente la posibilidad no solo de otro asesinato de un personaje público sino de algo que trastoque desde los cimientos la tranquilidad en la que vivimos y nos muestre de un momento a otro que nuestra cotidianidad estaba edificada sobre pura arena.

Asimilando esa sensación de inseguridad recibí ayer mismo la noticia de que el Ayuntamiento decidía que para 2021 no se celebre el Carnaval. Creo que coincidiremos en que se trató de una decisión acertada, para dentro de menos de dos meses no tendremos las condiciones para que se desarrollen las actividades de la fiesta, aunque fueran “atenuadas”, con menos duración o con límite de asistencia. Ya sabemos que nadie iba a respetar, porque así lo hemos visto desde mediados del año, los límites que se pretendiera establecer.

Aunque no debería, no dejó de sorprenderme todo el *hate* que le llovió a la decisión de los regidores: aunque la gran mayoría estuvo de acuerdo con ella, de todos modos abundaron los comentarios en los

que, en todos los tonos posibles, se les reclamaba la tardanza en tomar la decisión o el simple hecho de discutir el tema. No faltó quien hasta los pendejeó por haberlo decidido, sin más argumento que su afición por la fiesta. Supongo que es por la tensión acumulada en tantos meses o que ya es parte de la naturaleza del ecosistema virtual.

A ninguno de nosotros y de nuestros contemporáneos nos ha tocado verlo, pero el hecho de que no se celebre el Carnaval no es algo tan novedoso en la historia de Autlán. Don Ernesto Medina Lima nos recuerda en una de sus crónicas que en la década de 1910 solo hubo cuatro carnavales, debido principalmente a lo que ahora llamamos inseguridad: aunque en 1911 hubo Carnaval como siempre, en 1912, ya con don Porfirio en Europa, no se pudo celebrar, igual que en 1913. Aunque Pedro Zamora no tomó Autlán sino hasta el año siguiente, ya merodeaba por la región.

En 1914, según la misma fuente, sí hubo Carnaval, pero medio clandestino: don Ernesto dice que se celebraron tres corridas de toros ¡en la plaza de gallos! No se volvió a celebrar sino hasta 1918 y, luego, en 1920. En 1927 la Guerra Cristera impidió nuevamente la celebración y, a partir del año siguiente y hasta 2020, se celebró sin interrupciones. ¿Te fijas cómo podemos equiparar a la pandemia de nuestros días con los mayores conflictos internos de nuestro país en el siglo xx?

Lo que te comenté en los párrafos anteriores está tomado de una fuente confiable. Lo de aquí en adelante son puras dudas: dado el contexto social y político, ¿tendremos en los próximos años una situación de inseguridad que impida que se celebre el Carnaval, como ocurrió hace un siglo? ¿El “gobierno alterno” estará de acuerdo en que no se celebre el Carnaval o, en cambio, ofrecerá actividades también alternas? ¿Los autlenses respetaremos la decisión de la autoridad municipal o, volviendo a los orígenes del Carnaval, organizaremos algo por nuestra cuenta para no perdernos la diversión?

Parte de lo maravilloso de vivir está en poder hacernos preguntas y tener la oportunidad de conocer las respuestas.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

En Autlán faltan dos días para la Navidad.

Señor Cronista:

El Carnaval de Autlán demostró que no es una fiesta de pueblo cualquiera. Si se pospusieron las Olimpiadas, si se cancelaron las ferias de Sevilla y Madrid, o si San Marcos, que es por mucho la feria-carnaval más importante de México, se encamina a su segunda cancelación consecutiva, ¿por qué el carnaval de Autlán debía llevarse a cabo en medio de una crisis mundial que se agrava con las aglomeraciones?

A decir verdad, no esperaba una votación por unanimidad del cabildo y velos. Ojalá que sí cumplan y que no haya carnavalitos extraoficiales. Esa sería una derrota aún peor. El Estado mexicano anda muy vapuleado en la región y cada vez resulta más difícil defender a cualquier político que insista en el contraste.

El asesinato del exgobernador Aristóteles Sandoval dejó a muchos autlenses tristes. No tengo ningún elemento para decir que exista una relación, pero al igual que a ti este acto no dejó de recordarme el homicidio aún sin esclarecer de Javier Galván, otro político en activo que murió de la epidemia mexicana, esa donde poderes fácticos pueden asesinar a un exgobernador o planear una feria de un rancho, sin más consecuencias que lamentaciones públicas.

En el Carnaval lo importante es que la cordura prevaleció. Observo algunas lamentaciones legítimas: la fiesta representa para muchas familias una importante fuente de ingresos que les permiten tener estabilidad a lo largo del año. Que no se desarrolle, es un hecho que agravará la maltrecha situación económica.

Hay otro tipo de lamentaciones que verdaderamente desprecio, son las que hacen ver como normales acciones que no tienen consecuencias individuales graves, pero que sí contabilizan alarmantes destinos colectivos. También se deja ver un error estructural de la enseñanza de la historia: dicen que nunca antes había pasado.

En algunas cartas iniciales te hablé de esa forma de construir el pensamiento que, la verdad, me alerta muchísimo, en la que se reduce a la experiencia sensorial la única fuente de producción de conocimiento que muchos validan. Algo comentaste cuando te entrevistaron en Radio Costa, que a decir verdad la suspensión del Carnaval no es tan extraña y que abundan los casos documentados en que hechos armados y dificultades públicas impidieron la fiesta. Capaz que esa falta de perspectiva amplia, en lo histórico y en lo geográfico, sean la causa que nos impida resolver los problemas.

No confíes en mí para asuntos de finanzas, la verdad es que no es mi fuerte. Pero creo que sí podríamos pensar en otras maneras de paliar los huecos que deja la ausencia del Carnaval, y buscar construir alternativas ante la imposibilidad de estar todos juntos. Por ejemplo, te anticipo que buscaré la manera de hacer realidad alguna de esas charlas taurinas que, en el patio de cuadrillas de la fiesta, ayudan a calentar el ambiente y a promover los alcances culturales, técnicos y estéticos que implica la lidia de reses bravas.

Pienso también que las actividades que se han desarrollado en el llamado “teatro del pueblo” igual se pueden plantear en los formatos de transmisión que se han hecho en otras actividades. Renunciar a la promoción cultural, tal como se hizo en las Fiestas Patrias o en el propio periodo navideño, es innecesario.

Estoy seguro de que a alguien se le puede ocurrir también una forma de hacer un callejón virtual que permita embriagarse a la distancia, pero en colectivo. Incluso, podría retomarse la idea que se materializó al principio de la cuarentena, cuando se festejaron jaripeos a puerta cerrada transmitidos en Facebook; no es distinto a, por ejemplo, los partidos de fútbol que se han dado ya en todo el mundo.

Pero, bueno, hay que estar al pendiente de lo que pueda ocurrir y, desde la trinchera de cada quién, abonar lo que se pueda, porque el riesgo de que las autoridades se hagan patos como en efemérides

anteriores, es muy alta. Reitero que creo que la suspensión es un hecho que legitima a la ciudad y al Carnaval como un acto relevante, y no como una fiesta de rancho. Aunque te confesaré algo: con los resultados que dio la última administración, igual no fue tan mala idea de que mejor se haya suspendido.

Pero el 2020 no ha dejado de sacarnos sustos, por eso hay que aprovechar. En la semana pensé en ir al Nápoles a comerme una tostada de panela y no lo hice. No podré hacerlo en un buen tiempo, pues un incendio acabó con la cocina y puso en riesgo otras oficinas del edificio. Al final, solo hubo daños materiales y una sensación de fragilidad.

Memo, no veo por qué tengas que avergonzarte por no compartir gustos conmigo, ni que fueran la gran cosa. Y prueba de que se puede convivir aún con gozos distintos es que volveré a la carga en un tema en que te he leído *Grinch*, aunque puntualizo que no intento cambiar tu opinión con respecto a la Navidad. Buscar verdades históricas en el Evangelio es una absoluta pérdida de tiempo, los detalles del nacimiento de Jesús son más propios de una narración mitológica, pero no por eso resulta menos vigente.

La figura del rey Herodes me parece medular, pues es un gobernante que implementa una medida represiva sobre quien pone en riesgo su poder. Luego, tenemos una familia que huye para buscar un lugar donde vivir en paz, y lo único que encuentra es la solidaridad de desconocidos para traer una vida al mundo. A mí esa historia no me parece lejana pues es la de alguien que sufre y la de otros que ayudan a que sufra menos. Sí es un mensaje que vale la pena que viaje por el mundo, montado en elefante, camello o en cartas, sobre todo en nuestro actuar cotidiano. Que se construya una nueva vida, como aquel microrrelato de Luis Felipe Lomelí, titulado precisamente “El emigrante”:

—¿Olvida usted algo?

—Ojalá.

Feliz navidad, Memo. Un abrazo con aprecio.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Domingo 27 de diciembre de 2020. Ya pasaron dos días desde la Navidad.

Profesor Carlos:

Fíjate que la Navidad es una de mis épocas favoritas del año, quizá la más favorita de todas. Reúne muchos elementos que la hacen, al menos para mí, muy disfrutable. Algunos de ellos son algo más prosaicos, como el clima más fresco que el resto del año, llegando a sentirse incluso frío en las primeras horas del día (si escribiera esto en Facebook no tardarían en llegar los comentarios de los que han vivido en lugares más fríos para corregirme), o la disponibilidad mayor, incluso exagerada, en cantidad y variedad de comidas. A veces es posible pasarse el día entero moviendo la quijada, a la manera de los animales rumiantes; a lo mejor alguien ya lo hizo, pero creo que sería un buen tema de investigación saber cómo aumenta en esta temporada el consumo de calorías por persona en la región. Una delicia, en cualquier caso.

También me gusta esta temporada porque, estando el sol en su extremo sur dentro de nuestro horizonte, la acera de ese viento está cubierta totalmente por la sombra, lo cual es muy conveniente para los que caminamos. Puede parecer una minucia, y lo es, pero también es una buena ayuda.

Pero hay otras cosas por las que también me gusta mucho esta temporada y son menos superficiales. Por ejemplo, el final del año de calendario, aunque tenga todo lo arbitrario e inexacto respecto a los ciclos de la naturaleza que se le pueda adjudicar, es un excelente momento para dar por terminado parcialmente un ciclo vital, es un buen tiempo para hacer una pausa y mirar hacia atrás, hacer un recuento de lo que hicimos y lo que nos faltó hacer, de establecer qué debemos corregir o qué seguir haciendo igual. Estudiar nuestro pasado reciente para saber los ajustes que debemos hacer a nuestras

vidas es, me parece, indispensable y en el término del año tenemos un buen pretexto para hacerlo. Además, los días más cortos propios del invierno, la baja en la intensidad de las actividades cotidianas y la disposición a acercarnos más a la gente que queremos facilita la introspección y la reflexión.

Precisamente por eso me molestan algunas cosas que se relacionan con la Navidad y que me han acarreado, con toda justicia, el calificativo de *Grinch*. La profusión de adornos, casi siempre *kitsch*, chillones y de dudoso gusto, la predisposición a gastar el dinero irreflexivamente y, sobre todo, la ubicuidad de la música navideña me parece que llenan de una innecesaria estridencia a una época propicia para otro tipo de ambiente. Sobre todo lo de la música, por lo general muy malita y básica, en lo que se refiere a los villancicos. Y es una lástima, porque me consta que, por lo menos en Autlán, existieron y fueron muy populares villancicos de gran belleza y profundidad, que servían muy bien para difundir y mantener vivo el mensaje del que hablas al final de tu última carta.

Tuve la fortuna de que algunos de estos villancicos, resguardados en la prodigiosa memoria de las señoras Dolores y Esperanza Martínez, vecinas del barrio de Las Montañas, me fueran referidos, ¡y hasta cantados!, por ellas mismas hace algunos años (justamente la mañana del 1 de mayo de 2015, mientras se desarrollaban los bloqueos e incendios que seguramente recuerdas, yo estaba en su casa). Tuve la precaución de grabarlas y de transcribir las letras de esos villancicos, que se cantaban en las posadas y demás actividades de los templos y de los barrios autlenses. Me compartieron en total once villancicos, algunos muy breves, de solo un par de estrofas que se repiten varias veces, pero otros hay que tienen hasta más de treinta. Te comparto enseguida un fragmento del villancico conocido solo como “Lejanas provincias”:

*Lejanas provincias,
por fuerza dejando
el goce tranquilo
de plácido hogar.
Camino emprendimos
la ley acatando,
que César Augusto
mandó promulgar.
Mas hoy las posadas
henchidas están,
viajeros a miles
nos han precedido.
Ya media la noche
y nadie ha querido
abrirnos sus puertas,
franquearnos su hogar.
Mas hoy las posadas
henchidas están,
viajeros a miles
nos han precedido.*

*Ya media la noche
y nadie ha querido
abrirnos sus puertas,
franquearnos su hogar.
Abrirnos sus puertas,
franquearnos su hogar.
En hora menguada
llamáis a mi puerta,
eue solo a parientes
y a nobles se abrió.
¿Por qué desdichados, por qué?
¿Mis gentes despiertan, por qué?
¿Quién es tan osado
que a tal se atrevió?
Posada no encuentran
muy justo a deshora.
¿Qué clase de gente
la puede buscar?*

He propuesto a varios coros o grupos musicales, civiles y religiosos, darles la información para que vuelvan a cantarlos pero no ha habido quién le tope. A lo mejor no quedará más remedio que publicarlos en alguna plaqueta. Pero, ¿a poco no es bellísima la letra? Claro, es la misma historia que ya conocemos, pero contada con mayor complejidad y belleza. Nada qué ver con los peces que beben en el río.

Con respecto al próximo no Carnaval, pienso igual que tú, no tendríamos por qué dejar que esos días pasaran como si nada. Y creo que, teniendo en cuenta el apego a la tradición, muchos estarán pensando en qué hacer para esos días, dentro de la legalidad y con los cuidados necesarios. Con el Museo y el grupo Komoni, que organiza el certamen de la Reina de la Cultura Autlense, también

estamos viendo ya qué hacer para festejar el Carnaval, aunque sea con actividades a distancia. Digo, si existen las herramientas, sería una necesidad no usarlas.

Me emociona mucho ver cómo se desarrollará esto, si lo vemos con extremo optimismo podemos considerarnos privilegiados por tener la oportunidad de vivir un momento histórico (aunque el término se ha devaluado por el uso indiscriminado que le han dado nuestros políticos locales en los últimos años) relevante en el devenir de nuestra comunidad.

A ver de qué estamos hechos.

Nos leemos la próxima semana.

Guillermo.

En Juchipila, Zacatecas. Le quedan dos días al caótico 2020.

Señor Cronista:

Ya cuando le ponga el punto final a esta misiva estaré en mi mesa cotidiana de Autlán, pero comencé a pensar en ella hace unos días mientras calentaba mi garganta frente a la Parroquia de San Francisco, en Juchipila, que junto con Moyahua son los dos municipios más sureños de Zacatecas y, por lo tanto, los más próximos a Tonalá, donde pasé la Navidad.

Es curioso el atrio del templo, se puede decir que está dividido en tres partes: el clásico detalle arquitectónico de la plancha desocupada que materializa la inculturación del Evangelio, pues los indígenas originarios manifestaban la fe con danzas y los templos católicos adoptaron el espacio y la práctica; aunque en este caso no es muy grande, pues está acotado por un pequeño jardín con prados, bancas y guayabos. Sin embargo, lo que me pareció más relevante está a unos pasos al lado derecho: es la estatua de *Xiuhtecuhtli*, deidad del fuego mexicana, cuya presencia en ese lugar es una manifestación genuina de que en Juchipila no niegan la cruz de su parroquia.

Igual que don Cornelio, una de mis grandes aficiones es andar de kiosco en kiosco. Pero me pasa algo curioso, por muy lejos que ande siempre me tropiezo con Autlán. En Juchipila lo hallé en una tienda de artesanías, contra esquina del paisaje que describí en el párrafo anterior, apareció en varias presentaciones: en una cerveza artesanal, unos dulces conocidos como borrachitos, una salsa picosa, un aderezo para ensaladas y unas flores deshidratadas que aseguran sirven para tisanas, todas ellas con sabor a pitaya.

De verdad, a pitaya. El fruto efímero que protagonizó algunas cartas a mediados del año, que en Autlán hemos crecido pensando que es muy poco factible conservarlo para disfrutar en cualquier tem-

porada. Más allá de los chiquihuites y las cubetas, a veces la pitaya se convierte en agua fresca o en nieve de garrafa, que igual no llega a durar lo suficiente para que los nortños que regresan solo en Navidad palien la nostalgia del paladar. Ese nivel ya lo desbloquearon en Juchipila.

Junto con esta carta te hago llegar la caja de borrachitos, ya me platicarás tu experiencia. Lo ideal hubiera sido que al teclearte ya hubiera catado la cerveza, pero no la he abierto, pensando en que mientras no consiga otra, será más un artículo de colección y una historia para entretener a las visitas.

El caso es que encontrarme con estos productos de pitaya, me recordó la enorme necesidad que tenemos de acomodar y asimilar — perdón por la referencia a Piaget — para superar nuestras limitaciones: sí es posible conservar esta fruta, también transformarla en otros productos; a alguien ya se le ocurrirá la manera de hacerlo para que pronto tengamos un producto autlense con frutos de Chiquihuitlán.

El periodo vacacional en el que me encuentro, me permite tomarme un par de horas para viajar en carretera hasta el pueblo que vio nacer a Florinda Meza, pero también para reestructurar algunas de mis limitaciones. Fui capaz de permanecer seis sesiones de casi una hora frente al celular, viendo una serie de Netflix; lo logré con *Rompan todo*, el documental producido por Gustavo Santaolalla.

No me declararé fan de la historia a la que le veo todos los defectos que en otros espacios le han achacado: no había razón para seis capítulos, con tres hubieran sido suficiente; hacen falta muchos músicos, en lo particular eché de menos a mi banda favorita de la adolescencia, que fue Panteón Rococó, y que su ska tiene mucho más rock que Maná o Mon Laferte, los dos nombres en los que muchos coinciden que sobran. Pero todo deja algo que reflexionar, Memo, como sé que te gusta el rock y no te gustó el documental, permíteme compartirte lo que me dejó a mí.

En primer lugar, queda claro que en este momento estamos huérfanos de rock. No existe una banda o un cantante que logre satisfacer la gran necesidad que tenemos de rocanroleo. Porque el interés permanece, es genuino, basta ver el océano de críticas, comentarios y aplausos que generó la serie para saberlo.

En el último capítulo entendí la razón por la que aparecieron Laferte, Maná y Residente. Fue la propia Mon la que expresó: “El rock no es un ritmo, es la voz que le recuerda a la sociedad que hay cosas que están mal, y que debemos cambiarlas”, y entonces revaloré la protesta de la chilena en 2019 para denunciar la violencia que padecía en esos días su país. En la siguiente escena, los de Café Tacuba citan entre carcajadas a Alex Lora: “Mientras haya políticos corruptos, habrá *rock and roll*”.

No significa que yo esté de acuerdo, pero creo que entendí por lo menos dos cosas: la razón por la que aparecieron Laferte y Calle 13 en el documental, es que los productores no conciben al rock solo como el género que incluye guitarras y bajos eléctricos con batería y algunos pianos virtuosos, para ellos el rock es el género que incomoda al *establishment*, pero a veces esa voz suena a mambo, en otras ocasiones a rap, y debo reconocer que últimamente puede sonar a reguetón.

La gente escucha a Maluma por la misma razón que antes se escuchaba a la Maldita Vecindad: en “Hawai” y en “Kumbala” hay sexo. Las drogas del rock ahora andan sonando con requintos estridentes y tubas mal tocadas, pero son quejas parecidas. Porque “Bichota” de Karol G le recuerda a quien la escuche que las mujeres también reclaman la misma libertad sexual que la encuerada de Avándaro.

¿Menos calidad de música y letras? Sí, claro. En eso, los músicos actuales le deben un chorro al mundo. Pero no le deben nada en interpelar a los jóvenes. En 2019 en Puerto Rico, Bad Bunny y René de Calle 13 encabezaron protestas contra el Gobierno de Puerto

Rico, tal como Roco Pachucote y Saúl Hernández en México durante el levantamiento zapatista.

La verdad, sigo en el discernimiento, si me paso al bando de quienes afirman que solo se rocanrolea con guitarras eléctricas, o si asimilo novedades en la estructura. No quisiera ser de los que afirman que es imposible conservar el sabor de la pitaya, pero tampoco quiero deslumbrarme con cualquier reflejo.

Un abrazo, Memo.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Domingo 3 de enero de 2021.

Profesor Carlos:

No solo se rocanrolea con guitarras eléctricas. Definitivamente no. Ni solo con la alineación clásica, que complementa a la guitarra con el bajo eléctrico, la batería y la voz. Puede hacer rock un cuarteto de violonchelos, como Apocalyptica, lo mismo que bandas que integren a su instrumentación elementos tan disímbolos como el sitar, las congas, flauta transversal, quenenas, teponaztles... En 2018, por cierto, estuvo anunciado para venir al festival RockAutlán una banda mexicana, Cemican, que integra instrumentos prehispánicos a su música, que ha llevado en varias ocasiones al otro lado del charco, como dicen los taurinos. Desafortunadamente, por uno de esos viajes trasatlánticos canceló su presentación en Autlán.

El rock y sus incontables subgéneros, pues, tienen entre sus virtudes la facilidad para adaptarse a diferentes culturas y tradiciones, a través de los instrumentos musicales. Ese hijo del blues, del que hay que ir a buscar las raíces de su árbol genealógico hasta algún lugar del África negra, es un verdadero ciudadano del mundo. Está emparentado, por su origen africano, con otros géneros aparentemente poco relacionados, como el reggae, el ska, la salsa o el guaguancó.

Pero, a diferencia de lo que opina Mon Laferte, el rock sí es solo un género musical. No es una voz contestataria que le recuerde nada a nadie, aunque nada evita que esa voz, en caso de existir, lo use como vehículo. Porque, claro, ya que mencioné una virtud del rock, pues aquí cabe mencionar otra: es un género cuya estructura (de la que se deriva la de lo que ahora conocemos, a veces despectivamente, como pop) permite *decir cosas*, lo mismo en una larga filípica del tipo de las de Bob Dylan que en una ráfaga de minuto y medio, como las de los Ramones. Pero eso no significa que cualquiera que sea (o pretenda ser, porque esa

es otra cosa) contestatario o antisistema y, además, sea músico pueda considerarse rockero. Si no hace rock, pues no es rockero.

Y ejemplos hay muchos: creo que a nadie se le ocurriría decir, por ejemplo, que Rubén Blades hace rock, aunque en casi cualquiera de sus canciones hay más política que en la obra completa de los Locos del Ritmo, a quienes también mencionan en el documental de marras. Y si Mon Laferte sale a participar en protestas pero no hace rock sino un lamentable pop plañidero, pues no es rockera.

El rock representó, en el momento en que comenzó a tener difusión masiva, al finalizar la década de 1950, una ruptura generacional. Fue uno de los elementos, pero no el único, que ayudaron a romper la rigidez de las sociedades occidentales de la posguerra y a cuestionar el *statu quo* de esos años. Al ritmo del rock tuvo lugar, por ejemplo, el Verano del Amor, el rechazo a la absurda Guerra Fría y el despertar a una mayor libertad sexual. Creo que hace algunas cartas comentamos algo sobre esto y cómo la “momiza” y los gobiernos respondieron con rechazo y represión que, en el caso de México, derivó en la cancelación (esa palabra tan en boga en nuestros cibernéticos días) de lo que pudo ser una corriente rocanrolera mexicana mucho más rica que la que al final conocimos. Seguramente por todo esto es que se le asocia con las protestas que mencionas, aunque ya el rock y sus principales figuras se encuentran muy bien instalados en el sistema.

Tienes razón al decir que no me gustó el documental *Rompan todo*, pero es por razones muy simples, nada que ver con toda la polémica que se ha desatado. No tengo mayor problema con quiénes aparecen en la serie y con quiénes no, al final sabemos que en todo recuento o antología habrá distintas opiniones sobre quiénes faltan y quiénes sobran, una por cada espectador. Tampoco me causó ruido si toda la narrativa gira en torno a Gustavo Santaolalla. Simplemente, el documental me pareció aburrido, sin más. Tanto, que al terminar el segundo episodio lo di por terminado. Desde mi punto de vista,

armar el guión basándose en declaraciones aisladas de los músicos, por interesantes que fueran por sí mismas, no fue la mejor manera de presentar la historia.

Pero además me pareció repetitivo. Los mismos músicos que ya han protagonizado otros documentales (alguno con más de veinte años de antigüedad, como *La célula que se explota*, de Clío), aparecen diciendo las mismas cosas: los músicos y grupos pioneros y su obra, Avándaro, la represión, la dictadura. Cosas que ya sabemos porque antes nos las han dicho, en documentales, libros, entrevistas, artículos periodísticos y varios etcéteras. Yo esperaba que se nos ofreciera información nueva, más análisis y enfoques novedosos. Pero no encontré eso, lo cual es una lástima.

Los borrachitos de pitaya de Moyahua que me regalaste ya son parte de la historia, fueron uno de los últimos momentos dulces del año 2020. Coincidimos en que son una prueba de que es posible industrializar el fruto y hacer perdurar su sabor más allá de la brevísima temporada en que los órganos están en producción. Fíjate que hace un par de años también probamos una mermelada de pitaya, de la marca tapatía Casa de Flores, con el sabor de la fruta muy bien conservado y nada de empalagosa. La compramos en un café que está en el centro de Zapotlán y se llama AirePaz.

Esa marca ofrece otros productos de pitaya, como rompopo, licor a base de tequila y pitaya y hasta tamales. Aquí en Autlán no sé si alguien ha fabricado mermelada pero sí agua fresca y nieve de garrafa de pitaya. Pero de todo lo demás creo que ni se ha hecho el intento, aunque la región ofrece otros productos que pudieran asociarse a las pitayas y obtener resultados sorprendentes. ¿Qué tal mezcal con pitaya?

Ahí está el camino...

Nos leemos (todavía) la próxima semana.

Guillermo.

Ya hay rosca de reyes en el refri. Autlán de la Grana.

Señor Cronista:

Las cartas no llevan título, pero de necesitarlo, tengo claro que esta debería llamarse: “Confesiones de un Covidiota”. Para ir entrando en calor dejaré para el registro el berenjenal en el que se metió Hugo López Gatell, Subsecretario de Salud, al vacacionar en Pochutla, Oaxaca, y al regresar justificó su acto con el argumento de que viajó con familiares muy cercanos y permaneció la mayor parte del tiempo en una casa.

Aun así, la coartada es insuficiente y deslegitima el discurso de las autoridades que han pedido guardar cuidados que ellos mismos no han tomado. Ni Gatell, ni Alfaro, que salió a comer pizza hace unas semanas, gozan de la misma credibilidad que antes de sus entuertos, son actos similares y ambos merecen la misma etiqueta que se le ha asignado a quien realiza de manera imprudente acciones que incrementan el riesgo de contagios. Pero te decía, esta semana yo también fui un Covidiota.

Las circunstancias fueron las siguientes: el sábado dos de enero una prima contrajo matrimonio luego de un par de años de posponer la boda, las razones de no haberlo hecho antes fueron trágicas. Aunque para muchos, incluido yo, hubiera sido suficiente una ceremonia entre los protagonistas, decidieron hacer un festejo mediano, en el que participamos hasta el segundo círculo de las dos familias. En un gran jardín al aire libre, pasé cuatro horas con alrededor de cien personas.

El otro momento fue ayer. Me convertí en padrino de bautizo de mi sobrino Santiago, en la ceremonia participamos no más de 30 personas, los mismos que ya habíamos convivido en la boda. La comida fue también en un jardín que no pasó nunca de ese número de participantes, aunque hacia el final llegaron personas que no conozco

y, aunque estuve muy lejos de su mesa, evitar cierto intercambio es imposible.

Estas dos acciones, a diferencia de viajar en coche a lugares abiertos y tener contacto mínimo con la población local, sí se consideran de alto riesgo. Creo que todos lo sabíamos y, aun así, decidimos participar. El cargo de conciencia existe, pero igual que Gatell y Alfaro, yo también diré que no tengo nada que ocultar.

Al discernir las razones por las que participé en las dos fiestas, encuentro como única causa el cariño familiar y la necesidad de demostrarlo con compañía. Comienzo con la boda: para la novia ver a algunos primos y tíos reunidos en una fecha que para ella es muy significativa, era una forma de tener presente a mi tía que falleció antes de la pandemia; ella estuvo a punto de cancelar, pero te digo, ya dos veces lo había hecho y resultaba un tema prioritario en su proyecto de vida, por lo cual optamos por animarla a casarse y correr el riesgo, pues sabíamos que eso la acercaba a su felicidad.

Lo mismo puedo decir del bautizo. No se olvida uno del peligro, de las implicaciones, pero puse en la balanza una actividad trascendente para la familia, que no es vital, cierto, aunque sí muy significativa. Algo que sí tomé en cuenta es que por lo menos las primeras dos semanas laborales serán en formato remoto, así que abandonaremos los actos de riesgo y haremos cuarentena, que hacer dos cosas de Covidiota, no da derecho a hacerlo para siempre. Pero el camino sigue, Memo, estaré atento a cualquier signo de alerta. Por lo pronto, todo bien.

Cambio de tercio para hacer notar que al suspender la edición 2021 del Carnaval ya dejó de ocurrir el primer acto de la fiesta. El primer domingo del año se celebra el llamado “Anuncio de Carnaval” que, hasta donde recuerdo, solo implica un Toro de Once en el que ya se adelantan algunos espectáculos que se tienen cerrados para la

fiesta. En la administración de Héctor Soltero, se comenzó a agregar un desfile similar al del Entierro del Mal Humor.

En el Anuncio de Carnaval suelen presentarse jaripeos nocturnos, también algunas corridas de toros gratuitas, en la que nunca alternaron toreros caros, pero sí comenzaban a calentar el ambiente. La escuelita taurina de don Pedro Rosas solía tener verdaderas aglomeraciones en las semanas que iban del anuncio al Carnaval.

Pero este año cualquier referencia pasó de noche para las autoridades. Nos encaminamos a que no se aprovechen las fiestas de febrero, para que aunque no haya actos presenciales, sí se puedan hacer espectáculos, charlas o hasta certámenes por vías digitales, que si bien poco abonan al aspecto económico, sí lo hagan al campo de promoción cultural, artística y de identidad que el Carnaval significa.

Memo, estamos en la antesala de concluir con el pacto de escribir cartas durante un año y por eso siento la necesidad de evitar dejar temas abiertos. Así que déjame retomar algunos aspectos de tu último mensaje, aunque eso implique dejar un chilaquil. Hay que sumarle el mezcal a otro de los temas en los que no coincidimos; últimamente esta bebida ha cobrado mucha fama, los hay sin duda bebedores que lo conocen y valoran desde hace tiempo, pero también está lleno de otros que con el mezcal le agregan toques folclóricos a su narrativa personal. Así que, si bien podría tomarme una copita de mezcal sabor pitaya, solo para valorar el sabor y el aporte, dudo mucho que se pudiera convertir en algo que yo pida en una eventual cantina.

Te decía sobre *Rompan todo* que estaba en proceso de discernimiento si me sumaba a la idea de Mon Laferte o si me ponía un poco más ortodoxo, pero te comparto que en ese frente sí estaremos del mismo lado: ni el pop, ni el rap, muchos menos el reguetón, son rock aunque sean contestatarios. Solo voy a matizar una cosa y lo haré citando al recién fallecido Armando Manzanero, a quien le pregun-

taron sobre los géneros nuevos y expresó que solo había dos tipos de música: la buena y la mala, la manera de diferenciarlos es que la buena trasciende, y la otra, se olvida. Ya veremos qué sobrevive de los nuevos ritmos.

Ya para despedirme te pido que, si en una rosca descubres al niño, no seas un soldado de Herodes y más bien ayúdalo a sobrevivir, y que si te sale un Baby Yoda, compartas la foto y hagas enojar a la peña furibunda de sopla cirios que andan ofendidos.

Un abrazo, nos leemos todavía, la próxima semana.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Domingo 10 de enero de 2021.

Profesor Carlos:

En la rosca del pasado 6 de enero no me salió un Baby Yoda, desafortunadamente. Pero tampoco me salió uno de esos monitos corrientes que parece que están amortajados sino uno con la misma figura del Niño Dios que manos sacrílegas usaron hace algunos años para grabar un video donde lo mueven como si estuviera bailando el pasito perrón. Hasta me dan ganas de creer en que me traerá buena suerte y, eso sí, estoy pensando en guardarlo para ponerlo en el Nacimiento este año.

Vale, aunque no precisamente con el impulso de la autoridad municipal, pero sí habrá este año actividades culturales, a distancia, para celebrar el Carnaval. Hace un par de semanas te adelantaba algo sobre este asunto, pues ahora ya tenemos hasta un programa que abarca los diez días; a mí me tocó hacer algo sobre la historia de la música en el Carnaval, tema del que me hicieron favor de publicarme un texto hace algunos años en *deGrana*. También usé de mi terquedad para lograr que me aceptaran un tema sobre el Callejón del Vicio, porque tengo pensado organizar una mesa redonda donde reflexionemos sobre esta actividad, su presente y su futuro. A lo mejor es una buena coyuntura para eso, teniendo en cuenta que generalmente no lo hacemos porque estamos ocupados en el festejo. A ver cómo sale...

También el profesor Manuel López Morales está activo en lo suyo, y ya tiene listo el programa para celebrar, igualmente a distancia, el Día Municipal de la Chirimía, el sábado 23 de enero. Para ese día ya tengo tarea, el profe me invitó a presentar algo sobre historias de la chirimía en Autlán. Y ahí vamos a andar, cómo no. Así que, con las autoridades municipales o sin ellas, algo habrá en el Carnaval de Autlán.

Cambiando de tema, ¿tú eres de los que hacen propósitos de año nuevo? Yo no acostumbro a hacerlo, pero conozco varias personas que lo hacen y eso les sirve como una especie de guía para lo que harán y dejarán de hacer durante el año. Yo, en 2021, más como metas que como propósitos, tengo sacar a la luz por fin el libro de la historia del Orfeón Proa, terminado ya desde hace casi un año pero para cuya publicación había estado esperando el resultado del programa PACMYC, que no salió sino hasta el pasado 6 de enero. Mi proyecto no salió beneficiado, así que lo haré por mi cuenta. También tengo como meta dejar terminado, por lo menos, el acopio de información para la historia de Radio Costa, que quisiera publicar en 2022, año de su 60 aniversario.

En 2021 también cumpla 20 años de ejercer la profesión de contador. Es un buen momento para pensar en eso y, de ser el caso, replantearme algunas cosas para el futuro. Eso sería lo más cercano a unos propósitos de año nuevo.

Fíjate que ayer celebramos por Google Meet la primera sesión del año del capítulo Costa Sur de la Benemérita, con el doctor Nabor de Niz como anfitrión. El señor presentó un trabajo completísimo, aunque lo tuvo que acotar a menos de una hora, sobre la historia del tiempo: el surgimiento de la conciencia del paso del tiempo entre los hombres primitivos, la creación de métodos y artefactos para medirlo y registrarlo y la evolución de estos. También nos describió, a detalle, el funcionamiento de algunos mecanismos para medir el tiempo, como los de los relojes de péndulo, nos mostró imágenes y la historia de algunos de los más famosos, como el Big Ben de Londres y el reloj astronómico de Praga y, como cereza del pastel, nos narró la historia del reloj de la Presidencia de Autlán, que este año cumplió 120 de estar en funcionamiento, primero en la antigua y añorada torrecilla y ahora arriba del balcón desde el que se da el Grito. Como paréntesis: ¿tú recuerdas haber oído las campanadas de este reloj por las noches?

Yo sí lo recuerdo, de la época en que vivimos en la calle de Javier Mina, casi recién llegados a Autlán, aunque muchos no me lo creen porque se les hace lejos. Pero yo estoy seguro de que sí lo escuchaba.

Bueno, el caso es que el doctor Nabor no nos expuso un trabajo sobre medicina, como sería de esperarse por su profesión y formación, sino sobre el tiempo. Y lo hizo muy bien, expuesto de forma muy clara luego de haberse documentado durante cerca de un año (lo sé porque hace varios meses me preguntó con quién podría dirigirse para subir a tomar unas fotos del mecanismo del reloj de la Presidencia).

Espera, este cambio brusco de tema no lo es tanto: te venía hablando sobre los propósitos de año nuevo y el trabajo del doctor Nabor me sirve para ejemplificar un propósito que sí tengo, aunque no solo para el año 2021 sino para mi vida. Se trata de no ser solo un contador dedicado a prestar un servicio a particulares, sino tener intereses y actividades mucho más universales, no perder (a pesar de la edad) la curiosidad y la capacidad de asombro sobre lo que ocurre en mi entorno ni el impulso de ponerlo a disposición de otros para que también lo conozcan y, quizá, se asombren.

Quiero ser menos especialista y ser más universal, a la manera del doctor Nabor (quien también es radioaficionado, trabajó en un proyecto para traer agua a Autlán desde arriba de Ayutita, ha hecho excursiones a la isla Socorro lo mismo que a la sierra de Cacoma, etc.), de don Ernesto Medina Lima, de don Gabriel Lima Velásquez y otros. Ese es mi propósito.

Por cierto, yo tampoco soy fan de los mezcales, ni siquiera del tequila, que es otro tipo de mezcal. Ni de los vinos, en general, soy más bien cervecero. Puse el ejemplo de un mezcal de pitaya porque según los que saben (te recomiendo seguir a un señor de nombre Cornelio Pérez, Tío Corne) nuestra región cuenta con dos de los pocos mezcales elaborados de manera tradicional que quedan en

México: el tuxca y el raicilla. Aunque no pueden llamarse mezcales, ni siquiera el tequila, porque la Denominación de Origen para el Mezcal dejó fuera a una región de tradición mezcalera como la nuestra. Pero esa es otra historia...

Nos leemos (todavía) la próxima semana.

Guillermo.

La calle de El Puente en la colonia Echeverría, 13 de enero de 2021.

LCP Guillermo Tovar Vázquez

Cronista Municipal

PRESENTE

Señor Cronista:

Cada vez que inicia un año tengo mucho cuidado en conseguir un calendario de esos que se deshojan. Son muy codiciados pues no todos los negocios los regalan; para que calibres mi afición, dejé de comprar en cierta carnicería porque el responsable decidió obsequiarme uno normal en lugar del de hojas. Por esas fechas también cambié de proveedor de verduras y fui muy claro: “Te vamos a comprar de ahora en adelante, pero quiero calendario en enero”. Hemos cumplido cabalmente con el pacto durante ya mucho tiempo.

Un calendario impreso es anacrónico, sobre todo en estos últimos meses en que sentí el 90 % de mis relaciones sociales y profesionales sobre bases digitales, pero es una pieza hermosa. La valoro por varias razones, en primer lugar, porque disfruto la sensación de palpar el adelgazamiento paulatino; son muchas las temporadas en que vivo ajetreado y sentir lo delgado del papel que se desprende me recuerda las muchas oportunidades que vienen por delante.

Ya transcurridos varios meses, el calendario enflaquecido me hace notar que el cansancio acumulado es la razón de que algunas satisfacciones sean reales. No es posible avanzar sin dejar los días atrás, pues de uno depende hacerlos valer. También suele pasar que se aproxime una fecha significativa: digamos, el cumpleaños de mi hija, una graduación o un domingo en el que torea Alejandro Talavante, y esperas la fecha con ansias, y al final, la página se va al mismo ritmo que todas las demás.

Pero cierta nostalgia hay en arrancar hojas, hay quien lo compara incluso con los granos de arena del reloj de la vida, una jornada menos por vivir. En eso caí en cuenta con el primer pensamiento que asaltó mi mente al colocar la edición 2021, y recordé que justo la mañana en que lo hice un año atrás, te envié la primera carta de esta serie. Al adelgazar el calendario, engordó el buzón.

El género epistolar también es anacrónico en el año de la pandemia, en el que abundan los mensajes vertiginosos, cada vez más cortos y, por eso, la mayoría muy superficiales. Tomarse tres días para pensar el diálogo, completar o refutar la idea, proponer nuevos enfoques y traer a colación datos desconocidos, fue un ejercicio que valoro enormemente y que ha hecho que el odiado 2020 resultara más llevadero, puedo decir incluso que en muchos momentos fui feliz.

Al final del año sí suelo hacer un balance de mi vida, e igual que tú más que propósitos establezco algunos nortes hacia dónde caminar. Casi siempre los hay a nivel personal: de experiencias que anhelo pasar con mi familia; deportivas y pienso en algún reto que me resulte significativo; en lo profesional, más que establecer una meta, diseño un proyecto, pero es muy común que suelen aparecer actividades que no son tan propias de mi oficio, como escribir textos largos o experimentar con formas narrativas audiovisuales.

Nunca faltan los conflictos, a veces internos y algunas veces de otros que dificultan que todo ocurra tal como lo imaginamos. Por ejemplo, para darle la bienvenida al año y la despedida a las cartas, Donald Trump lanzó una arenga para que sus seguidores y su vicepresidente evitaran la consolidación legal de su derrota electoral, algo que bien pudiéramos llamar un intento golpista. Asistí azorado a los videos que mostraron a turbas violentas tomando el Capitolio, reclamando fraude electoral. Te confieso que, además del desconcierto, un malsano gusto invadió mi corazón.

Las embajadas norteamericanas fueron prolíficas en organizar golpes de Estado en Latinoamérica, de particular ignominia hay que recordar lo que padeció Árbenz en Guatemala o Allende en Chile. Ver que los golpistas hicieron *Home Office* en Washington me llevó al fútbol, concretamente a una de las canchas más temibles del mundo y que aspiro algún día conocer: la Bombonera de Buenos Aires.

Cuando en el 2011 el River se fue a la B, los hinchas del Boca cantaban una arenga que trascendió fronteras: “Décime qué se siente, que te fuiste a la B, quemaste el Monumental, esa mancha no se borra nunca más”. Igual pensé en cantar, incluso en inglés para que quede claro: “Décime qué se siente, tener que pagar con sangre la democracia”. Las barras y las estrellas ya no son inmaculadas, señor Cronista, y así recibimos el año y despedimos esta serie de cartas.

De mi parte solo me queda agradecerte plenamente por cada letra, cada idea y cada nuevo dato. Nunca pensamos que haríamos un registro de tantos hechos lacerantes: el accidentado Carnaval, la movilización feminista que perdura en su justo reclamo, y el desarrollo de la pandemia, primero como algo tan lejano que en una primera carta me referí a ella como la Espada de Damocles, y mira, la espada cayó y no ha dejado de cortar.

Pero aún vivimos, aprendiendo a hacerlo con numerosas restricciones que a su vez abren prometedores horizontes, en que el reto es procurar que nadie se quede atrás. No sé si podamos festejar en presencial el aniversario del Museo que imaginé, por ejemplo. En el tintero se quedan algunas ideas, como la necesidad de rescatar con tanto detalle como sea posible la vida y obra de María Mares, y algunos chismes que ya te platicaré cuando juguemos la prometida cascarita de fútbol, o nos acompañen a Jalpa.

Me queda desear que la amistad trascienda a este ejercicio, y que quien sea que nos lea, encuentre razones para seguir construyendo

un Atlán y una región, en la que cada vez sea más agradable construir una vida.

Gracias, señor Cronista. Un abrazo con aprecio.

Carlos Efrén.

Autlán de Navarro. Viernes 15 de enero de 2021, desde Los Ranchos.

Profesor Carlos:

Tengo el capricho de escribirte tan pronto como hoy viernes, solo para hacer que coincida el final de la serie de cartas con el aniversario de su inicio. Manías que agarra uno con la edad. Hoy ya hace un año que nos vimos en la biblioteca Paulino Navarro y me planteaste este proyecto, que acepté sin pensarlo dos veces.

Como animal de costumbres y rutinas que soy, poner punto final a este intercambio me deja un sentimiento de nostalgia, ya me había habituado al ritmo semanal de lectura y respuesta. Como te dije al principio, para mí es algo ya muy poco usual redactar mensajes más o menos largos y pensados para un receptor particular, lo que escribo casi siempre va dirigido a un hipotético y anónimo lector, lo que de alguna manera hace que sea, por lo menos para mí, más sencillo. Una de las cosas que debo agradecer por este intercambio epistolar es precisamente revivir esta forma de comunicación uno a uno, que ya lamentablemente vamos perdiendo.

Esta carta está fechada en el mismo día en que los jaliscienses recibimos el mensaje, uno más, de nuestro gobernador poniéndonos un regaño por portarnos mal durante la pandemia pero, sobre todo, dictando nuevas disposiciones para tratar de disminuir el alarmante aumento de casos de contagio de COVID-19. Como bien dices, hace un año veíamos la epidemia como cosa del otro lado del mundo y ahora estamos plenamente inmersos en ella; aunque en alguna carta te propuse que al terminar la cuarentena hiciéramos una crónica de estos días extraños, hoy ese término se ve menos cerca que entonces. Pero no solo por los números, que son preocupantes pero fríos e impersonales. La enfermedad, con su acompañamiento de dolor y drama, ya está anidada entre conocidos nuestros que están viviendo

la desesperación por la falta de acceso a una cama de hospital y la escasez de oxígeno de uso médico. Eso no lo reflejan con claridad los números. La crónica, pues, será algo que también habrá que dejar pendiente.

El bochornoso espectáculo de Donald Trump me parece, salvo lo que opinen personas con más conocimiento, una expresión grave de la decadencia de la democracia estadounidense. Aunque es considerado el Estado democrático más antiguo y exitoso de cuantos existen, me parece que nunca terminó de configurarse en el establecimiento de instituciones más perfectas, que estuvieran “blindadas” contra la llegada de un energúmeno como el hombre naranja. Su sistema electoral arrastra todavía elementos anacrónicos, como el voto indirecto y, siguiendo a Agustín del Castillo, un desfase importante en la representación que ante el Colegio Electoral tienen algunos distritos de mayoría WASP (blanco, anglosajón, protestante) en detrimento de otros grupos raciales e ideológicos. Y, si a eso le agregamos los inconvenientes de la ignorancia, la manipulación y el surgimiento de personajes carismáticos pero vacuos, pues tenemos estos resultados.

Vale, uno de los objetivos de estas cartas es registrar los acontecimientos de cierto interés que ocurrieran en el año de su duración y creo que no deberíamos dejar fuera al OVNI de Autlán. Ya hemos opinado al respecto en redes sociales pero yo sí quisiera que quedara también aquí, aunque es un acontecimiento meramente anecdótico creo que tiene su valor como expresión de cómo somos los autlenses. No sé, me hizo imaginar que, por un día, Autlán se convertía en Springfield y los autlecos éramos los protagonistas de un episodio de los Simpsons.

Ándale que el domingo 10 por la tarde, alrededor de las seis y media, comenzamos a percibir un extraño objeto de color blanco en el cielo, un poco hacia el norte pero muy arriba en el horizonte. A primer golpe de vista, a mí me parecía una estrella. Pero era demasiado

temprano para que fuera eso, el sol todavía brillaba con intensidad a pesar de que ya se estaba ocultando detrás del cerro Colorado. Según reportes, en muchos lugares del pueblo había gente escudriñando el cielo con una entre curiosidad y temor, haciéndose mil conjeturas sobre la identidad del dichoso objeto.

Entre lo que supe que se aventuró como explicación de su presencia hubo cosas tan peregrinas como una nave extraterrestre, un cometa que venía directamente a Autlán o un dron de Google. Algunos, sin el más mínimo respeto a la zozobra de la gente, se pusieron sin tardanza a hacer memes en los que aparecían personajes como Gokú. Hubo hasta transmisión en vivo de Radio Costa, en la que no se veía absolutamente nada pero se iba narrando en vivo, haciéndose eco de la emoción colectiva. Autoridades informales del pueblo, como Nacho Arroyo, compartían datos de una conjunción planetaria que estaba ocurriendo al otro lado del horizonte como si fuera una explicación a la extraña luz. Bueno, hasta en una página de Facebook de Colima, que el mismo maestro Arroyo compartió, decían que lo que en la Costa de Jalisco veíamos como un objeto desconocido era la estrella Sirio, según una aplicación de celular que ellos tienen pero que no reemplaza a la observación directa.

Al final se aclaró, cuando alguien por fin acudió a artefactos para ampliar el alcance de la visión, como binoculares o telescopios, que la luz era un vulgar globo, al parecer de los que se usan para recolectar datos meteorológicos. Así lo supimos gracias a fotos que algunos, como Adrián López, tomaron y compartieron en las redes sociales. Pero una explicación tan pedestre y poco glamurosa dejó insatisfecha a una sección del público, que acusaba a Radio Costa (parece que fue el único medio local que se tomó en serio este asunto) de mentir y no atreverse a decir lo que realmente era esa luz, aunque los inconformes tampoco supieran dar una versión concreta sobre lo que ellos creían que sí era.

Fue un episodio bonito para iniciar el año y romper un poco la tensión que ya se siente con el asunto de las próximas elecciones del mes de junio. Sirvió para cambiar de tema por un rato y reflejar cómo es la sociedad de Autlán. Ah, porque así como reaccionamos ante la extraña luz reaccionamos ante casi cualquier cosa.

Hoy ya no podríamos reunirnos en la biblioteca como lo hicimos hace un año, por la renacida cuarentena pero también porque ya casi cumple un año que está fuera de servicio por daños en su construcción. Así que me despido solo virtualmente, con un sincero agradecimiento por este intercambio de ideas y por la oportunidad de ejercitar la escritura.

Ya no nos leeremos la próxima semana por carta, pero estoy seguro de que estaremos muchos años en una comunicación más estrecha que antes.

Guillermo.

EPÍLOGO: CARTA DE JUAN CARLOS NÚÑEZ BUSTILLOS

En Zapopan, el Jueves Santo de 2021, sin empanadas.

Muy estimados Carlos Efrén y Guillermo:

Les agradezco mucho que me hayan permitido leer sus cartas. Las disfruté enormemente y aprendí muchas cosas. Conforme las fui leyendo se me fue avivando una añeja nostalgia por Autlán. Mi abuela Consuelo Hurtado Vázquez nació allá el 12 de junio de 1903. Sin embargo, debido a la Revolución la familia dejó su terruño y nunca volvió. Ella murió en 1963, cinco años antes de que yo naciera. Por esta razón mi relación con esa ciudad ha sido escasa, aunque siempre entrañable.

Cada vez que pasábamos por Autlán, rumbo a la costa a bordo de la vieja combi, mi papá nos contaba que su mamá era de ahí y que alguna vez fue reina de alguna festividad. Durante la infancia formé parte de un

grupo de niños y jóvenes interesados en temas científicos. Autlán fue la base desde la que emprendimos una exploración a la sierra de Manantlán, para conocer el *zea diploperenis*, el maíz perenne que fue descubierto en esa zona por investigadores de la Universidad de Guadalajara (UdeG).

Como reportero volví algunas veces, en una de ellas a una reunión con el entonces Obispo de Autlán, Lázaro Pérez. En una ocasión vez me invitaron del centro de la UdeG a impartir una conferencia. En cada visita, desde las más remotas, me preguntaba: ¿Dónde habrán ocurrido las historias de Autlán que me contaba mi tía Elena? Narraciones que a ella le contaron su mamá y su abuela. Siempre de prisa, nunca tuve tiempo de averiguar.

Les comparto algunas. Según mi tía, la familia de su abuelo, Rafael Hurtado, tuvo la primera gardenia de Autlán. Ya treintañero, no se casaba. Sus hermanas le dijeron: “Ya es tiempo de que te cases. Cuando salga la primera flor de la gardenia se la das a la mujer con la que te quieras casar”. Al florecer la planta, Rafael se dirigió a la tienda de un señor de apellido Pelayo, quien se había hecho cargo, con su esposa “Tulita”, de una jovencita huérfana llamada Altigracia Vázquez. Ella fue la destinataria de la flor.

No sé cuándo llegaría la primera bicicleta a Autlán, pero según la tradición familiar, el primer ciclista autlense ocasionó involuntariamente una muerte en el pueblo. No por atropellamiento, sino porque, ya de noche, salió a pasear en dos ruedas. Llevaba una pequeña linterna que apenas alumbraba. La víctima, que nunca había visto una bicicleta, en la oscuridad miró a un hombre de rostro “desfigurado” (por los débiles destellos de la lamparita) que se le acercaba flotando a una velocidad inusual. Murió del susto.

Mi bisabuelo Rafael tenía una tienda en el centro de Autlán. “Se la acabaron los revolucionarios. Entraban, rompían todo y robaban. Mi tío Víctor le ayudaba a mi abuelito y además tenía su propia tienda,

La Importadora, donde no solo vendía abarrotes sino mercancías más finas, importadas. Por ejemplo, talco y polvos de arroz que usaban las señoras en aquella época. Pues llegaban aquellos hombres y con las bayonetas rompían las cajas de talco y le soplaban. El polvo volaba y ellos, muertos de risa”, me contó mi tía.

“Era una época de mucho peligro para las muchachas porque los revolucionarios, de unos y de otros, se las robaban. Una vez mi abuelita Altagracia tuvo que hacerse la enferma para esconder a mi tía Nico porque entraron a la casa a buscar mujeres. Mi abuelita corrió y se acostó en la cama encima de mi tía. No sé cómo se le vino la idea. Se hizo la enferma. Estaba ahí bien cobijada encima de mi tía fingiendo, hasta que se fueron los fulanos”.

Arruinada la tienda y con el temor por las tres hijas, la familia huyó una noche en una difícil travesía de la que no tengo mayor noticia rumbo a la Ciudad de México, a donde ya había emigrado el hijo mayor, Elías Hurtado.

Elías, que nació en Autlán en 1889, trabajaba como empleado comercial. Fue sindicalista. “Empezó la lucha social en 1912 [...] en donde empezó a destacarse por la lucha para obtener el Descanso Dominical de los empleados del comercio”, dice un periódico de 1941.

Fue dos veces diputado federal y, me contaba mi tía, promotor de lo que dos años después de su muerte sería el Seguro Social. El diario referido reseña que, entre otras cosas, fue agregado obrero en el Ministerio de México en Italia y delegado en las Conferencias Internacionales del Trabajo en Ginebra y Nueva York.

En agosto de 1935 publicó un artículo en el periódico *El Día* en el que afirmaba que en México se desnaturalizó el significado de líder sindical. Con él se conoce “al individuo que, formando parte de una agrupación, de la noche a la mañana y sin recato alguno, empieza a hacer ostentación de una situación económica desahogada, derrochando dinero y pugnando por elevar su modesta posición, como si

se afrentara de su origen proletario. No se concibe en nuestro medio un líder que no tire el dinero a manos llenas, de donde resulta que el calificativo se aplica, casi, sin excepción, en forma que lastima; líder y explotador de la política o del sindicalismo han llegado a convertirse en sinónimos”.

La revista *Todo*, dirigida por Félix Palavicini, en ese mismo mes y año publicó una nota titulada “Sindicalismo corrompido” en la que refiere que “Elías F. Hurtado, funcionario de la Federación de Sindicatos Obreros del Distrito Federal, manifestó que uno de los males graves del medio actual de México lo representa la inmoralidad de algunos directores de organizaciones obreras [...] esos individuos hipócritas y ladrones son zánganos que viven a costa del dolor, del sacrificio y el perjuicio que ocasionan a obreros y patronos”.

Elías murió el 12 de noviembre de 1942 mientras participaba en la Conferencia Internacional del Trabajo en Nueva York. Su cadáver fue trasladado en tren desde allá hasta la ciudad de México. “En todas las ciudades del trayecto se rindieron actos de homenaje”, se lee en la noticia publicada por *El Popular*, ocho días después, cuando el cadáver llegó al D.F. La nota comienza así: “Una grandiosa manifestación de duelo del proletariado nacional constituyó la recepción de los restos mortales del líder obrero Elías F. Hurtado [...] Una multitud silenciosa recibió en sus manos el severo ataúd”, cubierto con una bandera rojinegra.

El texto dice que mientras Elías se desempeñaba como líder sindical continuaba su trabajo como calculista en el puerto de Liverpool con un sueldo de 360 pesos mensuales.

Entre quienes encabezaron el “impresionante” recibimiento se encontraban el Secretario del Trabajo y Previsión Social y diversos líderes sindicales, entre otros, el de la Confederación Mexicana de Trabajadores, Fidel Velázquez, de ingrata memoria.

Unos 40 años después entrevisté a su viuda, Ana Tinajero, quien me dijo:

—Elías no murió de enfermedad, lo envenenaron.

—¿Quién?

—Los mismos que le rindieron homenaje. No les gustaba que les dijera que eran corruptos.

La versión oficial siempre señaló que fue muerte natural. Y la de la viuda, no se comprobó.

Espero que estas historias aporten unas cuantas historias más a su magnífico trabajo. Algunos datos son constatables, otros, como dice Carlos Efrén, seguramente “no aguantan la prueba del ácido de los estudios históricos, pero sí me sirve para entretener a mis visitas”.

Confío en que muy pronto este segundo año anómalo deje de serlo y pueda ir a visitarlos para, además de darles un fuerte abrazo, disfrutar con ustedes de todos estos lugares, sabores y olores a los que me llevaron con sus letras.

Con un fuerte abrazo,

Juan Carlos Núñez Bustillos

Cartas de lo Anómalo
Crónicas Autlenses del año de la Pandemia
se terminó de imprimir en diciembre de 2021
en los talleres de Ediciones de la Noche
Madero #687, Zona Centro
44100, Guadalajara, Jalisco, México.

El tiraje fue de 300 ejemplares.

www.edicionesdelanoche.com



Este libro, compuesto por cartas, es una conversación privada pero también un diálogo público porque sus autores no solamente las ponen a nuestra disposición, sino que abordan, en este intercambio epistolar, asuntos que de alguna manera nos atañen a cualquiera y muy especialmente a quienes viven en Autlán y sus alrededores. En ese sentido, el diálogo entre estos dos inquietos autlenses nos convierte también en interlocutores de su conversación, porque incluso los temas personales que tratan nos interpelan. Algo nos evoca y nos provoca lo que expresan, coincidimos o discrepamos de lo que van, de lo que nos van, diciendo.

Las cartas de Carlos y Memo son un testimonio de este año anómalo y un medio que evitará que se ensordezca su voz. Con los años serán también una entrañable herencia para sus familias y para su comunidad. En el futuro se convertirán en documentos muy valiosos como los que ahora ellos se empeñan en desempolvar. Pero, sobre todo, estas cartas son desde ahora una expresión de amor para Autlán y para su gente.

- Juan Carlos Núñez Bustillos



UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA

CENTRO UNIVERSITARIO DE LA COSTA SUR

CUCOSTA SUR
GRANA ●

ISBN 978-607-571-561-2



9 786075 715612